



Alimentar la vida en **COLECTIVO**



Experiencias, estrategias y propuestas para la
gestión de redes alimentarias alternativas.

Coordinadoras: Rocío García Bustamante
& Valeria de León Roblero



CONAHCYT
CONSEJO NACIONAL DE HUMANIDADES
CIENCIAS Y TECNOLOGÍAS

IBERO
PUEBLA



Cosóali
Red: // Construyendo Soberanía Alimentaria



UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA PUEBLA

Biblioteca Interactiva Pedro Arrupe SJ
Centro de Recursos para el Aprendizaje y la Investigación

Alimentar la vida en colectivo : experiencias, estrategias y propuestas para la gestión de redes alimentarias alternativas / coordinadoras: Rocío García Bustamante & Valeria de León Roblero.

San Andrés Cholula, Puebla, México: Universidad Iberoamericana Puebla : Instituto de Ecología, A.C. (INECOL) : Consejo Nacional de Humanidades Ciencias y Tecnologías (CONAHCYT).

1. Alimentos -- Industria y comercio -- México. 2. Abastecimiento de alimentos -- México. 3. Comercio de productos agrícolas -- México. I. García-Bustamante, Rocío, coordinadora. II. de León Roblero, Valeria, coordinadora. III. Universidad Iberoamericana Puebla, entidad editora. (Clasificación LC) HD 9014 M62 A55.2024

(Clasificación Dewey) 338.1872

Responsable de proyecto: Marcela Ibarra Mateos.

La Universidad Iberoamericana Puebla y el INECOL, agradecen la colaboración y apoyo del Consejo Nacional de Humanidades Ciencias y Tecnologías (CONAHCYT) para la publicación de este libro, mediante el Proyecto Nacional Estratégico de Investigación e Incidencia en Soberanía Alimentaria “Fortalecimiento y habilitación de redes e iniciativas alimentarias de producción y consumo local de economía social y solidaria, en el marco territorial de la zona metropolitana Puebla-Tlaxcala” 316911.

Este libro fue sometido a un proceso de dictaminación por académicos externos a la Universidad Iberoamericana, de acuerdo con las normas establecidas por el Comité Editorial de la misma.

Primera edición, marzo, 2025

ISBN: 978-607-8587-84-1

D.R. © Universidad Iberoamericana Puebla

Bldv. Niño Poblano 2901, Reserva Territorial Atlixcáyotl, San Andrés Cholula, Puebla, México, CP 72820 Laboratorio de Innovación Económica y Social

Correo: economia.social@iberopuebla.mx, Teléfono: (222) 372 3000 Ext. 12807

DR INECOL. Red de Ambiente y Sustentabilidad. Carretera Antigua a Coatepec 351. El Haya, C.P. 91073. Xalapa-Enriquez, Veracruz. Teléfono 52 (228) 842 18 00. correo: rocio.garcia@inecol.mx Teléfono: 52 (228) 842 18 00 ext 4322

“Queda prohibida la reproducción parcial o total, directa o indirecta del contenido de la presente obra, sin contar previamente con la autorización expresa y por escrito de los editores, en términos de la Ley Federal de Derecho de Autor, y en su caso, de los tratados internacionales aplicables; la persona que infrinja esta disposición, se hará acreedora a las sanciones legales correspondientes”.

Diseño y diagramación: Lourdes García Barranca

Diseño de portada: Yamel Minutti Berra

Revisión de estilo: Gizella Garciarena

Impreso y hecho en México

Índice

Introducción.....	5
Capítulo 1. Investigación e incidencia: métodos de reflexión y práctica para la construcción de redes alimentarias alternativas	
<i>Rocío García Bustamante. Investigadores por México (IXM), Centro de Estudios e Investigación en Biocultura, Agroecología, Ambiente y Salud (CEIBAAS), Instituto de Ecología A.C. (INECOL).....</i>	9
Capítulo 2. La construcción de otra economía a partir de la desmercantilización popular de la alimentación en las Redes Alimentarias Alternativas	
<i>Lluvia Marisol Medina Fernández, Gregorio Leal Martínez, Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO).....</i>	31
Capítulo 3. El derecho a la alimentación sólo es posible en un mundo poscapitalista: el papel de las Redes Alimentarias Alternativas en la construcción de otro mundo posible	
<i>Luis Alfredo Bracamontes Nájera, Posgrado de Ciencias de la Sostenibilidad, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).....</i>	57
Capítulo 4. Colectivo Zacahuitzco, trabajamos por nuestra alimentación sana para el buen vivir	
<i>Dulce Espinosa, Georgina Vences y Liza Covantes, Colectivo Zacahuitzco...</i>	83
Capítulo 5. La Cooperativa de Consumo Consciente Milpa como proceso vivo para el vínculo campo-ciudad	
<i>Roberto Paulo Orozco Hernández - ITESO y Cooperativa de Consumo Consciente Milpa, Marta Soler Montiel - Universidad de Sevilla, María del Carmen Cuéllar Padilla - Universidad de Córdoba, Mónica Patricia Morales Vázquez - Cooperativa de Consumo Consciente Milpa, Silvia Guadalupe Aguilar Slane - Cooperativa de Consumo Consciente Milpa.....</i>	105

Capítulo 6. El cuidado de la vida: economía feminista y agroecología

Valeria de León Roblero - Universidad Iberoamericana Puebla y Tianguis Alternativo de Puebla, Nadia Esclinda Castillo Romero - Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad Iberoamericana Puebla, Marcela Ibarra Mateos..... 131

Capítulo 7. Cultura alimentaria, consumo de alimentos y su impacto en la salud

Claudia Rodríguez, Leticia López Posada. Universidad Iberoamericana Puebla..... 155

Capítulo 8. Rastrillando el presente: milpas, cocinas y mercados como senderos de conciencia histórica

Héctor Nicolás Roldán Rueda - Departamento sociedad y cultura de El Colegio de la Frontera Sur, Chetumal..... 183

Capítulo 9. El consumo de alimentos en tianguis y mercados ecológicos: estrategias para reducir la brecha entre las redes agroecológicas y consumidores

Rocío Lorena Hernández Cabrera - Universidad Iberoamericana Puebla y Tianguis Alternativo de Puebla..... 203

Capítulo 10. Nuevos protagonistas de un consumo consciente

Rodrigo Rodríguez Guerrero - Centro Universitario de Incidencia Social (CoincidE); ITESO Universidad Jesuita en Guadalajara..... 235

Introducción

Ante el sistema dominante que beneficia a unos cuantos a expensas de la mayoría, que mercantiliza lo que puede y ve a la alimentación como un negocio en lugar de como un derecho, cada vez se hace más necesario organizarnos para construir formas de producir, distribuir, intercambiar y consumir que pongan la vida en el centro. Desde las agroecologías, las economías sociales y solidarias y los feminismos se han generado propuestas teóricas y prácticas, que en ocasiones dialogan o se encuentran entre ellas, para invitarnos a cuestionarnos las raíces estructurales de las desigualdades, los roles que tenemos como sujetos políticos y como sociedad, las relaciones que tejemos entre nosotras y con nuestro entorno, como también forma en que valoramos el trabajo y el lugar que damos al disfrute.

En la búsqueda de reflejarnos, de reconocernos en otras experiencias, de sabernos acompañadas, de conocer el trabajo de otras organizaciones, de vincularnos y aprender colectivamente, nace este libro. Quisimos incluir una diversidad de voces, experiencias, territorios, profesiones y disciplinas que permitieran visibilizar los diferentes contextos y realidades de las agroecologías y otras economías en México. Es por ello que invitamos a actores que trabajan, algunos desde hace más de 20 años, en organizaciones y colectivos que luchan por la soberanía alimentaria y la buena vida.

A su vez, este libro se genera en el marco del Proyecto Nacional de Investigación e Incidencia (PRONAI): “Fortalecimiento y habilitación de redes e iniciativas alimentarias de producción y consumo local de economía social y solidaria, en el marco territorial de la zona metropolitana Puebla-Tlaxcala”, que corresponde al eje de soberanía alimentaria, el cual fue financiado por Conahcyt y desde 2022 se ha construido con y para las 25 iniciativas y colectivos de productores y consumidores que integran la red Cosoali, con el afán de fortalecer el trabajo en el territorio y construir estrategias que beneficien a la comunidad.

Para buscar caminos dirigidos a solucionar la crisis múltiple actual, es importante realizar una lectura crítica de la realidad, buscar otras formas epistémicas que nos ayuden a entenderla, para actuar sobre ella e intentar construir alternativas de vida. Es necesario desarrollar una ciencia que inci-

da en la realidad y las diversas problemáticas. No se trata de crear soluciones mágicas, externas y positivistas, sino de construir procesos colectivos y participativos en los que los sujetos sociales puedan reflexionar colectivamente para actuar sobre su realidad (Freire, 2014). En el caso de las redes alimentarias alternativas, estas dinámicas se refuerzan a partir del diálogo entre diversas disciplinas y enfoques como la agroecología, los ecofeminismos y la economía social, que aportan elementos para la reflexión.

En este sentido, el libro tiene como objetivo intercambiar prácticas, saberes y reflexiones sobre las luchas por la soberanía alimentaria, las diversas formas gestión, las alternativas y los roles de diferentes actores de los sistemas alimentarios, poniendo en el centro la experiencia e incidencia de las y los autores, las cuales, a su vez, reflejan las voces de sus organizaciones.

El contenido de este libro nos lleva por un camino que recorre desde los procesos teórico-metodológicos, pasando por las experiencias de varios colectivos, hasta las reflexiones, desde diversas miradas, sobre las llamadas Redes Alimentarias Alternativas. El primer capítulo habla de los procesos metodológicos de investigación e incidencia, en los que la ciencia toma un sentido más político, en tanto pone la propuesta de investigación al servicio de las iniciativas para lograr construir colectivamente narrativas y prácticas conjuntas dirigidas a reforzar las redes alimentarias alternativas. En este capítulo se presentan las metodologías cualitativas y cuantitativas desarrolladas en el proyecto PRONAI de Soberanía Alimentaria “Fortalecimiento y habilitación de redes e iniciativas alimentarias de producción y consumo local de Economía Social y Solidaria en el marco territorial Puebla-Tlaxcala”, las cuales derivan de procesos de reflexión colectiva para la articulación y reforzamiento de las redes con las que se trabaja.

Como parte de la reflexión teórica, el capítulo dos presenta un análisis sobre la desmercantilización de la alimentación en clave de Economía Social y Solidaria, deteniéndose en algunas experiencias para abordar cómo las redes alimentarias alternativas podrían contribuir a este proceso. Del mismo modo, en el capítulo tres se hace un análisis sobre los conceptos de seguridad y soberanía alimentaria, el derecho a la alimentación adecuada y el papel de las RAA en la construcción de otro mundo posible.

En los capítulos cuatro y cinco se efectúa un recorrido por las experiencias de dos redes alimentarias alternativas, el Colectivo Zacahuiztco, de la Ciudad de México, y la Cooperativa de Consumo Consciente Milpa, de Guadalajara. Estas experiencias muestran la gestión colectiva de las redes para vincular el campo y la ciudad a través de los alimentos, lo que es articulado por la soli-

daridad y el trabajo colaborativo. A su vez, ponen sobre la mesa los avances que han tenido, pero también retos que deben enfrentar para alcanzar la sostenibilidad de sus proyectos.

El capítulo seis reflexiona sobre la participación de las mujeres en las redes alimentarias alternativas, visibilizando las múltiples actividades en las que participan: producción, transformación (procesamiento y cocina), distribución, comercialización y consumo en clave de economías feministas y de agroecología. Este capítulo incorpora al análisis de las redes elementos como el tema de los cuidados en la alimentación, los roles y las prácticas de las mujeres.

Para comprender las crisis de salud y las enfermedades crónicas presentes en la población actual, el capítulo siete analiza los cambios en la alimentación ocurridos en México durante las últimas décadas, las diversas amenazas a las dietas ancestrales, así como los patrones de consumo que han devenido de la globalización de la alimentación. Al mismo tiempo, reconoce las alternativas de alimentación disponibles en las experiencias de mercados locales que aportan a un consumo más saludable y reivindican el papel de la dieta en el cuidado de la salud.

El capítulo ocho realiza una reflexión sobre las cocinas, la milpa y los mercados, la cual aporta al estudio de las redes alimentarias alternativas incorporando dimensiones como la memoria, los vínculos sociales y las semillas, en tanto expresiones materiales y simbólicas de historia, experiencias, trabajo y lucha, en la búsqueda por crear estrategias y resistencias ante las diversas amenazas a los territorios.

Finalmente, el libro culmina con los capítulos nueve y diez, que ponen sobre la mesa el tema del consumo como acto político y como uno de los eslabones principales para las redes alimentarias alternativas. Estos capítulos visibilizan el papel de los consumidores y discuten las implicaciones éticas, sociales, políticas y ambientales presentes en las redes alimentarias alternativas de Puebla y Guadalajara, respectivamente.

En este libro se plasman las voces de quienes, además de reflexionar, sistematizar y teorizar sobre las redes, se organizan y ensayan formas colectivas para construir alternativas a los sistemas alimentarios hegemónicos desde lo local. A su vez, se busca que este libro sea una herramienta teórica, metodológica y práctica para quienes quieren organizarse o ya están organizados, para, de esta manera, alimentar la vida en comunidad.

I

Investigación e incidencia: métodos de reflexión y práctica para la construcción de redes alimentarias alternativas

Rocío García Bustamante (rocio.garcia@inecol.mx)

Rocío García Bustamante. Investigadores por México (IXM), Centro de Estudios e Investigación en Biocultura, Agroecología, Ambiente y Salud (CEIBAAS), Instituto de Ecología A.C. (INECOL)

En la actualidad se vive una crisis múltiple, que se expresa a nivel social, ambiental y económico; agravada por la pandemia, ésta ha exacerbado desigualdades. Una de sus múltiples expresiones tiene que ver con el derecho a tener una alimentación sana, el cual encuentra diversos obstáculos, a saber: la precariedad laboral, el aumento en los precios de los alimentos, el avance de la agroindustria en los sistemas alimentarios, la proliferación de dietas basadas en alimentos ultraprocesados y con grandes cantidades de grasas y azúcares; a ello se suman otros problemas sociales, como la desvinculación creciente de los pequeños productores de los sistemas alimentarios. Ello hace fundamental la construcción de alternativas alimentarias que mejoren el acceso a alimentos saludables, nutritivos, apropiados al territorio, que sean incluyentes y democráticos y den como resultado formas de vida más equitativas y sustentables.

Hoy se identifican diversos esfuerzos dirigidos a construir estas alternativas, las cuales son desplegadas por distintos sujetos en distintos territorios. El territorio constituye la base productiva estratégica desde la que se sostiene y reproduce la vida, donde los diversos sujetos se construyen con él, poniendo en marcha y disputando procesos de territorialización.

La construcción de alternativas, en este caso alimentarias, se sustenta en el planteamiento de nuevas territorialidades para la vida; a partir de ellas se intenta implementar sistemas de producción, distribución, comercialización e intercambio de alimentos desde las comunidades. Para hacerlo posible, se requiere la creación de redes que articulen procesos colectivos dirigidos a territorializar otros sistemas alimentarios, lo que hace necesario proponer metodologías participativas que permitan la construcción y reforzamiento de estas redes, de manera que los sujetos vayan acompañándose y vinculándose a fin de fortalecer y escalar dichas alternativas.

El objetivo de este capítulo es dar cuenta de las metodologías de investigación e incidencia, específicamente de las utilizadas en el proyecto “Fortalecimiento y habilitación de redes e iniciativas alimentarias de producción y consumo local, de Economía Social y Solidaria, en el marco del territorio de la zona metropolitana de Puebla-Tlaxcala” como parte de los Programas Nacionales Estratégicos en Investigación e Incidencia en Soberanía alimentaria (PRONAI) impulsados por actores sociales y académicos como la Universidad Iberoamericana Puebla y Desarrollo y Aprendizaje Solidario A. C.

Introducción

El contexto de crisis múltiple hace necesario buscar caminos que permitan la construcción colectiva de alternativas, que propongan y den lugar a realidades más solidarias, justas, equitativas y sustentables. En este sentido, se requiere que diversos actores sociales ensayen formas de organización colectiva para solucionar problemáticas comunes. La organización colectiva favorece procesos de resiliencia en épocas convulsas, entendiendo la resiliencia como “la habilidad de las comunidades de generar su infraestructura social para soportar shocks externos” (Altieri, 2013, p. 9), en tanto utilizan su capacidad de organizarse y reorganizarse ante cambios o perturbaciones en su realidad (García-Bustamante y Gracia, 2021).

Si nos enfocamos en el tema del derecho a una alimentación adecuada, podemos decir que es necesario conjuntar los esfuerzos de varios actores sociales que, desde sus contextos y capacidades, busquen colectivamente alternativas que les permitan acceder a una alimentación sana, justa, cultural y nutrimentalmente apropiada a su territorio. Así han nacido diversos proyectos contruidos desde lo local, entre ellos, las Redes Alimentarias Alternativas; éstas son conformadas por iniciativas que definimos como Iniciativas Agroalimentarias de Economía Popular, Social y Solidaria (IAEPSS), esto es, proyectos de producción, procesamiento, y/o intercambio de alimentos en contextos rurales y urbanos, desplegados por distintos actores sociales que intentan generar alternativas de trabajo, alimentación y vida desde lo local (García-Bustamante y De León, 2023).

Para generar y reforzar la organización social, es importante que estas iniciativas se tejan en el territorio, conformando redes que permitan la conexión entre ellas, de manera de influir coordinadamente en los procesos productivos, distributivos, de comercialización/ intercambio y consumo, a fin de fortalecerse y crear sistemas alimentarios locales contruidos con base en otras lógicas productivas y de vida.

Al articularse con los esfuerzos de otros actores sociales, como universidades e instituciones, buscando crear sinergias, estos procesos organizativos se enriquecen. No obstante, es importante que la organización social de la que dan cuenta los colectivos desarrolle su autogestión y su autonomía, para no caer en las dinámicas asistencialistas que han viciado las políticas públicas implementadas por los gobiernos neoliberales.

Actualmente existen políticas de apoyo a los procesos agroecológicos y a las redes de producción y consumo, por ejemplo, los Programas Nacionales Estratégicos de Investigación, cuyo objetivo es propiciar iniciativas locales y conjuntar esfuerzos para la creación de una red territorial que permita conectarse y dirigir dichos esfuerzos hacia la construcción de sistemas alimentarios más justos.

Estos programas tienen como base la participación de diversos actores sociales en el territorio, a fin de mantener procesos dinamizadores y evitar una visión utilitarista y clientelar. Para garantizarlo, resulta fun-

damental el uso de metodologías participativas que partan del interés comunitario genuino; esto supone que las propias iniciativas señalen cuáles son sus necesidades, creen y compartan vínculos y discursos para abonar a la reflexión colectiva, identifiquen los valores que las unen, su sentido político y establezcan horizontes comunes que marquen su ruta.

Las metodologías participativas conllevan “otra” forma de hacer ciencia, una ciencia con sentido político, que ponga en el centro a la sociedad y al colectivo con el que se trabaja. En este proyecto, las investigadoras somos parte de los colectivos; ello da la oportunidad de superar las posturas positivistas que separan al sujeto del objeto de estudio. En este sentido, buscamos otras formas de construcción de conocimiento, que partan de los mismos sujetos y se conecten con las prácticas y su dimensión política.

En este capítulo mostraremos la metodología utilizada para trabajar con las Redes Alimentarias Alternativas (RAA) en la constitución de la que llamamos red Cosoali (Construyendo Soberanía Alimentaria) en los territorios de Puebla-Tlaxcala, teniendo como base la investigación-incidencia, con la intención de fortalecer las redes en el territorio.

Marco teórico: de las RAA, el territorio y lo político

Las redes alimentarias alternativas (RAA) nacen en contraposición al sistema alimentario hegemónico, el cual se caracteriza por haber sido cooptado por grandes capitales y corporaciones que acaparan los sistemas productivos y distributivos (Gasca y Torres, 2014) del sistema social, económico y político impuesto por el capitalismo global, representado por empresas transnacionales y organismos internacionales (Sánchez Hernández, 2009, p. 190). Estas redes pueden ser consideradas como experiencias enmarcadas en lo que llamamos “sociología de las emergencias”, es decir, experiencias sociales existentes y disponibles (De Sousa, 2012), pues devienen de procesos gestados en el territorio por diversos actores sociales: productores, consumidores, gestores, universidades, organizaciones y colectivos.

Dichas redes se expresan de diversas formas, entre las que destacan: mercados y tianguis, cooperativas de consumo, canasteros y tiendas solidarias, huertos urbanos, alimentos regionales, comercio justo, mercados de trueque, entre otros.

Asimismo, estas redes se consideran alternativas porque, a diferencia de los sistemas capitalistas, visibilizan a actores sociales que han sido desplazados y negados por los sistemas agroalimentarios industriales (García-Bustamante, 2015). Además, ofrecen un lugar para recuperar la sociabilidad, los vínculos y provocar el estrechamiento de lazos en los intercambios, como sucede en los tianguis; tales intercambios ocurren materialmente en el propio intercambio de alimentos, insumos y otros productos, y simbólicamente, dando lugar a narrativas, discursos y posicionamientos de sus participantes (García-Bustamante, 2015).

Otros autores definen las redes alimentarias alternativas (RAA) como “mecanismos, sistemas, circuitos o canales de producción, distribución y consumo de alimentos que se fundamentan en la re-conexión o comunicación cercana entre productor, producto y consumidor, que articulan nuevas formas de relación y gobierno de la red de actores y que estimulan una distribución del valor más favorable a los productores originarios” (Winter 2003a, 2004; Watts et al., 2005, citado en Sánchez Hernández, 2009, p. 188). Es así como las redes propician articulaciones, estrechando vínculos entre productores y consumidores y entre campo y ciudad, buscando, al mismo tiempo, un precio más justo para ambos.

Para hablar de las RAA, es necesario hacerlo en el marco de los territorios en que se asientan. El territorio es una construcción social que se funda en la interacción de factores biofísicos y culturales, la cual se desarrolla de manera dinámica y cambiante a través del tiempo (Rodríguez, 2010). Es un espacio en donde se pueden desplegar y ensayar prácticas de producción y reproducción de la vida, conforme a las particularidades culturales, identitarias, históricas materiales y subjetivas. Así, las RAA son determinadas por los territorios en que se desenvuelven, pero también por los sujetos que allí habitan. Si pensamos la territorialización como las dinámicas sociales que se despliegan en el territorio (Ramos, 2015), las RAA podrían constituir o abonar a la reterritorialización, es decir, favorecer otras formas de ser y estar en el territorio mediante el ensayo de

maneras de producir, distribuir, comercializar e intercambiar alimentos distintas de las que caracterizan a los sistemas agroindustriales, poniendo en el centro el sostenimiento de la vida y articulando a sujetos diversos que comparten la búsqueda de alternativas de trabajo, alimentación y vida (García-Bustamante, 2019).

Es necesario pensar a las RAA desde las Economías Populares, Sociales y Solidarias, que hacen una apuesta por resignificar el trabajo y las relaciones económicas que se despliegan en ellas. En tanto ponen en el centro la vida y su sostenimiento, regresan a los alimentos su valor de uso, identificando las necesidades legítimas de alimentación y reconociendo el valor cultural y nutrimental de los alimentos. Decimos que las RAA se inscriben en el marco de la economía popular, pues relacionan la economía con el trabajo, es decir, con los “trabajadores” y sus unidades domésticas (Coraggio, 2007), ya que se involucran en las parcelas, los hogares y demás espacios productivos, que, muchas veces, también son los espacios reproductivos.

Estas iniciativas no sólo promueven los intercambios siguiendo esta lógica; también dan lugar a procesos organizativos y productivos, apelando a formas de producción agroecológicas. La agroecología tiene sus raíces en la agricultura tradicional y adapta sus prácticas a las particularidades locales de cada territorio, para que los pequeños productores no dependan de fertilizantes químicos (Rosset y Altieri, 2019). Este tipo de fertilizantes caracterizó a la revolución verde y a un sistema productivo que funciona conforme lógicas neoliberales y mercantiles, expresando una visión de la alimentación como negocio más que como derecho. Así, la agroecología puede verse como un modo de resistir al avance de los sistemas industriales (Gliessman, 2013). De acuerdo con la FAO (2018), la agroecología preserva el tejido social, mejora la nutrición de las poblaciones, integra distintos conocimientos y saberes, preserva los recursos naturales y mejora la resiliencia de las poblaciones rurales. Puede expresarse y visibilizarse en los sistemas alimentarios locales, hilvanando procesos productivos, pero también de distribución, intercambio y comercialización e incluso de consumo; así, las RAA son fundamentales para el fortalecimiento de la agroecología.

Asimismo, las RAA podrían impulsar la constitución de sujetos sociales, puesto que permitirían, desde las actividades productivas, de intercambio y de consumo, sensibilizar y crear discursos que lleven a desplegar prácticas sociales y políticas, para posibilitar la construcción de otras formas de vida (García-Bustamante, 2015). Los proyectos que se despliegan en ellas pueden abonar a la constitución de sujetos, si consideramos que “la transformación a sujeto sólo es posible a través del reconocimiento del otro como un sujeto que también trabaja, a su manera, para combinar una memoria cultural con un proyecto instrumental” (Touraine, 1997, p. 65). Es importante señalar que este proceso de constitución de sujetos es dinámico e inacabado, pues la realidad está en movimiento, es multidimensional y es la síntesis de procesos temporales diversos (Zemelman, 1990).

Las RAA dan lugar a prácticas económicas, sociales y organizativas que ensayan formas encaminadas hacia la “reproducción ampliada de la vida, la cual implica un proceso en que, por encima del nivel de reproducción simple, se verifica durante un periodo prolongado (por ejemplo, una generación) un desarrollo sostenido en la calidad de vida de sus miembros” (Coraggio, 1999, p. 1) a través de procesos de producción, distribución y/o intercambios.

Por otra parte, las RAA implican organización social construida desde el diálogo entre diferentes sujetos sociales, ya sea en lo rural o en lo urbano; ello genera vínculos y significaciones compartidas a partir de intercambios materiales y simbólicos, en los que se intercambian alimentos, pero también saberes, discursos, motivaciones, anhelos, retos (García-Bustamante, 2015). Es entonces que la alimentación, los intercambios, incluso el consumo, cobran un sentido compartido, un sentido político, que, al conectarse en las redes, puede ampliarse y tener implicaciones territoriales.

Por lo anterior, este proyecto se propuso articular los esfuerzos de diversas RAA y conjuntar a los colectivos en la llamada red de redes Cosoali (Construyendo Soberanía Alimentaria), la cual intenta abonar a la organización social, no sólo para unificar los esfuerzos de intercambio de alimentos, sino para acompañarse y, en colectivo, buscar alternativas de trabajo y de vida. Para esto, es fundamental proponer metodologías que permitan impulsar la constitución y reforzamiento de las redes.

Las redes e iniciativas en el territorio Puebla Tlaxcala

Este proyecto se desarrolló en el territorio de los estados de Puebla y Tlaxcala, especialmente en la zona metropolitana. Ésta se caracteriza por su alto grado de urbanización y su proceso de metropolización. Está conformada por 19 municipios del estado de Puebla y 20 del estado de Tlaxcala y ha mostrado un alto crecimiento debido a la formación de un área conurbada con los municipios de Amozoc, Cuautlancingo, San Pedro Cholula, San Andrés Cholula y Ocoyucan en el estado de Puebla, así como de San Pablo del Monte y Papalotla en el estado de Tlaxcala. De acuerdo con el Sistema Territorial de Información del Estado de Puebla, la región es de las más pobladas del país, concentrando 3 180 644 habitantes, de los cuales 52.2% son mujeres.

Una de las principales características de esta zona es que 50.7% de su población se encuentra en condición de pobreza, 42.4% en pobreza moderada y 8.2% en pobreza extrema. Asimismo, 12.7% de la población de la zona metropolitana registra rezago educativo, 33.7% tiene carencias en el acceso a la salud y 59.6% no tiene acceso a seguridad social (ENIGH, 2022).

Otro dato importante es que, según el informe sobre Índice de Tendencia Laboral de la Pobreza (Coneval, 2023), las regiones centro y sur de México registran uno de los mayores niveles de pobreza laboral, es decir, de personas que no pueden acceder a comprar la canasta básica con su ingreso laboral, que en esta zona representan alrededor de 34%. Es importante señalar que, en los estados de Puebla y Tlaxcala, la pobreza laboral es mayor en las zonas rurales que en las urbanas, superando el 50%.

Aunado a lo ya señalado, la pandemia provocó un gran impacto económico en la zona centro del país. Si bien en el conjunto de esta zona tienen lugar las actividades económicas más dinámicas, la crisis sanitaria ocasionó un retroceso importante. De acuerdo con datos del INEGI, en 2020 hubo presiones en el mercado del trabajo, pues se redujo la fuerza laboral en 17.4%. Aunque se ha evidenciado una mejora en los últimos dos años, ésta no ha sido suficiente para alcanzar los niveles anteriores a la pandemia.

Este panorama hace necesario desarrollar sistemas alimentarios locales mediante la conformación de redes que permitan disminuir la dependencia alimentaria, que promuevan las economías locales e integren a los distintos proyectos alimentarios ya existentes en el territorio.

Por ello realizamos una búsqueda de iniciativas alimentarias localizadas en el territorio Puebla Tlaxcala en bases de datos, así como trabajo de campo, lo que nos permitió identificar 49 iniciativas (RAA) en el estado de Puebla y 51 en Tlaxcala, concentradas principalmente en la zona metropolitana. Las metodologías fueron aplicadas en estas iniciativas, pues la intención era empezar por los proyectos ya existentes.

Inicialmente se aplicó un cuestionario que nos permitió reconocer las iniciativas que desarrollaban prácticas ecológicas, solidarias, de intercambio local y de organización comunitaria. Con este primer diagnóstico identificamos varias RAA, especialmente mercados, tianguis, tiendas solidarias y canasteros, cuyos objetivos son reducir la brecha entre el consumidor y el productor; producir alimentos saludables, sustentables y con aporte al medio ambiente; conservar y fomentar las semillas de maíz criollas y otras semillas nativas; contribuir a la soberanía alimentaria, al desarrollo comunitario y al mejoramiento de la economía de los productores y productoras. Las RAA se distinguen de otras iniciativas o proyectos alimentarios por sus valores y convicciones, así como por su trabajo y búsqueda de mejoras para la comunidad. Al identificarlas, se reforzó la idea de crear una red de redes a nivel territorial, para producir e intercambiar alimentos agroecológicos. Además, las redes permiten compartir experiencias y aprendizajes, construir apoyo mutuo y comercializar, lo que fortalece a las organizaciones y crea vínculos.

Un porcentaje mayoritario de las iniciativas, 60%, se enfoca en la producción agroecológica, 21.4% se dedica a la comercialización e intercambio y 14.3% realiza acompañamiento, ya sea productivo, de comercialización y/o comunitario; sin embargo, solamente 16% de estas iniciativas están constituidas formalmente y cuentan con una figura legal.

Un dato importante a resaltar es que 30% de las organizaciones productivas son nodales; esto quiere decir que tienen impacto en las comunidades cercanas, vinculando experiencias en su territorio inmediato.

Por otra parte, 28% de estas iniciativas se encuentran en estatus de consolidación o cerca de alcanzarla, lo que da cuenta de que las organizaciones han afianzado su trabajo en cuestiones alimentarias y de vinculación comercial, ya sea como nodos, esto es, como conjunto de organizaciones vinculadas, o bien como proyectos locales de producción y comercialización. Entre las organizaciones consolidadas destacan: Tosepan, Chicome, Tianguis Alternativo de Puebla, Mercado Agroecológico de Tlaxcala, Artemali, Ecoalimentos Consumo Consciente y Tij Toca. Entre las organizaciones próximas a consolidarse figuran Cosecha y Tierra Grande. Asimismo, se identificó que 64% de las iniciativas están en vías de desarrollo, lo que quiere decir que la gran mayoría de quienes participan en el proyecto tienen experiencia significativa en procesos de producción y esperan consolidar sus actividades de intercambio y comercialización.

Métodos para trabajar en colectivo

La importancia de las metodologías de investigación e incidencia

Buscar alternativas a la crisis múltiple actual implica superar las dinámicas de la ciencia convencional, la cual es atravesada por relaciones de poder, caracterizándose por su visión utilitarista y dicotómica, que separa al sujeto del objeto; esto lleva a objetivizar al “otro”, que es ajeno y es mirado con ojos externos, muchas veces descontextualizado de su realidad “estudiada”; además, la ciencia convencional concibe el mundo siguiendo una comprensión occidental (De Sousa, 2012). Ello vuelve necesario encontrar otras formas epistémicas, que nos ayuden a entender la realidad para actuar en ella e intentar construir “lo posible” en aras de alcanzar un futuro otro, el cual puede cimentarse en lo potencial, es decir, en la energía presente encaminada a posibilitar la existencia en el futuro (Zemelman, 2010).

Se requiere una ciencia que permita y allane el camino hacia la constitución de sujetos capaces de cambiar su realidad. Si consideramos que “el sujeto se constituye a través de procesos socializadores y de los cuales resultan sus comportamientos, emociones, cogniciones y acciones” (Veronese, 2006), el desarrollo de las RAA y las iniciativas que las componen

(IAEPSS) pueden representar caminos de construcción e hilvanamiento de proyectos, de organización social, de implementación de trabajo colectivo que desemboque en el reforzamiento y desarrollo de iniciativas que, en el proceso, abonen a la constitución de sujetos. El desarrollo de redes puede dar lugar a la creación de significaciones compartidas, a la construcción de lazos y vínculos, al intercambio de conocimientos y el desarrollo de un sentido que dé a estos sujetos un componente político.

Como afirmaba Freire (2014), estos procesos deben acompañarse de metodologías que favorezcan que los sujetos aprendan a leer el mundo con sus propias palabras, que los lleven a empoderarse e implicarse en su propia realidad, tomando conciencia de ésta y comprometiéndose en la praxis. Los procesos de investigación e incidencia intentan reconocer a los sujetos en sus diversas formas y en su capacidad de hacer y de proponer acciones que les permitan seguir siendo en y con su territorio, esto es, llevar a cabo la reterritorialización siguiendo otras lógicas ambientales, sociales, económicas y políticas. Así, es importante acompañar metodológicamente la construcción de RAA que posibiliten una visión territorial y de los sujetos que constituyen el territorio. No se trata de ofrecer soluciones desde afuera, sino de articular las experiencias individuales y colectivas para gestionar lo común, en este caso, la alimentación, el trabajo y la vida. Las metodologías deben motivar la participación de la comunidad e integrar procesos de aprendizaje (colectivo) a fin de sensibilizar a los sujetos y hacer posible una acción consciente que permita transformar el mundo (Freire, 2010). Se debe asegurar que los aprendizajes colectivos permitan no sólo transferir conocimiento, sino también crear las posibilidades para su producción o construcción (Freire, 2012).

Así, este proyecto busca un viaje entre la acción-reflexión-acción en colectivo en el que los procesos de incidencia se marcan de manera muy particular, para compartir experiencias, desarrollar intercambios, aprendizajes y prácticas. Este viaje debe ser acompañado por la sistematización, entendida como “la posibilidad de construir conocimiento sobre las experiencias disponibles, para mejorar la participación y la acción social transformadora y como insumo para la producción de conocimiento sobre la práctica de la educación popular” (Torres Carrillo y Barragán Cordero, 2017).

Atendiendo lo que hemos señalado, en este capítulo presentamos las metodologías implementadas en los procesos de investigación-incidencia; éstas se desarrollaron con la finalidad de cumplir el objetivo de reforzar y constituir RAA en el territorio Puebla-Tlaxcala, para identificar elementos comunes que puedan ser replicados en otros territorios, abonando así a la transformación de los sistemas alimentarios locales.

De los objetivos de investigación-incidencia

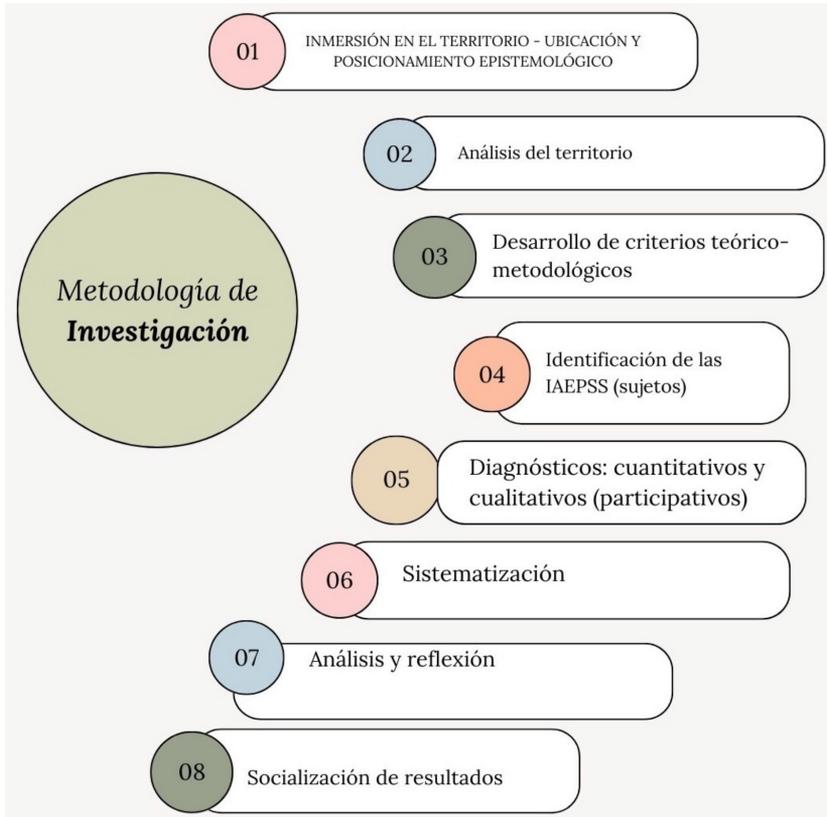
El presente proyecto tuvo dos tipos de objetivos, los de investigación y los de incidencia. Los objetivos de investigación se enfocaron en diseñar y establecer elementos de identificación, evaluación y análisis que abonaran al desarrollo de redes de producción, distribución, comercialización y consumo, en concreto, de RAA; éstas son conformadas por iniciativas alimentarias de Economía Popular, Social y Solidaria (IAPESS) asentadas en la zona metropolitana de Puebla-Tlaxcala.

Los objetivos de incidencia implicaron establecer elementos que coadyuvaran a la construcción y el fortalecimiento de Redes Alimentarias Alternativas desde una perspectiva territorial, con énfasis en la constitución de sujetos mediante el intercambio de capacidades y aprendizajes, fomentando los diálogos compartidos y la organización social. La meta era generar una propuesta de incidencia replicable en diversos territorios, de manera de abonar a la creación de sistemas alimentarios locales justos, solidarios, ecológica y nutrimentalmente pertinentes.

Estrategia metodológica

Para este proyecto, se propuso una estrategia metodológica en la que se utilizaron dos enfoques: el de investigación y el de incidencia. Aunque éstos se desarrollaron de manera paralela, cada uno mantuvo sus propias dinámicas, algunas veces coincidentes. En el siguiente apartado desglosamos cada uno de ellos.

Cuadro 1. *Proceso metodológico de investigación*



FUENTE: *elaboración propia, 2023.*

Como vemos en el cuadro 1, el proceso metodológico de investigación comienza con el reconocimiento del territorio y la inmersión en él, lo que se acompaña del posicionamiento epistemológico del investigador o investigadora. Reconocer el territorio implica identificar a los sujetos que lo habitan, los procesos de territorialización que tienen lugar en él, los factores externos que lo afectan y demás desafíos a los que se debe hacer frente. Se trata de una labor artesanal y antropológica, que brindará elementos para diseñar la investigación participativa. En este sentido, resulta fundamental contestar las siguientes preguntas: ¿quiénes habitan el territorio?, ¿qué problemáticas se identifican en él?, ¿qué se

quiere hacer?, ¿por qué y para qué? Esto permitirá dar sentido al trabajo. Asimismo, es importante establecer una postura epistemológica, proponer marcos teóricos que fomenten la participación y el intercambio de saberes para propiciar el involucramiento de los sujetos en la reflexión y la acción y estimular la acción dirigida a dar solución a sus problemáticas. Esto posibilitará que en la constitución y fortalecimiento de RAA se desplieguen procesos participativos de co-construcción.

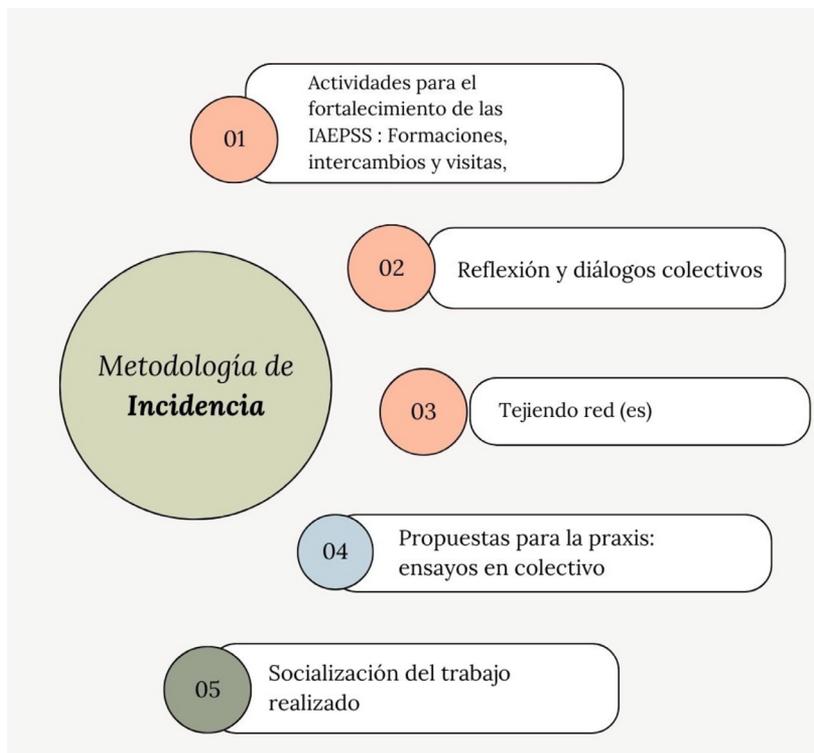
Una vez inmersos en el territorio, se plantea la realización de un análisis del mismo que complemente y sistematice información de todo tipo, ya sea existente y/o por recabar, de tal suerte que, a la vez, se realice un análisis del contexto. La información recabada debe abonar al reconocimiento participativo de las principales problemáticas, a fin de proponer alternativas de solución a las mismas en las que los sujetos se reconozcan.

La investigación-incidencia requiere el establecimiento de algunos criterios metodológicos que guíen y permitan planificar el proceso. Algunos de los criterios establecidos para las RAA fueron: caracterización de sujetos sociales, procesos históricos territoriales, género, reconocimiento de saberes locales, dinámicas organizativas, trabajo colectivo, prácticas agroecológicas y de Economía Social y Solidaria, ubicación espacial.

Tras definir los criterios metodológicos e identificar a los sujetos sociales, se realizaron diagnósticos participativos que hicieron posible que los sujetos se reconocieran en el territorio, que pudieran escucharse e intercambiar narrativas sobre sus principales problemáticas, en este caso, referidas a las redes locales de producción, distribución, intercambio y consumo. Se sistematizaron los resultados de los diagnósticos y se presentaron a los distintos sujetos utilizando diversos tipos de comunicación, tanto informativa como deliberativa.

Este proceso metodológico permite a los sujetos identificar sus problemáticas, retos, y motivaciones en colectivo, al tiempo que brinda información para la implementación de estrategias y acciones que pueden realizar en conjunto, de acuerdo con las capacidades colectivas disponibles y/o potenciales.

Cuadro 2. *Proceso metodológico de incidencia*



FUENTE: *elaboración propia, 2023.*

Los procesos de investigación e incidencia son convergentes. Una vez desplegada la investigación participativa, se hace énfasis en la acción. Para la construcción y/o fortalecimiento de las RAA con base en la información proporcionada por los diagnósticos participativos, se realizaron actividades encaminadas hacia cada una de las áreas de oportunidad de las siguientes fases:

1. Organizativa
2. Productiva, de procesamiento e insumos
3. Distribución y logística
4. Comercialización e intercambio
5. Consumo y autoconsumo

Se busca que cada una de estas áreas sea cubierta por las capacidades de diferentes organizaciones o miembros de la red, estimulando una serie de intercambios de conocimientos. Dichos intercambios pueden darse en diferentes formas y con distintas intensidades. Para este proyecto se propusieron: formaciones y talleres, intercambios de saberes, insumos, semillas y productos, así como visitas a los diferentes proyectos y/o iniciativas. Se sugiere que en estas dinámicas participen distintos actores sociales, entre ellos, universidades e instituciones además de otras organizaciones afines, con el objetivo de ampliar la incidencia.

En los distintos encuentros que tienen lugar en los espacios colectivos se comparten narrativas y se construyen discursos. Tomando en cuenta que el encuentro humano entre las iniciativas es fundamental para el fortalecimiento de las redes, se propuso realizar dinámicas de intercambio y reflexión colectiva creando espacios de discusión en los que pudieran expresarse distintas narrativas, compartir motivaciones, anhelos y retos, de manera de construir sentido colectivamente. Se trata de que los sujetos se constituyan al aprender a leer el mundo con sus propias palabras, de estimular el diálogo a partir de centrarse en su propia realidad, para buscar solución a sus problemas; se pretende que se vean a sí mismos como sujetos plurales, capaces de hacer cambios y de realizar propuestas que les permitan mantenerse en su territorio, estar activos, sensibilizados y formados.

En este sentido, se plantea incentivar la construcción de la identidad colectiva de la red, promover el sentido de pertenencia a la misma, enunciar valores comunes y hasta un código de ética que posibilite estar atento a la participación y la defensa de los valores propuestos en colectivo; incluso, invitar a soñar y a trazar un horizonte común. Asimismo, es fundamental construir formas de gobernanza de la red de manera participativa, estableciendo modos de autogestión y autonomía.

Una vez establecido un piso organizativo común, se sugiere realizar ensayos y prácticas para la construcción de lo colectivo. Puede ser a través de pequeños ejercicios como la compra conjunta de insumos, el aprovechamiento de lugares comunes para la venta y el intercambio, visitas entre organizaciones, intercambio de información, entre otros. Para evitar el desgaste de las iniciativas, se recomienda comenzar siempre realizan-

do actividades que proporcionen mayor incidencia y requieran menor esfuerzo.

La intención es promover la vinculación y la articulación consistente entre los colectivos, y que éstas se acompañen de colaboraciones concretas que fomenten la comunicación y el diálogo constante, así como la socialización de las actividades y los resultados obtenidos.

Avances y retos en la investigación-incidencia de la RAA

Entre los avances que derivan de los procesos metodológicos de investigación-incidencia, se puede mencionar la potencialidad que se logra en lo colectivo; “lo colectivo fortalece”, pues los sujetos se organizan para resolver problemas e intercambiar y reforzar acciones ante retos y problemáticas identificadas colectivamente. Así, se promueve el potencial de cada iniciativa, pues unas son fuertes en determinado tema, mientras que otras lo son en otro.

Asimismo, en la construcción de redes alimentarias alternativas las metodologías de investigación e incidencia propician el reconocimiento de los sujetos, de sus saberes y capacidades, lo que da cuenta de otro tipo de ciencia social, caracterizada por su sentido crítico y propositivo. Esto coincide con el hecho de que actualmente hay una coyuntura de políticas públicas encaminadas a promover la agroecología, la economía social y la soberanía alimentaria. Aunado a ello, diversos actores sociales están interesados en el reforzamiento de las redes: instituciones, academia, incluso la sociedad civil en su calidad de consumidora. Un ejemplo de ello son los PRONAI, Programas Nacionales Estratégicos de Investigación e Incidencia, enfocados específicamente en la soberanía alimentaria.

No obstante, aun cuando se han concretado avances, todavía existen muchos retos. Uno de ellos tiene que ver con el alcance que pueden tener las RAA dadas sus diversas condiciones económicas y sociales. Si bien han surgido como alternativas a la alimentación y la comercialización a nivel local, en muchos casos no han logrado afianzarse y carecen de una sostenibilidad económica fuerte. Muchos de quienes integran estas iniciativas buscan diversificar sus actividades para complementar sus ingresos

familiares, especialmente las mujeres, entre las que se evidencia una sobrecarga de trabajo, pues además de intentar generar y diversificar sus ingresos, se hacen cargo de los trabajos de cuidado, lo que da lugar a que cuenten con poco tiempo disponible para dedicar al trabajo en las redes.

Otro factor que impacta en la incidencia de las RAA es el contexto de desigualdad y los problemas estructurales existentes en el país, a lo que se suman las distintas amenazas a los territorios (violencia, cambio climático, acceso a bienes comunes, competencia con grandes capitales, entre otras). Específicamente, en el caso de las redes de producción y consumo se identifican retos fuertes en los sistemas de transporte y almacenamiento (para los alimentos locales), problemas y necesidades logísticas, formalización y facturación en el proceso de venta (derivados de la informalidad de las actividades productivas), así como las condiciones y posibilidades laborales de los gestores. La construcción de redes debe hacer frente a muchos obstáculos y no depende solamente de voluntades.

Uno de los retos más importantes tiene que ver con la continuidad en la construcción de RAA. Aunque programas como los PRONAI pueden abonar a ésta, es fundamental que los sujetos sean parte de su continuidad. Las IAEPSS deben ser capaces de autogestionar las redes, de construir procesos de gobernanza a su interior y de establecer compromisos y roles. Para eso, es necesario sentar bases organizativas, autónomas, democráticas y participativas al interior de las mismas.

Asimismo, los procesos de investigación deben buscar la continuidad de los proyectos más allá de las coyunturas políticas, como también mantener y estimular la reflexión colectiva con los sujetos, realizar esfuerzos de sistematización y generación de información que permitan tener un panorama de las problemáticas y actuar sobre ellas, y proseguir con los procesos participativos y de co-construcción de conocimientos.

Conclusiones

Los procesos metodológicos participativos son fundamentales en la construcción de redes alimentarias alternativas. Es importante crear procesos de investigación social con incidencia que den sentido al traba-

jo realizado. En este documento se proponen y entretienen propuestas a nivel territorial, en las que los sujetos cobran un papel fundamental en la búsqueda y la creación de soluciones a sus propias problemáticas y necesidades. A partir de diagnósticos participativos, se genera información para la acción y la toma de decisiones en las redes; se identifican los recursos materiales y simbólicos disponibles, así como la capacidad de agencia de los sujetos para la construcción de redes de producción y consumo. La intención es reforzar de manera colectiva los esfuerzos y facilitar las vinculaciones que permitan articular las redes que coinciden en el territorio.

En los procesos de incidencia resulta crucial estimular la reflexión conjunta, a fin de que los sujetos puedan discernir, elaborar narrativas, lenguajes comunes, imaginar escenarios, compartir anhelos y, así, dar sentido a sus acciones. Para esto, se proponen prácticas como el intercambio de saberes, visitas, ferias, conversatorios, seminarios, etc., realizados de manera participativa y en diálogo con otros actores aliados presentes en los territorios.

La construcción de redes requiere tiempo, trabajo y constancia. Además, deben desarrollarse estructuras de gobernanza democráticas y participativas, apuntando hacia la autonomía de las mismas.

Por último, cabe señalar que no existen recetas únicas para la construcción de redes alimentarias alternativas; lo que sí hay son elementos comunes que pueden ser replicados en otros contextos, reconociendo que cada territorio tiene sus particularidades históricas, físicas, socioculturales, económicas, tecnológicas y de sujetos presentes. Es importante aprender de la experiencia, la compartida y la propia, a través del diálogo y la sistematización, siempre con la disposición y el sentido de abonar a la construcción de lo colectivo y común.

Bibliografía

Altieri, M. A. (2013). Construyendo resiliencia socio-ecológica en agroecosistemas: algunas consideraciones conceptuales y metodológicas. En Nicholls,

- C., Ríos, L. A., Altieri, M. A. (Eds.), *Agroecología y resiliencia socioecológica: adaptándose al cambio climático* (pp. 94-104). SOCLA/ Redagres/CYTED.
- Coneval (2023). Informe de pobreza laboral del segundo trimestre de 2023. Coneval. https://www.coneval.org.mx/Medicion/Paginas/ITLP-IS_pobreza_laboral.aspx [Consultado el 1 de septiembre de 2023].
- Coraggio, J. L. (1999). Una perspectiva alternativa para la economía social: de la economía popular a la economía del trabajo. En *Política social y economía del trabajo. Alternativas a la política neoliberal para la ciudad* (p. 21). Miño y Dávila Editores/UNGS. http://base.socioeco.org/docs/coraggio_persp_altern_esp.pdf
- _____ (2007). Una perspectiva alternativa para la economía social: de la economía popular a la economía de trabajo. En Coraggio, J. L. (Org.), *La economía social desde la periferia. Contribuciones latinoamericanas* (pp.165-194). Altamira.
- ENIGH (2022). *Encuesta Nacional de Ingresos y Gastos de los Hogares 2022*. INEGI. Disponible en: <https://www.inegi.org.mx/programas/enigh/nc/2022/>
- FAO (2018). *Los 10 elementos de la agroecología, guía para la transición hacia sistemas alimentarios y agrícolas sostenibles*. FAO. L, 12. <http://www.fao.org/3/i9037es/i9037es.pdf>
- Freire, P. (2010). *¿Extensión o comunicación?* (20a ed.). Siglo XXI editores.
- _____ (2012). *Pedagogía de la autonomía: saberes necesarios para la práctica educativa* (2a ed.). Siglo XXI editores.
- _____ (2014). *Pedagogía de la esperanza: un reencuentro con la pedagogía del oprimido*. Siglo XXI editores.
- García-Bustamante, R., y de León, V. (2023). Sosteniendo la vida en comunidad: mujeres y alimentación en tiempos de covid (no publicada).
- García-Bustamante, R., y Gracia, A. (2021). Construyendo resiliencia alimentaria local. Experiencias de circuitos cortos en el centro y sureste de México. *Agricultura, Sociedad y Desarrollo*, 18(4).
- García-Bustamante, R. (2019). Nodos, actores y discursos en la generación de alternativas alimentarias locales en Quintana Roo y Yucatán 2000-2016. *Intersticios Sociales*, 17, 175-202. <http://repositorio.unan.edu.ni/2986/1/5624.pdf>
- _____ (2015). *Tianguis Alternativos Locales en México como puntos de encuentro micropolítico: en la búsqueda de posibilidades de vida en el presente*. Tesis de doctorado en Economía Política del desarrollo. BUAP.

- Gasca, J., y Torres, F. (2014). El control corporativo de la distribución de alimentos en México. *Problemas Del Desarrollo*, 176(45), 133-155.
- Gliessman, S. (2013). Agroecología: plantando las raíces de la resistencia. *Agroecología*, 8(2), 19-26.
- INEGI (2020). *Resultados de la encuesta nacional de ocupación y empleo. Cifras durante el cuarto trimestre de 2020*. Disponible en: https://www.inegi.org.mx/contenidos/saladeprensa/boletines/2021/enoe_ie/enoe_ie2021_02.pdf
- Ramos, G. C. D. (2015). Configuraciones del territorio: desarrollo, desarrollismo, transiciones y alternativas. *Argumentum*, 7(2), 32. <https://doi.org/10.18315/argumentum.v7i2.9556>
- Rodríguez Muñoz, F. V. (2010). Regímenes, sistema y crisis agroalimentaria. *El Otro Derecho*, 42, 45-74.
- Sánchez Hernández, J. L. (2009). Redes alimentarias alternativas: concepto, tipología y adecuación a la realidad española. *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles*, (49), 185-207.
- Sistema de información territorial del Estado de Puebla. <https://dduia.puebla.gob.mx/SITEP/apartados/zonaM.php#:~:text=La%20Zona%20Metropolitana%20Puebla%20-%20Tlaxcala,20%20del%20estado%20de%20Tlaxcala> [Consultado el 31 de agosto de 2023].
- Sousa Santos, B. de (Coord.) (2012). *Producir para vivir*. Los caminos de la producción no capitalista (1ª reimpresión). FCE.
- Torres Carrillo, A., y Barragán Cordero, D. (2017). *La sistematización como investigación interpretativa crítica*. Afro Editores e impresores, p. 140.
- Touraine, Alain (1997). *¿Podremos vivir juntos? Iguales y diferentes* (pp. 69-98). FCE.
- Veronese, M. (2006, julio-diciembre). Subjetividade, trabalho e solidariedade. *Aletheia*, (24), 105-113.
- Zemelman, H. (2010). Sujeto y subjetividad: la problemática de las alternativas como construcción posible. *Polis*, 9(27), 355-366. <https://doi.org/10.4067/S0718-65682010000300016>
- Zemelman, H., y Valencia García, G. (1990, mayo-agosto). Los sujetos sociales, una propuesta de análisis. *Acta Sociológica*, III(2), 89-104, "Nuevos Sujetos Sociales". FCPyS-UNAM.

La construcción de otra economía a partir de la desmercantilización popular de la alimentación en las Redes Alimentarias Alternativas

*Lluvia Marisol Medina Fernández (lluviamedina@gmail.com/lluvia@iteso.mx), Gregorio Leal Martínez (gregorioleal@iteso.mx)
Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO)*

Nuestro sistema agroalimentario ha dejado de centrarse en el valor de uso de los alimentos para priorizar su valor de cambio; así, los ha convertido en mercancías y desprovisto de otras características intrínsecas a ellos—sociales, culturales, medioambientales, nutricias—, colocando el foco en el precio o la estética de los productos.

Ante este panorama, las Redes Alimentarias Alternativas (RAA) llevan a cabo múltiples acciones para encontrar caminos viables hacia otro mundo rural, más justo y sustentable (Morales Hernández, 2011), impactando también los espacios urbanos. Las acciones son diversas e incluyen desde prácticas al margen del mercado—intercambio de semillas, producción agroecológica para autoconsumo— hasta otras que, a pesar de estar insertas en él, construyen otro tipo de vínculos.

A partir de estas estrategias se genera una desmercantilización popular, fuera de la acción del Estado o de la iniciativa privada, que busca construir procesos más amplios para institucionalizar otras formas de entender la producción, distribución y consumo, basadas en relaciones de reciprocidad. Como señala Coraggio, “no hay una realidad económica necesaria a la que hay que adaptarse o morir, más bien, a partir de cual-

quier economía empírica, otras economías son siempre posibles” (Coraggio, 2009, p. 113).

El objetivo de este texto es analizar las formas en que las RAA, mediante la heterogeneidad de sus prácticas, contribuyen a desmercantilizar los alimentos. Al articular a personas productoras y consumidoras, estas redes se suman a las luchas por alcanzar la soberanía alimentaria; con este escrito queremos abonar a que algunas de estas experiencias se conozcan, fortalezcan y multipliquen.

Introducción

Nuestro contexto actual se caracteriza por la existencia de una sindemia global, conformada por tres pandemias —obesidad, desnutrición y cambio climático— que afectan a la mayoría de la población mundial. Utilizamos el término sindemia o sinergia de epidemias para dar cuenta de que éstas “coexisten en el tiempo y el lugar, interactúan entre sí para producir secuelas complejas y comparten factores sociales subyacentes comunes” (Swinburn et al., 2019, p. 791).

Actualmente, el alimento, en tanto necesidad básica humana, forma parte de los factores sociales compartidos que, paradójicamente, constituyen una de las causas de la sindemia mencionada y también una respuesta a ella. La presencia global del neoliberalismo ha hecho que el alimento dejara de ser un bien común que permite reproducir la vida, para consolidar su sentido como “activo” o mercancía a la que sólo puede accederse con recursos que permitan comprarla o producirla.

La pandemia de Covid-19 puso el foco en nuestra relación con la comida y en la relación de ésta con la economía. En un reporte de 2019, un año antes de la crisis sanitaria, *The Lancet*, reconocida revista científica, explicaba el trabajo de una de sus comisiones para abordar de manera sistémica los determinantes que propiciaban la sindemia señalada, con el fin de actuar sobre resultados amplios en temas de “salud y bienestar humanos, salud y ecológicos, equidad social y prosperidad económica” a nivel global (Swinburn et al., 2019, p. 792).

Identificaron cinco circuitos que sostienen las dinámicas dominantes en este escenario, tres de ellos relacionados con la interdependencia entre el alimento y la economía: “(3) circuitos de retroalimentación de oferta y demanda que muestran las relaciones que determinan las prácticas de consumo actuales; (4) circuitos de retroalimentación ecológica que muestran el daño ambiental insostenible que los sistemas alimentarios y de transporte imponen a los ecosistemas naturales; y (5) circuitos de retroalimentación de la salud humana que muestran los efectos positivos y negativos que estos sistemas tienen en [ella]” (Swinburn et al., 2019, p. 792).

Sabiendo que el alimento es un elemento fundamental para nuestra salud y el equilibrio del entorno, y que es clave para enfrentar esta pandemia calificada por The Lancet como una de las amenazas más graves para la supervivencia humana, ¿a qué responde que sostengamos una relación con la comida que nos coloca en este escenario crítico?

Las Redes Alimentarias Alternativas (RAA) son resultado de largos procesos de organización popular que plantean opciones para retomar el sentido sustantivo de los alimentos y encontrar salidas a esta preocupante situación. Ya sea en la producción, en la distribución o el consumo, incluso de manera híbrida en algunas de estas tareas, las redes buscan construir relaciones de reciprocidad entre campo y ciudad, ser humano y naturaleza, abonando a la salud de las personas y los ecosistemas.

Este texto busca analizar las formas en que las RAA, desde sus muy diversas prácticas, ayudan a retomar la esencia central del alimento como bien que permite la reproducción de la vida, minimizando su carácter de “activo” en la compraventa. Para ello se han considerado las bases teórico-prácticas de la desmercantilización popular, relacionándolas con el quehacer de estas organizaciones sociales.

Observaremos que estas redes dan otro sentido a la comida desde la agroecología y los circuitos cortos de comercialización o agroalimentarios como estrategias de trabajo; el metabolismo siconatural como vínculo entre ser humano-naturaleza en los procesos de producción, distribución y consumo, y el valor de uso de los alimentos sobre su valor de cambio, enfatizando que los bienes comunes o de vida permiten lo que

Hinkelammert denominó reproducción ampliada de la vida de las personas y la naturaleza.

Este andamiaje teórico sirve para pensar las RAA del occidente de México, recuperando tres de las ocho categorías¹ planteadas por Rodríguez et al. (2021): Redes de semillas, Grupos de productores y Distribuidores/Consumidores. A partir de éstas se analizan las formas de desmercantilización popular de la alimentación en tres experiencias concretas: la Red de Defensoras y Defensores de Semillas en el Occidente de México, la Red de Alternativas Sustentables Agropecuarias (RASA) en Jalisco y la Cooperativa de Consumo Consciente Milpa.

El alimento como mercancía

Actualmente, la acción de compraventa a cualquier hora y momento del año —en ciertas regiones del mundo y escalas socioeconómicas— permite acceder a una amplísima variedad de productos comestibles que llegan a nuestra mesa, mientras desconocemos los múltiples factores que funcionan interconectados para que ello suceda. El alimento se entiende y trata como simple mercancía, una práctica sostenida, entre otras cosas, bajo la idea de una cadena lineal que ofrece lo que el cliente pida, redituando con altas ganancias al mejor postor. Sin importar estacionalidad y distancias, los mercados —desde tianguis surtidos en centrales de abastos, hasta grandes superficies— rebosan de una oferta seleccionada cuidadosamente para que sea atractiva y convenza por sus precios.

De tal suerte, como indica Vivero (2013), “los alimentos siempre tienen la misma consideración que un bien privado que se produce por medios privados y se comercializa en el mercado” (p. 5); las reglas del mercado se aplican de manera idéntica a como lo hacen en cualquier otro producto, siendo el poder adquisitivo la principal fuerza en la oferta y la demanda. Estas dinámicas, observadas principalmente en las ciudades, en las que, según datos del Banco Mundial, actualmente habita 56% de la población mundial —4,400 millones de personas (Banco Mundial, 2022)—

1. Las ocho categorías, explicadas con mayor detalle más adelante, son: Redes de Semillas; Producción familiar; Grupos de productores; Huertos urbanos; Distribuidores/Consumidores; Mercados y tianguis; Tiendas de productos orgánicos; Sistemas Participativos de Garantía.

también se presentan en las zonas rurales, donde los productos comestibles industrializados están al alcance de la mano.

En esta lógica, por otra parte, se encuentran los oligopolios, que acaparan los productos más redituables; un ejemplo podrían ser los commodities, materias primas o bienes primarios que cotizan en la Bolsa y se caracterizan por su “valor, utilidad y un bajo nivel de procesamiento”, como señala Caballero (2012), además de su calidad que debe ser estándar (mínima), lo cual impide observar diferencias sustanciales entre los mismos. Tales mercados impulsan la presencia de monocultivos intensivos en todo el mundo, debido a una alta demanda que paga muy bien en ese momento o que, especula, pagará bien a futuro;² en Jalisco observamos el caso del agave para tequila, berries y aguacate.

Sánchez González indica que, a partir de los últimos 10 años, la idea de commodity, aplicada a casi cualquier mercancía, ha reducido los alimentos a bienes que pueden y deben maximizar las ganancias. El autor señala que la manera indiferenciada y plural de observar cómo “un grupo heterogéneo de productos básicos y materias primas del que forman parte los alimentos ha cambiado [su] producción [...] para la satisfacción de esta necesidad humana básica en una mina de oro para el sistema financiero” (Sánchez-González, 2022).

Si bien tanto en el sistema agroalimentario convencional capitalista como en el alternativo, existen conexiones complejas con múltiples dependencias entre personas y territorios, en el primero se diluye la noción de que el alimento, como bien que sustenta la vida misma, sea considerado un derecho humano que debe ser garantizado a todas las personas. ¿Qué implicaciones tiene esto?

- Reducción de la oferta de alimentos frescos, locales, de temporada, frente a la presencia masiva de monocultivos que alteran los paisajes y las dinámicas locales, y suman a la huella de carbono con la importación-exportación de productos que los sustituyan (Morales, 2011; Altieri y Toledo, 2011; Atlas del agronegocio, 2018).

2. Actualmente las commodities más importantes son “Granos: soya, trigo, maíz, avena, cebada. Softs: algodón, jugo de naranja, café, azúcar, cacao, carnes: ganado bovino vivo, ganado porcino vivo, manteca, leche” (Caballero, 2012).]

- Uso intensivo de agroquímicos que degeneran los ecosistemas con el fin de exterminar plagas, hierbas, insectos, aumentar la rentabilidad del cultivo o mejorar la apariencia de los alimentos; a ello se suman los impactos negativos en la salud de las comunidades (Sierra-Díaz, y otros, 2019; GRAIN, 2022, 2023).
- Fuerte concentración de los insumos necesarios para la producción en pocas empresas. De acuerdo con el informe de 2022, “Barones de la Alimentación”, elaborado por el Grupo ETC, solamente seis empresas controlan 78% del mercado mundial de agroquímicos, dos acaparan 40% del mercado de semillas comerciales y otras cuatro, 44% de la comercialización de maquinaria agrícola (Grupo ETC, 2022).
- Presencia masiva de productos ultraprocesados. Para la mayoría de las poblaciones, sobre todo para las más carenciadas en zonas urbanas, no es sencilla la ingesta de alimentos frescos y de calidad; por el contrario, los alimentos ultraprocesados son baratos, muchos de ellos instantáneos y en México se encuentran disponibles en casi cualquier lugar. Representan importantes ingresos para la publicidad y son productos estrella de grandes transnacionales como Nestlé³ (Barruti, 2015, 2019).
- Ecocidio y sobreexplotación de recursos naturales: suelos, agua, semillas, fauna y cultivos para consumo humano (Pengue, 2020; Atlas del agronegocio, 2018).
- Hambruna y desperdicio de alimentos. Según reportes de la FAO “3 100 millones de personas no tienen acceso a una dieta saludable [por otro lado], en todo el mundo, 14% de los alimentos, con un valor estimado de 400 000 millones de USD, se pierde entre la cosecha y la distribución” (FAO, 2023) y, hasta que llega al consumidor final, se desperdicia 17% más, concluye este organismo.

3. Clasificada por la revista Forbes como la empresa alimentaria más grande del mundo en 2022, este emporio suizo cuenta con “más de 2,000 marcas”, 31 de ellas “multimillonarias, incluidas Nespresso, KitKat, S. Pellegrino” (Nestlé, 2023), Nature's heart, Splenda, su socia Starbucks, entre muchas más. Según su sitio web, sus productos son vendidos en 188 países, trabajan con más de 500,000 agricultores en todo el mundo y el año pasado tuvieron ventas por 94.4 mil millones de dólares.

- Demanda excesiva que altera el ecosistema y sobrevalor monetario de “superalimentos”, señalados así por el marketing: açai, cacao, quinoa, ciertas semillas y frutos secos, algas, salmón, raíces como la cúrcuma o el jengibre, algunas variedades de té, etc. (Magrath y Sanz, 2020).
- Lobby de oligopolios dominantes en las cadenas globales de suministro de alimentos, que detienen o minimizan las políticas públicas que intentan regularles (Atlas del agronegocio, 2018; Grupo ETC, 2022).
- Presencia de grupos delictivos que transforman las dinámicas locales de las comunidades al invadir mercados como los del limón y el aguacate en Michoacán, donde actualmente “diferentes grupos criminales controlan la cadena de producción del jitomate, la papaya y el mango, ‘tienen que pagar impuesto’ por todo: para que les dejen sembrar, regar, cortar y distribuir” (Ortega de la Sancha, 2023).

Esto se suma al hecho de que existe una inercia que combina el liderazgo político y una gobernanza inadecuada para implementar políticas que respondan a dichos problemas, incluyendo la sindemia global (Covid 19), así como poderosos intereses comerciales y una falta de acción apropiada por parte del Estado (Swinburn et al., 2019, p. 791).

Sin duda, el régimen industrializado y globalizado que controla la cadena de alimentos los maneja como “activos” o bienes privados que benefician a muy pocos. Si queremos caminar hacia un sistema alimentario más justo y sostenible, tendremos que relacionarnos con toda su estructura de otras formas, que permitan que la voz de personas productoras y consumidoras sea colectiva y fuerte, para que sea escuchada y efectivamente tomada en cuenta.

José Luis Vivero Pol (2013) advierte que tales cambios traerían implicaciones de distinto orden para el sistema alimentario mundial: legales, económicos, culturales, éticos, nutricios, etc., los cuales debemos considerar seriamente; como él mismo subraya, “detrás de los bienes comunes naturales está la idea fundamental de que la vida no está a la venta” (Vivero Pol, 2013, p. 7).

Hacia una teoría y práctica de la desmercantilización popular de la alimentación

Los alimentos como bienes de vida

Observar a los alimentos desde la óptica del mercado, enfatizando únicamente su valor de cambio y no su valor de uso, ha derivado en las múltiples problemáticas antes señaladas. Frente a ello es urgente cuestionarnos si éstos son realmente una mercancía y qué alternativas que pongan en el centro otras dimensiones del comer existen o pueden construirse.

Para Karl Polanyi, la economía de mercado⁴ es “un sistema controlado, regulado y dirigido sólo por los precios del mercado; el orden en la producción y distribución de bienes se encomienda a este mecanismo autorregulado” (Polanyi, 2011, p. 118). Ello implica que la producción esté fuertemente impactada por los precios de los alimentos, pues los beneficios obtenidos por quienes las dirigen y la distribución de bienes dependerán de ellos, ya que representan ingresos a partir de los cuales la sociedad puede disponer de ciertos bienes.

En este trabajo recuperaremos las definiciones de Polanyi, quien considera a las mercancías como todo aquello que se produce para ser vendido y a los mercados como contactos efectivos entre compradores y vendedores. El autor señala que, en su origen, algunas mercancías no fueron producidas por el ser humano y mucho menos se originaron centradas en el intercambio; por eso las bautiza como “mercancías ficticias”; entre ellas figuran el trabajo, la tierra y el dinero.

la mano de obra y la tierra no son otra cosa que los seres humanos mismos, de los que se compone toda sociedad, y el ambiente natural en el que [ésta] existe. Cuando se incluyen tales elementos en el mecanismo de mercado, se subordina la sustancia de la sociedad misma a las leyes del mercado (Polanyi, 2011, p. 122).

Siguiendo este planteamiento, la agroindustria comercializa gran parte de lo que ponemos en nuestra mesa, que son mercancías en toda la ex-

4. En sus trabajos, en especial en *La gran transformación*, Polanyi hace una crítica a la economía de mercado tal y como era planteada por Hayek y la escuela austriaca. En contraposición, propone retomar el sentido sustantivo de la economía que coloca en el centro el sustento de todos los integrantes de una sociedad.

tensión de la palabra: se producen bajo una lógica fordista para optimizar procesos —aunque esto implique acelerar ritmos naturales—, disminuir costos y homogeneizar resultados; en muchos casos, los precios son dictados por la Bolsa de Valores. Considerando este contexto, ¿son los alimentos una mercancía ficticia?

En todo el mundo existen alimentos y experiencias de producción, comercialización y consumo que se apartan de dicha lógica, en tanto no resultan de transacciones económicas que enfatizan el valor de cambio, aun cuando sean intercambiados en mercados locales o circuitos cortos de comercialización, y son entendidos como “bienes de vida”. De esta forma denomina Hinkelammert a los alimentos obtenidos de la relación ser humano-naturaleza, centrados en su valor de uso, que posibilitan la reproducción de la existencia.

Para este autor, son “un producto material apto para satisfacer necesidades humanas, de cualquier tipo [...] y cuyo acceso o carencia decide sobre la vida (disponerlo) o la muerte (no disponerlo)” (Hinkelammert y Mora Jiménez, 2009, p. 47). Por esta razón, entender nuestra comida como mercancía ficticia y bajo la lógica de las RAA, permite que ésta recupere su dimensión cultural, ambiental y política, refutando el postulado neoclásico de que todo lo comprado y vendido fue producido para la venta.

En este sentido, otra idea clave son los “bienes comunes” o commons, en principio las tierras comunales de los campesinos de la Europa preindustrial para producir su sustento; su privatización —cercamiento— transformó paulatinamente la sociedad, que pasó de ser feudal a ser capitalista. Si bien este concepto tiene diversas interpretaciones, tomaremos a Peremulter (2011), quien recupera la dimensión de lucha que le asignan los movimientos sociales: “Lo común es aquello que se produce, se hereda o transmite en una situación de comunidad. Se trata de los elementos materiales y conocimientos que comparte un pueblo. Si se quitan, queda destruida una comunidad” (Perelmutter, 2011, p. 63).

Para las RAA los alimentos son bienes comunes que permiten garantizar el Derecho Humano a la Alimentación Adecuada (DHAA), la cohesión comunitaria y la reproducción de modos de vida que la modernidad ha ido eliminando. Además de sus propiedades nutrimentales, abonan a la

salud ambiental y a una mejor distribución de la riqueza generada por los flujos económicos en la producción-distribución-consumo.

Estas aproximaciones permiten comprender de manera distinta lo que comemos y los procesos que tienen lugar en esa cadena, poniendo en el centro su valor de uso, en tanto nutren y reproducen la vida, y no su carácter mercantil como valor de cambio. Nos acercamos así a las prácticas concretas de las RAA y al sentido intrínseco de la economía, cuyo objetivo primordial es ser el sustento de todos los miembros de una sociedad, esto es, una visión contraria a la mercantilización extrema impuesta por el modelo hegemónico actual.

La desmercantilización

El concepto de desmercantilización se basa considerablemente en el pensamiento de Polanyi respecto a las medidas de autoprotección vitales que las sociedades erigen para su sobrevivencia ante la amenaza de un mercado autorregulado. La idea de que ante su avance la sociedad se organiza para contenerlo es considerada por el autor como un “doble movimiento”.

[Éste] puede personificarse como la acción de dos principios de organización en la sociedad [con] objetivos institucionales específicos, contando con el apoyo de fuerzas sociales definidas y usando sus propios métodos distintivos. Uno era el principio del liberalismo económico que buscaba el establecimiento de un mercado autorregulado, contaba con el apoyo de las clases comerciales, y usaba como métodos al *laissez-faire* y [...] al libre comercio; el otro era el principio de la protección social que buscaba la conservación del hombre y la naturaleza, así como de la organización productiva [...] con el apoyo variable de la mayoría de quienes se veían inmediatamente afectados por la acción nociva del mercado (Polanyi, 2011, pp. 187-188).

Partiendo de estas nociones, Esping-Andersen planteó la idea de desmercantilizar el trabajo, en tanto mercancía ficticia, lo que hacía necesario construir mecanismos que permitieran a la sociedad depender cada vez menos de la venta de mano de obra para sobrevivir. En sus palabras, significaba generar acciones que ayudaran a sostener un cierto nivel de

vida aceptable, más allá de su participación en el mercado (Esping-Andersen, 1993).

Desde esta visión de derechos sociales, ganarse la vida sin depender del mercado pone un gran peso en el Estado como garante. La política social abonaría únicamente si la “satisfacción de necesidades se torna un proceso de reconocimiento de derechos del sujeto, pues sólo entonces la persona puede independizarse (parcialmente) del mercado” (Danani, 2009, p. 19). Así, la desmercantilización hace referencia a un proceso político-institucional.

Siguiendo la caracterización de los alimentos como mercancía ficticia, es preciso generar un doble movimiento: mecanismos sociales para recuperar su esencia principal —alimentar— y acciones que abonen a suprimir su uso como “activos” en negociaciones comerciales. Ello no debería realizarse sólo a través del Estado, como señalan las corrientes teóricas inspiradas por Esping-Andersen; si bien apelamos a tener más y mejores políticas públicas para garantizar el DHAA, debemos resaltar que las estrategias de las organizaciones sociales suman a la desmercantilización popular (Leal Martínez, 2018).

Coraggio (2010) plantea el concepto de “economía mixta”, que responde a una racionalidad distinta a la capitalista en tres subsistemas: empresarial capitalista, busca la acumulación privada de capital; pública estatal, orientada por el bien común, la legitimización y la gobernabilidad, pudiendo entrar en contradicción, y popular, vela por la reproducción de la vida de los miembros en cada unidad doméstica.

Aunque los tres subsistemas coexisten en la matriz hegemónica, cada uno tiene lógicas particulares en que la mercantilización está presente como estructura sólo en el subsector empresarial capitalista, pudiéndose dar procesos de desmercantilización de diferentes características tanto a partir del Estado como de las organizaciones sociales populares (Leal Martínez, 2018). Las iniciativas de las RAA son ejemplo de esto: la labor de campesinos, consumidores y circuitos cortos de comercialización como agentes de la economía popular, abonan a ello.

Hacia una desmercantilización popular de la alimentación

Como hemos señalado, considerar a los alimentos como un bien de vida posibilita pensar procesos de desmercantilización popular. En este caso, las personas y organizaciones que integran las RAA “buscan mantenerse al margen del mercado o participar en él con otra dinámica más allá de la ley de la oferta y la demanda [así como] construir procesos amplios donde se han ido institucionalizando otras formas de entender la producción, el consumo, el intercambio y las relaciones basadas en la reciprocidad” (Leal Martínez, 2018, p. 41). En estos procesos identificamos tres ejes:

- 1) Estrategias colectivas: agroecología y circuitos cortos de comercialización o circuitos cortos agroalimentarios.
- 2) “Metabolismo socrionatural”, concepto que integra dichas estrategias.
- 3) Valor de uso de los alimentos a partir de la teoría del valor de Marx.

1) Estrategias colectivas

La agroecología —centrada en la producción— y los circuitos cortos de comercialización —mecanismos de distribución hasta llegar al consumidor final— son estrategias colectivas de las RAA en las que observamos la desmercantilización popular de la alimentación.

La revolución verde implicó una profunda transformación de la producción y la distribución de alimentos; su propuesta señalaba como objetivos: disminuir hambrunas y malnutrición, garantizar comida para todos y aumentar las utilidades del campo; para ello, debían transformarse los métodos agrícolas tradicionales —concebidos como anticuados— en procesos tecnificados, con nuevas variedades de semillas, herramientas tecnológicas, fertilizantes sintéticos, plaguicidas, herbicidas y monocultivos con altos rendimientos por hectárea.

“Los resultados han sido la ruptura de las economías familiares y de las estructuras comunitarias, lo que ha provocado una migración del campo

a las ciudades. Así, desde este desarrollo, además de excluir, se asiste a la desaparición acelerada de culturas milenarias y con ello a la pérdida de la diversidad cultural del planeta” (Morales Hernández, 2011, p. 20). La agroecología surge como alternativa sustentable que rescata métodos tradicionales —policultivos, semillas nativas, entre otros— con nuevos elementos técnicos; Sevilla Guzmán (2006) la define como:

el manejo ecológico de los recursos naturales a través de formas de acción social colectiva [...] mediante propuestas, surgidas de su potencial endógeno, que pretenden un desarrollo alternativo desde los ámbitos de la producción, y circulación alternativa de sus productos, intentando establecer formas de comercialización y consumo que contribuyan a encarar la crisis ecológica y social [...] al neoliberalismo y a la globalización económica (Sevilla Guzmán, 2006 citado por López García, 2015).

Para Altieri y Toledo (2011) la agroecología implica tres tipos de cambios: epistemológico, centrado en el rescate del conocimiento tradicional de culturas campesinas y las condiciones de reproducción social de comunidades rurales; técnico, al introducir aspectos ecológicos en procesos agrícolas, y social, incidiendo desde la soberanía alimentaria.

La segunda estrategia son los circuitos cortos de comercialización o agroalimentarios, los cuales se enfocan en la cercanía física entre quienes producen alimentos, mayormente agroecológicos, y quienes los consumen. Su apuesta se contrapone al modelo hegemónico que invisibiliza gran parte de esta cadena y presenta a la comida como una mercancía más, siempre disponible en cualquier lugar, sin revelar en sus características físicas las condiciones en que se obtiene ni la geografía de la que procede.

Estos circuitos parten de la confianza y la transparencia, pues visibilizan las formas de producción y a las personas que intervienen en toda la cadena, permitiendo una comunicación fluida entre ellas. López García (2015) subraya la importancia de trascender el número de intermediarios o la cercanía geográfica y de enfocarse en la construcción de alianzas entre todos los eslabones del proceso, buscando dinamizar las economías locales al asegurar ingresos dignos para los trabajadores del campo y alimentos ecológicos de calidad para los consumidores.

Entre sus beneficios, el autor destaca la comunicación directa, que reasigna valor a la comida y anima la creación de espacios colectivos que sumen a más personas. También subraya la incorporación de problemáticas sociales y ecológicas, la exposición de los aportes ecosistémicos de la agroecología y la restitución de la capacidad de decisión conjunta —productores-consumidores— para establecer precios más justos para ambas partes e independientes del mercado respecto a qué y cómo producir.

2) *Metabolismo sicionatural*

Las estrategias antes señaladas se relacionan con el metabolismo sicionatural, que refiere a la forma como nos relacionamos con la naturaleza para satisfacer nuestras necesidades:

El hombre [...] pone en movimiento las fuerzas naturales que pertenecen a su corporeidad, brazos y piernas, cabeza y manos, a fin de apoderarse de los materiales de la naturaleza bajo una forma útil para su propia vida. Al operar [de esta forma] sobre la naturaleza exterior a él y transformarla, transforma a la vez su propia naturaleza (Marx, 2009, p. 215).

Este metabolismo es transhistórico, cambia a lo largo del tiempo y en cada sociedad; sucede igual con la organización de los factores de producción, que modifican la manera como nos relacionamos con el medio ambiente. En este sentido, en el capitalismo sólo es posible incrementar el rendimiento del trabajo⁵ aumentando la explotación de la naturaleza, lo que durante este proceso dio origen a la crisis ecológica actual (Sevilla Guzmán, 2011). En el metabolismo sicionatural sujeto a la racionalidad instrumental —los fines justifican los medios— del modelo económico vigente, la naturaleza y su explotación son vías para generar acumulación de riqueza como fin.

Hinkelammert (2009, 2013) parte de la economía para la vida y de una racionalidad reproductiva para plantear un metabolismo distinto:

5. Para Marx (y para la economía clásica), lo único que puede agregar valor es el trabajo humano. Sin embargo, Marx enfatiza en el plusvalor, es decir, en que el valor que genera el trabajo no es remunerado en su totalidad, y, por el contrario, es apropiado por el capitalista a partir de la explotación de la mano de obra.

las condiciones de posibilidad de la vida humana constituyen [un] metabolismo socio-natural entre la humanidad y la naturaleza externa, en el marco global de la Naturaleza (con mayúscula). Es, en cierto sentido, la tesis radicalizada de la economía ecológica, de que una economía coherente y sostenible debe estar integrada en el medio ambiente. No hay vida posible si la misma no es incluida en este circuito natural [incluyendo al económico]. [Su] negación y destrucción [...] significan la muerte (Hinkelammert y Mora Jiménez, 2013, p. 23).

Las RAA posibilitan una relación más sostenible con la naturaleza mediante distintas estrategias: procesos de producción cercanos a los ciclos naturales de los alimentos y sin uso de agroquímicos; distribución que busca reducir la huella ambiental con intercambios locales o de cercanía; y consumo de alimentos agroecológicos pagados a precios justos. Todo ello suma a que el trabajo y los modos de vida⁶ de culturas campesinas e indígenas se dignifiquen y reproduzcan.

En las acciones de estas redes no percibimos una racionalidad que busque generar riqueza para que ésta crezca, sino “una economía coherente y sostenible”, que redistribuya las ganancias más equitativamente, considerando sus impactos en la naturaleza.

3) *Valor de uso*

Como hemos señalado, cuando se enfatiza lo monetario, los alimentos sólo se definen como mercancías o commodities por su valor de cambio, importan por su capacidad de ser portadores de ganancia al ser comercializados. Sin embargo, el trabajo realizado para producirlos y la naturaleza que los provee desempeñan un papel indispensable; como señaló Marx, lo único que da valía a las cosas es el trabajo humano, que posibilita crear valores de uso en cualquier sociedad a partir de la transformación de materias primas.

Para este autor, el capitalismo suprime el valor de uso al centrarse primordialmente en el valor de cambio que facilita la compraventa. El énfasis en éste se vincula con la visión neoclásica de las necesidades económicas —infinitas—, pues los recursos para solventarlas son escasos y sólo es posible saciarlas en un proceso mercantil. Para Arancibia (2009, 6. Armando Bartra plantea el modo de vida campesindio (Bartra, 2010).

2013, 2020), dicha óptica confunde necesidades —concretas— con deseos —infinitos—, por lo que propone nuevos ejes para mirarlas, entre ellos el de Manfred MaxNeef (1998): “Las necesidades humanas fundamentales son finitas, pocas y clasificables [...] son las mismas en todas las culturas y en todos los periodos históricos⁷. Lo que cambia, a través del tiempo y de las culturas, es la manera o los medios utilizados para [su] satisfacción” (Max-Neef, 1998, p. 42).

En cada sistema económico, social y político dichas necesidades son cubiertas con satisfactores distintos, los cuales definen a una cultura. Max-Neef indica que algunos pueden ser sinérgicos en tanto resuelven una demanda mientras cubren otras; al asegurar la supervivencia, los alimentos tienen un carácter de satisfactor sinérgico, cobijando campos como la identidad o el afecto.

Aunque en las RAA los alimentos se comercializan, el énfasis se coloca en su valor de uso y no en su valor de cambio: los precios no son determinados únicamente por el mercado y se prioriza lo sustantivo de la comida para quienes la producen y la consumen; este factor sinérgico abona a la resolución de varias necesidades, más allá de la subsistencia.

Las Redes Alimentarias Alternativas en el occidente de México

Las RAA son un campo de estudio relativamente reciente; pueden definirse como “espacios conformados por diversos actores que, tras mirar críticamente el modelo hegemónico de producción-circulación-consumo de alimentos, proponen alternativas a éste centradas en la agroecología y la economía social y solidaria con miras a lograr la soberanía alimentaria que ponga en el centro el derecho humano a una alimentación adecuada” (Rodríguez Guerrero y Leal Martínez, 2023, p. 165).

Los datos aquí presentados proceden de la investigación “Redes alimentarias alternativas como respuesta en los sistemas agroalimentarios

7. Max-Neef identifica nueve necesidades fundamentales: subsistencia, protección, afecto, entendimiento, participación, ocio, creación, identidad y libertad.

locales para atender riesgos en el acceso a alimentos⁸”, realizada entre junio y noviembre de 2020. Ésta identifica 96 iniciativas enmarcadas en las RAA en cuatro estados del occidente de México: Colima, Jalisco, Michoacán y Nayarit. Tomaremos tres de las ocho categorías analíticas resultantes, así como tres de las 96 iniciativas identificadas (Rodríguez Guerrero et al., 2021), en las que observamos distintas estrategias de desmercantilización de los alimentos.

- **Redes de Semillas.** Se enfocan en la defensa de semillas nativas o criollas realizando su rescate, conservación, producción y revalorización. Para éstas, las semillas son “patrimonio de los pueblos al servicio de la humanidad”, como enfatizara La Vía Campesina en 2003, y un bien común que permite la autonomía, rescatar la agrobiodiversidad de los ecosistemas locales y avanzar hacia la soberanía alimentaria.
- **Producción familiar.** Organización de familias campesinas para realizar distintas actividades —agricultura, ganadería, silvicultura, pesca, acuacultura, pastoreo— en una determinada unidad productiva; combinan funciones económicas, ambientales, sociales y culturales.
- **Grupos de productores.** Se unen para resolver necesidades colectivas, pueden ser formales o informales y presentar diversas estructuras legales —cooperativa, Sociedad de Producción Rural, ejido— o articularse en red.
- **Huertos urbanos.** Espacios dedicados a la agricultura en la ciudad que generan procesos simultáneos: producción de alimentos para autoconsumo, formación en agroecología, educación ambiental y organización social que mejora la convivencia.
- **Distribuidores/Consumidores.** Grupos organizados para hacer compras comunes y periódicas a productores locales; generalmente son gestionados por consumidores que se coordinan con productores, juntos establecen qué adquirirán, con qué periodicidad y los precios.

8. Investigación realizada por un equipo del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente, financiada por el entonces Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología de México. Sus resultados y productos se encuentran publicados en el sitio web <https://coincide.iteso.mx/real>

- Mercados y tianguis o mercados campesinos. Son espacios físicos donde los productores comercializan directamente con los consumidores, permitiendo el intercambio cara a cara. Suelen tener actividades culturales o formativas.
- Tiendas de productos orgánicos. Espacios de comercialización de productos orgánicos —normalmente con certificación de tercera parte—. Pueden ofrecer alimentos frescos, procesados y artículos de higiene personal y del hogar.
- Sistemas Participativos de Garantía. También llamados Certificaciones Orgánicas Participativas, integran a productores, consumidores, distribuidores, universidades, entre otros; avalan el trabajo agroecológico realizado en las unidades productivas y las acompañan para transitar hacia la agroecología.

La desmercantilización popular en las Redes Alimentarias Alternativas

Afirmar que en las RAA se dan procesos que abonan a la desmercantilización popular de la alimentación no significa que las mismas están al margen del mercado, pues en gran medida se enfocan en la comercialización; sin embargo, ese proceso no se realiza siguiendo una lógica mercantil (precios dictados por el mercado que buscan maximizar la utilidad), sino desde una racionalidad reproductiva que pone en el centro la vida y no el lucro.

Tomaremos tres de las categorías enunciadas para analizar estos procesos a partir de: a) estrategias colectivas —agroecología y circuitos cortos de comercialización—, b) metabolismo sionatural y c) valor de uso.

Redes de semillas. Fundada en 2015 por residentes de Jalisco, Colima, Nayarit y Michoacán, la Red de guardianas y guardianes de semillas en el occidente de México funciona horizontal y democráticamente para “rescatar, conservar, defender, difundir y diversificar semillas de polinización abierta a través de su reproducción, intercambio y comercialización; así como el rescate y difusión de saberes en un diálogo abierto entre conoci-

mientos tradicionales y científico en torno a éstas” (Rodríguez- Guerrero et al., 2021).

Mantiene intercambios periódicos entre sus integrantes y organiza el Festival de semillas criollas y nativas. Actualmente busca el reforzamiento técnico para aumentar la diversidad, disponibilidad y calidad de semillas, así como el fortalecimiento sociopolítico que les permita contar con más herramientas para su defensa ante las múltiples amenazas que enfrentan.

Esta iniciativa da cuenta de claros procesos de desmercantilización popular:

- Retoma el valor esencial de las semillas como un bien común o bien de vida que no puede ser mercantilizado, como señala Tamar Perelmuter (2011): “Milenariamente, [las semillas,] fueron consideradas bienes comunes y estuvieron bajo control y selección de campesinos y productores rurales, quienes han aportado para su conocimiento y conservación (Perelmuter, 2011, p. 141).
- Recuperan semillas nativas y criollas por su valor de uso, concibiéndolas como primer eslabón de la cadena alimentaria y un producto fundante de su cultura e historia (Perelmuter, 2011). No se intercambian para la venta, sino para su uso, diversificación y conservación, manteniendo vivo el patrimonio cultural y natural.
- Su labor posibilita un metabolismo sacionatural en el que la vida está en el centro y busca sostener la diversidad del patrimonio biocultural; su relación con la agroecología y sus procesos de producción armónica con la naturaleza dan cuenta de ello. Permiten la reproducción del modo de vida campesino, pues “incluye intercambios de ideas y de conocimientos, de cultura y de herencias. Se trata de una acumulación de tradición [y] de conocimientos sobre cómo trabajar esas semillas” (Shiva, 2003, p. 18, citado en Perelmuter, 2011, p. 121).

Grupos de productores. La Red de Alternativas Sustentables Agropecuarias (RASA)⁹ es una organización campesina de Jalisco que busca “Gene-
9. Esta Red está conformada por “más de 20 grupos locales que integran a 100 familias campe-

rar, fomentar y articular formas de producción sustentables, familiares y comunitarias, a través de procesos sociales autónomos como una alternativa al sistema de desarrollo existente” (RASA, 2013).

Se sustenta en dos ejes: 1) la agroecología, que incluye las dimensiones social y ambiental en la producción, 2) la educación popular, que suma en tres campos, “la investigación participativa, el diálogo entre los diferentes sistemas de conocimiento y el enfoque de campesino a campesino” (Morales Hernández y Bernardo Hernández, 2011, p. 215).

Entre sus principales tareas están la realización de encuentros campesinos que operan como espacios de socialización de las problemáticas locales, de construcción de estrategias colectivas y de aprendizaje de técnicas agroecológicas al intercambiar experiencias; la organización del encuentro anual “Nuestro maíz, nuestra cultura” y el sostenimiento del Centro de Formación y Experimentación en Agricultura Sustentable.

En este caso, los factores que abonan a la desmercantilización son:

- Producción agroecológica para autoconsumo que fortalece la agricultura familiar a través de la milpa, sostiene la dieta campesina y permite comercializar los excedentes mediante el comercio justo o circuitos cortos. Se enfatiza el valor de uso al destacar al alimento como bien común que posibilita la vida.
- En cuanto al metabolismo sicionatural se busca que los productores conserven su patrimonio ecológico, que puede ser agotado por el modelo. El cuidado de la tierra y las semillas les permite seguir trabajando cada generación, brindándoles autonomía y soberanía alimentaria con independencia de empresas semilleras o insumos agrícolas.
- Un definido sentido político para buscar mejores condiciones de vida en sus territorios y superar la crisis ecológica, social, económica y cultural que afecta a campesinos, indígenas y actores urbanos marginados en México (Gerritsen y Morales Hernández, 2009).

sinas que trabajan de forma agroecológica en la producción de alimentos [...] confluyen campesinos, indígenas, mujeres, consumidores, pobladores urbanos, asesores y técnicos, acompañados por organizaciones no gubernamentales y universidades” (Leal Martínez, 2018, p. 65).

Distribuidores/Consumidores. La Cooperativa de Consumo Consciente Milpa¹⁰ agrupa entre 40 y 50 familias de la zona metropolitana de Guadalajara, las cuales se han organizado para adquirir canastas quincenales de productos campesinos¹¹ locales y en circuitos cortos agroalimentarios. La Economía Social y Solidaria, la Soberanía Alimentaria y el consumo local han guiado su quehacer durante 10 años; buscan consolidarse como espacio de compra de alimentos sanos, de encuentro, reflexión, aprendizaje y de contacto con el mundo rural.

Un equipo gestor contacta a productores, verifica la disponibilidad de alimentos de temporada y organiza compras y entregas, intentando equilibrar a quién se compra y la diversidad de productos. La canasta contiene fruta, verdura, huevo, tortillas y frijol, semillas o arroz, pudiendo añadir carne de res, pollo o cerdo, quesos, miel, pan, lácteos, artículos de salud y cosméticos, entre otros a “libre demanda”. Este proyecto sin fines de lucro utiliza el sobreprecio de la canasta para costear gastos operativos y de gestión.

Con su modelo organizativo, Milpa busca eliminar o disminuir la intervención de intermediarios en esta cadena, asegurando al productor una compra quincenal certera con un pago justo por su trabajo; al mismo tiempo, garantiza alimentos sanos a sus miembros. En su proceso de distribución se apega a procesos de desmercantilización popular, ya que:

- Genera relaciones horizontales y de reciprocidad entre productores rurales y urbanos y consumidores de la ciudad. Los alimentos recuperan su esencia: ser sostén de vida.
- Asegura que los agricultores puedan vender alimentos agroecológicos; fortaleciendo y favoreciendo también procesos de los servicios ecosistémicos.
- Abona al DHAA al construir circuitos de alimentos sanos y culturalmente apropiados que van del campo a la ciudad.
- Adquirir la canasta tiene un fuerte componente político, trascen-

10. Los autores de este texto integran la CCC Milpa y participan en el Consejo de Comisiones que gestiona su operación.

11. Los alimentos adquiridos por la cooperativa son orgánicos —certificación por tercera parte—, agroecológicos —por Sistemas Participativos de Garantías—, en transición y artesanales.

diendo el consumo de alimentos sanos para construir un mundo rural más justo y sustentable. Existe la posibilidad de negociar y establecer directa y horizontalmente los precios junto a quien produce, sin la mediación estatal o del mercado convencional.

Estas experiencias muestran distintos ejercicios de las RAA que implican procesos de desmercantilización popular de la alimentación y son alternativas para recuperar el sentido sustantivo de la misma. En el occidente de México existen diversos casos en todas las categorías señaladas, dignas de estudiarse, fortalecerse y replicarse, pues, en mayor o menor medida, todas abonan a revalorar nuestros alimentos desde una mirada externa al mercado.

Conclusiones

La hipermercantilización del modelo económico actual convirtió a los alimentos en bienes sujetos a las leyes de la oferta y la demanda. Este escrito ha intentado dibujar cómo el capitalismo neoliberal va contra la complejidad de la vida en su conjunto, así como de las relaciones sociales y vínculos del ser humano con su entorno desde la alimentación. El metabolismo siconatural, el valor de uso y las estrategias colectivas fueron los elementos considerados para hablar de una desmercantilización popular realizada por las Redes Alimentarias Alternativas.

Si bien se requieren políticas públicas que fortalezcan las cadenas agroalimentarias alternativas, son las organizaciones populares enmarcadas en las RAA las que llevan a cabo los procesos de desmercantilización del alimento. Ello no significa dejar de exigir al Estado acciones que defiendan la agricultura campesina y la soberanía alimentaria para garantizar el DHAA; sin embargo, es indispensable seguir fortaleciendo estas iniciativas e ir construyendo otras nuevas desde la base.

El alimento constituye un bien de vida, cuyo acceso es un derecho humano; por tanto, el trabajo de personas campesinas, distribuidoras, consumidoras, activistas, académicas y de la sociedad civil, entre otras que integran las RAA, suma a materializar este derecho y a democratizar la alimentación desde la parcela hasta la mesa.

Bibliografía

- Altieri, M., y Toledo, V. M. (2011, julio). La Revolución Agroecológica en América Latina. Rescatar la naturaleza, asegurar la soberanía alimentaria y empoderar al campesino. *The Journal of Peasant Studies*, 38(3), 587-612.
- Arancibia, I. (2020). *El sujeto necesitado. Una crítica sustantiva al sentido y alcance del concepto económico de necesidad*. Universidad Nacional de General Sarmiento.
- Atlas del agronegocio (2018). *Atlas del agronegocio*. Fundación Heinrich Böll/Fundación Rosa Luxemburgo/Gepama.
- Banco Mundial (2022, octubre 6). *Entendiendo la pobreza*. Obtenido de Desarrollo Urbano: <https://www.bancomundial.org/es/topic/urba>
- Barruti, S. (2015). *Malcomidos. Cómo la industria alimentaria argentina nos está matando*. Booket.
- _____ (2019). *Mala leche. Por qué la comida ultraprocesada nos enferma desde chicos*. Planeta.
- Bartra, A. (2010). Campesindios. Aproximaciones a los campesinos de un continente colonizado. *Memoria*, (248), 4-13.
- Caballero, J. L. (2012, mayo 11). ABC de los *commoditties*. *El Economista*. <https://www.economista.com.mx/mercados/ABC-de-los-commoditties-20120511-0061.html>
- Coraggio, J. L. (2009). Polanyi y la economía social y solidaria en América Latina. En J. L. Coraggio, *¿Qué es lo económico? Materiales para un debate necesario contra el fatalismo* (pp. 109-168). Ediciones CICCUS.
- _____ (2010, octubre). Territorio y economías alternativas. *Revista de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Quilmes*, (18), 7-30.
- D. Knorr, M. A. (2021). From value chains to food webs: The quest for lasting food systems. *Trends in Food Science & Technology*, 110, 812-821. doi:<https://doi.org/10.1016/j.tifs.2021.02.037>
- Danani, C. (2009). *La gestión de la política social: un intento de aportar a su problematización* (versión preliminar).
- Esping-Andersen, G. (1993). *Los tres mundos del Estado de Bienestar*. Edicions Alfons El Magnànim/Generalitat Valenciana/Diputació Provincial de València.

- Gerritsen, P. R., y Morales Hernández, J. (2009). Experiencias de agricultura sustentable y comercio justo en el estado de Jalisco, Occidente de México. *Revista Pueblos y Fronteras digital*, 4(7),187-226.
- GRAIN (2022, noviembre). *La trampa de los fertilizantes. Los crecientes costos de la adicción de la agricultura a los fertilizantes químicos*. Recuperado el 17 de abril de 2024 de <https://grain.org/es/article/6905-la-trampa-de-los-fertilizantes-el-creciente-costo-de-la-adiccion-de-la-agricultura-a-los-fertilizantes-quimicos>
- _____ (2023, febrero 28). *El negocio del hambre en América Latina*. Recuperado el 17 de abril de 2024 de <https://grain.org/es/article/6961-el-negocio-del-hambre-en-america-latina>
- Grupo ETC (2022). *Barones de la alimentación. Lucro con las crisis, digitalización y nuevo poder corporativo*. Grupo ETC. Obtenido de www.etcgroup.org/content/food-barons-2022
- Hinkelammert, F., y Mora Jiménez, H. (2009). *Economía, sociedad y vida humana. Preludio a una segunda crítica de la economía política*. Altamira.
- _____ (2013). *Hacia una economía para la vida. Preludio a una segunda crítica de la economía política*. Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo/Editorial Universidad Nacional de Costa Rica (EUNA).
- Leal Martínez, G. (2018). *La desmercantilización popular del maíz como posibilidad de otra economía: Estudio de dos experiencias campesinas en México*. Tesis de maestría no publicada. Universidad Nacional de General Sarmiento.
- López García, D. (2015). *Producir alimentos, reproducir comunidad. Redes alimentarias alternativas como formas económicas para la transición social y ecológica*. Libros en acción.
- Magrath, A., y Sanz, M. (2020, junio). Environmental and social consequences of the increase in the demand for “superfoods” world-wide. *People and Nature*, 2(2), 267-278. doi: <https://doi.org/10.1002/pan3.10085>
- Marx, K. (2009). *El capital: el proceso de producción del capital*. Siglo Veintiuno Editores.
- Max-Neef, M. A. (1998). *Desarrollo a escala humana. Conceptos, aplicaciones y algunas reflexiones*. Nordan comunidad/Icaria.
- Morales Hernández, J. (2011, diciembre 13). Las alternativas desde abajo; el cuidado y defensa del maíz. *La Jornada Jalisco*.

- _____ (2011). Sustentabilidad rural y agroecología. En J. Morales Hernández, *La agroecología. En la construcción de alternativas hacia la sustentabilidad rural* (pp. 17-111). Siglo XXI/ITESO.
- Morales Hernández, J., y Bernardo Hernández, M. D. (2011). La agroecología en los procesos de formación hacia la agricultura sustentable: una experiencia en Jalisco, México. En J. Morales Hernández, *La agroecología. En la construcción de alternativas hacia la sustentabilidad rural* (pp. 216-239). Siglo XXI/ITESO.
- Nestlé (2023, septiembre 28). <https://www.nestle.com/about/overview>
- Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO) (2023, septiembre 29). Hacer frente a la pérdida y el desperdicio de alimentos: una oportunidad de ganar por partida triple. Obtenido de <https://www.fao.org/newsroom/detail/FAO-UNEP-agriculture-environment-food-loss-waste-day-2022/es>
- _____ (2023, septiembre 29). Pérdida y desperdicio de alimentos. Obtenido de Portal de apoyo a las políticas y la gobernanza: <https://www.fao.org/policy-support/policy-themes/food-loss-food-waste/es/>
- Ortega de la Sancha, J. (2023, agosto 30). ¿Qué alimentos han subido de precio por el crimen organizado? *Gatopardo*. Obtenido de <https://gatopardo.com/noticias-actuales/limon-crimen-organizado/>
- OXXO (2023, septiembre 28). <https://www.oxxo.com/conocenos>
- Papa Francisco (2015, mayo 24). Encíclica *Laudato Sí* del santo padre Francisco sobre el cuidado de la casa común. Obtenido de Portal de la Santa Sede: /
[content/francesco/es/encyclicals/documents/papa-francesco_20150524_encyclica-laudato-si.pdf](https://www.vatican.va/holy_father/francesco/encyclicals/documents/papa-francesco_20150524_encyclica-laudato-si.pdf)
- Pengue, W. (2020). Los costos de la agricultura industrial y la emergencia de la agroecología. En R. Intriago Barreno y L. Saura Gargallo, *Agroecología: ciencia, práctica y movimiento para alcanzar la soberanía Alimentaria* (pp. 71-80). SOCLA/EDEC.
- Perelmuter, T. (2011). Bienes comunes vs. mercancías: las semillas en disputa. Un análisis sobre del rol de la propiedad intelectual en los actuales procesos de cercamientos. *Revista sociedades rurales, producción y medio ambiente*, 11(22), 53-86.
- Polanyi, K. (2011). *La gran transformación: los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*. FCE.

- Red de Alternativas Sustentables Agropecuarias (RASA) (2013). ¿Qué es la RASA? Recuperado el 15 de septiembre de 2013 de <http://redrasa.wordpress.com/%C2%BFquienes-somos/>
- Rodríguez Guerrero, R., y Leal Martínez, G. (2023). Las Redes Alimentarias Alternativas en el occidente de México ante la contingencia sanitaria por Covid-19. En M. Solórzano Gil, M. De la Peña Domene y P. Vázquez Piombo, *Reflexiones ambientales y socioespaciales a partir del Covid-19. En territorios europeos y latinoamericanos*. (Complexus 12. Saberes entretnejidos ed., pp. 163-172). ITESO (en prensa).
- Rodríguez- Guerrero, R., Bauche Madero, C., Alvarado Castro, E., Pérez Cárdenas, E., Leal Martínez, G., Ruiz Montes, I., . . . Orozco Hernández, R. (2021). En R. Rodríguez- Guerrero (Ed.), *Manual de Buenas Prácticas de Redes Alimentarias Alternativas* (1a ed.). ITESO.
- Sánchez-González, S. (2022, mayo 24). El riesgo de las *commodities* para la canasta básica de alimentos. Nexos. Obtenido de <https://economia.nexos.com.mx/el-riesgo-de-las-commodities-para-la-canasta-basica-de-alimentos/>
- Sevilla Guzmán, E. (2011). *Sobre los orígenes de la agroecología en el pensamiento marxista y libertario*. AGRUCO/Plural editores/CDE/NCCR.
- Sierra-Díaz, E., Celis-de la Rosa, A., Lozano-Kasten, F., Trasande, L., Peregrina-Lucano, A. A., Sandoval-Pinto, E., y González-Chávez, H. (2019, febrero 15). Urinary Pesticide Levels in Children and Adolescents Residing in Two Agricultural Communities in Mexico. *International Journal of Environmental Research and Public Health*, 16(4), 1-8.
- Steel, C. (2020). *Ciudades hambrientas. Cómo el alimento moldea nuestras vidas*. Capitán Swing.
- Swinburn, B., Kraak, V., Allender, S., Atkins, V., Baker, P., Bogard, J., . . . Hastings, G. (2019). The Global Syndemic of Obesity, Undernutrition, and Climate Change: The Lancet Commission report. *The Lancet*, 393(10173), 791-846.
- Vivero Pol, J. (2013, octubre 16). *Why Food Should be a Commons Not a Commodity*. Obtenido de <https://ourworld.unu.edu/en/why-food-should-be-a-commons-not-a-commodity>

El derecho a la alimentación sólo es posible en un mundo poscapitalista: el papel de las Redes Alimentarias Alternativas en la construcción de otro mundo posible

*Luis Alfredo Bracamontes Nájera (luis.bracamontesnajera@gmail.com)
Posgrado de Ciencias de la Sostenibilidad, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM)*

Introducción

En 2023 se cumplirán 75 años de la adopción de la Declaración Universal de Derechos Humanos de la ONU, en la cual se reconoce, por primera vez, el derecho a la alimentación (ONU, 1948). A pesar de que han transcurrido muchos años, hoy existen más de 800 millones de personas que padecen hambre (FAO, 2022a). ¿Por qué no ha sido posible terminar con el hambre en tanto tiempo aun cuando este derecho ha sido reconocido internacionalmente?, ¿qué hace falta para que este derecho se cumpla?

Este capítulo busca responder a estas preguntas. Primero presento la evolución de la formulación del derecho a la alimentación y de los conceptos de seguridad y soberanía alimentaria, con el fin de mostrar que, a lo largo del tiempo, éstos se han ido modificando para considerar cada vez más aspectos y derechos de las personas, dando lugar a distintas narrativas sobre cómo deberían ser nuestros sistemas alimentarios. Esta evolución también refleja los acercamientos, los conflictos y las contradicciones que han tenido lugar entre organismos internacionales, organizaciones de la sociedad civil y el sector privado en torno al tema de la alimentación.

Posteriormente, y criticando el discurso hegemónico que propone erradicar el hambre sin transformar el sistema económico global, desarrollo la tesis de que el derecho a la alimentación para todos(as) sólo podrá alcanzarse si —como propone Giraldo (2022)— sustituimos la civilización capitalista por una orientada al cuidado de las personas y la naturaleza.

A la luz de las claves formuladas por este autor para esta transformación, analizo las capacidades de las Redes Alimentarias Alternativas (RAA) en la construcción de sociedades poscapitalistas. Asimismo, identifico algunos de los desafíos que estas organizaciones deben enfrentar en su camino para transformar la forma en que producimos, distribuimos y consumimos alimentos.

La evolución del derecho a la alimentación, la seguridad y la soberanía alimentarias

En 1948 la ONU publicó la Declaración Universal de Derechos Humanos, en cuyo artículo 25° se estableció el derecho a la alimentación; éste declara que “toda persona tiene derecho a un nivel de vida adecuado que le asegure, así como a su familia, la salud y el bienestar, y en especial la alimentación, el vestido, la vivienda, la asistencia médica y los servicios sociales necesarios” (ONU, 1948). La Declaración nació sin un carácter vinculante, es decir, sin ser de cumplimiento obligatorio por los Estados firmantes.

Con el fin de establecer compromisos entre las naciones, se desarrolló el Pacto Internacional de Derechos Económicos, Sociales y Culturales (PIDESC), el cual entró en vigor en 1976 (ONU, 1976). En su artículo 11 se ratificó el derecho a la alimentación, ahora sí, con un carácter vinculante. El PIDESC establecía para los Estados parte la obligación de mejorar los sistemas de provisión de alimentos, de reconfigurar la estructura agraria y de asegurar una distribución equitativa de los alimentos a nivel global.

También en los años setenta, en un contexto de transitorias pero sucesivas y agudas crisis alimentarias, se aprobó la Declaración Universal sobre la Erradicación del Hambre y la Malnutrición (ONU, 1974) durante la

Conferencia Mundial de la Alimentación de 1974, celebrada en Roma. En este documento se presentó por primera vez el concepto de “seguridad alimentaria”, el cual se definió como la “disponibilidad suficiente de alimentos a precios razonables en todo momento, independientemente de las fluctuaciones y caprichos periódicos del clima y sin ninguna presión política ni económica” (ONU, 1974, inciso g).

La Declaración aceptaba que el mundo contaba con los recursos y la tecnología para acabar con el hambre, al tiempo que mencionaba la importancia que, para este fin, tenían la reforma agraria, el fomento de las cooperativas de productores(as) y consumidores(as), el trabajo de los(as) campesinos(as) y pescadores(as), la participación de las mujeres en condiciones de equidad, la disminución del desperdicio de alimentos y la conservación de los recursos naturales. Sin embargo, la Declaración también promovía la modernización de la producción de alimentos basada en el uso de insumos convencionales, la transferencia de tecnologías desde los países industrializados, así como una estrategia de seguridad alimentaria sostenida en el comercio internacional (ONU, 1974).

A finales de 1996 se celebró, nuevamente en Roma, la Cumbre Mundial sobre la Alimentación. Fruto de este encuentro se publicaron la Declaración de Roma sobre la Seguridad Alimentaria Mundial y un Plan de Acción (FAO, 1996). Éstos buscaban atender las causas que hacían que, en ese momento, más de 800 millones de personas padecieran hambre. A pesar de las buenas intenciones de la declaración de 1974, no parece que hubiera habido avances en materia de seguridad alimentaria, sino todo lo contrario.

La Declaración de 1996 amplió la definición de seguridad alimentaria, que quedó establecida como el estado en el cual “todas las personas tienen en todo momento acceso físico y económico a suficientes alimentos inocuos y nutritivos para satisfacer sus necesidades alimenticias y sus preferencias en cuanto a los alimentos a fin de llevar una vida activa y sana” (FAO, 1996, artículo 1°).

En sintonía con el pensamiento del Premio Nobel bangladesí, Amartya Sen, la Declaración consideraba que el problema de la inseguridad alimentaria no tenía su origen, al menos no principalmente, en la baja dis-

ponibilidad de alimentos, sino en la carencia de medios de acceso a ellos por las personas. Esta falta de medios se relacionaba de manera directa con la pobreza, expresada en la carencia de recursos para la autoproducción y/o la compra de alimentos.

Por su parte, el Plan de Acción establecía compromisos relacionados con la erradicación de la pobreza y la participación social equitativa; el desarrollo productivo; el comercio agrícola; las emergencias alimentarias y las inversiones públicas y privadas en alimentación. La propuesta se centraba en un desarrollo económico sustentable, impulsado, entre otras, por políticas neoliberales que incluían el fomento de la iniciativa privada, el libre comercio y la competencia económica —en sintonía con la Organización Mundial de Comercio (OMC) y la Ronda de Uruguay (FAO, 1996)—.

El mismo año de la Cumbre Mundial, la Vía Campesina celebró su Segunda Conferencia en Tlaxcala, México. La Vía Campesina se fundó en 1992 como una coordinación de organizaciones campesinas originarias de todos los continentes que buscaba fomentar la cooperación entre sus miembros, promover relaciones económica y socialmente equitativas en el sistema alimentario, así como el control campesino del territorio y los bienes productivos para una agricultura sostenible (Desmarais, 2007).

La declaración redactada durante la conferencia denunciaba que el neoliberalismo era la principal causa del empobrecimiento y desaparición de los(as) pequeños(as) productores(as) de alimentos, de la privatización y destrucción de la naturaleza, como también del endeudamiento de países enteros (Vía Campesina, 1996). Más tarde, ese mismo año, la Vía Campesina participó en la Cumbre de Roma y llevó a debate el concepto de “soberanía alimentaria”, definiéndolo en ese momento como el derecho de toda nación a mantener y desarrollar su propia capacidad para producir sus alimentos básicos, con respeto a su diversidad cultural y agrícola (Desmarais, 2007). La soberanía alimentaria se oponía a que la alimentación estuviera en manos de empresas capitalistas y proponía devolver ese poder a los(as) pequeños(as) y medianos(as) productores(as) de alimentos. El concepto se distinguía del de “seguridad alimentaria”, pues no sólo daba importancia a la producción y distribución suficiente de alimentos, sino también a la cuestión de qué alimentos se

producen, quién los produce, cómo y para quién se producen (Desmarais, 2007).

En seguimiento a algunos acuerdos del Plan de Acción de 1996, el Comité del PIDESC aprobó la Observación General no. 12, relativa al Derecho a la Alimentación Adecuada (ONU, 1999). La Observación buscaba señalar las deficiencias del Pacto, mejorar la definición del derecho y facilitar y fomentar su aplicación por los países signantes. Según la Observación, el derecho a la alimentación se ejerce cuando “todo hombre, mujer o niño, ya sea solo o en común con otros, tiene acceso físico y económico, en todo momento, a la alimentación adecuada o a medios para obtenerla” (ONU, 1999). Además, se estableció que la alimentación debía ser sostenible, suficiente, inocua, culturalmente apropiada, disponible y accesible física y económicamente. La Observación menciona que el derecho a la alimentación es fundamental para el cumplimiento de todos los demás derechos y exhorta a los Estados a aprobar una “ley marco” (ONU, 1999).

En el año 2000 la ONU estableció el mandato del relator especial del Derecho a la Alimentación, el cual tiene la misión de examinar la problemática existente en torno a este derecho, así como de formular recomendaciones y colaborar con Estados y otros(as) actores(as) para su cumplimiento pleno (ONU, 2000). Algunos de los informes que publicaron estos(as) relatores(as) permitieron llevar la voz de los movimientos sociales al debate internacional. En 2010, por ejemplo, el relator Olivier de Schutter presentó un informe en el que concluía que la agroecología demostró dar resultados en la realización del derecho a la alimentación, por lo que recomendaba que los Estados la incluyeran en sus estrategias nacionales de desarrollo, que impulsaran sistemas de investigación participativos y facilitaran la comercialización de los productos de los(as) pequeños(as) productores(as) (ONU, 2010). Recientemente, el relator Michael Fakhri denunció, en sintonía con las exigencias de la Vía Campesina, que la Cumbre Mundial sobre Alimentación celebrada en 2021 no fue inclusiva y dejó fuera del debate a varios países y a la sociedad civil. Asimismo, mencionó que la Cumbre no prestó la debida atención a los problemas estructurales de los sistemas alimentarios, privilegiando, más bien, al sector empresarial (ONU, 2021).

En 2004, la FAO publicó las *Directrices voluntarias en apoyo de la realización progresiva del derecho a una alimentación adecuada en el contexto de la seguridad alimentaria nacional* (FAO, 2004). Las directrices fueron desarrolladas a partir de debates en los que participaron representantes de la ONU, los Estados y, por primera vez, organizaciones de la sociedad civil. Las *Directrices* son la hoja de ruta más completa que la ONU ha publicado con relación al derecho a la alimentación.

Prosalus y colaboradores (2005) mencionan que, durante la elaboración de las *Directrices*, las organizaciones sociales hicieron énfasis en la importancia de la soberanía alimentaria; sin embargo, en la fase resolutive del proceso, la participación de este sector se vio limitada y se dificultó que los Estados logaran acuerdos para transformar los sistemas internacionales de comercio. Por su parte, Gallar Hernández y Rivera-Ferre (2012) señalan que, si bien este documento presenta elementos valiosos (trabajo digno, acceso a recursos, sostenibilidad, educación), se inclina a “mantener el sistema agroalimentario en un contexto internacional, de acuerdo con los planteamientos de la Ronda de Doha de la OMC” (p. 38). Al igual que el Plan de Acción, las *Directrices* son de corte neoliberal, tratándose, además, de un documento no vinculante.

Paralelamente, el diálogo en torno a la soberanía alimentaria prosiguió y en sucesivos encuentros de la Vía Campesina el concepto fue nutriéndose. En 2007, en Mali, se celebró el Foro Internacional de Nyéléni para la Soberanía Alimentaria, durante el que se publicó la declaración del mismo nombre (ECVC, 2018). La Declaración de Nyéléni establece que la soberanía alimentaria es el “derecho de los pueblos a alimentos nutritivos y culturalmente adecuados, accesibles, producidos de forma sostenible y ecológica, y su derecho a decidir su propio sistema alimentario y productivo” (Vía Campesina, 2007, p. 1). La Declaración también menciona que la soberanía alimentaria se basa en “seis pilares” (European Coordination Vía Campesina, 2018, cuadro 1).

Cuadro 1. *Pilares de la soberanía alimentaria*

Pilar	Definición
Priorizar los alimentos para los pueblos	Pone a las personas en el centro del sistema alimentario. Los alimentos no son una mercancía.
Valorar a quienes proveen alimentos	Defiende los derechos de todas las personas que trabajan en el sistema alimentario.
Localiza los sistemas de alimentación	Revincula a proveedores(as) y consumidores(as) de alimentos, poniéndolos en el centro de las decisiones sobre los sistemas alimentarios. Protege a los(as) proveedores(as) de alimentos del comercio injusto y a los(as) consumidores(as) de alimentos dañinos y de mala calidad.
Promueve el control local	Pone el territorio y sus bienes productivos en manos de los(as) proveedores(as) de alimentos y reconoce que ellos(as) los pueden utilizar y compartir de manera sostenible. Facilita la solución de conflictos entre actores(as) del sistema alimentario.
Desarrolla conocimientos y habilidades	Desarrolla los conocimientos y habilidades de los(as) proveedores(as) de alimentos. Diseña sistemas de investigación para desarrollar y difundir esta sabiduría. Rechaza la tecnología que daña a estos(as) proveedores(as) y a sus comunidades.
Trabaja con la naturaleza	La producción de alimentos se apoya en las contribuciones de la naturaleza, disminuye los impactos ambientales negativos y mejora la resistencia y adaptación de los agroecosistemas, principalmente frente al cambio climático. Rechaza los sistemas de producción industrial.

FUENTE: *elaboración propia a partir de ECVC, 2018.*

Tras 17 años de negociación entre la Vía Campesina y la ONU, el 18 de diciembre de 2018 se adoptó la Declaración de las Naciones Unidas so-

bre los Derechos de los Campesinos y de Otras Personas que Trabajan en las Zonas Rurales (ONU, 2018). La Declaración reconoce que los(as) campesinos(as) son fundamentales para superar las crisis económicas, ambientales y alimentarias, como también el derecho de éstos a la tierra, las semillas, la biodiversidad, los medios de producción, a preservar los saberes tradicionales y a la soberanía alimentaria, entre otros (ONU, 2018). Si bien la Declaración establece obligaciones para la propia ONU, tampoco es un instrumento vinculante.

Pasando al ámbito nacional, México ratificó el PIDESC en 1981; el derecho a la alimentación fue reconocido en la Constitución en 2011, realizándose modificaciones a los artículos 4 y 27. Esta reforma fue resultado de la presión ejercida por la sociedad civil, sobre todo por el Frente por el Derecho a la Alimentación, que venía trabajando por el reconocimiento constitucional desde 1991. A lo largo de 20 años de funcionamiento, el Frente presentó más de 30 iniciativas de reforma de ley y generó alianzas a nivel nacional e internacional (Covantes et al., 2012). Tras el cambio constitucional, también en 2011, se fundó el Frente Parlamentario contra el Hambre, Capítulo México, el cual reúne a diputados, senadores, representantes de gobierno y de la sociedad civil y tiene como objetivo impulsar acciones legislativas vinculadas a la transformación de los sistemas alimentarios. En 2021, el Frente fue reinstalado por la Cámara de Diputados hasta 2024 (FPCHALC, 2021), siendo uno de los principales impulsores de la Ley General de la Alimentación Adecuada y Sostenible.

La Ley General es la ley marco reglamentaria del derecho a la alimentación y fue aprobada por el Congreso de la Unión el 6 de marzo de 2024 (Cámara de Diputados, 2024). Entre otros aspectos, propone la promoción del consumo de alimentos sanos, la no especulación con los precios de los alimentos, la producción agroecológica, la coordinación interinstitucional y la participación social en la política alimentaria (Rivera, 2021).

A continuación (cuadro 2) se presenta un resumen de la sección anterior, destacando las aportaciones que los diferentes acontecimientos descritos han significado para la formulación del derecho a la alimentación, la seguridad y la soberanía alimentaria.

Cuadro 2. *La evolución del derecho a la alimentación y la seguridad y soberanía alimentarias*

Año	Acontecimiento	Principales aportaciones
1948	Declaración Universal de los Derechos Humanos	Primera mención del derecho a la alimentación.
1966	Pacto Internacional de Derechos Económicos, Sociales y Culturales	Ampliación del derecho a la alimentación con carácter vinculante.
1974	Declaración Universal sobre la Erradicación del Hambre y la Malnutrición	Primera definición del concepto de seguridad alimentaria. Se hace énfasis en la disponibilidad de alimentos.
1996	Declaración de Roma	Ampliación del concepto de seguridad alimentaria. Se hace énfasis en el acceso y la utilización de los alimentos.
1996	Plan de Acción	Primera hoja de ruta para alcanzar el derecho a la alimentación. El corazón de la propuesta son el desarrollo sostenible y el libre mercado.
1996	Declaración de Tlaxcala y Declaración de Roma (Vía Campesina)	Primera mención del concepto de soberanía alimentaria y presentación de éste en la Cumbre de Roma.
1999	Observación General no. 12	Ampliación de la formulación del derecho a la alimentación. Se hace énfasis en la adecuación, la inocuidad, la sostenibilidad y el acceso físico y económico.

2004	Directrices voluntarias	Hoja de ruta más completa para alcanzar el derecho a la alimentación. La primera en ser desarrollada con cierta participación de la sociedad civil. Si bien incluye algunos elementos que apoyan la soberanía alimentaria, no abandona la tendencia neoliberal.
2007	Declaración de Nyéléni	Ampliación del concepto de soberanía alimentaria para especificar cuestiones ambientales, económicas, sociales y políticas.
2011	Derecho a la alimentación en la Constitución mexicana	El derecho a la alimentación se eleva a rango constitucional en México.
2018	Declaración de las Naciones Unidas sobre los Derechos de los Campesinos	Reconocimiento de los derechos de los(as) campesinos(as), en línea con la soberanía alimentaria.

FUENTE: elaboración propia a partir de ECVC, 2018.

Más allá de la narrativa dominante, hacia una transformación radical de los sistemas alimentarios

A lo largo de siete décadas, la formulación del derecho a la alimentación se ha ido transformando para ampliarse y profundizarse. De acuerdo con Pérez de Armiño (s. f.), han ocurrido cuatro cambios principales. El primero es que, paulatinamente, se ha ido reconociendo que el hambre no es causada en mayor medida por fenómenos naturales que afectan la producción de alimentos, sino que tiene causas más bien políticas. El segundo es que se ha transitado desde un enfoque de disponibilidad nacional de alimentos a uno en el que se atienden las condiciones familiares e individuales del acceso a los alimentos. El tercer cambio, en sintonía con el segundo, es que la prioridad dejó de ser la disponibilidad de alimentos pasando a ser el acceso a los mismos. Finalmente, el cuarto cambio radica en que empezaron a considerarse no sólo los aspectos

cuantitativos de los alimentos, sino también los cualitativos, entre ellos, la diversidad, la inocuidad, la nutrición, la pertinencia cultural y la sustentabilidad.

Aunque tanto la formulación del derecho a la alimentación como las definiciones de seguridad y soberanía alimentaria han experimentado varios de los cambios descritos, la forma en que se han expresado en los discursos de los organismos internacionales y las organizaciones de la sociedad civil ha sido divergente. En primer lugar, si bien los organismos internacionales piden a los Estados crear políticas que faciliten el ejercicio del derecho a la alimentación, a diferencia de la soberanía alimentaria no cuestionan radicalmente las relaciones de poder que configuran los sistemas alimentarios. Aunque la ONU y la FAO reconocen la importancia de los(as) campesinos(as) y de la agroecología (como hemos visto en la Declaración de los derechos de los campesinos y los informes del relator), no dejan de fomentar un modelo de producción de alimentos que explota a las personas y daña el medio ambiente —ejemplo de ello es la alianza entre CropLife y la FAO (FAO, 2020)—. Para estos organismos, el problema no está en la acumulación y la concentración del poder económico en unas pocas empresas y, por el contrario, estas empresas se presentan como aliados preocupados por construir mejores sistemas alimentarios (siempre que sus ganancias no se vean afectadas). Esta narrativa no reconoce las contradicciones de clase y propone estrategias en las que gobiernos, ciudadanos(as) y empresas pueden construir relaciones horizontales de colaboración (FAO, 2023).

En segundo lugar, si bien pasar de un enfoque nacional del acceso a alimentos a uno individual ha permitido reconocer asimetrías de poder entre personas de diferentes edades y género, también ha implicado que la atención se centre más en desarrollar las capacidades de las personas para acceder a alimentos que en atender las causas estructurales del hambre; los organismos internacionales no se oponen al acaparamiento de tierras y a la explotación de las personas (de lo que da cuenta la asociación entre Bill Gates —uno de los mayores terratenientes del mundo y financiador de la agroindustria— y la FAO [FAO, 2021b]).

Finalmente, en relación con los aspectos cualitativos de la alimentación, la narrativa de los organismos internacionales, por un lado, muestra pre-

ocupación por la pérdida de diversidad agrícola y gastronómica y por la sustentabilidad de la producción de alimentos (FAO, 2022a), mientras que, por el otro, sigue favoreciendo la expansión del agronegocio y sus monocultivos. Así, términos como “agricultura climáticamente inteligente” son promovidos por la FAO (2021a) y, simultáneamente, por muchas de las más grandes corporaciones agroindustriales (Fundación Heinrich Böll y Grupo ETC, 2015).

Los organismos internacionales sostienen que es posible alcanzar el derecho a la alimentación y la seguridad alimentaria en un contexto de capitalismo neoliberal; incluso consideran aliadas a las grandes transnacionales. Por otro lado, muchas organizaciones de la sociedad civil, entre las que destaca la Vía Campesina, denuncian que, justamente, este sistema político-económico está en la raíz de la inseguridad alimentaria, por lo que demandan soberanía alimentaria. En las narrativas de los organismos internacionales tiene cabida tanto la promoción de la agroecología y de los derechos de los campesinos, como la cooptación de la Cumbre Alimentaria por el sector privado (Grupo ETC, 2021). Aunque los organismos internacionales han visibilizado algunas problemáticas y han realizado pequeñas mejoras en los sistemas alimentarios, éstos no están comprometidos con una transformación radical de las relaciones de poder que determinan cómo producimos, distribuimos y consumimos alimentos. Quienes sí lo están son aquellos que buscan la soberanía alimentaria.

El concepto de soberanía alimentaria considera que, para acabar con el hambre en el mundo, es necesario transitar hacia sistemas alimentarios que no prioricen la concentración de ganancias, sino que atiendan las necesidades de todos(as), cuiden la vida y sean gestionados y gobernados de forma local y democrática. El sistema capitalista produce hambre porque despoja a las personas de los medios para producir sus alimentos y reproducir sus vidas, al tiempo que las explota, dejándoles lo mínimo para seguir siendo explotadas, y convierte a los alimentos en mercancías que sólo pueden ser obtenidas por quienes puedan pagarlas. En cambio, si el territorio está en manos de quienes lo cuidan a fin de producir alimentos para sí y la sociedad, si se crean sistemas de intercambio no basados en el lucro y se redistribuyen derechos y obligaciones entre to-

das las personas, es mucho más probable que podamos hacer realidad el derecho a la alimentación para todos(as).

Entonces, ¿cómo vamos a construir soberanía alimentaria si las transformaciones que se requieren afectan directamente los intereses del capital?, ¿cómo lo vamos a hacer si este sistema tiene tanto poder? Coincido con Giraldo (2022) en que la revolución que necesitamos, no sólo para cambiar el sistema alimentario sino también para cambiar el mundo, proviene de una multitud de pequeños procesos locales, conectados en redes, que descentran al Estado y transforman los sistemas capitalistas, sustituyéndolos por sistemas locales autogestionados basados en la búsqueda del bien común.

En su reciente libro, *Multitudes agroecológicas*, Giraldo propone cinco claves para transformar el sistema socioeconómico. Dichos principios están inspirados en el pensamiento de autores(as) como Jason Moore, Michael Hardt, Antonio Negri, Gilles Deleuze, Gustavo Esteva, Iván Illich, John Holloway y Raquel Gutiérrez, entre otros(as).

La primera de sus claves propone que pasemos de la lógica capitalista, que dicta que siempre es necesario producir más y comprar más, a una en la que la producción y el consumo se circunscriban a los límites de la salud ecosistémica y social, y en la que los excedentes sean distribuidos y no acumulados.

La segunda clave tiene que ver con dejar de pensar en la reproducción de la vida atada a la obtención de un salario y, en cambio, desarrollar nuestra propia capacidad creativa para satisfacer de forma directa nuestras necesidades en colectivo. Esto supone dejar de depender del dinero y de las mercancías del capital y construir comunidades en las que todos(as) producimos lo necesario para vivir bien, realizando trabajos no alienantes y con mayor autonomía.

La tercera clave se relaciona con la transformación social a partir de esfuerzos locales de construcción de poder creador y autogobierno, abandonando la idea de que para cambiar la sociedad hay que tomar el Estado. Esto no implica ignorar la existencia del Estado; sigue siendo necesario utilizarlo para contener los embates capitalistas y fomentar ciertas condiciones que permitan el avance de procesos radicales de

transformación. Sin embargo, se trata de construir el mundo que queremos aquí y ahora, y no de esperar a tomar el poder para imponerlo desde arriba.

La cuarta clave es pasar de una estructura socioeconómica jerárquica a una rizomática, en la que las comunidades se articulen en redes capaces de concentrar sus capacidades para trabajar por el bien común. Ello supone que, en vez de estructuras de mando verticales, se construyan redes en las que los recursos, la información y las decisiones puedan fluir de forma más eficiente y democrática a lo largo de todo el sistema.

Finalmente, Giraldo sugiere que es necesario abandonar el sistema socioeconómico global y orientado al crecimiento sin límites, para, en su lugar, construir comunidades pequeñas en las que desaparezca la brecha de conocimiento entre las personas y su entorno natural y social, las cuales puedan autogobernarse ejerciendo formas de democracia directa. Asimismo, propone construir una economía basada en tecnologías sustentables, simples, flexibles y manejadas por la comunidad.

La superación del sistema capitalista global, la construcción de la soberanía alimentaria y, por lo tanto, el ejercicio del derecho a la alimentación para todos(as) no será posible sino a través de una transformación civilizatoria. Dicha transformación no es algo por venir y, como dice Giraldo, ya se encuentra en marcha, impulsada por iniciativas locales que operan bajo los principios descritos y crean otro mundo posible aquí y ahora a lo largo del orbe. Considero que las RAA de México operan siguiendo muchos de los principios mencionados y, por ello, son actoras importantes en la transformación profunda del sistema socioeconómico, lo que incluye al sistema alimentario.

Las Redes Alimentarias Alternativas como impulsoras de otro mundo posible

Las RAA son organizaciones de escala local en las que participan productores(as) y consumidores(as); se orientan a la distribución de alimentos y otros bienes bajo principios distintos a los de los sistemas hegemónicos. Ejemplos de RAA son los mercados de productores(as), los grupos y coo-

perativas de consumo, las organizaciones de agricultura de responsabilidad compartida, entre otros. Las RAA buscan apoyar los procesos de producción agroecológica y artesanal, al tiempo que facilitan el acceso a productos de calidad a precios más justos. Además de ser sistemas de distribución, estas redes permiten el encuentro, el apoyo mutuo, el intercambio de saberes y la articulación de esfuerzos para atender otros objetivos comunitarios. No ahondaré más en estas cuestiones porque podrán encontrar más detalles sobre la definición de las RAA y sobre casos concretos a lo largo de este y otros libros y documentos (Escalona, 2009; Monachón, 2017; Bracamontes, 2019; Espinosa et al., 2020).

Desde mi punto de vista, las RAA de México operan siguiendo los cinco principios propuestos por Giraldo para las “multitudes agroecológicas”; sin embargo, es importante considerar que no todas las redes operan de la misma forma y con las mismas lógicas y objetivos políticos. Por lo tanto, cada proceso organizativo puede verse reflejado de diversas formas en los siguientes párrafos.

En primer lugar, y como diferencia fundamental con respecto a los sistemas capitalistas, las redes no buscan maximizar ganancias sino satisfacer necesidades colectivas. En vez de concentrar los beneficios, las redes los distribuyen, como también distribuyen las responsabilidades. Todos(as) los(as) participantes aportan algo (trabajo, productos o dinero) y reciben algo (dinero por productos, dinero por trabajo, productos por trabajo) en intercambios que buscan ser lo más justos posibles.

En las redes, las personas pueden invertir su trabajo no para la consecución de un salario sino, como ya mencionamos, para la satisfacción directa de necesidades. Aunque los(as) productores(as) reciben dinero por sus productos, antes que nada producen para sí mismos. Por otro lado, quienes gestionan estas redes no suelen recibir un salario proveniente de un patrón, sino una compensación en especie por su trabajo o una remuneración que, muchas veces, gastan en la propia red. Asimismo, mucho del trabajo que los(as) participantes invierten en las redes no se contabiliza ni se remunera, tratándose de trabajo colectivo que permite la reproducción de la organización y el cuidado de todos(as) sus participantes (De León, 2023).

Con relación a las estrategias políticas de las RAA, sin duda, la principal no es tomar el poder o cambiar las políticas públicas o las leyes para transformar el sistema alimentario, sino que más bien construyen, aquí y ahora, otras formas de producir, distribuir y consumir alimentos. En un acto de prefiguración política, las redes constituyen espacios que operan bajo los mismos principios que buscan instituir en la sociedad y en los que los medios son coherentes con los fines (Gravante, 2020). Las RAA no esperan a que el gobierno resuelva el problema, sino que lo toman en sus manos para intentar solucionarlo.

Esto no excluye que algunas RAA mexicanas también participen en procesos que exigen al gobierno cambiar la política alimentaria. En realidad, muchos(as) de quienes participan en ellas han sido muy activos en este tipo de luchas, cuyo objetivo era, por ejemplo, la prohibición de la siembra de maíz transgénico en México o la aprobación de la Ley General de la Alimentación Adecuada y Sostenible, entre otras. Algunos de los que participan en las redes también lo hacen en programas públicos a nivel estatal y nacional, así como en programas de investigación-acción financiados por instituciones de educación superior o por el Consejo Nacional de Humanidades, Ciencias y Tecnologías (como es el caso del proyecto que financia este libro).

Con relación a la cuarta clave de Giraldo, en su nombre las RAA denotan su naturaleza reticular. A través de ellas fluyen de manera horizontal energía, recursos e información que permiten alimentar personas, sostener trabajos dignos, cuidar de la naturaleza e impulsar transformaciones sociales. Las redes no son gobernadas de manera vertical ni dependen de instancias superiores y más bien desarrollan procesos de gobernanza en los que productores(as), consumidores(as) y otros(as) actores(as) acuerdan normas, estrategias y objetivos compartidos. Además, las RAA suelen asociarse con otras organizaciones o con otras RAA en ámbitos locales y nacionales.

Finalmente, al actuar en una escala local y realizar actividades que permiten que todos(as) los que participan en ellas conozcan quién, dónde y cómo se producen los bienes que distribuye la organización, las RAA constituyen comunidades en las que se supera la brecha de información entre las personas y se despliegan los procesos que sostienen su vida. A

través de las RAA, los(as) consumidores(as) urbanos pueden vincularse con productores(as) del campo. Estas asociaciones permiten desarrollar sistemas alimentarios más sustentables, sin la necesidad de intermediarios de escala global cuya lógica es capitalista, como es el caso de las grandes cadenas de supermercados. Además, las redes utilizan tecnologías simples pero efectivas, tanto análogas como digitales: bicicletas para el transporte, tecnologías apropiadas¹² para la producción y transformación o *software* libre para la administración de recursos y la gestión de pedidos.

Si bien las RAA mexicanas funcionan de forma distinta a como lo hace el sistema capitalista, enfrentan diferentes desafíos internos y externos para ampliar y profundizar la transformación que buscan. En primer lugar, no están aisladas del sistema capitalista, sino articuladas a él de múltiples formas. Quienes participan en las RAA transfieren valor al sistema capitalista al comprar insumos, equipos y servicios necesarios para la producción de bienes y la gestión de la red, como también cuando los(as) consumidores(as) realizan trabajo asalariado con el fin de ganar el dinero necesario para comprar los productos (Bracamontes et al., 2022). Al mismo tiempo, varios(as) participantes de las RAA dependen de ingresos externos (muchos provenientes de organizaciones con lógicas capitalistas) para poder sostener su participación en las RAA: muchos(as) productores(as) complementan sus ingresos con trabajos asalariados, porque la red no les aporta lo suficiente; muchos(as) gestores(as) tienen que emplearse para poder dedicar su tiempo libre a la red; sólo los consumidores que perciben un buen salario pueden pagar precios justos por los productos (Bracamontes, 2019). Por lo que, las RAA viven en contradicción con el sistema económico dominante: le transfieren recursos, al tiempo que dependen de sus transferencias para existir.

Por otra parte, quienes participan en las RAA muchas veces reproducen lógicas individualistas y orientadas al lucro, propias del sistema capitalista; es imposible no reconocer que son ésas las lógicas que se nos han inculcado y que, en muchas ocasiones, hemos tenido que reproducir

12. La tecnología adecuada, también conocida como tecnología apropiada o tecnología intermedia, es aquella diseñada con especial atención a los aspectos medioambientales, éticos, culturales, sociales y económicos de la comunidad a la que se dirigen (Wikipedia, 2023).

para sobrevivir en nuestra sociedad. Aunque esta colonización se expresa de muchas formas, una de ellas es la renuencia de muchos(as) potenciales consumidores(as) (que cuentan con recursos suficientes) a pagar un poco más en las RAA, a pesar de que, con su pago, podrían sostener trabajo digno, formas de producción más sustentables y obtener alimentos saludables. El sistema económico dominante nos ha grabado la idea de que los alimentos, antes que nada, deben ser baratos (Carolan, 2018). Aunado a ello, la cultura capitalista nos dice que los alimentos deben ser perfectos, grandes, impecables, fáciles al paladar, poseer largo tiempo de conservación y estar disponibles todo el tiempo. Como los productos agroecológicos y artesanales no cumplen con varias de estas características, muchas personas prefieren no comprarlos.

La relación entre las RAA y el Estado también es compleja. Como decíamos líneas arriba, no todas las redes son iguales, como tampoco lo es su relación con el gobierno. Algunas organizaciones, por motivos de ideología política, minimizan su relación con el Estado, mientras que otras buscan relacionarse con éste para recibir beneficios que utilizan en el desarrollo de sus proyectos. Coincido con Giraldo en que la superación del capitalismo no vendrá de la mano del Estado, aunque sigue siendo estratégico aprovechar los recursos que ofrece (lo cuales son públicos y, por lo tanto, son nuestro derecho) y exigir los programas y las leyes que favorezcan, o al menos no obstaculicen, el desarrollo de iniciativas autónomas.

Con relación a la cuarta clave y su propuesta de actuar en estructuras rizomáticas, aun cuando las redes están conformadas principalmente por relaciones horizontales, también se dan en ellas dinámicas verticales y violentas. Ello hace necesario no sólo cambiar las relaciones económicas, sino también la forma en que nos relacionamos interpersonalmente, identificando, reconociendo, reflexionando, previniendo y atendiendo la violencia que consciente o inconscientemente todos(as) reproducimos, incluso al interior de organizaciones que buscan ser alternativas.

Por otro lado, aunque las RAA buscan crear redes con otras organizaciones, deben hacer frente a ciertas dificultades, siendo una de las principales la falta de tiempo de sus participantes. No es por falta de voluntad que a las redes les cuesta colaborar entre sí, sino porque hacerlo repre-

senta una carga de trabajo adicional a la ya de por sí abultada lista de actividades que sus participantes realizan. En términos concretos, los(as) participantes de las RAA —y particularmente las mujeres— suelen combinar una jornada de trabajo asalariado, una jornada de trabajos de cuidado propios, destinados al hogar y la familia, y una jornada de actividades —nula o bajamente remuneradas— dedicadas a la atención de sus organizaciones (De León, 2023). En este contexto, muchas veces los procesos de transformación social se desarrollan a costa de la salud física y mental de quienes los impulsan.

Finalmente, las redes han sabido adaptar la tecnología a sus necesidades, buscando la autonomía y la sustentabilidad ambiental. Por ejemplo, con base en tecnologías simples y mediante la colaboración con otras organizaciones, las RAA de la Ciudad de México pudieron adaptarse bien a las condiciones impuestas por la pandemia de Covid-19 (Bracamontes y Benítez, 2021). Sin embargo, todavía hay muchas herramientas que las RAA, por falta de tiempo o de conocimiento, no han podido aprovechar (sobre todo en México). En particular, pienso en las posibilidades que ofrece el *software* libre para facilitar tareas como la atención de pedidos, la gestión de stock, la administración económica, la comunicación audiovisual, la organización de flujos de trabajo o la planeación de rutas de entrega, entre otras.

Conclusiones

La narrativa de los organismos internacionales y los Estados alineados encubre sus verdaderas intenciones de mantener el desarrollo del sistema capitalista global y la hegemonía de las empresas privadas. Usando nuevos conceptos y metas, aparenta escuchar a la sociedad civil y, sin cuestionar las políticas neoliberales, sólo pretende, en realidad, mantener viva la esperanza de que un mundo más justo y sustentable es posible, bajo la premisa de que es necesario que todo cambie para que las cosas se mantengan iguales. Las formulaciones del derecho a la alimentación y de la seguridad alimentaria han evolucionado significativamente a lo largo de 75 años, a pesar de lo cual hoy existe la misma cantidad de

personas con hambre que había en 1976. El capitalismo provoca el hambre mediante el despojo, las guerras, el calentamiento global, el empobrecimiento de las personas y la mercantilización de la alimentación.

Por eso, además de cambiar el sistema alimentario, es necesario, también, cambiar el sistema socioeconómico en su totalidad. Y, aunque se requiere seguir abriendo grietas en el Estado y utilizarlo para ralentizar la destrucción capitalista y generar algunas condiciones que permitan seguir existiendo, ha quedado claro que los gobiernos mundiales no pueden desobedecer las órdenes del imperio (Hardt y Negri, 2000).

La soberanía alimentaria produce una grieta porque es una propuesta política que apunta a un mundo poscapitalista. Aunque no plantea abandonar la lucha en pos de cambiar las leyes y las políticas públicas, centra sus esfuerzos en poner el control de los territorios y los bienes comunes en manos de las comunidades y en desarrollar las capacidades humanas colectivas para crear nuevas formas de relacionarnos entre las personas y con la naturaleza. Haciendo eco de voces decrecentistas, poscapitalistas, posmodernas, comunales y conviviales, Giraldo propone ampliar y profundizar esa grieta mediante la multiplicación de comunidades locales que intenten reproducir la vida de forma autogestionada, buscando el bien común y la equidad y no el lucro. Tal multiplicación está ocurriendo ahora mismo en todos los rincones del mundo.

Las RAA son un claro ejemplo de cómo la organización social puede resolver un problema común siguiendo lógicas contrahegemónicas. Son la muestra viva de que otro mundo es posible. Quizá sin proponérselo, son uno de los mejores ejemplos de las multitudes descritas por Giraldo: pequeñas redes horizontales, autogestionadas, conviviales, flexibles, que utilizan la potencia y la creatividad colectiva para reproducir la vida y no para ganar dinero. Las RAA tienen mucho que aportar a la concepción y desarrollo de un mundo poscapitalista.

Sin embargo, no podemos olvidar que las RAA están inmersas en el sistema capitalista y su relación con él es compleja. El desafío es seguir desplegando otras formas de vivir, al tiempo que vamos dejando de depender del sistema dominante. La cultura y la economía capitalistas han permeado profundamente todo, incluyendo a nosotros(as) mismos(as),

lo que hace que este proceso sea lento, porque no es fácil dejar de depender del capitalismo; no obstante, es más sencillo si lo realizamos colectivamente.

Hoy las redes se encuentran en una encrucijada. Identifico tres posibles caminos a seguir. El primero es seguir funcionando tal y como lo han hecho hasta ahora. El segundo es dirigir más esfuerzos a tratar de cambiar las políticas estatales y que el cambio se produzca de arriba a abajo. El tercero es el proceso que señalé en el párrafo anterior. Considero que, si seguimos en el mismo camino, tarde o temprano la crisis nos alcanzará y quizá no estemos lo suficientemente preparados(as); así, estaríamos desaprovechando el potencial de nuestras redes. Por otro lado, dirigir nuestros esfuerzos a intentar cambiar las cosas desde el Estado puede resultar decepcionante. Si bien el Estado tiene como mandato velar por el bien común de la sociedad, históricamente se ha visto que esto no ha ocurrido. Creo que, aun tomando el gobierno, será imposible desarrollar políticas que permitan una transformación profunda, pues las fuerzas geopolíticas globales lo impedirían. Me parece que la alternativa más conveniente es orientar nuestros esfuerzos hacia la construcción de un mundo poscapitalista.

Esto supone desarrollar nuestras propias capacidades para construir la vida que queremos y no depender de un salario, como también multiplicar las fuentes de trabajo y los bienes que operan con lógicas solidarias, estableciendo redes fluidas de recursos, saberes y afectos entre ellas. Aunque cueste trabajo aceptarlo, es posible que en el futuro existan menos empleos y éstos sean peor pagados. También es posible que, a causa de la crisis ambiental y energética, todo encarezca y sea muy difícil comprar productos de calidad. Es posible que el capitalismo siga destruyendo la diversidad biológica y cultural y se vuelva cada vez más difícil disfrutar de bienes comunes como el agua, el aire limpio y los bosques.

Creo que la única forma de tener trabajos, bienes, servicios y entornos dignos, en fin, una vida digna, es seguir desarrollando proyectos, organizaciones sociales y redes que nos permitan poner nuestra potencia creativa al servicio de nuestras necesidades y no del capital. Además, necesitamos mantener el valor generado dentro de nuestras propias redes, estableciendo redes de consumo y monedas comunitarias, así como

espacios de colaboración en que la inteligencia colectiva pueda florecer y los afectos puedan fluir y reconfortar el corazón. Las Redes Alimentarias Alternativas pueden ofrecernos todo esto. Son semillas de un futuro poscapitalista en el que el derecho a la alimentación puede ser posible para todos(as).

Bibliografía

- Bracamontes, L. (2019). *Entre permanecer y transformar: Viabilidad económica y social de una red alimentaria alternativa en la Ciudad de México*. UNAM. https://www.researchgate.net/publication/357934798_Entre_permanecer_y_transformar_Viabilidad_economica_y_social_de_una_red_alimentaria_alternativa_en_la_Ciudad_de_Mexico?channel=doiylinkId=61e853309a753545e2e-of701yshowFulltext=true
- Bracamontes, L., Espinosa, S., Moreno, A., y Franco, D. (2022). Otra alimentación es posible. Reflexiones desde la Cooperativa de Consumo La Imposible en la Ciudad de México. *Religación: Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, 7(31), 13.
- Bracamontes, L., y Benítez, M. (2021). Transformar para resistir: Resiliencia de redes alimentarias alternativas ante la emergencia de COVID-19 en la Ciudad de México. *Acta Sociológica*, 83, 37. <https://doi.org/10.22201/fcpys.24484938e.2020.83.81337>
- Cámara de Diputados (2024). *La Cámara de Diputados aprobó expedir la Ley General de la Alimentación Adecuada y Sostenible*. <https://comunicacionsocial.diputados.gob.mx/index.php/boletines/la-camara-de-diputados-aprobo-expedir-la-ley-general-de-la-alimentacion-adecuada-y-sostenible>
- Carolan, M. (2018). *The real cost of cheap food* (2a ed.). Routledge/Taylor & Francis Group.
- Covantes, L., Dorantes, D., y Guzmán, J. (2012). *Frente Parlamentario contra el Hambre: Capítulo México. Documentos básicos*. Honorable Cámara de Diputados. http://parlamentarioscontraelhambre.org/file/frentes/mex/mx_05.pdf
- De León, V. (2023). *Sostener vidas buenas y disfrutables: Mujeres, lógicas y prácticas que sostienen la vida en el Tianguis Alternativo de Puebla y la Unión de Trabajadores de la Tierra*. BUAP. <https://repositorioinstitucional.buap.mx/handle/20.500.12371/18499>

- Desmarais, A. (2007). *La Vía Campesina: Globalization and the Power of Peasants*. Pluto Press.
- European Coordination Via Campesina (2018). *Soberanía alimentaria ¡ya! Una guía por la soberanía alimentaria*. <https://www.google.com/url?q=https://viacampesina.org/en/wp-content/uploads/sites/2/2018/02/Food-Sovereignty-a-guide-ES-version-low-res.pdf>
fysa=Dysource=docsyust=1689358422679935yusg=AOvVaw2LJswsU1uZzLhloo-ej68-
- Escalona, M. (2009). *Los tianguis y mercados locales de alimentos ecológicos en México: Su papel en el consumo, la producción y la conservación de la biodiversidad y la cultura*. Universidad de Córdoba. https://base.socioeco.org/docs/_xmlui_bitstream_handle_10396_3516_9788469329979.pdf
- Espinosa, D., Bracamontes, L., y Monachon, D. (2020). Redes alimentarias alternativas: Desafíos para la acción colectiva y la construcción de una política agroalimentaria incluyente. En Prunier, D., Le Gall, J., Pasquier, A., y Espinosa, D. (Eds.), *Justicia y soberanía alimentaria en las Américas: Desigualdades, alimentación y agricultura* (1a ed.). UNAM/Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos/École Urbaine de Lyon/Fundación Heinrich Böll. https://mx.boell.org/sites/default/files/2021-09/jysala_completo_o.pdf
- ETC Group (2021). *Secuestro corporativo de los sistemas alimentarios: Por qué oponerse a la Cumbre sobre los Sistemas Alimentarios*. https://www.etcgroup.org/sites/www.etcgroup.org/files/files/communique118-secuestrosistalim_20sep.pdf
- FAO (1996). Declaración de Roma sobre la Seguridad Alimentaria Mundial. <http://www.fao.org/3/w3613s/w3613s00.htm>
- _____ (2004). Directrices voluntarias en apoyo de la realización progresiva del derecho a una alimentación adecuada en el contexto de la seguridad alimentaria nacional, 49. <https://www.google.com/url?q=https://www.fao.org/3/y7937s/y7937s00.pdf>
fysa=Dysource=docsyust=1689358422686017yusg=AOvVawom5D29lefdhoFSCj545s2b
- _____ (2020). *La FAO y CropLife International refuerzan su compromiso con la promoción de la transformación de los sistemas agroalimentarios*. Director general QU Dongyu. <https://www.fao.org/director-general/news/news-articles/c/1311479/>
- _____ (2021a). *Climate-smart agriculture Projects from around the world*. <https://www.fao.org/3/cb5359en/cb5359en.pdf>

- _____. (2021b). *Bill Gates highlights role of data and technology to end hunger at FAO Conference*. Food and Agriculture Organization of the United Nations. <https://www.fao.org/news/story/en/item/1411713/icode/>
- _____. (2022a). *El estado de la seguridad alimentaria y la nutrición en el mundo*. <https://www.fao.org/3/cc0640es/cc0640es.pdf>
- _____. (2022b). *La biodiversidad para la agricultura y la alimentación*. Preguntas frecuentes.
- _____. (2023). *El foco en la gobernanza para un apoyo normativo y técnico más efectivo*. <https://www.fao.org/3/cc0240es/cc0240es.pdf>
- Frente Parlamentario contra el Hambre de América Latina y el Caribe (2021). *Cámara de Diputados de México reinstala Frente Parlamentario contra el Hambre para el periodo 2021-2024*. <http://parlamentarioscontraelhambre.org/noticias/camara-de-diputados-de-mexico-reinstala-frente-parlamentario-contra-el-hambre-para-el-periodo-2021-2024/>
- Fundación Heinrich Böll y ETC Group (2015). *Outsmarting agriculture*. <https://www.boell.de/sites/default/files/2015-11-outsmarting-nature-synthetic-biology.pdf>
- Gallar, D., y Rivera-Ferre, M. (2012). Soluciones a la inseguridad alimentaria: Soberanía alimentaria y derecho a una alimentación adecuada. En Cuellar-Padilla, M., Gallar, D., y Calle, Á. (Eds.), *Procesos hacia la Soberanía alimentaria. Perspectivas y prácticas desde la agroecología política*. Icaria/Antrazyt. https://www.google.com/url?q=https://www.researchgate.net/publication/291102681_Procesos_hacia_la_Soberania_alimentaria_Perspectivas_y_practicas_desde_la_agroecologia_politica&source=docs&usq=__oi=AOvVaw1ykZERoqSgLSwcZd6R8
- Giraldo, O. (2022). *Multitudes agroecológicas*. UNAM. <https://cdn.biodiversidadla.org/content/download/178112/1302068/file/Multitudes%20Agroecologicas.pdf>
- Gravante, T. (2020). Activismo alimentario y prefiguración política: Las experiencias de las redes alternativas alimentarias en la Ciudad de México. *Estudios sobre las culturas contemporáneas*, 25(50), 123-140.
- Monachon, D. (2017). *Redes Alimentarias Alternativas. Nuevos compromisos políticos y sociales. Un estudio comparativo franco-mexicano*. CIESAS. <https://ciesas.repositorioinstitucional.mx/jspui/bitstream/1015/651/1/TE%20M.%202017%20David%20Sebastien%20Monachon.pdf>

- ONU (1948). Declaración Universal de Derechos Humanos. https://www.ohchr.org/EN/UDHR/Documents/UDHR_Translations/spn.pdf
- _____ (1974). Declaración universal sobre la erradicación del hambre y la malnutrición. <https://www.ohchr.org/SP/ProfessionalInterest/Pages/EradicationOfHungerAndMalnutrition.aspx>
- _____ (1976). Pacto Internacional de Derechos Económicos, Sociales y Culturales. https://www.ohchr.org/Documents/ProfessionalInterest/cescr_SP.pdf
- _____ (1999). El derecho a una alimentación adecuada (art. 11). Observación General 12. <https://www.acnur.org/fileadmin/Documentos/BDL/2001/1450.pdf>
- _____ (2000). El derecho a la alimentación. Resolución de la Comisión de Derechos Humanos 2000/10. https://ap.ohchr.org/documents/S/CHR/resolutions/E-CN_4-RES-2000-10.doc
- _____ (2010). *Informe del Relator Especial sobre el derecho a la alimentación, Sr. Olivier De Schutter*. <https://www.ohchr.org/es/special-procedures/sr-food/annual-thematic-reports>
- _____ (2018). Declaración de las Naciones Unidas sobre los Derechos de los Campesinos y de Otras Personas que Trabajan en las Zonas Rurales. <https://www.google.com/url?q=https://viacampesina.org/wp-content/uploads/2020/04/UNDROP-Book-of-Illustrations-I-ES-I-Web.pdf&source=docs&yust=1689358422689025&usg=AOvVawoQitn4V-8Qoto-40QN-GWO4>
- _____ (2021). *Informe provisional del Relator Especial sobre el derecho a la alimentación, Michael Fakhri*. <https://www.google.com/url?q=https://documents-dds-ny.un.org/doc/UNDOC/GEN/N21/208/06/PDF/N2120806.pdf?OpenElement&source=docs&yust=1689358422687752&usg=AOvVawo8KFwesnB6jwP2RhJQQ1fp>
- Pérez de Armiño, K. (s. f). *Enfoques teóricos sobre seguridad alimentaria*. https://www.bantaba.ehu.es/formarse/ficheros/view/Exposici%C3%B3n_Sesi%C3%B3n3.pdf?revision%5Fid=61924package%5Fid=57534
- Prosalus, Cáritas Española y Veterinarios sin Fronteras (2005). *Directrices voluntarias para el derecho a la alimentación*. Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación. <http://www.oda-alc.org/documentos/1341106933.pdf>

Rivera, L. (2021). *Iniciativa de la senadora Ana Lilia Rivera Rivera, del grupo parlamentario de Morena, con proyecto de decreto por el que se expide la Ley General de la Alimentación Adecuada*, LXV Legislatura. https://infosen.senado.gob.mx/sgsp/gaceta/65/1/2021-11-03-1/assets/documentos/Inic_Morena_Sen_Ana_Lilia_Rivera_alimentacion_adecuada.pdf

Vía Campesina (1996). Declaración de Tlaxcala. <https://viacampesina.org/es/ii-conferencia-internacional-de-la-via-campesina-tlaxcala-mexique-18-al-21-abril-1996/>

_____ (2007). Declaración de Nyéléni. <https://www.google.com/url?q=https://nyeleni.org/IMG/pdf/DeclNyeleni-es.pdf&sa=D&source=docs&ust=1689358422680558&usq=AOvVaw3jK677yqiewk8A1G-z-dEW>

Wikipedia (2023). *Tecnología adecuada*. https://www.google.com/url?q=https://es.wikipedia.org/wiki/Tecnolog%C3%25ADA_adecuad&sa=D&source=docs&ust=1689358422673681&usq=AOvVaw1jLGLDu7Hiubwm2-3O_c4e

Colectivo Zacahuitzco, trabajamos por nuestra alimentación sana para el buen vivir

*Dulce Espinosa (dulce.m.espinosa@gmail.com), Georgina Vences y Liza Covantes
Colectivo Zacahuitzco*

El capítulo que presentamos describe la historia de la creación y consolidación del Colectivo Zacahuitzco y su centro de distribución y abasto de alimentos “Mawí, para el buen vivir”, con el objetivo de dar a conocer la experiencia de un grupo de familias organizadas que, desde hace casi nueve años, desarrollan una alternativa de consumo alimentario que implica el vínculo directo entre el campo y la ciudad en Ciudad de México; ésta facilita la comercialización y el acceso a alimentos en sus dimensiones social, económica, política, ambiental y cultural. A lo largo del texto se muestran tanto los aciertos como los retos enfrentados para poder escalar la experiencia y documentar un proceso que, si bien ha sido complejo, ha generado nuevas formas de relación basadas en el trabajo, la organización y el respeto entre personas que viven en el campo y en la ciudad.

Introducción

Hace tiempo que el debate en torno al problema de la alimentación y la centralidad del control del sistema alimentario por las grandes empresas transnacionales tiene lugar en el seno de organizaciones civiles y campesinas alrededor del mundo, articulado en gran medida a movimientos que buscan la soberanía alimentaria, motivo dinamizador para

la creación de opciones de solución a este problema. Ante la crisis alimentaria actual, se construyen procesos de producción, transformación y comercialización alternativos al mercado global, que posibilitan el acceso a alimentos agroecológicos poniendo en el centro a las personas y la naturaleza.

En este contexto nace el Colectivo Zacahuitzco y su centro de distribución y abasto “Mawí, para el buen vivir” bajo diferentes premisas. Una de las más importantes es reconocernos entre nosotras(os) como seres con derecho a existir y a desarrollarnos ampliamente, así como identificarnos con rostro, nombre, espacio geográfico, cultura y anhelos, partiendo de que, al formar un colectivo, todas(os) somos importantes y podemos aportar.

Hace nueve años decidimos realizar trabajo en equipo para formar una comunidad y resistir. Nos asumimos como sujetos de consumo, aprovechando nuestro poder de decisión, y, mediante la solidaridad y el trabajo cooperativo, establecimos alianzas y acuerdos de responsabilidad compartida con pequeñas(os) productoras(es) campesinas(os); así, realizamos ejercicios de intercambio entre familias urbanas y rurales e intentamos actuar en la medida de lo posible fuera de los esquemas del “mercado capitalista”, para contribuir al cumplimiento del derecho a la alimentación en México, partiendo de un ejercicio por motu proprio. Para amplificar el mensaje de la necesidad de comer distinto, de producir distinto y relacionarnos distinto, dando la espalda al modelo depredador de la vida, se ha hecho mucho trabajo colectivo.

Los motivos de nuestro andar

En aquel entonces enfrentábamos diversos problemas: altos precios de los alimentos producidos con agrotóxicos, enfermedades metabólicas crónicas vinculadas a la alimentación, como diabetes, hipertensión, obesidad, etc. Paradójicamente, había mayor disponibilidad de alimentos sanos certificados, pero caros, de forma que lo que en otro tiempo pensábamos podía ser un elemento de confianza y seguridad para el consumidor, por los costos asociados a la certificación limitó el acceso a éstos, convirtiéndose en un elemento de exclusión. Por ello consideramos necesario crear una opción viable de consumo y motivar el interés

por producir, transformar e intercambiar, y consumir alimentos sanos de producción agroecológica a partir de una relación directa entre los involucrados.

Otra cuestión asociada a los alimentos que nos motivó a organizarnos fue la ausencia de reconocimiento del derecho a la alimentación y a nuestro ejercicio de la soberanía alimentaria. En este sentido, discutimos sobre la importancia de proteger el maíz en su centro de origen, ante la amenaza de una contaminación transgénica. También lo hicimos sobre nuestra posición contraria a que los alimentos sean mercancías sujetas a regulaciones establecidas por tratados comerciales y a leyes de propiedad intelectual. No aceptamos que el gobierno mexicano avale el comercio de comida tóxica producida con plaguicidas ni que, al transformarla, le adicione múltiples compuestos sintéticos riesgosos para la salud.

Si bien el poder de decisión respecto a qué comer y dónde adquirirlo es limitado cuando grandes corporativos presionan al gobierno para imponer qué debe comer la mayoría, se trate de comida o de “chatarra”, durante casi nueve años en el colectivo hemos logrado cierto consumo promedio, según el cual aproximadamente 70% de lo que comemos semana a semana proviene del centro de abasto. También decidimos intentar lo más posible que nuestro mínimo ingreso económico, irregular o regular, no fuera transferido a las corporaciones comerciales que definen la política de abasto y distribución de alimentos en México: los supermercados, las tiendas de conveniencia y otras compañías que venden los productos ultraprocesados que integran la dieta tóxica industrial dominante.

La reflexión sobre estos temas nos motivó a generar un espacio de encuentro de productoras(es) y transformadoras(es) con consumidoras(es), al que poco a poco se fueron sumando otras familias interesadas en participar del sistema alimentario propuesto. Hubo quien retomó su rol de productor, algo que sabían hacer sus padres y abuelos, pero que se interrumpió por al menos una generación. Otras personas asumieron el rol de transformadoras y la mayoría el de consumidoras(es) de alimentos.

Con este ejercicio concreto de derechos, comenzamos a cambiar nuestra condición limitada para acceder a alimentos sanos, actuando básicamente sobre nuestro consumo alimentario y sobre el poder que tenemos de elegir qué comer y dónde adquirirlo.

Un colectivo de consumo se organiza

En marzo de 2015, un grupo de aproximadamente 40 personas que participaban en diversas luchas relacionadas con la alimentación, además de otras interesadas en tener una sana alimentación, comenzamos a reunirnos en el patio de la vivienda de una de las integrantes, en la calle de Zacahuitzco, en la colonia San Andrés Tetepilco, Iztapalapa. La mayoría de las y los participantes vivíamos una situación económica difícil, percibiendo ingresos bajos, en la mayoría de los casos irregulares: por empleo temporal, consultorías eventuales, impartición de clases por asignatura; además, había algunas familias cuyo ingreso provenía de una pequeña producción agrícola.

IMAGEN 1. Reunión de productores y consumidores, compraventa de fin de semana en el patio del hogar de una socia fundadora. Orígenes del Colectivo, 2015.



Cortando lechugas, 2016. San Gregorio Atlapulco, Xochimilco. Ciudad de México, 2016.

Técnica digital. Autora. Liza Covantes.

El grupo se fue conformando por afinidad, compartiendo los principios y el interés por trabajar en cooperativa, independientemente del lugar de procedencia, de la actividad laboral o de la edad. Algunos(as) de sus integrantes procedían del norte de la Ciudad de México, otros del centro,

el oriente y el sur de la misma e incluso del Estado de México, Morelos y Puebla.

Durante los fines de semana, diferentes familias, productores(as), artesanos(as), etc., asistían a este espacio para adquirir productos y ofrecer los propios. Al mismo tiempo, nos proveímos de verduras y hortalizas de una chinampa de San Gregorio Atlapulco, en Xochimilco. También creamos un fondo de ahorro multipropósito para fomentar la cooperación entre los socios y financiar al colectivo. Esta primera etapa, en este espacio, se extendió por ocho meses, durante los cuales nos consolidamos como Colectivo Zacahuitzco.

Al iniciar la experiencia del colectivo, varios participantes no habían tenido relación alguna con familias productoras y de espacios rurales; algunos tampoco habían participado en organizaciones sociales. Sin embargo, al ser invitados a emprender colectivamente un proyecto para la obtención de comida sana a fin de cuidar nuestra salud y la del medio ambiente y de realizar un ejercicio de economía de ayuda mutua entre pobladores urbanos y rurales, decidieron sumarse al grupo y asumir compromisos y responsabilidades en éste.

Los vínculos creados en el lugar original se canalizaron hacia un local, que actualmente es el principal capital fijo del colectivo, el que tomó el nombre de Centro de Distribución y Abasto de Alimentos “Mawí”, que significa dar de comer en lengua totonaca. Ahí la cooperación de los integrantes fue vital, ya que aun cuando se compró mobiliario, también se recibieron donaciones y se realizaron jornadas de trabajo para adecuar el lugar. Durante este tiempo, algunos dejaron de estar y otros más llegaron; en ese periodo inicial participaban cerca de 50 familias.

El cambio de establecimiento implicó abrir el espacio al público en general, debido a dos razones: la necesidad de disminuir los costos de traslado de algunos productos desde su lugar de origen, lo que suponía consumirlos en mayor volumen y reducir costos para las familias que ya eran parte del Colectivo Zacahuitzco; y ofrecer una opción para adquirir productos saludables y accesibles a todo el público en la Ciudad de México.

En esta etapa de consolidación del centro de distribución de alimentos Mawí se crearon las bases del grupo gestor que tiene a su cargo la crea-

ción de criterios de selección de los alimentos y de los proveedores; se definieron roles; además, se establecieron las reglas de operación del centro y se ofrecieron los primeros paquetes verdes al público. También se hicieron los primeros ejercicios de alianza para la Agricultura de Responsabilidad Compartida (ARC).

Experiencias de Agricultura de Responsabilidad Compartida

En 2016 desarrollamos una primera experiencia de lo que se denomina Agricultura de Responsabilidad Compartida (ARC) con un productor agroecológico de Tlaxcala, para el cultivo de frijol destinado al colectivo. Esto supuso responsabilizarnos a aportar el recurso necesario mediante una compra adelantada, para que el productor pudiera establecer el cultivo.

IMAGEN 2. Parcela de don Pedro Popócatl, Tlaxcala. Terreno en donde sembramos el frijol bajo el acuerdo de responsabilidad compartida, 2016.



Pedro Popócatl y parcela frijol, 2016. Técnica digital. Autora. Liza Covantes.

Convenimos con el productor dedicar una superficie de 2,500 metros cuadrados a la siembra, calculamos los costos y acordamos una compra de la cosecha a \$15.00 el kilo. Estimamos un rendimiento bajo, pesimis-

ta, tomando en cuenta la incertidumbre climática y porque la siembra se realizó tardíamente. Pensamos en una cosecha modesta y definimos una cantidad mínima de frijol que debía ser adquirida obligatoriamente por el colectivo, de 300 kilogramos. En caso de que se obtuviera mayor cosecha, ésta sería para el productor.

Las familias participantes pagaron 50% de cierta cantidad de kilos antes de la siembra; el dinero recolectado se entregó al productor de inmediato, para la adquisición de semilla y la realización de las labores agrícolas necesarias para la siembra y otras posteriores. El resto del monto se pagaría al recibir el producto limpio, según la cantidad definida por cada familia, en la comunidad del productor.

IMAGEN 3. *Limpiando el frijol en la parcela de don Pedro Popócatl, Tlaxcala, 2016.*



Felipe y Jesús con coles, 2017. San Gregorio Atlapulco, Xochimilco. Ciudad de México, 2017.
Técnica digital. Autora. Liza Covantes.

Las familias acordamos que, en caso de que la cosecha estimada no se obtuviera por razones del clima, por la fecha límite de siembra cuando tomamos la decisión u otra ajena al productor, “la pérdida” o “no ganan-

cia” sería absorbida tanto por el productor como por las familias participantes y el colectivo.

Además, durante 20 semanas realizamos un ejercicio de compra anticipada de paquetes de verduras para abasto semanal con el productor chinampero miembro de la cooperativa, el compañero Felipe Casas. Las familias participantes pagaron ocho semanas de consumo por adelantado; sin embargo, las familias participantes fueron muy pocas. La gente dijo que prefería escoger sus verduras cada fin de semana, en lugar de comprar el paquete con seis o 10 verduras.

IMAGEN 4. *Siembra de hortalizas para paquetes verdes. San Gregorio Atlapulco, Xochimilco.*



Planeación siembra 2 Felipe Casas y Jesús Guzmán, 2017. San Gregorio Atlapulco, Xochimilco. Ciudad de México, 2016. Técnica digital. Autora. Liza Covantes.

Rostros diferentes, inquietudes y causas comunes

El perfil de las y los participantes del grupo gestor, compuesto por 23 personas que operaron el espacio Mawí al inicio, correspondía a estudiantes

de bachillerato y de licenciatura en varias áreas: agronomía, antropología, nutrición, economía, relaciones internacionales, diseño gráfico, teatro, comunicación, estudios latinoamericanos, biología, contaduría, química, ciencias políticas, periodismo, ingenierías, psicología. También participaba una profesora normalista y un productor chinampero con estudios de bachillerato terminado y otros con posgrados, ya sea maestría o doctorado. A pesar de su formación profesional y su experiencia laboral, la mayoría de los participantes del grupo gestor experimentaban problemas de ingresos fijos, una de las razones por las que hemos continuado apoyándonos mutuamente bajo el ejercicio del colectivo.

La heterogeneidad del grupo, por edad y profesiones (tabla 1), resultó ser una fortaleza para la gestión, porque se conjuntaron diversos conocimientos y habilidades relacionados con agricultura, cocina, panadería, tejido, costura, contaduría, habilidades artísticas, carpintería, sensibilización política, entre otras. Además, abonó a la transmisión de experiencias por parte de los mayores y al cambio generacional.

Rangos de edad de las y los participantes en el grupo gestor del Colectivo Zacahuitzco					
16-20 años	21-30 años	31-40 años	41-50 años	51-60 años	61-70 años
2	3	3	4	9	2

TABLA 1. *Elaboración propia con datos del Colectivo, 2018.*

Poco a poco, el grupo gestor del colectivo logra concretar el ejercicio de derechos por motu proprio, practicando acciones básicas como producir, transformar y consumir productos libres de agrotóxicos, hormonas y otros compuestos sintéticos. También hace esfuerzos por disminuir la generación de basura, practicando y motivando el uso de envases duraderos para otros productos, el reciclado de envases de vidrio, así como la sustitución de bolsas de plástico por bolsas de tela y/o papel. Recientemente, y a pesar de las dificultades, este grupo gestor apoyó la creación de otras iniciativas en la Ciudad de México, como las Redes Alimentarias Alternativas, escalando los principios técnico-productivos agroecológicos, así como criterios ambientales, de economía solidaria, socioculturales y políticos.

Si bien la cooperativa se ha mantenido gracias a la disposición y solidaridad de las personas participantes en este grupo, es decir, gracias al trabajo colectivo voluntario que aporta cada integrante de forma diferente, según sus posibilidades de tiempo, fue hasta finales de 2017 que se logró remunerar de manera regular, con un monto modesto, al grupo que atiende el local y los distintos eventos externos.

Alianzas con otras iniciativas

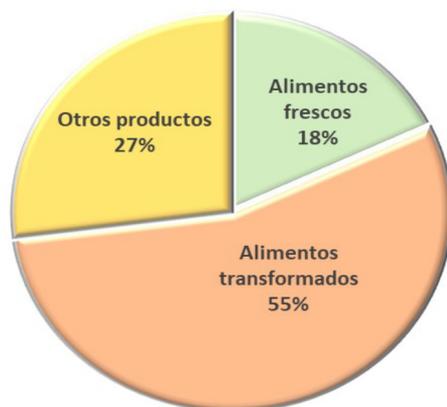
Desde el inicio del colectivo, las alianzas con otras iniciativas han sido claves, por el acompañamiento y la transmisión de conocimientos que brindan. De la cooperativa Alimentos Tradicionales Ometéotl y de la Asociación Civil Roguiva, ambas del estado de Puebla, aprendimos la lógica inherente al manejo de una cooperativa. De la cooperativa de pan La Nezia, de la alcaldía Gustavo A. Madero, la elaboración de pan artesanal. Recibimos apoyo económico para la adquisición de mobiliario y equipo básico y mínimo de instituciones gubernamentales federales, como Inmujeres, de instituciones locales, como Sedema-Corenadr, y de otros organismos civiles. A partir de la alianza con una cooperativa de costura de San Miguel Teotongo en Iztapalapa, logramos la confección de las primeras bolsas de tela en 2015, para gradualmente ir sustituyendo las de plástico, mucho antes de que se aprobara legalizara su eliminación en la Ciudad de México. También hemos trabajado algunas estrategias de comunicación y de visibilización del colectivo para posicionarnos en las redes sociales, elaborando volantes, etiquetas, catálogos de productos y códigos digitales.

Mawí “dar de comer”. Los productos y su disponibilidad

Desde su inicio y hasta el presente, más de 70% de los productos ofrecidos por el centro de abasto son alimenticios. Durante los años de funcionamiento de Mawí se consolidó una oferta aproximada de 440 productos; 18% de éstos son alimentos frescos y de temporada, como hortalizas, frutas, huevo, frijoles, lenteja y arroz; 55% corresponden a alimentos procesados y transformados, encontrándose alimentos de origen ani-

mal, como lácteos —queso, yogurt y flan—, carnes de pavo, res y puerco, así como alimentos de origen vegetal: harinas de maíz, amaranto, avena; sazónadores de semillas y verduras; aderezos; salsas; moles; encurtidos; botanas dulces y saladas de amaranto y cacahuate; café e infusiones; panes dulces y salados de maíz y de trigo; repostería; aceites comestibles; tortillas artesanales de maíz nixtamalizado, sopa y guisos vegetarianos, veganos y diversidad de conservas. El 27% restante corresponde a productos no comestibles: de higiene personal, para el cuidado de la salud, lavandería, limpieza, artesanías, entre otros (véase figura 1) procedentes de cooperativas, productoras(es) y transformadoras(es) directas(os).

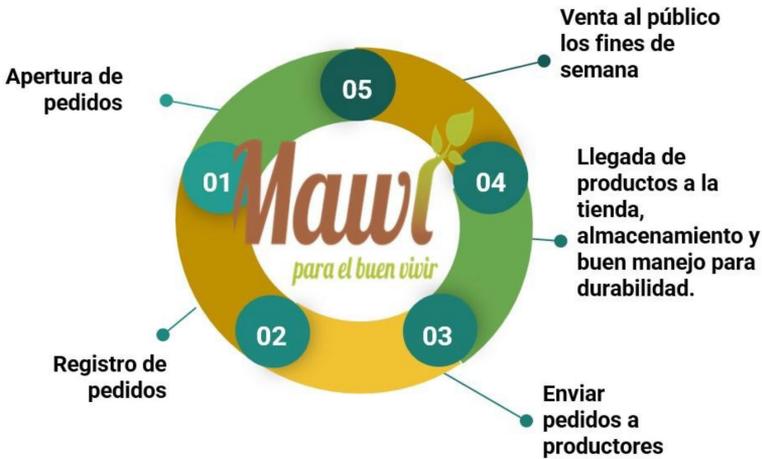
FIGURA 1. Disponibilidad de productos de temporada y permanentes en el año.



FUENTE: elaboración propia con datos del Colectivo. Ciudad de México. 2020.
Georgina Vences.

Para adquirir esta variedad de productos, el consumidor tiene dos opciones. La primera implica estar atento al chat de WhatsApp del colectivo, en el que cada miércoles se anuncian los alimentos frescos y de temporada disponibles. La gente hace sus pedidos y los proveedores generan sus registros para llevar los productos al centro de abasto, siguiendo la lógica indicada en la figura 3.

FIGURA 2. Dinámica de operación para el levantamiento de pedidos.



FUENTE: elaboración propia con datos del Colectivo. Ciudad de México. 2021.

Dulce Espinosa.

Las personas disponen del sábado, domingo y lunes para pasar por el pedido o enviar un servicio de taxi a recogerlo. Como segunda opción, pueden ir directamente a Mawí y elegir productos frescos y/o perecederos, como hacen diversas familias del vecindario y de otras colonias de la región que se han acercado y han corrido la voz con otros vecinos, lo que ha hecho que seamos cerca de 120 familias consumidoras. Cabe señalar que quien pertenece al grupo gestor recibe un descuento de 10% en sus compras, como reconocimiento a su trabajo y compromiso. Además, los proveedores tienen derecho a pagar en especie o mediante intercambio de productos.

IMAGEN 5. *Integrantes de Mawí sembrando y cosechando sus hortalizas en San Gregorio Xochimilco.*



Acolchado Colectivo Zacahuiztco, 2016. San Gregorio Atlapulco, Xochimilco. Ciudad de México, 2016. Técnica digital. Autora. Liza Covantes.

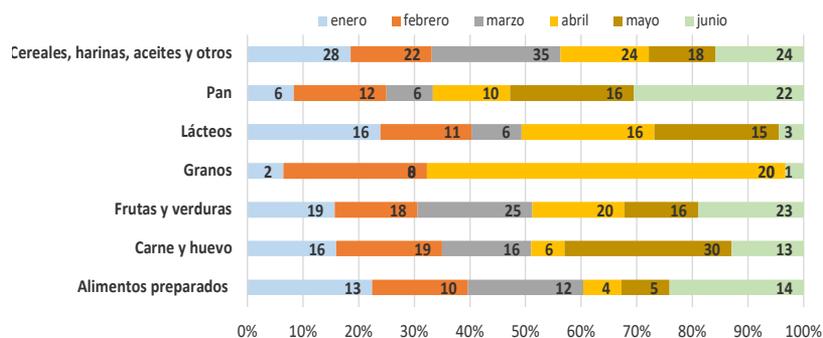
Los ingresos y egresos derivados de la dinámica de las operaciones antes descritas fueron registrados en diferentes lugares: cuadernos, notas de remisión, escritos varios, la mayoría de manera libre, es decir, sin formatos precisos. Gracias a estos registros pudimos dar seguimiento al pago de proveedores y de jornales de trabajo del grupo gestor, así como a otros gastos que incluyen pagos de servicios corrientes, como predial, agua, luz, eliminación de basura y contingencias de electricidad, plomería o fallas del equipo. Sin embargo, tuvo que iniciarse un proceso de sistematización de los datos de compraventa de alimentos y otros productos, para ubicar con mayor precisión, además de ingresos y egresos, otros rubros, por ejemplo, deudas pendientes de cobro y mermas. La dinámica administrativa ha representado un reto enorme para el mantenimiento del centro de distribución y sus recursos humanos.

Durante el proceso de aprendizaje administrativo tuvo lugar la contingencia sanitaria por SARS-CoV-2, lo que alteró momentáneamente el registro, la demanda, las compras y el abastecimiento de productos, debido a que los efectos negativos impactaron a varios proveedores y aumentó el riesgo derivado de los contagios en la ciudad. Por ello, a partir

del mes de marzo el centro de abasto se vio obligado a suspender actividades por tres meses. Pese a los riesgos, se decidió abrir nuevamente la tienda, ante la insistencia de los consumidores, quienes solicitaban alimentos sanos, sin agrotóxicos. Cabe señalar que una de las explicaciones de la pandemia fue, precisamente, la mala alimentación de la población en general. Además, se recibieron peticiones de diferentes productores, quienes estaban padeciendo la insuficiencia de ingresos.

La reapertura implicó redoblar las jornadas de trabajo y asumir formas más intensivas de organización al interior del grupo gestor. En un ejercicio realizado el primer semestre de 2020 observamos un incremento de la demanda de frutas y verduras, cereales y otros granos, panes y cárnicos, como muestra la figura 2.

FIGURA 3. Porcentajes de la demanda mensual de productos del primer semestre



Elaboración propia con datos de registro de venta del año 2020, de acuerdo con la demanda mensual de productos. Ciudad de México. 2020. Georgina Vences.

Durante la pandemia fue notorio el aumento en el consumo de frutas y verduras; en 2022 esta demanda disminuyó. En la actualidad, vender de manera sostenida estos productos frescos, ya sea a granel o en paquetes verdes, ha vuelto a posicionarse como una de las preocupaciones del colectivo de consumo.

La acción civil y los procesos políticos del colectivo

Los procesos políticos en que se ha involucrado el Colectivo Zacahuitzco derivan de las actividades en las que ya participaban sus integrantes desde la academia, organizaciones sociales o instituciones gubernamentales. A partir del trabajo político se busca impulsar cambios para recuperar la salud alimentaria y ambiental nacional y lograr impacto global desde lo local (producción, transformación y consumo distinto de alimentos), así como hábitos más sostenibles por parte de la ciudadanía. Una vez consolidado el colectivo, las acciones se continúan a partir de éste, sobre todo desde el activismo en el campo de la política agrícola, alimentaria y ambiental.

Las nuevas experiencias y los conocimientos adquiridos dentro del colectivo aportan y enriquecen las discusiones que teníamos al inicio sobre la importancia del trabajo colectivo y la solidaridad social. Por ejemplo, tras el sismo de 2017, el colectivo decidió apoyar a los productores de la Unión de Arroceros de la región de Jojutla en el estado de Morelos. Éstos operan el molino en comodato “La Perseverancia”, una empresa social de productores de pequeña escala que producen arroz artesanalmente y trabajaron durante muchos años para lograr la denominación de origen “Arroz del Estado de Morelos”. El sismo provocó el derrumbe de parte de las instalaciones del molino donde benefician el arroz. Mientras las autoridades estatales y federales se organizaban para ver cómo ayudar, de manera inmediata, a dos días del sismo, en el colectivo nos coordinamos con la Unión de productores y empezamos a conseguir los materiales y herramientas que nos solicitaron para enfrentar la emergencia. El colectivo inició la respuesta concreta al día siguiente de recibir el listado que enviaron los productores señalando los materiales necesarios, completándolo en una semana. Gracias a esa acción inmediata y contundente, otros colectivos e iniciativas reunieron apoyo económico y alimentos, que fueron canalizados a Jojutla vía la Unión de productores de arroz y el Colectivo Zacahuitzco.

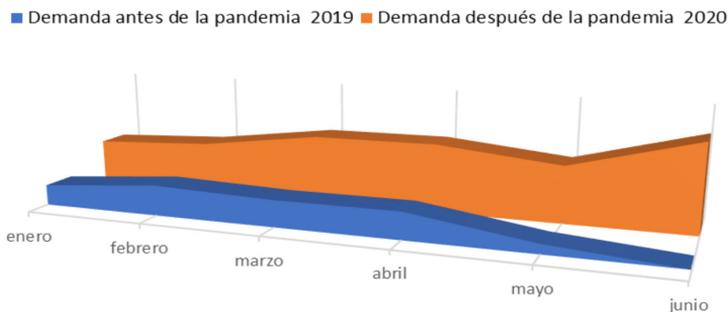
En 2018 un “grupo promotor” convocó a otros grupos organizados en torno a mercados de productores, colectivos de consumidores, cooperativas de consumo, tiendas y huertos urbanos, a elaborar una “propuesta de

apoyo gubernamental para la creación y fortalecimiento de redes cortas de producción sostenible, transformación, comercialización y consumo de alimentos generados por pequeños y medianos productores agropecuarios” (Espinoso et al., 2020, p. 118); dicha propuesta buscaba aprovechar el discurso del gobierno entrante sobre la importancia de la autosuficiencia alimentaria para el desarrollo del país. Sin embargo, fue rechazada por la Secretaría de Agricultura y Desarrollo Rural (Sader), con el argumento de que dicha institución no tiene programas que apoyen las alianzas entre productores y consumidores.

En 2019, como parte de otro conjunto de acciones, el colectivo participó organizando y colaborando en ferias, en mercados alternativos, así como en diversos espacios gestionados desde el gobierno de la Ciudad de México y diferentes alcaldías y universidades, que nos invitaban a dar a conocer los motivos para crear iniciativas que centran su interés en la importancia de la acción colectiva para garantizar el acceso a una alimentación saludable.

El otro gran desafío experimentado por el colectivo lo constituyó la emergencia por la pandemia de Covid-19 en 2020. Ésta puso en evidencia la preocupación por la salud de los consumidores y los productores que ya pertenecían al colectivo, pero también la necesidad de continuar el abasto de alimentos saludables a pesar del aislamiento forzado. Además, el discurso público visibilizó que la mala alimentación era una de las causas de vulnerabilidad ante la pandemia; ello aumentó el interés por el tipo de alimentos abastecidos por Mawí, lo que refrendó los principios del colectivo de garantizar el ejercicio del derecho a la alimentación basada en la producción agroecológica y saludable. El aumento sorpresivo en la demanda de alimentos llevó a reconfigurar las actividades cotidianas de abasto y distribución de productos, añadiendo a la labor las entregas a domicilio. Como se observa en la figura 4, al duplicarse la demanda de algunos productos debieron aumentarse la producción y el abasto.

FIGURA 4. Comparativo de compras del 1er semestre del 2019 y del 2020. NOTA: Sin registro del mes de junio de 2019.



Elaboración propia con datos del centro de abasto Mawí del primer semestre de 2020 (ene-jun). Nota: Sin registro del mes de junio 2019. Ciudad de México. 2020. Georgina Vences.

Por otra parte, la pandemia visibilizó la importancia de escalar estas experiencias y generar más alianzas para posicionarnos críticamente frente a la cadena agroalimentaria dominante. En este contexto se generaron las condiciones necesarias para gestar una organización nacional, una red a la que denominamos Red de Redes Alimentarias Alternativas (RAA), de la que Zacahuitzco es parte fundadora. La Red de RAA busca englobar a distintas iniciativas que impulsen la articulación de productores(as), transformadores(as) y consumidores(as) de alimentos para construir sistemas agroalimentarios locales que valoren el consumo como un acto político, con principios ambientales, y visualizarlos a nivel nacional. Esto nos llevó a organizar una segunda reunión nacional más amplia en la Ciudad de México (la primera se celebró en junio de 2017 en Pátzcuaro, Michoacán), que se llamó Segundo Encuentro Nacional de Redes Alimentarias Alternativas en México, con el objetivo de “vincular, visibilizar e intercambiar experiencias y saberes entre diferentes iniciativas de la sociedad civil e instituciones universitarias y de gobierno que trabajan por la transformación de los sistemas agroalimentarios¹³”.

13. Convocatoria Segundo Encuentro Nacional, 22 al 23 abril de 2022. Realizado con el apoyo financiero del Proyecto Agrobiodiversidad Mexicana coordinado por la Conabio y con recursos del Fondo Mundial para el Medio Ambiente (GEF, por sus siglas en inglés).

En el segundo encuentro se realizó el aporte de una propuesta al Grupo de Trabajo para la Construcción de un Plan Nacional de Transición Agroecológica de la Semarnat con el tema “Redes Alimentarias Agroecológicas y políticas públicas”. En 2020 formamos parte de las mesas de trabajo y consulta en los foros del Consejo Nacional de Humanidades, Ciencia y Tecnología Conahcyt/especialistas nacionales para la construcción informada de alternativas agrícolas al uso del glifosato. Asimismo, participamos en otras actividades del Proyecto Agrobiodiversidad Mexicana en la región de la Ciudad de México (Conabio-GEF), interviniendo en el comité operativo regional y en reuniones de encuentro entre productoras(es) y otros actores—consumidores(as) y comunidades universitarias—. También se colaboró con la Coordinación de Sustentabilidad (COUS) de la UNAM y la Secretaría de Educación, Ciencia, Tecnología e Innovación de la Ciudad de México (SECTEI) en el proyecto “Innovaciones socioambientales para fortalecer los sistemas agroalimentarios desde las instituciones de educación e investigación. Redes Alimentarias Alternativas y sustentabilidad en la Ciudad de México”, así como en diversos proyectos que se desarrollaron en torno a las RAA. Por ejemplo, con un grupo amplio de RAA construimos un mapa georreferenciado de ejercicios de diversas RAA en el país, que se encuentra alojado en la página de la Comisión Nacional para el Conocimiento y uso de la Biodiversidad (Conabio). Además, hemos colaborado con la Campaña Sin Maíz no hay País desde sus inicios y con la Alianza por Nuestra Tortilla.

Es importante destacar que en 2011 se conformó el Frente Parlamentario contra el Hambre de México, en el que hemos participado desde entonces para la elaboración de la ley reglamentaria del derecho a la alimentación, lograda gracias a una fuerza civil que motivó a las y los legisladores a que este derecho se explicitara en el artículo 4º de la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos en 2011. Tras haber sido rechazada en dos oportunidades, al presentarse por tercera vez se aprobó una nueva ley denominada Ley General de Alimentación Adecuada y Sostenible; ésta fue aprobada por unanimidad en la cámara de origen, el Senado y se espera que pronto sea aprobada por la cámara revisora, la Cámara de Diputados. Con esta iniciativa se pretende impulsar la transformación del sistema alimentario nacional.

El colectivo ha crecido, no sólo en cuanto al número de familias consumidoras en el centro de abasto y tienda Mawí; en este sentido, se han formado dos colectivos derivados de nuestra experiencia. El primero se formó casi de inmediato, al año siguiente de nuestra fundación. Un joven egresado de la carrera de agronomía, quien participó por poco tiempo en el Colectivo Zacahuitzco, decidió convocar a otros amigos jóvenes y formar en 2016 la cooperativa de consumo La Imposible. Más recientemente, en 2021, una compañera del colectivo, cuya familia habita sobre todo en el norte de la Ciudad de México, donde existen menos opciones de este tipo de abasto de alimentos, fundó con sus hermanas y sobrinas la RAA La Lucha, a la que coloquialmente también llamamos “Mawí norte”

Reflexiones, retos y desafíos

En términos generales, probablemente el mayor logro del colectivo ha sido su permanencia a lo largo de casi nueve años, tiempo en el que ha superado crisis como las provocadas por el sismo de 2017 y la pandemia (2020-2022). Además, ha tenido la paciencia necesaria para motivar a más personas a asumir la importancia que tiene demandar el aumento de la disponibilidad de alimentos libres de agrotóxicos y para fortalecer las alianzas, que han ofrecido apoyo no sólo en los momentos críticos de contingencias sino también a nivel familiar. Así, se ha consolidado una cadena de producción, transformación y consumo de alimentos agroecológicos, en su mayoría saludables, se ha establecido una relación directa entre el campo y la ciudad, para obtener alimentos accesibles física y económicamente que dan cuenta de un ejercicio de economía solidaria viable. Sin embargo, no es fácil hacer trabajo colectivo; es complicado aportar trabajo voluntario, debido a las complejas dinámicas que deben enfrentarse para lograr la sobrevivencia.

El colectivo ha apoyado actividades de escalamiento, que incluyen la creación de otras iniciativas, civiles e institucionales. Se han articulado procesos a nivel político, legislativo y de la sociedad civil, a lo que se suma la participación constante en encuentros campesinos y académicos, en ferias y otros espacios, en busca de nuevos productores(as) y productos. Aunado a ello, el centro de distribución de alimentos Mawí se ha conso-

lidad como un punto importante de transmisión de información hacia productores(as), transformadores(as) y consumidores(as) con el objetivo de sensibilizar. Para el escalamiento ha resultado fundamental la publicación de artículos en periódicos, revistas y textos académicos, y se han dado entrevistas a medios de comunicación.

Algunos desafíos para el escalamiento de Mawí tienen que ver con atender a los sectores de la población de menores ingresos; hasta el momento atendemos a sectores de ingresos medios, que, si bien permiten mejorar las ganancias de los productores agroecológicos, por sus precios excluyen a aquellos de menores ingresos. Tenemos pendiente generar comunidades de productores-consumidores de bienes y servicios esenciales. Más que mercados alternativos, queremos ser alternativas al mercado. Nuestro colectivo se sostiene gracias a la cooperación y el trabajo voluntario, pues aunque se paga alguna remuneración, ésta se sitúa por debajo del valor que pudiéramos asignarle considerando los conocimientos y la calidad del trabajo que aportamos.

Además, quisiéramos abrir el centro de distribución más días de la semana, lo que implica integrar a más productoras(es) que conocemos y nos ofrecen productos interesantes, así como sumar a más consumidores(as) y participantes al grupo gestor que opera el abasto y la distribución. Asimismo, pretendemos seguir contribuyendo con la siembra de productos vinculados a conocimientos locales, productores(as) de semillas libres y de agrobiodiversidad nativa.

Desde la experiencia del colectivo, las y los consumidores, como actores relevantes en la transformación del sistema alimentario nacional, tienen desafíos importantes que atender: cambiar hábitos y sensibilizar al entorno sobre esta necesidad; involucrarse con iniciativas cercanas que promueven la economía solidaria y la alimentación agroecológica y saludable; ocuparse de su propia alimentación y no relegarla a lo que encuentren en los supermercados y a lo inexistente en los desiertos alimentarios a su alrededor; ejercer el derecho a la alimentación consumiendo en consecuencia y participando en las acciones políticas y las posturas que buscan reforzar propuestas alimentarias saludables y locales. Como estudiantes y académicos, nuestro reto es realizar investigaciones com-

prometidas con los procesos que garanticen una alimentación adecuada y sostenible.

No obstante, aun cuando parece que el discurso sobre comida y vida saludable es cada vez más escuchado, sobre todo en las ciudades, en los hechos y en nuestra práctica en el espacio Mawí vemos que todavía mucha gente no maneja suficiente información o no termina de entender qué significa comida y vida saludable; en este sentido, hemos observado que muchas personas, aun percibiendo un ingreso limitado, gastan mucho dinero en productos ultraprocesados industriales.

Nos interesan las relaciones más equitativas, aunque sabemos que falta mucho por avanzar, sobre todo con las personas cercanas a las y los cooperativistas y con aquellas que se supone ya manejan un discurso sobre las temáticas vinculadas a la alimentación. Por ejemplo, una familia produce a baja escala un producto alimenticio sano; el ingreso limitado que obtienen de éste, como se explicó, vuelve casi imposible que esta familia pueda pagar otros servicios que requiere, ya que no hay paridad entre el ingreso que percibe y lo que cuesta una consulta médica, odontológica u otro tipo de servicios. La brecha entre los ingresos generados por la producción de alimentos sanos, limpios, artesanales y las tarifas de los servicios mencionados o los ingresos de quien se dedica, por ejemplo, a trabajo “intelectual”, no manual, es muy grande.

Bibliografía

Espinosa de la Mora, D. M., Bracamontes Nájera, L., y Sebastián Monachón, D. (2020). Redes alimentarias alternativas: desafíos para la acción colectiva y la construcción de una política agroalimentaria incluyente: En D. Prunier et al., *Justicia y Soberanía Alimentaria en las Américas. Desigualdades, alimentación y agricultura* (pp. 115-121). México: UNAM/CEMCA/EUL/Fundación Heinrich Böll.

Relación de imágenes, figuras y tablas

Imágenes

IMAGEN 1. Reunión de productores y consumidores, compraventa de fin de semana en el patio del hogar de una socia fundadora. Orígenes del Colectivo.

IMAGEN 2. Parcela de don Pedro Popócatl, Tlaxcala. Terreno en donde sembramos el frijol bajo el acuerdo de responsabilidad compartida, 2016.

IMAGEN 3. Limpiando el frijol en la parcela de don Pedro Popócatl, Tlaxcala, 2016.

IMAGEN 4. Siembra de hortalizas para paquetes verdes. San Gregorio Atlapulco, Xochimilco.

IMAGEN 5. Integrantes de Mawí sembrando y cosechando sus hortalizas en San Gregorio, Xochimilco.

Tablas

TABLA 1. Elaboración propia con datos del colectivo.

Figura

FIGURA 1. Disponibilidad de productos de temporada y permanentes en el año. Elaboración propia.

FIGURA 2. Dinámica de operación de levantamiento de pedidos. Elaboración propia.

FIGURA 3. Elaboración propia con datos del registro de ventas del año 2020, de acuerdo con la demanda mensual de productos.

FIGURA 4. Elaboración propia con datos del centro de abasto Mawí durante el primer semestre de 2020 (enero-junio). NOTA: Sin registro del mes de junio de 2019.

La Cooperativa de Consumo Consciente Milpa como proceso vivo para el vínculo campo-ciudad

*Roberto Paulo Orozco Hernández (paulorozco@iteso.mx) - ITESO y
Cooperativa de Consumo Consciente Milpa*

Marta Soler Montiel (msoler@us.es) - Universidad de Sevilla

María del Carmen Cuéllar Padilla (mцуellar@uco.es) - Universidad de Córdoba

*Mónica Patricia Morales Vázquez (moralesmnk@iteso.mx) - Cooperativa de
Consumo Consciente Milpa*

*Silvia Guadalupe Aguilar Slane (silviaslane04@gmail.com) - Cooperativa de
Consumo Consciente Milpa*

En el presente capítulo se presenta la experiencia de la Cooperativa de Consumo Consciente Milpa (CCC Milpa), un colectivo urbano de consumo con enfoque agroecológico de la ciudad de Guadalajara, en Jalisco, México. El texto rescata elementos del diagnóstico efectuado durante un proceso de investigación acción participativa que el colectivo comenzó en 2022, el cual se realizó en sintonía con la tesis para obtener el grado de doctor en Recursos Naturales y Gestión Sostenible, en la Universidad de Córdoba en España, del autor principal de este documento, quien también forma parte de la Cooperativa desde sus inicios.

El texto surge de la revisión de más de 2 500 documentos que integraban el archivo histórico de la CCC Milpa, para lo cual se procedió a compararlos y ordenarlos; posteriormente se seleccionaron los documentos que tenían información relevante para el prediagnóstico, priorizando aquellos que brindaban información completa y lo más actualizada posible, para continuar después con su sistematización. A partir de lo anterior se realizó un breve análisis de las tensiones vividas por el colectivo urbano

a lo largo de casi 10 años de existencia, al poner en diálogo lo encontrado en dicha sistematización con la propuesta planteada por Sevilla Guzmán y colaboradoras¹⁴ (2012) sobre las dialécticas que pueden ocurrir al interior de los canales cortos de comercialización con enfoque agroecológico, como lo es la CCC Milpa.

Con base en lo anterior, en un primer momento el documento presenta a la CCC Milpa desde su historia, fundamentos, modelo y vinculaciones sociales; luego reflexiona sobre las tensiones existentes entre lo que se declara desde el colectivo urbano, lo que realmente se vive en su operación diaria y las expectativas de quienes lo integran.

La cooperativa de Consumo Consciente Milpa

Historia

La CCC Milpa comienza a incubarse en junio de 2013, cuando un grupo de estudiantes, egresadas y profesoras de las licenciaturas en Nutrición del Centro Universitario de Ciencias de la Salud de la Universidad de Guadalajara y del ITESO, universidad jesuita de esta misma ciudad, integrantes de diversos colectivos ecológicos y de acción social de la ciudad, además de otras habitantes del Área Metropolitana de Guadalajara (AMG) interesadas en una alimentación alternativa, se reunieron para problematizar su consumo de alimentos y construir una iniciativa que les permitiera abonar a una alimentación consciente, responsable y justa. En este grupo fundador, el número de integrantes y su liderazgo estaba distribuido tanto por género como por perfil social, aunque la iniciativa de confluir partió de las personas universitarias. Desde este equipo de trabajo se definió que el problema central que abordaría el colectivo sería el “consumo inadecuado de alimentos”, lo cual se atribuyó a tres causas: la desinformación sobre las propiedades nutrimentales de

14. Cabe señalar que, a partir de la convicción de escribir con un lenguaje inclusivo y no heteronormativo, para la redacción de este texto se utilizaron tres herramientas: el uso del femenino la/las haciendo referencia a las personas en general; las expresiones genéricas sin marca de género tales como quienes; y, como propone Amaia Pérez Orozco (2019, p. 49), la utilización del femenino y del masculino “cuando se desee hacer mención expresa a la asociación de lo que se está narrando con valores vinculados a la feminidad o a la masculinidad... o a concepciones normativas sobre quienes protagonizan los acontecimientos”.

los alimentos y su importancia en la salud, el desinterés por el consumo adecuado de alimentos y la inadecuada disponibilidad y accesibilidad a alimentos adecuados.

Este periodo de planeación previa también se aprovechó para iniciar el contacto con productoras y productores agroecológicos, así como para invitar a otros, a fin de que la propuesta fuera viable logística y económicamente. Lo anterior se realizó mediante contactos personales y la participación del grupo promotor en las denominadas “Ecofiestas”¹⁵, eventos pioneros que, en Guadalajara, buscaban establecer el vínculo campo-ciudad mediante procesos de producción y alimentación agroecológica.

Después de más de medio año de planeación, la CCC Milpa nace formalmente el sábado 15 de febrero de 2014, al efectuarse su Asamblea Fundacional, con la asistencia de las 12 primeras familias consumidoras cooperativistas, representadas por siete mujeres y cinco hombres. En ella se formalizaron los lineamientos para iniciar la que en aquel momento sólo se llamaba “Cooperativa de Consumo Consciente”. Posteriormente, en colaboración con cinco personas productoras a pequeña escala (dos mujeres y tres hombres), la Red de Alternativas Sustentables Agropecuarias de Jalisco (RASA), y ya sumando un total de 20 familias consumidoras, realizaron su primera entrega de alimentos el sábado 1 de marzo del mismo año en la que fue su primera sede, ubicada en el centro de Guadalajara.

La ilustración 1 presenta una línea del tiempo en la que pueden identificarse cinco etapas de la CCC Milpa: incubación, nacimiento, consolidación, crecimiento y crisis. Tras las fases iniciales de incubación y nacimiento antes descritas, los hitos de la CCC Milpa están marcados principalmente por sus planeaciones estratégicas. Sin embargo, también se reconocen otros momentos importantes para el colectivo, como los frecuentes cambios de sede, la participación en eventos con otros co-

15. Las Ecofiestas fueron eventos periódicos que dieron inicio en 2012. Éstos buscaban generar un vínculo entre la ciudad y el campo en torno a los procesos de producción y alimentación agroecológica. Además de la comercialización de productos con estas características, también pretendieron brindar un espacio lúdico-educativo y talleres en los que se compartían experiencias entre personas productoras urbanas, periurbanas y rurales. Más información en https://iteso.mx/web/general/detalle?group_id=804172

lectivos de la región, el inicio de alianzas estratégicas, convivencias importantes y la Covid-19.

ILUSTRACIÓN 1. Línea del tiempo de la Cooperativa de Consumo Consciente Milpa / 2013-2022



FUENTE: elaboración propia con base a documentos de la CCC Milpa, 2023.

En todas las fases sobresalen los constantes cambios de sede, los cuales ocurrieron principalmente por conflictos de convivencia con los dueños de los espacios o por la culminación de otros proyectos que los sostenían. Asimismo, se observa la importancia de su vinculación con agentes sociales de diversa índole, como son la Red de Alternativas Sustentables Agropecuarias de Jalisco (RASA), las Comunidades de Producción y Adquisición Solidarias (Compas), el Consejo Nacional Indígena (CNI), El Jilote, la Universidad de Guadalajara, la Red de Guardianas de Semillas, Urgenci International, Unitierra Oaxaca, Greenpeace y el ITESO-Univer-

sidad Jesuita de Guadalajara. Cabe mencionar que, aunque para el colectivo también son importantes sus procesos permanentes como las asambleas, las entregas de canastas o las capacitaciones, no se exponen en la ilustración por la gran cantidad de éstos; además, el colectivo dejó de recuperarlos de forma sistemática en 2018.

Fundamentos

La CCC Milpa declara que se fundamenta en tres pilares: 1. la economía solidaria, al dar prioridad a las personas sobre las ganancias económicas, tener una gestión democrática e incluyente, generar formas alternativas de intercambio, buscar eliminar las desigualdades sociales y construir un modelo de colaboración sostenible; 2. el consumo local, al buscar alimentos criollos y de producción cercana, disminuir al máximo la presencia de intermediarios, así como los costos de traslado y almacenaje; y 3. por último, pero no menos importante, la soberanía alimentaria, mediante la elección colectiva de alimentos sanos para las personas, el medio ambiente y la sociedad, que sean naturales o mínimamente procesados, de producción agroecológica y provenientes de la agricultura familiar y comunitaria.

Además de los tres pilares mencionados, el colectivo urbano declara siete valores y nueve principios, enumerando los primeros como: compromiso, congruencia, diálogo, dignidad, confianza, respeto y reciprocidad. Respecto a los principios, retoma los siete clásicos del movimiento cooperativista y agrega dos más: 1) ingreso y egreso libre y voluntario, 2) participación democrática en la toma de decisiones, 3) participación económica, 4) autonomía e independencia, 5) formación, educación e información, 6) cooperación entre cooperativas, 7) interés por la comunidad, 8) respeto a la naturaleza y 9) equidad.

A partir de esta base ideológica, la CCC Milpa se define en su misión como “un colectivo que contribuye a la construcción de alternativas para la soberanía alimentaria, la economía solidaria y el consumo local en la región occidente de México; mediante la adquisición de alimentos, la vinculación con otros y otras, el aprendizaje continuo y la difusión para

el consumo consciente”, para lo cual plantea tres objetivos (CCC Milpa, 2022):

1. Facilitar el acceso a alimentos y productos sostenibles a un precio justo para consumidores y productores.
2. Fomentar la convivencia entre las y los cooperativistas, así como el aprendizaje en los temas relacionados con nuestra ideología y visión.
3. Fortalecer y sistematizar nuestro modelo de cooperativa, dando prioridad a la construcción de una estructura financiera y de gobernanza sólidas.

En este mismo sentido, menciona tener cuatro estrategias transversales para cumplir estos objetivos, las cuales se resumen en vinculación, promoción, profesionalización y la búsqueda de espacios de encuentro entre cooperativistas y otras personas afines.

Modelo

El modelo de la CCC Milpa está integrado por lo que el colectivo denomina “nuestras personas”, “organización y participación” y “nuestros alimentos”.

Nuestras personas

Para la CCC Milpa las personas están antes que las ganancias económicas, por lo que se busca que éstas sean la piedra angular de su modelo. Los dos grandes grupos que la integran son las consumidoras y las productoras de alimentos.

Existen dos formas de participar como consumidoras: cooperativistas y clientes. Cabe mencionar que, aunque el registro se hace de manera individual, se considera como integrantes de la Cooperativa a todas las personas con las que quien se registra formalmente cohabita y comparte los alimentos, a las cuales en su conjunto se denomina “familia cooperativista”. Estas dos modalidades surgen en la búsqueda de diversificar

las formas de involucrarse en el colectivo, tanto para quienes buscan una participación más cercana a la militancia social desde la alimentación, como para quienes sólo quieren o tienen tiempo para acceder a alimentos saludables y producidos de forma sostenible. Para el primer grupo, el de las cooperativistas, se plantea mayor cooperación en las actividades de la CCC Milpa a cambio de un descuento de 50% del sobreprecio que pagan por sus alimentos. Para las y los clientes, el costo de los alimentos es mayor y la participación que se exige es mínima.

Otras dos ventajas de ser cooperativista son la participación en las Horas Coop, un tipo de moneda social que desarrolló el colectivo y se explicará más adelante; y el acceso al seguro para consumidoras, el cual consiste en la condonación del pago del paquete básico durante dos entregas consecutivas en caso de pérdida del empleo u otra situación económica difícil que afecte a la familia cooperativista.

Los principales compromisos que ambas modalidades de consumidoras adquieren al ingresar a la CCC Milpa son: la compra de por lo menos un “Paquete básico chico”¹⁶, el cual permite garantizar una compra constante a las productoras que colaboran con el proyecto; pagar sus alimentos con una entrega de anticipación; así como recoger sus alimentos los días y horarios señalados en el calendario de entregas. Al participar como cooperativistas, también existe el compromiso de participar en la Asamblea anual y apoyar durante las entregas de alimentos, además de dar una aportación social de \$500 al ingreso, los cuales se reembolsan si el cooperativista desea salir o pasar a ser cliente después de seis meses.

Dos características importantes de quienes integran la CCC Milpa desde el consumo son su distribución por género y su nivel de ingresos. En cuanto a la distribución por género, se pudo observar que la mayoría son mujeres, que representan 67% de las consumidoras registradas y 63% de todas las personas que integran las familias cooperativistas. En cuanto al nivel de ingresos, se puede inferir de manera indirecta que éstos son de medios a altos, pues la mayoría de las consumidoras habitan en el poniente de la AMG, la zona cuyos habitantes tienen una mayor percepción económica.

16. Sobre este paquete se profundizará más adelante.

En lo que respecta a las personas productoras, existe la posibilidad de que participen de dos formas distintas, como cooperativistas o como proveedoras. Esto con la intención de avanzar hacia modelos de mayor corresponsabilidad entre quienes producen los alimentos y los habitantes de la ciudad que sólo los consumen.

Una de las ventajas que sobresale en la modalidad de productora cooperativista es el poder acceder al “seguro para productores”; éste consiste en un préstamo en efectivo, según las posibilidades financieras de la Cooperativa, a un plazo definido en conjunto con el productor. El pago de este préstamo podrá ser en efectivo o en especie. Este beneficio se otorga en caso de que se presente alguna contingencia ambiental o social que afecte la producción de alimentos de las unidades productivas o para la inversión en éstas, con el objetivo de mejorar la cantidad o variedad de alimentos ofrecidos a la CCC Milpa.

El principal compromiso de las productoras cooperativistas es tener algún tipo de certificación vigente o estar dispuestas a comenzar el proceso mediante el sistema participativo de garantía El Jilote, con el que la CCC Milpa tiene una colaboración estrecha, y respecto al cual se profundizará en el apartado de vinculaciones sociales.

Sin embargo, hasta el momento ninguna persona productora se ha incorporado como cooperativista pues, aunque el modelo de la CCC Milpa lo tiene previsto y lo busca, no se han podido generar los mecanismos para que se involucren de tal manera.

Otra forma en que la CCC Milpa agrupa a las personas productoras es considerando cómo organizan sus respectivas unidades productivas, a partir de lo cual se derivan cuatro categorías de producción: individual, para las personas que trabajan sus parcelas solas, contando con el apoyo esporádico de jornaleros asalariados o voluntarios; familiar, cuando dos o más miembros de la familia se involucran en la toma de decisiones y la operación del predio; colectiva, cuando dos o más unidades productivas trabajan de forma organizada ya sea para la producción o venta de sus alimentos; y empresarial, cuando los alimentos, aunque sean orgánicos, son producidos a gran escala por una empresa formalmente constituida y con fines exclusivamente comerciales.

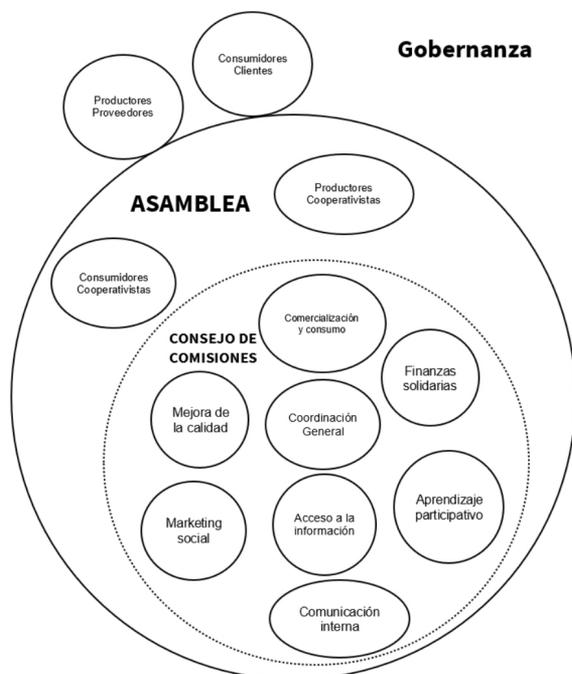
Organización y participación

En lo relacionado con la organización y participación dentro del modelo de la CCC Milpa destacan tres figuras: la Asamblea cooperativista, el Consejo de Comisiones y las Horas Coop. El máximo órgano de gobernanza de la CCC Milpa son sus Asambleas, en las cuales se informa sobre las finanzas y operaciones anuales del colectivo, se dialoga y se toman las decisiones fundamentales para la organización, como son las modalidades de participación, la forma de producción y distribución de sus alimentos, la figura legal que desean tener y las modificaciones a su estructura y modelo, entre otras. Lo anterior se hace de manera democrática, aunque en la medida de lo posible se busca el consenso, teniendo voz todas las cooperativistas y un voto por familia o persona registrada. Estas Asambleas se dividen en General Ordinaria y Extraordinaria. La Asamblea General Ordinaria se realiza una vez al año, entre los meses de octubre y diciembre, y la Extraordinaria cada vez que es necesario. Su organización, sistematización y seguimiento está a cargo del Consejo de Comisiones, el cual ratifica la estructura y coordinación de ésta anualmente.

El Consejo de Comisiones es el órgano operativo de la CCC Milpa, pues ejecuta sus procesos permanentes y lleva a cabo las decisiones tomadas por las Asambleas. El mismo está conformado por ocho comisiones, las cuales deben de estar integradas con por lo menos un coordinador cada una: acceso a la información, aprendizaje, comercialización y consumo, comunicación interna, coordinación general, finanzas solidarias, mercadotecnia social y mejora de la calidad.

A continuación, se muestra el esquema con la representación que la CCC Milpa tiene sobre su modelo de organización o, como se denomina al interior. “gobernanza”.

ILUSTRACIÓN 2. Modelo de organización o gobernanza hasta diciembre de 2022



FUENTE: Guía de introducción para consumidores de la CCC Milpa, 2020.

Desde sus inicios, la CCC Milpa ha buscado la participación de sus integrantes, tanto en la toma de decisiones como en las tareas cotidianas necesarias para su funcionamiento. Además de la Asamblea y el Consejo de Comisiones ya descritos, el colectivo urbano había implementado las denominadas “Horas Coop” como el sistema mediante el cual sus consumidoras podían participar en tareas y momentos puntuales. Estas iniciaron en 2018, como parte de su segunda planeación estratégica. Al principio tenían la intención de funcionar como una moneda social, en la que una hora de cooperación por persona equivalía a \$100 MXN; esta participación se registraba en un listado electrónico y se hacía el descuento correspondiente el día de entrega. Cada cooperativista podía acceder sólo a una Hora Coop por entrega y podía realizarla apoyando en el armado de canastas o con alguna otra tarea solicitada por el Consejo de Comisiones.

El modelo más reciente de Horas Coop se inició como parte de la reestructuración del colectivo en 2021 y funciona bajo los siguientes criterios:

- Cada consumidora cooperativista tiene el compromiso de apoyar con una Hora Coop cada tres entregas.
- Las y los coordinadores del Consejo de Comisiones y las cooperativistas con alguna tarea especial fija (recepción-entrega de alimentos, apoyo en redes sociales, etc.) no participan en dicha rotación. Además, a cada persona coordinadora del Consejo de Comisiones se le retribuye esta tarea con dos Horas Coop extra por entrega.
- Cada cooperativista es responsable de registrarse de forma virtual en el cronograma designado para las tareas durante las entregas. En caso de no poder asistir a la hora registrada, es su responsabilidad buscar algún cambio o quien le supla.
- En caso de no asistir a la hora comprometida y no haber buscado el cambio o suplencia, se suspenden sus ventajas como consumidora cooperativista hasta haber cumplido el compromiso en el siguiente rol de tres entregas.

Nuestros alimentos

Otro elemento fundamental del modelo de CCC Milpa, y el que más tiempo y trabajo implica actualmente para el colectivo, es generar un canal corto de comercialización entre consumidoras urbanas y productoras periurbanas y rurales. Éste se enfoca principalmente en la distribución de alimentos, aunque de manera secundaria también ofrece productos para el cuidado personal que elaboran las mismas productoras de alimentos con las que trabaja. A continuación, se describen sus formas de producción y la logística de entrega que maneja la CCC Milpa.

Un principio fundamental de la CCC Milpa es no distribuir alimentos provenientes de la agricultura convencional ni productos ultraprocesados¹⁷.

17. En su documento "Nuestros alimentos", la CCC Milpa define como producción convencional las prácticas de manejo usadas en la agricultura que tienden a favorecer la alta productividad a corto plazo mediante el uso de pesticidas y fertilizantes sintéticos, degradando así los recursos agrícolas y las condiciones sociales que permiten la conservación de éstos. Asimismo, ubica los productos ultraprocesados como aquellos que se formulan en su mayor parte o en su totalidad

Existen cuatro formas de producción de los productos que distribuye: agroecológica, orgánica, libre de pesticidas o en transición y artesanal. La definición de cada una de estas categorías fue construida por la misma Cooperativa.

Se entiende como producción *agroecológica* aquella que busca la transición a procesos más sustentables o ecológicos, los cuales involucran cuatro etapas: (a) disminución del uso insumos químicos o tóxicos, (b) sustitución de prácticas e insumos convencionales por alternativas ecológicas, (c) rediseño del sistema productivo, (d) cambio de ética y valores, es decir, del centro de la cultura. Este tipo de producción se garantiza mediante el sistema participativo de garantía al que pertenece la CCC Milpa, coordinado por El Jilote¹⁸, el cual no depende de los procesos de certificación regulados por el gobierno, y del que se hablará con más detalle en el apartado de articulaciones sociales de este documento.

Se considera producción *orgánica* a aquella que deriva de un sistema de producción y procesamiento de alimentos, productos y subproductos animales, vegetales u otros satisfactores que realiza un uso regulado de insumos externos, restringiendo y en su caso prohibiendo la utilización de productos de síntesis química. La garantía de esta forma de producción está dada por la certificación oficial, emitida por una entidad estatal o comercial, la cual es solicitada a las productoras al momento de comenzar a comprarles.

Ambas formas de producción, agroecológica y orgánica, fueron definidas con base en la ley federal en la materia,¹⁹ que regula en México la utilización de estos términos.

La producción *libre de pesticidas o en transición* demanda el no uso de sustancias químicas para el control de plagas, ya sean insectos, malezas o

a partir de ingredientes industriales, los cuales típicamente contienen poco o ningún alimento entero, y cuyo objetivo es ser altamente durables, convenientes, paliativos y lucrativos.

18. El Mercado Agroecológico El Jilote (MAJ) es un sistema participativo de garantía (SPG) que busca “apoyar a pequeñas productoras ecológicas a través del reconocimiento a su labor ambiental, mismo que se da a partir de un trabajo de valoración por parte de un comité interdisciplinario que gestiona un Sistema de Sustentabilidad y que da fe de la calidad ecológica de pequeñas unidades productivas” (El Jilote, 2022).

19. ACUERDO por el que se modifican, adicionan y derogan diversas disposiciones del diverso por el que se dan a conocer los Lineamientos para la operación orgánica de las actividades agropecuarias, publicado el 29 de octubre de 2013, publicado en el DOF el 08 de junio de 2020. http://dof.gob.mx/nota_detalle.php?codigo=5594612&fecha=08/06/2020

larvas, entre otras. La producción *artesanal* es utilizada tanto para alimentos como para productos destinados al cuidado personal y se entiende como la producción de manera manual, muchas veces con su propia materia prima, aunque no se excluye el uso de máquinas. Excluye el abuso de aditivos y conservadores, cuyo uso se restringe a lo estrictamente necesario. La forma de garantizar estas dos formas de producción se da mediante las visitas independientes que la Cooperativa hace a las unidades productivas de las personas con las que trabaja.

La distribución de estos alimentos y productos se lleva a cabo por medio de entregas quincenales, los sábados, entre las 8:00 y las 15:00 horas. Éstas han ocurrido de forma ininterrumpida desde el inicio de la Cooperativa en 2014. Las entregas son coordinadas por el único cooperativista que recibe una retribución monetaria por su labor en la CCC Milpa, quien tiene el compromiso de estar siempre presente y es coordinado por la Comisión de Comercialización. Asimismo, participan en éstas las estudiantes de la Universidad de Guadalajara y el ITESO.

Durante las entregas, los alimentos se organizan en lo que se denomina “canasta solidaria”, la cual está conformada por diversos “paquetes”, y la llamada “libre demanda”. Entre los paquetes encontramos el “básico”, conformado por alimentos de origen vegetal, que es igual para todas las consumidoras; se ofrece en tamaño “chico” y “grande” y su compra es obligatoria para poder ser parte de la Cooperativa, pues con éste se busca garantizar una compra constante a las personas productoras, fomentar el compromiso mínimo de las consumidoras y mantener un ingreso regular para el colectivo. La compra del resto de los paquetes es opcional; el de “semillas” contiene aproximadamente 500 gramos de frijol, garbanzo, semilla de girasol, calabaza o amaranto. También se encuentra el paquete “productos de maíz”, que contiene diversos alimentos derivados de este cereal, aunque por lo regular es un kilogramo de tortilla. Por último, se encuentra el paquete “huevo”, el cual contiene una cantidad definida de este alimento por cada consumidora, siempre en múltiplos de seis.

La “libre demanda” tiene como objetivo mejorar la diversidad y cantidad de la canasta cooperativista, así como atender las necesidades y gustos particulares de las familias consumidoras. Ésta incluye diversos alimentos de origen vegetal y animal (más verduras o frutas, carne, lácteos, pan,

miel, etc.), además de productos para el cuidado personal; los mismos se ofrecen en una lista que se manda antes de cada entrega por correo electrónico.

En cuanto al costo de los paquetes, el único definido de forma fija es el del “básico”, lo que permite diferenciar entre el chico, que contiene lo equivalente a \$100 MXN de vegetales, y el grande, que equivale a \$150 MXN. Algo importante para la CCC Milpa es diversificar la forma de acceder a los alimentos; en este sentido, desde que entraron en funcionamiento las Horas Coop, los alimentos pueden pagarse con dinero y/o con cooperación. Siguiendo esta lógica de intercambio, las consumidoras clientes pagan la totalidad de su canasta solidaria con dinero, mientras que las consumidoras cooperativistas lo hacen combinando dinero y cooperación, y el cooperativista remunerado lo hace totalmente a cambio de su cooperación, además de recibir su pago en cada entrega.

Articulaciones sociales

Como se mencionó en el apartado de Historia, desde su inicio la CCC Milpa ha tenido múltiples vínculos con agentes sociales de diversa índole. A continuación, se describen de forma breve los principales colectivos e instituciones con los que se articula la CCC Milpa, así como la forma de colaboración que ha establecido con cada uno.

Las siguientes son las organizaciones con incidencia local, localizadas principalmente en Jalisco, con las que la CCC Milpa trabaja regularmente para colaborar de forma recíproca en el cumplimiento de sus objetivos.

- Red de Alternativas Sustentables Agropecuarias de Jalisco (RASA). Iniciativa de la sociedad civil, pionera de la agroecología en la región Occidente de México.
- Mercado Agroecológico El Jilote (MAJ). Es un sistema participativo de garantía (SPG) que busca apoyar a pequeñas productoras ecológicas. Si bien en estos momentos no es indispensable la certificación de El Jilote para que la CCC Milpa incluya a productoras y sus alimentos, se busca que todos los que ostenten la categoría

de agroecológicos hayan pasado por el acompañamiento de este SPG.

- Comunidades de Producción y Adquisición Solidarias (Compas). Organización con sede en el municipio jalisciense de Atotonilco el Alto. La vinculación con esta organización comenzó a finales de 2014, tras acercarse a ellos con el objetivo de buscar nuevas productoras para la Cooperativa.

Por otro lado, cabe destacar la estrecha vinculación que la CCC Milpa tiene con dos instituciones educativas del AMG, la Universidad de Guadalajara y el ITESO, Universidad Jesuita de Guadalajara. Asimismo, desde la participación de la CCC Milpa en el proyecto REALt²⁰ en 2020, el ITESO se ha convertido en un nodo articulador entre colectivos urbanos del AMG, los cuales también buscan abonar a la soberanía alimentaria. A partir de esta iniciativa se han realizado actividades de aprendizaje y convivencia, compras de alimentos colectivas y en la actualidad se trabaja en la conformación de una red que facilite la logística de los canales cortos de comercialización de alimentos agroecológicos en la ciudad. Los colectivos con los que actualmente se trabaja desde este proyecto son: Red de Mujeres en Agroecología y Economía Solidarias (Red MAES); Mercado TOCA; Iyari tienda agroecológica; Mercadito Flor de Luna y Tlalixpan tienda ecológica (Coincide-ITESO, 2021).

El trabajo desarrollado por la CCC Milpa la ha llevado a tejer redes a nivel nacional, en la búsqueda de fortalecerse como colectivo urbano de alimentación alternativa y de abonar a una transición agroecológica en México. Esta vinculación se ha dado de manera puntual con distintas iniciativas y organizaciones como son el Consejo Nacional Indígena (CNI), la Red de Guardianas y Guardianes de Semillas, la Unión de Cooperativas Felipe Carrillo Puerto, Urgenci y Greenpeace México. Sin embargo, de forma constante y hasta la fecha, la Cooperativa trabaja a esta escala con dos instancias: la Universidad de la Tierra en Oaxaca²¹ (Unitierra Oaxaca)

20. Redes Alimentarias Alternativas en la Región Occidente en Colima, Jalisco, Michoacán y Nayarit. Más información en <https://coincide.iteso.mx/real>

21. La Universidad de la Tierra Oaxaca es un espacio de encuentro, reflexión y acción. Quienes colaboran ahí tienen la inquietud de aprender colectiva y libremente. El nombre de este espacio es una ironía ante el sistema educativo, pues no tienen profesores ni alumnos ni asignatu-

desde 2017, a partir de la iniciativa Crianza Mutua, y la iniciativa “Redes Alimentarias Alternativas de México” (RAA México)²², desde 2018.

Crisis y potencialidades como dialécticas en la + MILPA

Las dialécticas como un enfoque de análisis

Es posible realizar el análisis de las crisis y potencialidades de la CCC Milpa como colectivo urbano de consumo considerando la propuesta que nos hacen Sevilla Guzmán y colaboradoras (2012) sobre las *dialécticas* que pueden ocurrir al interior de los colectivos urbanos que las integran. Esta propuesta menciona que los canales alternativos de comercialización alimentaria necesitan dar respuesta a cuatro dilemas o contradicciones fundamentales entre producción y consumo, los cuales varían en importancia e intensidad según el tipo de organización de dichos canales: la periodicidad, la diversidad productiva, las cantidades y los intercambios monetarios, es decir, los precios. A partir de lo anterior se sugiere que la construcción de estos canales cortos es resultado de por lo menos tres dialécticas (p. 58):

una dialéctica cultural en la que los valores y racionalidades definen las finalidades y dimensionan el canal de comercialización, una dialéctica organizativa que se traduce en formas concretas de organización y relación de los agentes y una dialéctica material que se concreta en sistemas de manejo de la biodiversidad, diseño de los agroecosistemas, así como formas de producción y transporte de alimentos concretas que generan unos determinados flujos de energía y materiales a lo largo del canal.

Así, la dialéctica cultural hace referencia a la tensión entre los valores adoptados por dichos colectivos, los particulares de sus integrantes y los de otras instancias con las que se vinculan. Por lo regular, esta tensión oscila entre la racionalidad económica del modelo capitalista y las racio-

ras ni exámenes ni calificaciones. Para más información: <https://unitierra-oaxaca.org/>

22. RAA México está integrada por mercados y ferias de productores, grupos de consumo, sistemas de canastas y ventas directas, tiendas y restaurantes agroecológicos e iniciativas de agricultura apoyada por la comunidad, entre otros esquemas de comercialización. En esta iniciativa participan aproximadamente 59 redes de 15 entidades de todo el país, las cuales integran en promedio a 21 colectivos cada una y tienen un impacto sobre 1,184 proyectos productivos (Monachon y Saltijeral Giles, 2022).

nalidades alternativas o, dicho desde lo que aquí se propone, la tensión está entre considerar el comer como mercancía o como un medio para sostener la vida.

La dialéctica organizativa puede entenderse mejor desde cinco dilemas de funcionamiento al interior de los colectivos urbanos: 1) entre estructuras verticales u horizontales de gobernanza, 2) en la generación de confianza entre consumidoras y productoras por tercera parte, que tienen mayor coste pero permiten acceder a otros mercados, y los sistemas participativos de garantía, que requieren un esfuerzo organizativo mayor y no son reconocidos en otros mercados, 3) en la asignación de precios que sean justos o incluso en la realización de intercambios no monetarios, que implican tiempo y esfuerzo en negociaciones y acuerdos, y la asignación de precios por mecanismos de mercado, según el poder de los agentes, que puede ser más ágil y también desigual, 4) en el contacto directo entre personas productoras y consumidoras, que implica tiempo de trabajo o la generación de estructuras y agentes intermediarios que dan lugar a costes adicionales, 5) entre distribuir exclusivamente producciones propias, que limitan la diversidad de la oferta, o extender la oferta con la compra de producciones ajenas que pueden provenir de mayores distancias y ser producidas en condiciones menos agroecológicas.

Por último, la dialéctica material puede esquematizarse en los conflictos entre la diversidad de la dieta demandada desde el consumo y el respeto a la estacionalidad de la producción de alimentos siguiendo criterios agroecológicos; la proximidad y lejanía geográfica entre los puntos de venta y producción; y entre la producción artesanal a pequeña escala versus los sistemas de manejo más tecnificados.

Crisis y potencialidades en la CCC Milpa

La reflexión desde las dialécticas que pueden ocurrir en los colectivos urbanos como la CCC Milpa (Sevilla Guzmán et al., 2012) resulta muy útil para el análisis de las crisis y potencialidades de la CCC Milpa como un proceso vivo para el vínculo campo-ciudad, pues nos permite hacer una amplia reflexión a partir de las tensiones y retos encontrados.

Dialéctica cultural

La Cooperativa Milpa nace de la necesidad de sus fundadores de acceder a una alimentación sana, sostenible y socialmente justa, principios que fueron la materia prima para convertir este proyecto en una forma de satisfacer, de múltiples maneras, lo que Manfred Max-Neef nombra como “necesidad de subsistencia” (Max-Neef et al., 1994). Este origen, con fuerte arraigo en principios políticos y ecológicos, fue el principal factor de tensión cuando el colectivo se enfrentó a la inaplazable sostenibilidad económica de una cooperativa como proyecto productivo, la cual sólo pudo mantenerse con trabajo voluntario y buena voluntad en sus primeros años de existencia. Posteriormente, se hizo indispensable la estabilidad en el lugar de operación y la formalización del trabajo de por lo menos una persona, de manera de garantizar la actividad mínima necesaria para la continuidad del proyecto. Lo anterior hizo entrar en diálogo a racionalidades ciudadanas presentes en el proyecto con las lógicas empresariales de los mercados actuales, pues, como mencionan Sevilla Guzmán y colaboradores (2012, p. 60), “ningún canal de comercialización puede mantenerse generando pérdidas monetarias”. En el presente trabajo se identificó que la lógica de la economía social de horas de trabajo voluntario chocó con la aritmética monetaria, generando una situación de déficit que no permitiría al proyecto ser sostenible en el tiempo e hizo necesario buscar un sistema que no generara pérdidas, pero sin perder la lógica social de la equidad y la redistribución. Sin embargo, la dialéctica generada por esta tensión tuvo el potencial para motivar al colectivo a definir y plasmar por escrito su sustento ideológico, marcándolo como faro de acción de una estructura financiera que todavía hoy sigue en consolidación.

Los perfiles y motivaciones de los cooperativistas de Milpa son muy variados; el colectivo es conformado por personas que toman su participación en él como militancia política desde el comer, por otras que lo hacen para responder a las exigencias sociales posmodernas que se resuelven mediante fotografías en las redes sociales digitales. Para ambas, el alimento que se distribuye en el canal corto pasa a segundo término. Entre estos dos polos, encontramos a quienes se acercan a la Cooperativa por

la exigencia médica de alimentos libres de pesticidas y quienes expresan la satisfacción de pertenecer a ella por la mayor potencia sensorial que ofrecen los distintos productos a la hora de preparar sus platillos.

Otra dialéctica cultural de este colectivo urbano, muy destacada en el diagnóstico aquí presentado, es la de género. La alimentación ha sido culturalmente construida como una responsabilidad de las mujeres en los hogares, como parte de la división sexual del trabajo patriarcal, la cual también se refleja en las redes agroecológicas (Soler Montiel et al., 2021). Esto se confirma en el caso de la CCC Milpa, en la que más de dos tercios de quienes componen el colectivo son mujeres. La socialización diferencial por género también se pone de manifiesto en las distintas culturas organizativas entre mujeres y hombres, siendo las mujeres quienes prestan mayor atención a los cuidados y a las relaciones, mientras que los hombres se centran prioritariamente en las cuestiones económicas y de logística, a lo que se suma la presencia de liderazgos en su gran mayoría masculinos. Ello indica que las alternativas agroecológicas tienen la inercia de reproducir la división sexual del trabajo convencional, lo que requiere un trabajo colectivo consciente para modificar estas desigualdades y alcanzar una organización coherente con la ética del cuidado que coloca la vida en el centro, como propone la economía feminista (Pérez Orozco, 2014). De lo anterior derivó la necesidad de reconstruir la organización con miras a la equidad de género, siguiendo los planteamientos de la agroecología y los ecofeminismos (Mies y Shiva, 2016; Soler Montiel et al., 2021); ello implicó un proceso de autodiagnóstico y de compromiso colectivo actualmente en proceso.

Un debate permanente a la hora de definir la estructura y el futuro de la CCC Milpa ha sido si optar por el camino del crecimiento o por el de la estabilidad o, visto desde otro ángulo, si optar por el escalamiento vertical o el horizontal (González de Molina et al., 2021, p. 147). Debido a la diversidad de actores descrita en el párrafo anterior, y a que el mayor órgano de decisiones de la Cooperativa es la Asamblea de cooperativistas, las posiciones entre crecer o multiplicarse se confrontan continuamente. El crecer se entiende como aumentar el número de consumidoras o puntos de entrega y el multiplicarse como colaborar en la creación de otros grupos de consumo que repliquen el modelo de la CCC Milpa. La

dinámica de crecimiento interno puede llevar a cambios profundos en la organización de la cooperativa con dinámicas más empresariales; a la vez se percibe una necesidad de crecer para alcanzar la estabilidad económica que actualmente el proyecto no tiene. Por tanto, otros factores que influyen en este diálogo son lograr el balance económico del proyecto y seguir con relaciones estrechas y fraternas entre sus integrantes. El aumento del número de cooperativistas impacta positivamente los balances mensuales del proyecto; por otro lado, existe la preocupación de alcanzar un número que suponga perder la posibilidad de relacionarse personalmente entre sus integrantes, perdiendo la posibilidad de que en muchas ocasiones la Cooperativa se vuelva en un lugar de nacimiento de nuevas amistades. Por el momento se ha definido alcanzar la cantidad de integrantes que posibilite números negros en las cuentas del proyecto, la cual se ha estimado entre 50 y 100. En este sentido y con los consumidores actuales (46), el colectivo tiene la intención de crecer para estabilizarse, pero no en una dinámica de tipo empresarial con una lógica de expansión sin límites guiada por la búsqueda de beneficios crecientes que se aleja de los valores de la CCC Milpa.

Asimismo, se ha sistematizado el proceso vivido para poder tener mayor impacto en el exterior, a fin de facilitar el nacimiento de nuevos grupos inspirados por los ideales de la CCC Milpa, los cuales puedan acortar su curva de aprendizaje mediante el acompañamiento de ésta. Estos nuevos grupos también permitirían generar una red local que potencie el consumo de alimentos agroecológicos en la ZMG, que ayude a que sean comprados en mayor volumen, permitiendo reducir su precio al brindar mayor certeza a las personas que los producen; además, posibilitaría compartir experiencias y ganar peso específico en el panorama alimentario de la región. Mediante esta estrategia la CCC Milpa apuesta por un crecimiento o escalamiento de forma horizontal, o de “forma rizomática”, emulando los procesos naturales de crecer mientras se tejen relaciones sinérgicas. Se renuncia de forma consciente a las dinámicas expansivas empresariales, pero se busca conseguir un funcionamiento eficaz y eficiente en la provisión de una alimentación local saludable que sólo puede conseguirse con organización cooperativa en redes.

Dialéctica organizativa

Como grupo de consumidoras urbanas intentando abonar a la soberanía alimentaria, las distintas aristas de la dialéctica organizativa han influido de forma diversa en la logística de comercialización de alimentos y en la gobernanza del proyecto, limitando muchas veces la primera y definiendo la segunda. Algo frecuentemente declarado desde la CCC Milpa es que es un grupo de personas consumidoras que compran directamente a productores, lo cual se cumple en la mayoría de los casos; sin embargo, no todas las familias consumidoras tienen el mismo contacto con las que producen. Por lo regular, el contacto con éstas lo tiene el grupo promotor del proyecto, denominado Consejo de Comisiones, sobre todo la Comisión de Comercialización. Lo anterior ha generado un debate interno en torno a si realmente se puede considerar al proyecto como un canal directo entre personas productoras y consumidoras.

En cuanto a la relación entre las personas que integran la CCC Milpa, así como a la gobernanza y gestión del proyecto, se evidencia una de las principales coherencias con su discurso, pues si bien hay un grupo promotor y se identificó el protagonismo de algunas de sus integrantes, éstas siempre operan las decisiones trascendentales definidas en la Asamblea de cooperativistas, instancia máxima de decisiones del colectivo. Un elemento a destacar sobre estas relaciones es que la amistad se ha posicionado como una categoría organizativa y política dentro del proyecto, lo cual ha dado un matiz muy especial a la interacción entre sus integrantes. A pesar de lo anterior, un debate que tiene lugar constantemente se relaciona con la exclusión de las personas productoras de dicha gobernanza, ya sea porque éstas no se interesan en dedicar el tiempo que este proceso requiere o porque el proyecto no tiene los mecanismos para incluirlas.

En la CCC Milpa, la asignación de precios es uno de los elementos a destacar como coherentes con sus ideales de origen, pues siempre se establecen buscando, primero, un pago justo a las personas productoras y, posteriormente, la accesibilidad de las consumidoras. Como ejemplo de lo anterior, encontramos que en la última reestructuración de precios se disminuyó el sobreprecio agregado a los alimentos para solventar

los gastos fijos del proyecto, buscando que fueran más accesibles para los consumidores urbanitas. Se intentó solventar esta disminución de ingresos con la exigencia de mayor participación de los integrantes; sin embargo, esta política de definición de precios trajo consigo una crisis económica que, si bien se está superando, puso al proyecto en peligro de quiebra. Por otro lado, se identificó que el costo de los alimentos sigue siendo alto para el nivel de ingresos promedio de un habitante de Guadalajara. Por tanto, un reto organizativo es no incurrir en pérdidas o déficit monetario, a la vez que se mantienen los principios de equidad y redistribución que han caracterizado a la Cooperativa desde sus orígenes.

La generación de confianza hacia la calidad de los alimentos a los que se accede mediante la CCC Milpa es uno de los principales factores por los que las cooperativistas entran al proyecto; al ser en su mayoría urbanitas alejados del campo, esta adquisición colectiva les permite gestionar de manera más eficiente la calidad de lo que comen. El proyecto tiene distintas formas de garantizar esta calidad: acercamiento con las productoras y visitas periódicas a sus unidades productivas, recomendación de una “persona de confianza”, aceptación de certificaciones comerciales por parte de terceros y colaboración con el SPG Mercado Agroecológico El Jilote, intentando que este último sea el principal.

En este sentido, generar confianza y garantizar la calidad de los alimentos dentro de una iniciativa como la CCC Milpa es uno de los factores fundamentales, pues a partir de esto las consumidoras se incorporan y el proyecto se legitima socialmente. Sin embargo, éste es uno de los elementos que genera mayor dificultad, pues debe confrontar barreras técnicas y sociales, a lo que se suma la limitación de recursos. A nivel técnico se necesita contar con personas capacitadas que realicen una observación eficiente de los procesos a garantizar. En el aspecto social hemos encontrado que muchos productores y colectivos son contrarios a estos procesos y los ven como fiscalizaciones externas que no necesitan, por lo que no están dispuestos a invertir tiempo en realizarlos y prefieren la vinculación directa con el grupo de consumidores. En cuanto a los recursos, encontramos que, en tanto los SPG no son proyectos productivos en sí mismos, dependen de la colaboración en especie o del efectivo de las personas consumidoras o productoras o de la gestión de recursos gubernamentales o de fundaciones.

Específicamente, en la colaboración entre la CCC Milpa y El Jilote se han logrado puntos de encuentro que permiten trabajar en conjunto, por ejemplo, los principios políticos y económicos, la participación de las mismas personas en ambos proyectos, el interés compartido por facilitar alimentos de calidad a la sociedad, de una forma justa para las productoras y sostenibles para la naturaleza. Sin embargo, también se han encontrado con la dificultad de alinear calendarios y planeaciones anuales, pues ambos procesos tienen ritmos propios.

Dialéctica material

Al estar ubicada en un lugar privilegiado geográficamente, la CCC Milpa no sufre el desabastecimiento local de alimentos a lo largo del año, pues, aunque se intenta respetar la estacionalidad de la producción, los diversos ecosistemas cercanos a la ciudad de Guadalajara le permiten acceder a variedad de frutas y verduras en las distintas estaciones del año, las cuales, cabe mencionar, no son tan marcadas en esta parte del mundo. No obstante, la complejidad ha surgido a causa de la poca variedad de alimentos que los urbanitas integran a su dieta, lo que Vandana Shiva (2008) nombra como los “monocultivos de la mente”. A pesar de que nos encontramos en una de las regiones con mayor biodiversidad del mundo y siendo privilegiados culturalmente por pertenecer a la región de influencia de la dieta mesoamericana, la alienación de los hábitos alimentarios ocasionada por la agroindustria y el secuestro de paladares operado por los productos ultraprocesados que ésta genera (Ponce et al., 2013) han hecho que los alimentos presentes en las mesas de los habitantes de Guadalajara se reduzcan a una fracción mínima del potencial que ofrece la geografía en la que habitan. En esta tensión habrá que considerar la percepción de la distancia en un país con el tamaño y la orografía de México, pues desde la CCC Milpa aún se considera local traer un producto desde 350 kilómetros de distancia, un trayecto corto para este país.

Las dialécticas materiales, culturales y organizativas no son independientes, sino que están fuertemente interconectadas y muestran las tensiones internas provocadas por las dinámicas y los valores dominantes en los mercados competitivos con los que convivimos cotidianamente.

Conclusiones

La CCC Milpa es un canal de comercialización con más de una década de vida, que ejemplifica las capacidades de organización social de la ciudadanía urbana para mejorar la alimentación con criterios de equidad y sostenibilidad.

En el proceso de consolidación de la Cooperativa de Consumo Consciente Milpa las dialécticas han marcado dilemas y tensiones entre los distintos perfiles de personas que la integran, los ideales con que se fundó y los retos prácticos que supone su operación. La apuesta por una organización horizontal y participativa, con valores solidarios y cooperativos vinculados con la cultura campesina y con una cultura de respeto y equidad consciente de tener retos importantes, como el de la equidad de género, no está exenta de contradicciones. Alcanzar un número suficiente de personas consumidoras para dar equilibrio económico a la cooperativa sin perder sus ideales, a la vez que se busca replicar en nuevas cooperativas para dar más fuerza a las producciones agroecológicas en el campo, son retos complejos en proceso.

Estas mismas tensiones han servido como fuego para forjar lo que el proyecto es en la actualidad, permitiendo fusionar en un crisol de convivencia y trabajo colaborativo las expectativas políticas y ecológicas y las necesidades de un proyecto productivo inserto y en constante confrontación con el sistema agroalimentario actual.

Bibliografía

- CCC Milpa (2022, febrero 7). *Cooperativa de Consumo Consciente Milpa*. Cooperativa de Consumo Consciente Milpa. <https://cooperativamilpa.org/>
- Coincide-ITESO (2021). *Redes Alimentarias Alternativas en la Región Occidente de México*. REAlt. <https://coincide.iteso.mx/realt>
- El Jilote (2022). *Quiénes somos* [El Jilote. Sistema Participativo de Garantía]. <https://eljilote.org/eljilote>
- González de Molina, M., Petersen, P. F., Garrido Peña, F., y Caporal, F. R. (2021). *Introducción a la agroecología política* (1a Ed.). Clacso.

- Max-Neef, M. A., Elizalde, A., y Hopenhayn, M. (1994). *Desarrollo a escala humana: Conceptos, aplicaciones y algunas reflexiones* (1a ed). Icaria.
- Mies, M., y Shiva, V. (2016). *Ecofeminismo: Teoría, crítica y perspectivas*. Icaria.
- Monachon, D. S., y Saltijeral Giles, L. (2022). Memoria del 2do Encuentro de Redes Alimentarias Alternativas. UNAM.
- Pérez Orozco, A. (2014). *Subversión feminista de la economía. Aportes para un debate sobre el conflicto capital-vida*. Traficantes de Sueños.
- Ponce, J., Ávila, A., y Cabada, X. (2013, febrero 16). Publicidad, expendios, programas públicos... Un sistema alimentario perverso que nos enferma. *La Jornada del Campo*. <https://www.jornada.com.mx/2013/02/16/cam-publicidad.html>
- Red RASA (2010). Red de Alternativas Sustentables Agropecuarias de Jalisco [RASA Red de Alternativas Sustentables Agropecuarias de Jalisco]. *¿Qué es la RASA?* <https://redrasa.wordpress.com/%c2%bfquienes-somos/>
- Rodríguez Guerrero, R. (2019). *El consumo solidario en México. Vínculos entre consumidores y productores agroecológicos*. [Doctoral, Universidad de Guadalajara]. <http://rgdoi.net/10.13140/RG.2.2.20280.29445>
- Sevilla Guzmán, E., Soler Montiel, M., Gallar Hernández, D., Vara Sánchez, I., y Calle Collado, Á. (2012). *Canales cortos de comercialización en Andalucía*. Centro de Estudios Andaluces.
- Shiva, V. (2008). *Los monocultivos de la mente: Perspectivas sobre la biodiversidad y la biotecnología*. Fineo.
- Soler Montiel, M., Rivera Ferre, M., y García Rocas, I. (2021). Agroecología feminista para la soberanía alimentaria: ¿de qué estamos hablando? *Leisa revista de agroecología*, 37(2), 27-29.
- TGA (s/f). Documento introductorio sobre TGA. *Tejido Global de Alternativas*. Recuperado el 22 de abril de 2023 de <https://globaltapestryofalternatives.org>
- Universidad de la Tierra (2022). *Universidad de la Tierra*. Ejes. <https://unitierra-oaxaca.org/eje>

El cuidado de la vida: economía feminista y agroecología

*Valeria de León Roblero (deleonr.valeria@gmail.com) - Universidad
Iberoamericana Puebla y Tianguis Alternativo de Puebla*

*Nadia Eslinda Castillo Romero (eslinda.castillo@iberopuebla.mx) - Departamento
de Ciencias Sociales de la Universidad Iberoamericana Puebla*

*Marcela Ibarra Mateos (marcela.ibarra@iberopuebla.mx) - Laboratorio de
Innovación Económica y Social de la Universidad Iberoamericana Puebla*

Introducción

Históricamente, las tareas de cuidado han sido delegadas a las mujeres, como una consecuencia de la división sexual del trabajo que separa tareas de acuerdo con las construcciones sociales relativas a esa diferencia. En este sentido, las economías feministas subrayan la equidad en todas las formas de organización que la economía social y solidaria propone como modelo económico. La agroecología, como referente de autogestión, es un ejemplo de solidaridad económica clave para la sostenibilidad de la vida. Consideramos a la agroecología como un espacio ideal que, a partir de la autogestión de los procesos alimentarios, puede impulsar cambios en la división sexual y racial del trabajo, colocando las labores de cuidado como tareas de todas y todos quienes forman parte de estas experiencias de economía social y solidaria.

La alimentación implica una diversidad de prácticas relacionadas con la producción, la planeación, la compra, la elaboración y la comensalidad. Tras 70% de la alimentación de la población mundial está la agricultura familiar o de pequeña escala, realizada principalmente por mujeres, quienes participan en la producción y comercialización de pequeña es-

cala (Leporati et al., 2014; Inmujeres, 2019) y suelen sostener la vida de quienes trabajan el campo, como también la de los seres vivos que hay en él. Además, detrás de cada plato de comida hay varias horas de cuidado, de trabajo no remunerado e invisibilizado que permite la sostenibilidad de los sistemas alimentarios.

Desde la economía social y solidaria, la economía feminista y la agroecología, el presente capítulo invita a visibilizar y a reflexionar sobre el papel fundamental de los cuidados en la alimentación, sobre los roles y prácticas que permiten reproducir la vida de las personas involucradas en estas redes e iniciativas. Para esto, se presentará un panorama general de experiencias que permitirá conocer el contexto regional de Puebla y Tlaxcala, territorio en el que se sitúa la red Cosoali²³. Esta red surge en 2022, a partir del acompañamiento del Proyecto Nacional de Investigación e Incidencia (PRONAI) en Soberanía Alimentaria “Fortalecimiento y habilitación de redes e iniciativas alimentarias de producción y consumo local de economía social y solidaria, en el marco territorial de la zona metropolitana Puebla-Tlaxcala”. La red integra a 25 iniciativas alimentarias de Economía Popular, Social y Solidaria (IAEPSS) de productoras, consumidoras, gestoras y académicas que participan en mercados o tiendas alternativas, sistemas de canastas y entregas, puestos de venta, sistemas productivos y colectivos o cooperativas de productores y consumidores, buscando formas más justas, equitativas y sostenibles de alimentarnos.

Además, se expone parte de los resultados de los diagnósticos cualitativos y cuantitativos, y de los cuestionarios y talleres participativos realizados en la fase inicial (etapas 1 y 2) del PRONAI antes mencionado, los cuales sirvieron para caracterizar y seleccionar las iniciativas que formaron Cosoali. Estas metodologías se implementaron con y para las organizaciones, con el fin de irnos reconociendo y reflexionando sobre nuestro papel en los territorios. Así, se comparten reflexiones colectivas e información relativa a quienes integran esta red.

23. Deviene del acrónimo de redes que Construyen Soberanía Alimentaria.

La mirada de la economía feminista y de cuidados en los modelos de solidaridad económica

En América Latina, a partir de la década de los ochenta del siglo **xx**, tomó fuerza la multiplicación de formas alternativas a la economía de capital, que en su fase neoliberal profundizó las desigualdades mediante la imposición de políticas predatorias de acumulación y explotación de la vida, con las que expulsó a grandes sectores de la población. En palabras de Fuentes (2022, p. 11) y siguiendo a Bourdieu (2009), las formas alternativas a la economía de capital deben, entre otros desafíos, desmontar el habitus neoliberal, es decir, la estructura que articula la dimensión cultural que ha implicado la transformación de nuestra subjetividad y de los procesos de interiorización que se organizaron para lograrlo y, con ello, reproducir las formas sociales del capitalismo en todas sus etapas.

Estas formas alternativas de organizar la economía se articularon en torno a la economía social, solidaria y popular, que, más allá de los matices políticos entre ellas, se distancian de la economía de capital cuestionando las formas sociales que reproducen la explotación de la vida y la acumulación de capital. En este sentido, como modelo económico, la Economía Social y Solidaria (ESS) configura un tipo de economía sustentado en la construcción de relaciones sociales basadas en valores de cooperación, solidaridad, equidad, igualdad, autonomía, que impulsa experiencias empresariales autogestivas, democráticas y cooperativas en las que estos valores sean observados desde la producción de bienes y servicios hasta su consumo.

Por lo anterior, las economías feministas (EF) se inscriben en los modelos alternativos a la economía de capital y, desde esta perspectiva, hacen énfasis en la equidad en todas las formas de organización propuestas por la solidaridad económica como modelo económico, introduciendo la perspectiva de género en los mismos. Amaia Pérez Orozco (2019) señala que el centro de los feminismos está en poner la sostenibilidad de la vida en el centro, es decir, en preguntarnos: ¿qué entendemos por vida que merece la pena de ser vivida? ¿Cuál es la idea de bienestar hegemónica? ¿Cuál es la contrapropuesta política que se plantea desde el feminismo? También es fundamental preguntarse cómo se sostienen las condiciones

de posibilidad de esa vida (Pérez Orozco, 2019, p. 73). Por ello, poniendo el énfasis en afianzar las formas sociales de equidad e igualdad en los modelos de solidaridad económica, una de las apuestas de las EF será articular pensamiento y conflicto desde las esferas económicas invisibilizadas, aún en la ESSP, por tanto, “del género en tanto categoría analítica central más allá de la desagregación de datos por sexo y la convicción de que el conocimiento es un proceso social que sirve a objetivos políticos, de donde se deriva la explicitación de un compromiso feminista” (Pérez Orozco, 2019, p. 58).

Como observamos en párrafos anteriores, se trata de diseñar un nuevo contrato social con una división del trabajo incluyente y no sesgada por las construcciones de género y raza. No obstante, Amaia Pérez (2019, p. 64) señala que, en el marco del sistema socioeconómico actual, se trata de una apuesta inviable sin una transformación radical del sistema. Por ello, el diseño de un nuevo contrato social y de una nueva división social y sexual del trabajo supone identificar y visibilizar los trabajos de cuidado, como ejemplo de esta agenda de actividades asociadas a las mujeres.

¿De qué hablamos cuando hablamos de cuidados?

Desde la década de los ochenta del siglo **xx**, los estudios de género han mostrado que las tareas que ocurren en el ámbito doméstico son cruciales e imprescindibles para el funcionamiento del sistema económico global y el bienestar social. En América Latina se ha hecho fuerte hincapié en el cuidado como uno de los elementos centrales de una economía social, solidaria y feminista (Battyány, 2021).

Diversas autoras de la economía feminista (EF)^[1] han señalado que las relaciones de género son el principio organizador del trabajo a partir de la división sexual del mismo, lo que da lugar a una distribución desigual entre varones y mujeres; ésta se manifiesta en cualidades y habilidades asociadas de manera “natural” a mujeres y a hombres desde la composición familiar, siendo los *cuidados* una de las tareas social e históricamente asignadas a las mujeres.

Desde esta perspectiva, el *cuidado* visibiliza y da cuenta de la contribución de las mujeres a la economía, también a la economía social y solidaria,

que no sólo mide el trabajo remunerado, sino también el no remunerado (Battyány, 2021, p. 13). El trabajo de cuidados trasciende la frontera del espacio no monetizado y pone en evidencia la fragilidad entre los espacios público y privado, como también la fuerte relación entre mercado y vida (Pérez en Carrasco, Borderías y Torns, 2011).

Históricamente, el trabajo de cuidados se ha construido en estrecha interrelación entre su dimensión de trabajo —aun sin ser remunerado— (trabajo experto, cualificado, normativizado), su dimensión emocional y de responsabilidad y su desempeño dentro de un sistema determinado de relaciones familiares y de género (Carrasco, Borderías y Torns, 2011). En este sentido, podemos identificar al trabajo de cuidados como un trabajo subsidiario y necesario de la economía de mercado para la generación de riqueza, con la intención de establecer la idea de la economía feminista como una mirada que coloca el foco específicamente en las desigualdades de género.

De acuerdo con Karina Battyány (2021, p.17), la economía de cuidado surge con el debate en torno al trabajo de reproducción, el trabajo doméstico y, particularmente, el aporte que el trabajo de cuidados realizado por mujeres hace al conjunto de la economía, a la acumulación capitalista y a la reproducción de la vida cotidiana en el hogar. La economía de cuidado engloba “todas las actividades y prácticas necesarias para la supervivencia cotidiana de las personas en la sociedad en la que viven”, actividades que han sido feminizadas, invisibilizadas y desvalorizadas. Implica:

1. Cuidado directo de otras personas.
2. Autocuidado.
3. Planificación y realización de las labores de limpieza de la casa.
4. Producción, planeación, gestión, distribución y elaboración de bienes de consumo primario, como los alimentos y la vestimenta.
5. Planificación, gestión y supervisión de todas las actividades sociales de cuidado, por ejemplo, la educación y la salud.

Podemos considerar al cuidado como generador de bienestar y en ese sentido debe ser reconocido y valorado económicamente. La mirada del cuidado como componente de bienestar supone introducirlo en los

regímenes de bienestar social y en la administración pública. La crítica central a este enfoque es que no se otorga a las familias y a las mujeres el reconocimiento como proveedoras de bienestar (Battyány, 2021, p.20).

Según esta mirada, el paradigma de bienestar tendría que ser atravesado por una perspectiva de cuidados, a fin de construir *regímenes de cuidado social*; éstos hacen referencia a la arquitectura de las instituciones de cuidados, a su configuración, que, al igual que los regímenes de bienestar, distribuye y asigna las responsabilidades y los costos de éste a distintos agentes proveedores —mercados, instituciones, actividades, sujetos sociales— que aseguren una atención integral desde una nueva división del trabajo, no determinada por las construcciones de género, clase y raza (Battyány, 2021, p. 21).

En América Latina se han dado acciones incipientes y no articuladas, es decir, éstas no conforman una oferta clara de dispositivos para la provisión de *regímenes de cuidado*. En la actualidad, las políticas de cuidados no son universales e integrales, no visibilizan la totalidad del cuidado y el bienestar cotidiano; al respecto, cabe señalar que no se trata sólo de contabilizar el trabajo doméstico como lavar, planchar, preparar los alimentos, sino también de considerar las actividades que implican soporte y cuidado emocional. Lo anterior es producto de la persistente división del trabajo por razón de género, de la naturalización de las mujeres como cuidadoras y de los escasos desarrollos institucionales de los regímenes de bienestar a través de políticas de Estado y políticas públicas y, desde luego, de las grandes desigualdades económicas. Sólo en sociedades en que los trabajos de cuidado no estén determinados por género, raza y clase puede tener sentido el ideal de igualdad y justicia social (Carrasco, Borderías y Torns, 2011).

En relación con lo anterior, las experiencias de la economía social y solidaria reafirman la sustentabilidad de la vida al impulsar la construcción de otro tipo de relaciones de “producción, intercambio, cooperación y también de acumulación y distribución del ingreso y la riqueza”, que apuestan por la producción y la distribución de alimentos sanos y sustentables. Por ello, la soberanía alimentaria será un pilar fundamental de otra economía que se sustentará en el derecho de agricultores y campesinos a controlar la agricultura y de los consumidores a controlar su

alimentación. Por tanto, la atención debe estar dirigida a dar a la alimentación el trato de derecho humano de todas las personas (Acosta, 2022, p. 385).

Finalmente, podemos argumentar que un ejemplo de solidaridad económica es la agroecología como referente de autogestión, clave para la sostenibilidad de la vida. Más allá de verla como ciencia, movimiento social y práctica, supone formas de ser, de relacionarse y de instalarse en el mundo que promueven la justicia socioeconómica, que reconocen los diversos saberes en el mundo, así como el papel crucial de las y los campesinos y pequeños productores. A su vez, desde la producción, consumo y distribución justa de los alimentos se mantiene un planteamiento político en favor de la reproducción ampliada de la vida, en donde pueden implementarse experiencias de *cuidado* impulsando una división del trabajo que rompa con los sistemas hegemónicos de dominación basados en el género, la raza y la clase.

Desigualdad, mujeres, cuidados y alimentación

Si bien los datos varían de un país a otro, como también lo hacen de una región a otra dentro de un mismo país, es posible afirmar que el papel de las mujeres en la producción de alimentos es fundamental. A pesar de que las mujeres producen entre 60 y 80% de los alimentos en el Sur Global, son, junto con niñas y niños, quienes más padecen hambre (FAO, 2020; Ballara et al., 2012). Estudios realizados en diversos contextos de América Latina, y particularmente de México, destacan el papel que han desempeñado en la recolección y el cuidado de las semillas, así como en los procesos de hibridación. Son ellas las que recuperan saberes y promueven prácticas no explotadoras ni extractivas. Las mujeres han desarrollado mecanismos de producción, procesamiento, distribución y consumo desde sus unidades domésticas, así como procesos colectivos en organizaciones comunitarias. Sin embargo, a pesar de la relevancia de su trabajo para el sostenimiento de la vida, enfrentan condiciones de desigualdad profundas (Espinal y Azcona, 2020; Zuluaga et al., 2018; Arias y West, 2012; Seibert, Sayeed, y Georgieva, 2019).

Además, las mujeres asumen gran parte de los trabajos de cuidado y de la reproducción, particularmente en regiones rurales, marginadas y en las que habita población indígena. La OIT (2019) plantea que las mujeres invierten tres veces más horas que los hombres en estas actividades. A nivel mundial se estima que el valor económico generado por el trabajo de cuidados representa 9% del Producto Interno Bruto (PIB), mientras que en México representa 23.3% del PIB.

En el siguiente apartado presentamos algunos datos agregados que nos permiten problematizar las condiciones en que las mujeres realizan el trabajo de producción de alimentos. El desigual uso del tiempo dedicado a las tareas de cuidado y reproducción entre mujeres y hombres; el limitado acceso a la titularidad de la tierra, así como las condiciones de pobreza, la desigualdad salarial y de ingreso, son parte de los elementos que conforman un escenario adverso para las mujeres.

Desigual uso del tiempo para la producción y reproducción

Las Encuestas de Uso del Tiempo (ENUT) son un instrumento fundamental para comprender la manera en que hombres y mujeres distribuyen su tiempo en actividades remuneradas y no remuneradas y cómo ello profundiza la dependencia de las mujeres y los hombres, afectando su propia autonomía e independencia. Según datos de la ENUT 2019, el tiempo total de trabajo de la población de 12 años y más en el país en una semana es de 5 661 millones de horas a la semana, de las cuales 49.4% corresponden a trabajo no remunerado, 47.9% a trabajo para el mercado y 2.8% a la producción de bienes para uso exclusivo del hogar (INEGI, 2019). Es decir, cinco de cada 10 horas de trabajo no son pagadas. Sobre esta distribución del trabajo, Coneval (2022) señala que, durante la pandemia, tanto mujeres como hombres aumentaron las horas que destinan al trabajo doméstico no remunerado. Sin embargo, las mujeres han destinado mayor número de horas a este trabajo.

De acuerdo con la ENUT (2014 y 2019), en términos de horas totales, las mujeres trabajan más que los hombres. Estos mismos datos muestran que, a lo largo de un quinquenio, no han cambiado demasiado las condi-

ciones de las mujeres en este aspecto. Ellas tienden a trabajar más horas en actividades no remuneradas, mientras que los hombres se dedican más a actividades remuneradas, lo que reproduce roles de género que profundizan las condiciones de desigualdad. En el caso de las mujeres rurales, ellas dedican muchas más horas al trabajo en general y en especial a trabajos no remunerados, tanto en comparación con los hombres como con las mujeres urbanas. Las mujeres hablantes de lengua indígena cubren un mayor número de horas de trabajo no remunerado que aquellas que no lo son (INEGI, 2014 y 2019).

La ENUT de 2019 muestra que, para las mujeres, 30.9% del tiempo total de trabajo es destinado al mercado, mientras que para los hombres corresponde a 68.9%. Cuando revisamos los datos de trabajo no remunerado, las mujeres dedican a éste 66.6% del tiempo total, en tanto los hombres sólo le destinan 27.9% del mismo. Es decir, los hombres dedican más tiempo al trabajo para el mercado, pero es casi en la misma proporción adicional que las mujeres dedican al trabajo doméstico no remunerado (INEGI, 2019).

Un análisis de las ENUT muestra que de 1996 a 2019 las mujeres invierten más del doble del tiempo que los hombres en actividades de trabajo no remunerado, como son cocinar, limpiar la vivienda, lavar la ropa y cuidar a niñas y niños. De manera general, con diferencias en la magnitud entre levantamientos, los hombres dedican siempre menos horas a la semana que las mujeres a las actividades dentro del hogar (Inmujeres, 2020).

Es importante mencionar que en el caso de las mujeres también se aprecian diferencias geográficas en el uso del tiempo. El tiempo dedicado al trabajo no remunerado es mayor entre las mujeres de localidades con menos de 10 000 habitantes, registrándose un promedio de 71 horas, mientras que en localidades de más de 10 000 habitantes las mujeres dedican 64.2 horas al trabajo no remunerado (Inmujeres, 2020a). Asimismo, se observan diferencias entre las mujeres hablantes y no hablantes de lengua indígena, siendo mayor el tiempo promedio dedicado al trabajo doméstico para el propio hogar entre las hablantes de alguna lengua indígena, quienes dedican 5.4 horas más en promedio a este trabajo semanalmente (30.5 horas contra 35.9 horas).

Un dato muy relevante es que la proporción de tiempo destinada al trabajo de cuidados tiene muy pocas variaciones si se consideran niveles de escolaridad, presentándose como una línea casi recta. Lo anterior supone que, independientemente de la escolaridad y de la intensidad del trabajo remunerado, las mujeres, por los roles que les han sido socialmente asignados, realizan casi en la misma medida el trabajo de cuidados, por lo que para ellas no es posible evadir la doble jornada (INEGI, 2019).

Acceso a la tierra y bienes materiales

El acceso de las mujeres a activos y recursos fundamentales para los sistemas agroalimentarios —como tierras, insumos, servicios, medios financieros y tecnología digital— sigue siendo inferior al de los hombres (FAO, 2019), lo que afecta su autonomía económica y su posibilidad de acceder a apoyos de diverso tipo. La FAO (2024) señala que no todos los países informan o han seguido una misma metodología para dar cuenta de la desigualdad de género con respecto a la tenencia de la tierra. Los datos disponibles de 46 países muestran que, en 30% de ellos, el número de hombres que tienen derechos de propiedad o de tenencia sobre la tierra duplica al de las mujeres en hogares agrícolas. Un estudio del Banco Mundial señala que, para América Latina, los datos sobre la tenencia, el acceso y el control de los bienes de propiedad (vivienda, tierra y otros) por las mujeres son escasos en la región, pero las estadísticas disponibles muestran que el porcentaje de mujeres es pequeño en todos los países y no supera 31% (Zrinski y Seiwald, 2023). La FAO (2019) indica que, “a menudo, trabajan sin remuneración en explotaciones familiares o como trabajadoras ocasionales en la agricultura”. Las mujeres ganan en promedio 18.4% menos que los hombres en el empleo asalariado en la agricultura.

En México viven 61.5 millones de mujeres, 23% de las cuales habita en localidades rurales; éstas representan 34% de la fuerza laboral, estimándose que son responsables de más de la mitad de la producción de alimentos en México (Inmujeres, 2020b). Las mujeres tienen presencia en la totalidad, 100%, de los 32 154 núcleos agrarios distribuidos en los 99.7 millones de hectáreas que comprende la propiedad social (51% del

territorio nacional). Sin embargo, de acuerdo con datos del RAN (2023), sólo tres de cada 10 personas ejidatarias o comuneras a nivel nacional son mujeres. Esto limita su participación en el acceso a créditos, financiamiento o programas sociales y para la producción. El número de mujeres a quienes se les ha reconocido e inscrito derechos sobre tierra de propiedad social es de 1 218 523; de éstas, 727 869 son ejidatarias, 247 271 comuneras, 197 755 posesionarias y 45 628 avecindadas²⁴ (RAN, 2023).

La zona metropolitana Puebla-Tlaxcala es un territorio complejo, que en los últimos 50 años ha experimentado una transición territorial acelerada, pasando de ser una zona agrícola a ser una zona en la que predominan actividades industriales diversas, especialmente del sector automotriz, y actividades de servicios, sobre todo educativos (Flores, 1993). Durante la transformación nacional del sector rural en los ochenta, las áreas rurales y periféricas de la ZMP se incorporaron a una especie de urbanización precaria, irregular, en torno a la cual han crecido espacios inmobiliarios de lujo que modificaron el uso de suelo y la tenencia de la tierra (Ramírez y Buendía, 2020).

En el mismo RAN (2023) es posible apreciar que, de los más de 14 000 ejidos existentes en el país, sólo 7.4% es presidido por mujeres; en Puebla, 7.3% y en Tlaxcala, 3.1%. El número de mujeres dentro de núcleos agr-

24.[1] *Ejidataria o ejidatario*. Sujeto agrario integrante del núcleo ejidal, mexicana o mexicano, mayor de edad o de cualquier edad si tiene familia a su cargo, que cuenta con certificado de derechos agrarios expedido por la autoridad competente, con certificado parcelario o de derechos comunes o con resolución de la autoridad agraria o sentencia del Tribunal Agrario. Para adquirir la calidad de ejidatario, se requiere avecindar en el ejido y cumplir con los requisitos establecidos en la Ley de la materia y su Reglamento interno.

Comunera o comunero. Titular de derechos en una comunidad agraria legalmente reconocida, establecidos en la Ley Agraria y el estatuto comunal; en su caso, el uso y disfrute de su parcela y la cesión de sus derechos, así como el aprovechamiento y beneficio de los bienes de uso común. Posesionaria o posesionario. Persona que ejerce un poder sobre un bien ejercitando actos de uso y goce como si fuera su propietario. En materia agraria, es el sujeto que posee tierras ejidales o comunales y ha sido reconocido con tal carácter por la asamblea del núcleo o el Tribunal Unitario Agrario competente. El *posesionario o poseedor* cumpliendo los requisitos establecidos en la Ley Agraria puede ejercitar la acción de prescripción respecto de las tierras ejidales que detenta. *Avecindada o avecindado*. Debe ser mexicana o mexicano, mayor de edad, que haya residido por un año o más en las tierras del ejido y haya sido reconocido con ese carácter por la asamblea. Tendrán derecho, en su caso, a la asignación de derechos sobre tierras ejidales; a participar en la venta de los derechos correspondientes cuando no exista sucesor del sujeto agrario; a adquirir derechos parcelarios por enajenación; al derecho del tanto en la primera enajenación de parcelas con dominio pleno, y a ser integrantes de la junta de pobladores.

rios certificados y no certificados es muy inferior al número de hombres. Por ejemplo, del total ejidatarios de Puebla, 30% son mujeres, mientras que en Tlaxcala éstas representan 28%. En el sector de comuneros, 33% en Puebla y 25% en Tlaxcala son mujeres. Estos datos son importantes ya que, tener un título de ejidataria o comunera brinda la oportunidad de presidir los órganos que rigen las decisiones de organización que se toman sobre la tierra.

Asociada a la falta de titularidad de la tierra, también la propiedad de la vivienda es limitada para las mujeres. Esta desventaja se acentúa en las mujeres indígenas. Así, en 2018, 11.3% de las mujeres indígenas tuvo la titularidad personal o compartida de la vivienda que habitaba. En las mujeres no indígenas dicho porcentaje fue de 15.6% (Coneval, 2021).

La reproducción de la vida está fuertemente vinculada con el trabajo de la tierra. Uno de los mayores obstáculos para los ingresos de las mujeres rurales es la falta de seguridad en materia de propiedad o tenencia de la tierra, lo que les impide acceder a apoyos públicos y a decidir cómo emplear los recursos para atender sus necesidades y las de su familia.

Pobreza, desigualdad salarial y de ingresos

Producto de la desigual carga de trabajo doméstico, las mujeres enfrentan condiciones de exclusión en el mercado laboral o bien una inserción laboral limitada, brechas salariales y, en algunos casos, segregación en ocupaciones con retribuciones inferiores, que además se complejizan dependiendo de su origen étnico, su ubicación geográfica, nivel educativo entre otros. La pandemia de Covid-19 profundizó muchas de estas condiciones (Coneval, 2022).

Calderón y Díaz (2023) afirman que, para 2020, los ingresos tuvieron una caída tanto para hombres como para mujeres, probablemente relacionada con la pandemia de Covid-19. Sin embargo, también afirman que, luego de la crisis sanitaria, se registró una recuperación más significativa para los hombres que para las mujeres.

La pobreza extrema y moderada, que disminuyeron entre 2016 y 2018 tanto para las mujeres como para los hombres, aumentaron durante la

pandemia, siendo la pobreza extrema la que presenta una tendencia de mayor crecimiento. Así, en 2020, 44.4% de las mujeres se encontraba en situación de pobreza, porcentaje ligeramente mayor en comparación con 43.4% de los hombres. En cuanto al periodo de agosto a noviembre de 2020, el número de mujeres en situación de pobreza que buscaban empleo aumentó en 118.5%, haciéndolo en 61.7% entre las que no estaban en situación de pobreza. Para los hombres, los incrementos fueron menores, de 97.7% y 58.0%, respectivamente (Coneval, 2022).

Calderón y Díaz (2023) comparan el ingreso mensual real de hombres y mujeres para el periodo 2015-2022. Si bien en el caso de los hombres se registra un aumento, en el de las mujeres se constata un descenso en el mismo periodo. En este mismo sentido, señalan, coincidiendo con el Coneval (2022), que las brechas de género en lo referente a salarios han disminuido de forma moderada a nivel nacional, pero en el caso de Puebla y Tlaxcala han aumentado.

Otro dato que ilumina las desigualdades enfrentadas por las mujeres se relaciona con la participación de los programas sociales en su ingreso total. Las mujeres tienen mayor dependencia de estas transferencias. Aproximadamente, 30% del ingreso total de aquellas que se encuentran en condiciones de pobreza proviene de estas fuentes; mientras que para los hombres en esta condición estas transferencias representan 7% de su ingreso total. En el caso de quienes están fuera de la pobreza, el porcentaje es de 9% para las mujeres y 3% para los hombres (Coneval, 2022).

Durante la pandemia, a pesar de que los datos que presentamos párrafos arriba muestran que en el caso de las mujeres aumentaron la pobreza y el desempleo, hubo un aumento mayor en las transferencias monetarias destinadas a los hombres. En el caso de los grupos en condición de pobreza los aumentos fueron de 6% para las mujeres y de 38% para los hombres, en tanto que el aumento en mujeres y hombres fuera de pobreza correspondió a 33% y 10%, respectivamente (Coneval, 2022). Estos cambios seguramente estarán contribuyendo a la profundización de la brecha de desigualdad entre hombres y mujeres.

Los datos aquí presentados nos ofrecen un panorama general de las condiciones enfrentadas por las mujeres en México. En algunos casos, los datos nos permiten apreciar las desigualdades que se presentan, incluso,

entre zonas rurales y zonas urbanas, o bien las que existen entre mujeres que hablan o no una lengua indígena. En todo caso, son un referente para comprender las grandes dinámicas en las que se encuentran inmersas las experiencias e iniciativas que a continuación presentamos.

Las mujeres de las redes alimentarias y de otras economías

En el presente apartado pondremos la mirada en el territorio Puebla-Tlaxcala, específicamente, en las experiencias e iniciativas que integramos y acompañamos a la red Cosoali. Partiendo de diagnósticos, diálogos y encuentros realizados en 2022²⁵, se compartirán datos y reflexiones que abonen a visibilizar el rol de las mujeres, la distribución de los trabajos y las características que diferencian a estas iniciativas y redes del sistema dominante y el negocio alimentario.

Hablamos desde las Iniciativas Alimentarias de Economía Popular Social y Solidaria (IAEPSS), las cuales son formas organizativas integradas por diversos actores sociales que articulan procesos alimentarios desde la producción hasta el consumo en contextos urbanos y rurales. Desde lo local, éstas buscan generar alternativas de alimentación, trabajo y vida (García y de León, 2023). Están compuestas por productores, consumidores, intermediarios éticos o gestores. A partir de 2022, algunas iniciativas se han articulado y reconocido en una red regional, la red Cosoali, en la cual comparten valores, objetivos y principios vinculados a la agroecología y otras formas de organización.

Así, la red Cosoali no sigue la lógica del negocio alimentario, sino que integra diversas subjetividades críticas de la realidad, que reconocen la problemática del territorio y buscan formas de atenderla, como com-

25. Se realizó un mapeo de 100 iniciativas ubicadas principalmente en la zona metropolitana de Puebla y Tlaxcala; de éstas, 36 contestaron un cuestionario digital que permitió caracterizarlas y conocer más sobre su trabajo. Finalmente, se seleccionaron 25 iniciativas con las que se trabajó en talleres participativos mediante tres encuentros presenciales y espacios de intercambio de experiencias y conocimientos, lo cual formó parte del diagnóstico y caracterización. Estos resultados se sistematizan en un par de cuadernillos que están en proceso de publicación y parte de la metodología utilizada se describe con mayor profundidad en el capítulo 1 del presente libro.

parte una de sus integrantes: “Se tiene que cambiar la forma de producir alimentos, se debe trabajar por la dignificación de la vida del campo, y por no seguir dañando la naturaleza, con tanto uso de agrotóxicos, que contaminan el agua, suelo, aire y enferman a la población” (M. E. Diego, comunicación personal, 31 de mayo de 2022).

Las integrantes de la red se sitúan frente al sistema dominante desde sus dolencias, necesidades, deseos e historias personales; parten del reconocimiento no sólo individual, sino colectivo, para identificar las injusticias, opresiones y desigualdades que afectan no sólo a uno, sino a muchos. Considerando este panorama, sus objetivos principales se centran en generar cercanía entre consumidores y productores, en incidir favorablemente en la comunidad de la que forman parte y en promover una economía local, justa y solidaria, en producir alimentos saludables, sustentables, a la vez que se cuidan el medio ambiente y la biodiversidad.

La necesidad de establecer alianzas, de intercambiar experiencias, conocimientos, de impactar más en la región, de construir red, visibilizar y dignificar el trabajo, llevó al surgimiento de Cosoali. A partir de estos fines comunes, las iniciativas encuentran sentido en la organización, en articularse para hacer alimentación y otra economía, para cuidar, para construir alternativas. Así, se comparte una lógica distinta a la de la economía dominante, ya que, en lugar de centrarse en acumular el capital, se enfoca en atender las necesidades de las personas y su territorio, en sostener la vida.

Esta red también cobija otras formas de organización. Conforme al diagnóstico realizado en 2022, la mayoría de las iniciativas de la red son asociaciones u organizaciones sociales, es decir, no tienen el lucro como meta, surgen de la colectividad para obtener recursos que atiendan sus necesidades; están integradas por productores, consumidores y gestores; más de la mitad son lideradas por mujeres (66%), casi dos quintas partes de sus integrantes son jóvenes y una quinta parte adultos mayores; esto también refleja la integración intergeneracional en los sistemas alimentarios.

En la mayoría de las iniciativas las decisiones se toman colectivamente mediante el diálogo, el consenso y/o en asamblea, ya que promueven la democratización del trabajo; además nueve de cada 10 realiza trueque

y una de cada tres ha establecido alguna forma de ahorro colectivo. El trueque nos habla de ejercicios solidarios que se dan sin usar el dinero como medio de intercambio, mientras que el ahorro colectivo da cuenta de estrategias colectivas alternativas al sistema financiero. Lo anterior es evidencia de esta búsqueda y práctica de otras formas de organizarse para el trabajo y la vida misma. Como señala una compañera de la red: “buscamos la autogestión y autonomía en el proceso de producción” (E. A. García, comunicación personal, 15 de julio de 2022). Si bien esto no exige a las iniciativas de formar parte del sistema dominante ni las sustrae de sus dinámicas, éstas generan alternativas que les permiten organizarse y vivir mejor.

Mientras se trabaja, se sostiene la vida: entre los trabajos productivos y reproductivos

Como señalamos al inicio de este capítulo, no podemos ver al empleo y al trabajo productivo y reproductivo como actividades que suceden aisladas una de la otra. Mientras se trabaja en el campo, mientras se comercializa, también se cuida, se sostiene la vida. Así, el espacio productivo también es espacio de cuidados, la tierra donde habitan las iniciativas es la misma tierra y espacio en que producen; en los mercados alternativos no sólo se comercializan alimentos, sino que se comparte la crianza, los alimentos, se da contención emocional y se llevan a cabo otras prácticas comúnmente invisibilizadas o naturalizadas y, por ende, no consideradas como trabajo, aunque lo son (De León, 2023). Si bien en estas prácticas y labores participan hombres y mujeres, la carga es mayor para estas últimas.

Para contrastar lo ya mencionado con el caso de las iniciativas alimentarias, a continuación presentamos los resultados del diagnóstico que refleja la distribución de los trabajos productivos y de cuidados, para lo que cada iniciativa señaló en quién recaen mayoritariamente dichos trabajos.

TABLA 1. *Distribución de trabajos productivos y trabajos domésticos y de cuidados*²⁶

Trabajos productivos	% mujeres	% hombres	% ambos	Trabajos domésticos y de cuidados	% mujeres	% hombres	% ambos
Producción	18%	0%	82%	Compra de alimentos	38%	0	61%
Distribución	26%	5%	69%	Elaboración de alimentos	56%	0	44%
Toma de decisiones	20.5%	2.5%	77%	Aseo del espacio	23%	0	77%
Trabajos de gestión	18%	8%	74%	Cuidado de las infancias	44%	0	44%
Almacenamiento	18%	15%	67%	Contención emocional	36%	3%	54%
Manejo de finanzas	44%	5%	49%	Cuidado de adultos mayores	38%	0	48%
				Realización de espacios de celebración	18%	2%	72%

FUENTE: *elaboración propia a partir del trabajo de campo, 2023.*

Como hemos señalado, las IAEPSS promueven otras formas de organizarse y de integrar a todos en las diferentes actividades, lo que se refleja en la participación y responsabilidad de hombres y mujeres en los trabajos productivos. En estas iniciativas las mujeres juegan un rol fundamental, no sólo porque son mayoría, sino también porque se encargan de gestionar y articular procesos que vinculan la producción con el consumo final.

En cuanto a los trabajos de cuidado, aun en estas alternativas se identifica de manera notoria una distribución sexual del trabajo en donde

26. La información de esta tabla se basa en el cuestionario aplicado en 2022 a las iniciativas alimentarias interesadas en formar parte de la red Cosoali, en ciertos apartados de los trabajos domésticos y de cuidados algunas decidieron no contestar por lo que la sumatoria de porcentajes no llega al cien por ciento, sin embargo, esto no afecta el contraste en las respuestas.

las mujeres suelen ser las responsables de las labores de cuidado; aunque varias iniciativas señalan que en estas tareas participan también los hombres, la gestión mental y la coordinación de dichas actividades recae mayoritariamente en ellas.

La ENUT 2019 muestra que, en el caso de las mujeres, 30.9% del tiempo total de trabajo es para el mercado, mientras que para los hombres corresponde a 68.9%. Cuando revisamos los datos de trabajo no remunerado, las mujeres dedican 66.6% del tiempo total, en tanto que los hombres sólo 27.9%. Es decir, los hombres dedican más tiempo al trabajo para el mercado, pero es casi en la misma proporción adicional que las mujeres dedican al trabajo doméstico no remunerado (INEGI, 2019).

En el caso presentado, así como en la población en general, la brecha en la participación de hombres y mujeres en los trabajos productivos es menor a la brecha en los trabajos reproductivos, en otras palabras, hay alta participación de ambas partes en el ámbito productivo, mayor integración de las mujeres al empleo; sin embargo, aún no existe una integración significativa de los hombres en el ámbito doméstico y de cuidados.

Al contrastar a estas iniciativas con la sociedad actual, es evidente que hay diferencias de repartición de tareas productivas y de cuidados. Parte fundamental de que esto sea así, responde a las lógicas y principios colectivos y solidarios que las movilizan. Si bien aún hay desigualdades a este nivel, vemos que este tipo de iniciativas son espacios que posibilitan y promueven la inclusión y la participación equitativa en todos los trabajos.

Obstáculos y horizontes

Las cooperativas de consumo, los mercados o tiendas alternativas, la distribución solidaria y las redes de productores o consumidores son iniciativas que resisten al sistema dominante; esto no implica que operen fuera de él, por el contrario, existen con y en él, lo cual genera en sí mismo un cúmulo de contradicciones y tensiones en el día a día. Si bien existen diversos factores que obstaculizan el funcionamiento de las iniciativas, en este apartado retomaremos los resultados del diagnóstico participa-

tivo realizado en 2022, para resaltar aquellas que devienen del sistema patriarcal.

Como mencionamos, las mujeres son quienes usualmente realizan los trabajos de cuidado; éstos no son reconocidos, no se visibiliza el doble, triple o cuádruple trabajo que realizan las mujeres y mucho menos se les remunera. Al emprender o integrarse a la dinámica del trabajo productivo, por ejemplo, en los espacios de comercialización, las mujeres se encuentran con diversos retos. Inicialmente, los tiempos dedicados a lo comunitario y los cuidados se reducen, por lo que, en los casos favorables, la responsabilidad se distribuye entre otros sujetos, o bien, encuentran la manera de seguir cuidando desde otros espacios o en otros horarios, lo que aumenta su carga laboral; a su vez, ello requiere una negociación con las personas de la unidad familiar, en especial con la pareja, quien en muchas ocasiones tiene el voto final y puede o no acceder a que esto suceda.

Esto último también se relaciona con la adecuación de los espacios para los cuidados. Es distinto trabajar en una fábrica o maquila, un espacio cerrado que exige atención total hacia el proceso ejecutado y requiere poca movilidad e interacción con otras personas, que trabajar en un espacio colectivo, abierto, autogestionado, que promueve la socialización de necesidades y labores. En este último es más fácil que el cuidado se colectivice o se realice en otros espacios. En los mercados alternativos, en las cooperativas de consumo o de productores, es más común que convivan y compartan personas de todas las edades; sin embargo, en muchas iniciativas siguen faltando espacios adecuados para el cuidado y la recreación de las infancias o para las dinámicas que requieren las madres con bebés.

De igual manera, en los diversos procesos de los sistemas alimentarios se presentan retos. Por ejemplo, en la producción la tenencia y las decisiones sobre la tierra suelen estar en manos de los hombres, por lo que existe una desigualdad en el acceso a recursos e insumos para producir alimentos, así como para ser beneficiario de programas sociales, ya que, entre varias cosas, parte de los requisitos se relaciona con contar con la tenencia de la tierra; en la distribución y comercialización, algunas deben pedir permiso a sus esposos para salir de la unidad doméstica. Asi-

mismo, muchas veces no tienen con quién dejar a sus hijos, por lo que es más caro y complicado llevarlos a los espacios de venta e intercambio; además, no todas saben conducir ni tienen acceso a un transporte propio, lo que se movilizan sobre todo en transporte público, exponiéndose a la inseguridad que se vive en las calles.

Ante estos escenarios y realidades, resaltamos que las IAEPSS han comenzado a dialogar y a reconocer estas situaciones; algunas han tomado acción para atender las desigualdades y redistribuir los trabajos. Sin embargo, estas brechas de género siguen presentes, queda un largo camino por recorrer.

En las experiencias de economía popular, social y solidaria la sensibilización en temas de género debe ser permanente, para repensar y replantear la división del trabajo en estas organizaciones, como también la redistribución del trabajo de cuidados que atañe a todas las personas que las integran sin distinción de género. Estas iniciativas de economía social, solidaria y popular constituyen espacios idóneos para impulsar tal redistribución, pues se convocan buscando un horizonte de equidad, solidaridad, cooperación y autonomía, poniendo el trabajo y la reproducción de la vida en el centro en la formación de un modelo económico distinto, cuya pulsión no está dada por la acumulación y la explotación de la vida, características centrales de la economía de capital.

Conclusiones

Este capítulo partió de reconocernos en un sistema en el que existen relaciones de poder entre hombres y mujeres; éstas se diferencian según la edad, la orientación sexual, los rasgos físicos, el color de piel y la clase social. Desde la casa hasta el espacio público-mercantil, las mujeres se enfrentan a situaciones que obstruyen su acceso a una vida digna. Si bien históricamente en las mujeres ha recaído la discriminación y la exclusión derivadas del sistema heteropatriarcal de dominación, la vivencia de esa discriminación y exclusión no es igual para todas las mujeres, sino que se profundiza según su clase y su raza como resultado de la afectación desigual que producen estos sistemas de dominación.

Esto se refleja también en los sistemas alimentarios, ya que quienes se responsabilizan de las labores vinculadas a alimentar a la población son en su mayoría personas racializadas, y sobre todo mujeres; ellas son quienes están detrás de los cultivos, de los puestos de venta en mercados, en las cocinas y en los hogares. Los sistemas alimentarios se sostienen porque hay mujeres, sobre todo racializadas, sosteniéndolos.

No obstante, no en todos los espacios o comunidades se realizan las mismas prácticas ni se distribuyen de la misma manera. En estas iniciativas y redes alimentarias alternativas se realizan prácticas solidarias y se socializan trabajos de cuidados para atender necesidades colectivas. Es por eso que consideramos a estas iniciativas y redes como posibilitadoras de la construcción de relaciones socioeconómicas distintas.

Estos espacios solidarios en donde se fomentan economías que trascienden el dinero, la colectivización y la redistribución de los trabajos, el intercambio de saberes, los afectos, el diálogo colectivo, el cuidado de todas y todo, tienen el potencial de ser laboratorios de cambio. En estas iniciativas se ensayan y ensayamos otras formas de organizarnos, de hacer economía, de atender necesidades individuales o colectivas.

Bibliografía

- Acosta A. (2022). El Buen Vivir como alternativa al desarrollo. Algunas reflexiones económicas y otras no tan económicas. En B. de Sousa Santos y T. Cunha (Eds.), *Economías del Buen Vivir, contra el desperdicio de las experiencias*. Akal.
- Arias Guevara, M. de los Á., y Wesz Junior, V. J. (2012). Género y agroecología: Estudios de caso en Brasil. *Agroecología*, 7(2), 101-110. Recuperado de <https://revistas.um.es/agroecologia/article/view/182881>
- Ballara, M., Damianovic, N., y Valenzuela, R. (2012). *Mujer, agricultura y seguridad alimentaria: una mirada para el fortalecimiento de las políticas públicas en América Latina*. ADDRESSING INEQUALITIES The Heart of the Post-2015 Development Agenda and the Future We Want for All Global Thematic Consultation. <http://www.marcelaballara.cl/genydes/2012%20Mujer,%20agricultura%20y%20seguridad%20alimentaria%20Ballara%20Damianovic%20Valenzuel.pdf>

- Batthyány. K. (Coord.) (2021). Introducción. En *Miradas Latinoamericanas a los cuidados*. Clacso/Siglo XXI Editores.
- Bourdieu, P. (2009). *El sentido práctico*. Siglo XXI Editores.
- Calderón Chelius, M., y Díaz Cruz, L. (2023). *Desigualdad de género en México*. Tercer Informe. Universidad Iberoamericana Puebla.
- Carrasco, C., Borderías, C., y Torns. T. (Eds.) (2011), *El trabajo de cuidados: historia, teoría y políticas*. Catarata.
- Coneval (2020) La pobreza en México 2008-2018. https://www.coneval.org.mx/Evaluacion/IEPSM/IEPSM/Documents/IEPDS-2020/LA_POBREZA_EN_MEXICO_2008_2018.pdf
- _____ (2022) Sistema de indicadores sobre pobreza y género en México. Información 2016-2020. https://www.coneval.org.mx/Medicion/MP/Documents/Pobreza%20y%20G%C3%A9nero/2016-2020/Sistema_Indicadores_Pobreza_Genero_Mexico_2016_2020.pdf
- De León, V. (2023). *Sostener vidas buenas y disfrutables: mujeres, lógicas y prácticas que sostienen la vida en el Tianguis Alternativo de Puebla y la Unión de Trabajadores de la Tierra*. Tesis de maestría. BUAP.
- Dobreé, P., y Quiroga, N. (Comps.) (2019). *Luchas y alternativas para una economía feminista emancipatoria*. Clacso.
- Espinal, D. L. T., y Azcona, I. P. (2020). Territorializar la soberanía alimentaria. Prácticas feministas en el sur de México. *LEISA Revista de Agroecología*, 36(1), 28-30.
- FAO (2020). *La mujer y la seguridad alimentaria*. <https://www.fao.org/focus/s/women/sustin-s.htm>
- _____ (2023). *The status of women in agrifood systems*. Rome. <https://doi.org/10.4060/cc5343>
- Flores González, S. (1993). Estructura territorial en la Zona Metropolitana de la ciudad de Puebla (población, expansión urbana y tercerización de la economía en el periodo 1970-1990). UNAM/Sociedad Mexicana de Planificación/BUAP.
- Fuentes. M. (2022). *Neoliberalismo “habitus” y cuestión social*. Turner.
- Gago, V. (2020). *La potencia feminista: o el deseo de cambiarlo todo*. Tinta Limón/Bajo Tierra Ediciones/Pez en el árbol.

- INEGI (2019). *Encuesta de Uso del Tiempo 2019 Presentación de Resultados*. https://www.inegi.org.mx/contenidos/programas/enut/2019/doc/enut_2019_presentacion_resultados.pdf
- Inmujeres (2019, octubre 16). Las mujeres son agentes clave para la soberanía alimentaria. Instituto Nacional de Las Mujeres. <https://www.gob.mx/inmujeres/articulos/las-mujeres-son-agente-clave-para-la-seguridad-alimentaria>
- ____ (2020a). Cuadernillo II. El uso del tiempo en México: Una mirada con perspectiva de género e interseccional. http://cedoc.inmujeres.gob.mx/documentos_download/Cuadernillo_II_El_uso_del_tiempo_en_Mexico.pdf
Actualizada en junio de 2021 2
- ____ (2020b, mayo). Desigualdad en cifras. Las mujeres y el acceso a la tierra. *Boletín*, Año 6, (5). http://cedoc.inmujeres.gob.mx/documentos_download/BA6No5.pdf
- Leporati, M., Salcedo, S. Jara, B., Boero, V., y Muñoz, M. (2014). La agricultura en cifras. En Salcedo, S., y Guzmán, L. (Eds.), *Agricultura familiar en América Latina y el Caribe: Recomendaciones de política* (pp. 45-56). <https://www.fao.org/3/i3788s/i3788s.pdf>
- Pérez, L. M. (Ed.) (2019). *La economía del cuidado, mujeres y desarrollo: perspectivas desde el mundo y América Latina*. Universidad del Pacífico.
- Pérez Orozco, A. (2019). *Subversión feminista de la economía: aportes para un debate sobre el conflicto capital-vida*. Traficantes de sueños.
- Ramírez Morales, G., y Buendía Castro, I. (2020). Urbanización y desigualdad social. La distribución de la población en la Zona Metropolitana Puebla-Tlaxcala. En Carrillo Huerta, M. M, Vázquez Guzmán, O., y Flores González, S. (Coords.), *Retos de las políticas públicas para el desarrollo regional sostenible en una sociedad incluyente y solidaria*. BUAP.
- Seibert, I. G., Sayeed, A. T., Georgieva, Z., y Guerra, A. (2019). Sin feminismo no hay agroecología. *Observatorio del derecho a la alimentación y a la nutrición*.
- RAN (2023). Sujetos de Núcleos Agrarios Certificados y no Certificados. https://view.officeapps.live.com/op/view.aspx?src=http%3A%2F%2Fwww.ran.gob.mx%2Ffran%2Findic_gen%2Fnucag-certynocert-avance-2023-ago.xls&wdOrigin=BROWSELINKhttps://view.officeapps.live.com/op/view.aspx?src=http%3A%2F%2Fwww.ran.gob.mx%2Ffran%2Findic_gen%2Fnucag-certynocert-avance-2023-ago.xls&wdOrigin=BROWSELINK

- Rodríguez, C. (2021). Aportes de la economía feminista para pensar los desafíos económicos de América Latina. En Santillana, Vizúete, Serrano y Fernández (Comps.), *Economía para cambiarlo todo: feminismos, trabajo y vida digna*. Pontificia Universidad Católica de Ecuador.
- Zrinski, U., y Seiwald, J. (2023). *Increasing Women s Ownership and Control of Productive Assets: Financiamiento para la Igualdad de Género en América Latina y el Caribe (Spanish)*, World Bank Group. United States of America. Retrieved from <https://policycommons.net/artifacts/9769317/increasing-womens-ownership-and-control-of-productive-assets/10658568/> on 10 Apr 2024. CID: 20.500.12592/n5tb56j.
- Zuluaga Sánchez, P., Catacora-Vargas, G., y Siliprand, E. (2018). Presentación. En Zuluaga Sánchez, P., Catacora-Vargas, G., y Siliprand, E. (Coords.). *Agroecología en femenino*. Clacso.
- [i] Quiroga (2019), Gago (2020), Rodríguez (2021).

Cultura alimentaria, consumo de alimentos y su impacto en la salud

Claudia Rodríguez (claudia.rodriguez@iberopuebla.mx)

Leticia López Posada (leticia.lopezz@iberopuebla.mx)

Universidad Iberoamericana Puebla

Es indudable la relación existente entre alimentación y cultura en la vida e historia de individuos y comunidades. No hay proceso de alimentación que no esté influenciado por la cultura en su contexto geográfico, económico, político, religioso, etc. De igual forma, no hay cultura humana que no haga énfasis en las representaciones de su alimentación a través de ingredientes, sabores, significados, así como en la concepción de la evolución de sus dietas. Al mismo tiempo, la transición en el consumo de diversos alimentos y bebidas como consecuencia del intercambio comercial, el cambio climático, la forma de producir alimentos y la demanda de éstos influye en la construcción de la salud de las sociedades y en su mantenimiento, la prevención de enfermedades o su presencia.

En este capítulo se abordará cómo el cambio en el consumo de alimentos en nuestro país, la lucha por la preservación de dietas ancestrales—y nutrimentalmente sabias— y las concepciones de la globalización de la alimentación han tenido un impacto en la actual situación del perfil epidemiológico de la población mexicana, en la que prevalecen enfermedades relacionadas con la dieta. La importancia de esta breve reflexión radica en el hecho de que, si se busca soberanía alimentaria, es necesario conocer las razones que han provocado la transición dietética, a partir de elecciones no siempre saludables ni sostenibles, y los efectos negativos que ello ha tenido en la población. Esto nos coloca históricamente en el contexto necesario para migrar a procesos de alimentación de gestión

colectiva, mediante Redes Alimentarias Alternativas que favorezcan la producción, transportación, comercialización y consumo de alimentos que reivindiquen el papel de la dieta en la preservación de la salud humana.

Entender la alimentación es complejo, ya que no implica exclusivamente el logro del equilibrio y la armonía entre los diferentes nutrimentos que componen los grupos de alimentos. Para Aguilar Piña (2014), debe comprenderse en sus dimensiones biológica, social y cultural, e incluso psicológica; además, es influenciada por el medio ambiente y por el mismo proceso evolutivo del entorno social e individual. Así, la cultura alimentaria es “el conjunto de representaciones, de creencias, de conocimientos y de prácticas heredadas o aprendidas que están asociadas a la alimentación y que son compartidas por los individuos de una cultura o grupo social determinado dentro de una cultura” (Pérez-Gil, 2009).

En la historia del ser humano la dieta ha sido una variable definida por un sinnúmero de condiciones que incluyen desde los recursos locales, como el clima, la disponibilidad de agua y de suelos fértiles, hasta las fluctuaciones de los mercados en términos de formas de producción de alimentos, disponibilidad de redes de distribución y demanda de los mismos, a lo que se suma la influencia de los programas políticos vigentes para la asistencia alimentaria y el fomento al campo, así como las redes de comercio local, nacional e internacional. Ante este panorama, México no es la excepción, y la transición dietética, la transformación de la cultura alimentaria y el cambio vertiginoso del tejido social nos apremian a buscar soluciones para lograr una mejor alimentación.

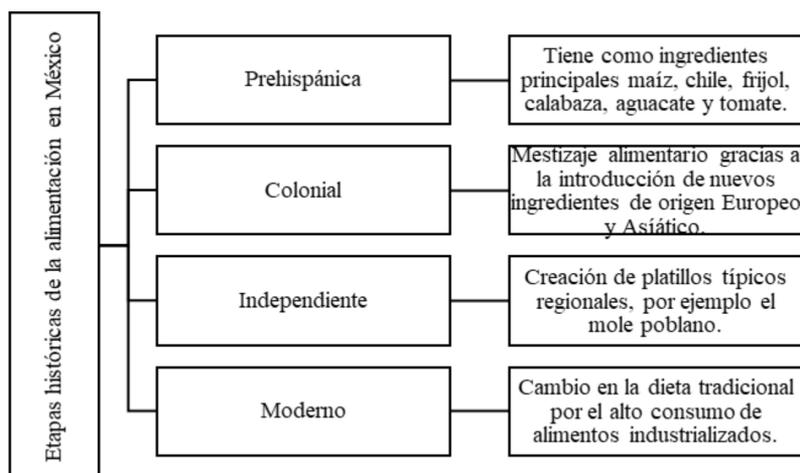
Transformación de la riqueza alimentaria en México

Los pilares de la alimentación en nuestro país tienen un origen prehispánico y están basados en el maíz. A lo largo de la historia, la dieta del mexicano ha estado expuesta a intercambios e influencias interculturales, inicialmente a nivel local, y, tras la conquista, a nivel cada vez más global. A pesar de que siguen preservándose la producción y el consumo de alimentos tradicionales como el amaranto, el nopal, la calabaza, el

chile, los quelites, los nopales y el frijol, entre otros, el intercambio actual de alimentos a nivel mundial rebasa nuestra capacidad de apropiarnos de ellos desde una identidad cultural. Aunado a ello, el consumo de ciertos alimentos se ha transformado en una moda que otorga estatus. Así, la provisión de alimentos ha derivado en un proceso en el que se van perdiendo las raíces y la memoria.

En la figura 1 se esquematizan las etapas históricas de la alimentación en México.

FIGURA 1. *Etapas históricas de la alimentación en México*



FUENTE: adaptado de Román, Ojeda y Panduro, 2013, p. 45., en Gómez Delgado et al. 2019.

Las dietas tradicionales prehispánicas, con una gran influencia religiosa, dieron lugar, a partir de la conquista de 1521, a una alimentación más compleja, con la inclusión de alimentos de origen europeo como trigo, arroz, carnes de cerdo y oveja, leche, entre otros, y la introducción de métodos de preparación como la fritura o el guiso con aceites. En este punto, los platillos, además de un sentido místico, tenían un significado imperante basado en la división de las clases sociales. Luego de la independencia de México, la influencia alimentaria de otros países, como Francia o el Imperio austrohúngaro, abonaron al cambio de dieta, introducién-

dose nuevos sabores y preparaciones; sin embargo, la mayoría de la población de origen mexicano seguía consumiendo dietas con ingredientes prehispánicos. Finalmente, otro momento histórico que marca nuestro cambio de dieta se relaciona con la firma del Tratado de Libre Comercio de América del Norte en 1994, hace 30 años; este tratado comercial abrió nuestro mercado nacional a la entrada de todo tipo de productos, incluidos alimentos, lo que hizo que la transición alimentaria fuera drástica, y se pasara de una dieta en general *discreta* —equilibrada nutrimentalmente y rica en vitaminas, fibra, agua y nutrimentos inorgánicos, con un alto consumo de frutas y verduras regionales y de temporada, cereales integrales, leguminosas, carnes con poco procesamiento y métodos de cocción tradicionales como el hervido o el asado— al consumo desmedido de productos chatarra, comidas rápidas, bebidas azucaradas, panes y bollería y carnes procesadas, entre otros, de gran accesibilidad para la población por sus bajos precios y su fácil transportación y conservación. Esto provocó daños irreparables en la salud de la población en el mediano plazo.

Más allá del impacto dietético de esta evolución histórica, la importancia del tema también radica en los cambios de estructura de la producción, transformación y distribución de los alimentos, así como en el impacto social de este fenómeno. Como describen Lanco-García y Théodore en su artículo “Prácticas alimentarias desde una perspectiva sistémica completa”, en México, tradicionalmente, la comercialización de alimentos se realizaba en tianguis, estanquillos y mercados públicos, en los cuales tenían lugar, además de transacciones monetarias y trueque de productos, transacciones sociales. Más tarde se pasó a la distribución en misceláneas y, finalmente, el día de hoy y sin mayor interacción social y humana, la compra de alimentos se realiza en grandes tiendas de autoservicio (mermando la dimensión social que supone el intercambio de alimentos) y en cadenas que incluso venden sus productos por mayoreo a familias de pocos integrantes.

Panorama alimentario de nuestro país

Según datos de 2017 difundidos por la Secretaría de Agricultura y Desarrollo Rural, México cuenta con la capacidad de tener suficientes alimentos para todos sus habitantes, ya sea por producción interna o por importación; sin embargo, la distribución no es óptima, pues aún hay sectores de la población para los cuales los alimentos no están disponibles en las cantidades necesarias, o bien, no tienen alimentos de calidad a su alcance. La Encuesta Nacional de Ingresos y Gastos en los Hogares (ENIGH) de 2018 reportó que, en promedio, la población destina 35% de los ingresos familiares al gasto en alimentos, situación que se agrava en sectores menos favorecidos. Esta misma encuesta indica que 76.8% de los alimentos se consume dentro del hogar y 22.7% fuera de él por cuestiones de estudio y trabajo principalmente, situación que va en aumento propiciando una dieta con mayor densidad energética, más ingredientes refinados y menor contenido de frutas y verduras, lo que implica, también, menor consumo de vitaminas, nutrimentos inorgánicos y fibra (Kaufer Horwitz et al., 2023).

Con respecto a la inseguridad alimentaria, la Encuesta Nacional de Salud y Nutrición 2018 (Ensanut 2018) reportó la siguiente información:

TABLA 1. Seguridad alimentaria en los hogares en localidades urbanas y rurales según la Ensanut 2018

Nivel de seguridad alimentaria	Medio urbano (muestra de 25.4 millones de hogares)	Medio rural (muestra de 7.8 millones de hogares)
Seguridad alimentaria	48.9%	30.9%
Inseguridad alimentaria leve	30.5%	40.7%
Inseguridad alimentaria moderada	12.9%	17.7%
Inseguridad alimentaria severa	7.7%	11.2%

FUENTE: Shamah Levy, 2020.

En datos globales, 44.5% de los hogares evidencia seguridad alimentaria y, aunque se ha avanzado con respecto a los datos de la Ensanut 2012 (33% en localidades urbanas y 19.2% en localidades rurales), más de la mitad de la población padece en algún grado la falta de una alimentación de calidad, en cantidad suficiente y culturalmente aceptable (Hambre e inseguridad alimentaria, FAO).

En este contexto, la epidemia de Covid-19 agudizó los problemas de acceso a alimentos y, por tanto, de inseguridad alimentaria en los hogares mexicanos. De acuerdo con la ENSARS-CoV-2 (Shamah Levy et al., 2020), y en una muestra de 1 073 participantes, se determinó que 63.4% de los entrevistados señalaron que durante el confinamiento algún miembro de la familia había sufrido disminución de sus ingresos económicos o pérdida del empleo. Estas familias experimentaron una probabilidad ocho veces mayor de quedarse sin alimentos que aquellas que tenían estabilidad económica; la probabilidad de que en estos hogares algún miembro manifestara hambre y no pudiera comer fue extremadamente alta.

Por su parte, la Encuesta Nacional de Salud y Nutrición 2022 (Ensanut Continua 2020-2022) tiene como uno de sus objetivos identificar datos del consumo de alimentos de diversos grupos de población en el territorio nacional. En el reporte realizado por Gaona-Pineda et al. (2023) se informa, con datos basados en una encuesta de *frecuencia de consumo de alimentos* divididos entre “recomendables” y “no recomendables”, sobre los grupos de alimentos más consumidos por sexo, grupo de edad y tipo de localidad de residencia de las personas; los comparativos parten de la estimación de energía y nutrimentos de la población mexicana, considerando el punto de corte en 10 g o más de consumo del grupo de alimentos. Se hizo un análisis con la variable *consumo* o *no consumo*. El consumo se definió cuando los encuestados habían ingerido 10 g del alimento o bebida en cuestión tres o más días de la última semana.

A continuación, se mencionan los datos obtenidos y que mayor relevancia tienen para la reflexión en torno al tema que nos compete.

TABLA 2. Grupos de alimentos, ejemplos y su aporte a la población mexicana

Grupo de alimento	Ejemplos considerados en la encuesta	Dato de relevancia
Frutas	Durazno, fresa, guayaba, jícama, limón, mango, manzana, pera, etc.	El 39% de los adolescentes las consumen, siendo el grupo con menor frecuencia de consumo.
Verduras	Aguacate, brócoli, coliflor, calabacita, cebolla, chayote, chile, ejote, elote, etc.	Menos de 30% de los preescolares, escolares y adolescentes las consumieron.
Leguminosas	Frijoles (en todas sus presentaciones), lenteja, garbanzo, haba, etc.	Es el segundo grupo de alimentos menos consumido, alcanzando a un rango de 15.5 a 26.2% de la población.
Agua	Agua sola.	Alrededor de 90% de los preescolares, escolares y adultos la consumen diariamente.
Huevo	Huevo frito, estrellado, revuelto, cocido o tibio.	Entre 30 y 35% de los encuestados consumen huevo.
Carnes no procesadas	Mariscos, atún, sardina, carne de puerco o res, pescado fresco o seco, pollo.	El consumo de carnes aumenta con la edad, con un porcentaje de 30% en preescolares, de 54% en adolescentes y 63% en adultos.
Lácteos	Leche sola, quesos, yogurts.	El grupo de mayor consumo de lácteos es el de los escolares, registrando 63%.
Nueces y semillas	Nuez, almendra, avellana, cacahuates, semilla de calabaza o girasol, etc.	Es el grupo con menor frecuencia de consumo, registrando un rango de 1.7 a 4.7%.
Carnes procesadas	Longaniza o chorizo, salchicha, jamón, mortadela, etc.	Al menos 20% de los adolescentes consumen frecuentemente estos alimentos.

Comida rápida y antojitos mexicanos fritos o con grasa	Sopes, quesadillas, tlacoyos, gorditas, enchiladas, tacos, quesadillas, tamal, hamburguesa, hot dogs, pizzas.	Se clasificaron en este grupo por su alto contenido calórico, aunque su naturaleza sea diferente. El grupo de mayor prevalencia de consumo es el de los adolescentes, con 32%.
Botanas, dulces y postres	Frituras de todo tipo, palomitas de maíz, chocolate, dulces enchilados, paletas, malvavisco, gelatina, pastel, etc.	Entre 53.6 y 58.8% de los preescolares y escolares consumen botanas. El 56% de los preescolares y 58% de los escolares consumen dulces y postres.
Cereales dulces	Barras de cereal, cereales de caja, donas, pan dulce, etc.	El 40% de la población general consume estos productos.
Bebidas endulzadas	Agua de frutas con azúcar, bebidas industrializadas, néctares, refresco regular, leche saborizada, yogurt para beber, bebida láctea fermentada.	Es el grupo de alimentos con mayor frecuencia de consumo, siendo la población consumidora 82.6% de los preescolares, 93.6% de los escolares, 90.3% de los adolescentes y 76.3% de los adultos.

FUENTE: elaboración propia con base en información de Gaona Pineda et al., 2023.

Con respecto al sexo de los encuestados, se encontraron los siguientes datos: en escolares, 95.1% de los hombres consumen bebidas azucaradas, en comparación con 92.1% de las mujeres que las consumen; al mismo tiempo, los adultos hombres tienden a ser mayores consumidores de todos los grupos de alimentos (recomendables y no recomendables), excepto de frutas, cuyo consumo prevalece sobre todo en las mujeres.

En relación con los datos comparativos entre zonas urbanas y rurales, los preescolares que viven en ciudades realizan un mayor consumo de alimentos de todo tipo, resaltando el de frutas, verduras, nueces y semillas, carnes procesadas y leche; mientras que los preescolares y adultos de zonas rurales muestran un consumo significativo de leguminosas.

Escolares, adolescentes y adultos de zonas urbanas mantienen un consumo elevado de productos de origen animal, dulces, botanas y bebidas azucaradas.

Algunos de los factores que determinan la selección y consumo de dichos alimentos son acceso, falta de tiempo, precio y falta de educación. La Ensanut Medio Camino (Ensanut MC 2016) identificó las razones que la población mexicana tiene para pensar en comer saludablemente y realizar actividad física: 50% de los encuestados comentó que lo harían para sentirse bien físicamente, 33.6% eligió la opción “para evitar enfermedades”, 9.7% “para rendir más en las actividades diarias” y 6% “para disminuir gastos en médicos y medicinas”.

En cuanto a las barreras percibidas por la población para alimentarse saludablemente, esta misma encuesta arrojó los siguientes datos, mencionando que las opciones de respuesta para cada rubro fueron *sí*, *no*, *no sabe* o *no responde*:

- Falta de dinero para comprar frutas y verduras (50.4%)
- Falta de conocimientos para preparar alimentos saludables (38.4%)
- Falta de tiempo para preparar o consumir alimentos saludables (34.4%)
- Falta de una alimentación saludable en la familia (32.4%)
- La preferencia por consumir bebidas azucaradas y comida densa en energía (31.6%)
- La falta de motivación (28.3%)
- Desagrado por el sabor de las verduras (23%)

Globalización, pérdidas y cambios en la cultura alimentaria y el consumo de alimentos

La globalización es un fenómeno de transformación social, económica, cultural y alimentaria en la que las fronteras se han desdibujado, tratando de homogeneizar ideologías y, por supuesto, la alimentación. Con ello

se han suprimido expresiones históricas, locales y genuinas, que diferenciaban a un pueblo de otro (Contreras, 2019). La industrialización, la urbanización, las formas de trabajo y los estilos de vida han provocado que la población general se desentienda de los ciclos naturales de la tierra, desarraigándose del significado histórico de las celebraciones religiosas, inevitablemente agrícolas, olvidando tradiciones e historia alimentaria.

A nivel internacional, la década de los cincuenta del siglo pasado fue el parteaguas para la hiperproducción e hiperespecialización de los alimentos; a México, como ya se mencionó, la globalización llegó francamente en los años noventa, con el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TCLAN). Si bien las dietas se han enriquecido por la variedad de alimentos y la oferta y demanda de los mismos, este proceso implicó la pérdida de las raíces culturales, del significado social y religioso de los alimentos, así como la pérdida de salud de la población.

La producción alimentaria cubre, al menos en teoría, la mayor parte de la cantidad de alimentos que resultan necesarios para los habitantes del mundo. Entre los factores que abonan a esta situación, se puede destacar la rapidez en su producción por el uso de agroquímicos, hormonas y antibióticos, así como por el desarrollo de monocultivos y sistemas intensivos de producción. Asimismo, los transportes han potencializado la distribución de alimentos e incluso se ha desafiado al clima, logrando sistemas de siembra y cosecha fuera de los ciclos estacionales y climáticos de ciertos tipos de productos.

En la actualidad se habla no sólo de la globalización, sino también de la *homogeneización alimentaria*, pues los intereses de las grandes transnacionales impactan los alimentos: cómo se conservan, cómo se consumen y cómo se sirven a la mesa de las familias, modificando sus usos y costumbres. Además, este mismo procedimiento, tan rentable económicamente, ha llevado a la *artificialización* de las dietas, incorporando a ellas ingredientes como colorantes, saborizantes, conservadores, antifúngicos, etc. Estos productos ahorran tiempo de preparación (alimentos listos para servir) y muchas veces dinero, pero no aportan un valor nutricional significativo y nulifican el aprendizaje culinario necesario en la historia humana y para la evolución de la especie (Conabio, 2013).

La estandarización dietética involucra no sólo el tipo y la variedad de productos que se ofrecen en los supermercados y tiendas de autoservicio — que además crean necesidades infundadas—, sino la estandarización de olores, sabores y texturas entre los alimentos que se desea que se consuman. Estos intereses, como se mencionó, son dictados por las transnacionales y las grandes cadenas productoras, y a partir de ellos los mercados son inundados *por un flujo de alimentos sin memoria*, que, además, impiden que el consumidor sea consciente de lo que debe modificar para el bien individual y colectivo.

La reestructuración derivada del proceso globalizante se ha dado en todos los ámbitos, partiendo en primer lugar de la producción campesina y afectando los roles de género tradicionales y las estructuras y funciones familiares. La tan anhelada autosuficiencia alimentaria, base de la seguridad alimentaria, se ve muy lejana aún. Aunque hay mayor disponibilidad de alimentos generales, México actualmente debe importar maíz, la base dietética de índole histórica.

Sólo por mencionar algunos efectos de la globalización se presenta la siguiente lista (Páez, 2015):

- Deforestación
- Destrucción de los ecosistemas
- Falta Contaminación del agua y cuencas hídricas
- Pérdida de la biodiversidad
- Empobrecimiento de los campesinos
- Control en monopolio de los productos básicos
- Desajuste de precios de alimentos, incluso aquellos que tradicionalmente son base de la dieta y, por tanto, productos básicos de la canasta alimentaria nacional.

En México hemos adoptado la dieta occidental, que conlleva, entre otras cosas, a un consumo excesivo de carnes rojas y productos lácteos que suponen un alto deterioro del medio ambiente, pues los campos en que se cultivaban cereales, leguminosas, frutas y verduras ahora sirven bien para la crianza de animales de consumo o la producción de granos des-

tinados a alimentar a esos animales, gastando, además, 100 veces más agua que otras dietas basadas en vegetales.

Como menciona Entrena Durán (2008) en su artículo “Globalización, identidad social y hábitos alimentarios”, en todo movimiento histórico la globalización alimentaria también ha provocado, paralelamente, la reivindicación de las tradiciones ancestrales y la revalorización de los productos propios de las regiones, por lo que también hay defensores y preservadores de la historia alimentaria que ganan cada vez más auge entre la población.

Desventajas nutrimentales provocadas por los cambios culturales en la alimentación

Históricamente, los cambios antes descritos dieron lugar a un aumento en los costos de los alimentos básicos mexicanos, a lo que se agregan los precios de por sí elevados de los productos de origen animal, mientras que los productos a base de azúcares añadidos y grasas vegetales (casi todos los empaquetados) han ido disminuyendo sus costos y volviéndose más y más accesibles. Así, la dieta rica en fibra, con alta concentración de nutrimentos bajos en densidad energética, se transformó en una dieta rica en grasas y azúcares, que, junto con la mecanización de los procesos físicos del ser humano, llevó al sedentarismo y a una epidemia de enfermedades relacionadas con éste y con la dieta (Bertran, 2017).

En un contexto como el mexicano existen aún problemas de malnutrición, ya sea por falta de nutrimentos o por exceso de éstos y, por primera vez, en el periodo gubernamental 2006-2012 se emprendió una estrategia integral para combatir la obesidad infantil, dado que el señalamiento de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE) fue atender el tema para evitar un colapso del sistema de salud en un mediano plazo. Los programas de atención a enfermedades relacionadas con la alimentación continúan en la agenda nacional; sin embargo, mientras no se modifique de fondo la forma de producir y comercializar alimentos, el panorama de la salud es complejo para un país como el nuestro. Si bien las campañas de prevención de la obesidad y la diabetes, el fomento de la lactancia materna, los esfuerzos educativos

a nivel de la educación básica en materia de alimentación y en tiempos más recientes la modificación del etiquetado nutrimental (Barquera, 2020) han sido de cierta utilidad, el impacto esperado aún no se alcanza, pues, por un lado, los intereses mercantiles promueven con gran inversión monetaria el consumo de productos chatarra, de alimentos procesados y bebidas azucaradas, todos de alto valor energético pero nulo valor nutrimental (Bertran, 2017). A este fenómeno se suman los efectos nocivos del internet y las redes sociales, que promueven patrones alimentarios y dietas de moda con información poco clara, contradictoria y sin sustento científico, en los que la opinión de expertos queda relegada por la fama y el alcance de *influencers* o de personas que cometen intrusismo en el área de la nutrición y la alimentación.

Este contexto pone al individuo en un problema para la toma de decisiones alimentarias; muchas veces las campañas de salud y de mejora de la nutrición son olvidadas frente a una oferta de alimentos atractivos sensorialmente, rápidos de consumir y de comprar, y accesibles para los bolsillos de la población, satisfaciendo más el placer que la salud. Así, la abundancia de alimentos no genera seguridad alimentaria en general, y mucho menos en países tan diversos y con una economía en desarrollo como el nuestro, que además depende de la globalización para su crecimiento comercial.

La alimentación actual en México, como se mencionó, está permeada por una dieta llamada *occidental*, en la cual prevalece el consumo de carne y de productos de origen animal con altos contenidos de grasa y sodio, entre otros nutrimentos cuyo consumo excesivo no es saludable, por encima del de verduras, frutas, leguminosas y cereales integrales. Se realiza también consumo de lácteos, sal, azúcares añadidos y productos industrializados, además de un bajo consumo de agua y alto consumo de líquidos azucarados, productos de alta densidad energética y productos refinados (Lizarazo Barcárcel, 2017).

Ello ha dado como resultado una alta prevalencia de obesidad, diabetes tipo 2, cáncer, osteoartritis, insuficiencia renal, enfermedades cardiovasculares y trastornos hepáticos, entre otros, en la población. Éstas son enfermedades no transmisibles y crónicas, que ocasionan un gran deterioro en la salud de los individuos (Valdez Morales et al., 2016).

El Estudio de Carga Global de la Enfermedad comunicó en 2015 que 10.8% de las muertes en el mundo estaban relacionadas con alguna comorbilidad de la obesidad, situación que creció a 12.3% en 2016. Si bien para 2018 la Ensanut reportó que la prevalencia en México se había estabilizado para la población adulta, las comorbilidades asociadas son brutalmente agresivas: la diabetes y la hipertensión son causa de enfermedad, discapacidad y muerte. Además, el hecho de tener un dato numéricamente estable no significa que no haya un impacto negativo para la sociedad (Barquera, 2020). Para el reporte de este año, los datos en obesidad fueron los siguientes:

TABLA 3. Prevalencia de obesidad en población mexicana. Ensanut, 2018.

Grupo de población	Estado nutricional normal según IMC	Sobrepeso según IMC	Obesidad según IMC	Adiposidad central
Total	23.5%	39.1%	36.1%	81.6%
Mujeres	21.8%	36.6%	40.2%	88.4%
Hombres	25.9%	42.5%	30.5%	72.1%
Diagnóstico previo de diabetes	18.5%	36.4%	44.8%	92.9%
Diagnóstico previo de hipertensión arterial	13.1%	36.7%	49.6%	92.1%
Diagnóstico previo de dislipidemia	19.2%	39%	40.8%	86.6%

FUENTE: Shamah-Levy, Vielma-Orozco, Heredia-Hernández, Romero-Martínez, Mojica-Cuevas, Cuevas-Nasu, Santaella-Castell, Rivera-Dommarco. Encuesta Nacional de Salud y Nutrición 2018-19: Resultados Nacionales. Instituto Nacional de Salud Pública, 2020.

En la tabla 4 se enlistan las 10 principales causas de muerte en adultos de México en 2022. Se somborean aquellas relacionadas con la dieta y el consumo de ciertos nutrimentos.

TABLA 4. Las diez principales causas de muerte según sexo

Ran-go	Total	Hombres	Mujeres
1	Enfermedades del corazón 200 535	Enfermedades del corazón 107 036	Enfermedades del corazón 93 446
2	Diabetes mellitus 115 681	Diabetes mellitus 57 550	Diabetes mellitus 58 117
3	Tumores malignos 90 018	Tumores malignos 43 141	Tumores malignos 46 865
4	Enfermedades del hígado 41 420	Enfermedades del hígado 30 224	Enfermedades cerebrovasculares 17 997
5	Accidentes 37 438	Accidentes 28 822	Covid-19 14 483
6	Covid-19 36 880	Agresiones (homicidios) 27 839	Influenza y neumonía 12 896
7	Enfermedades cerebrovasculares 36 158	Covid-19 22 394	Enfermedades del hígado 11 189
8	Agresiones (homicidios) 32 223	Enfermedades cerebrovasculares 18 155	Enfermedades pulmonares obstructivas crónicas 8 809
9	Influenza y neumonía 30 062	Influenza y neumonía 17 154	Accidentes 8 560
10	Enfermedades pulmonares obstructivas crónicas 18 560	Enfermedades pulmonares obstructivas crónicas 9 745	Insuficiencia renal 6 317

FUENTE: INEGI, 2022. Estadísticas de defunciones registradas (EDR) 2022 Preliminar.
<https://www.inegi.org.mx/contenidos/saladeprensa/boletines/2023/EDR/EDR2022.pdf>

La dieta de la milpa y el porqué de su rescate

Como ya se describió con detalle, son muchos los problemas de alimentación y nutrición que enfrenta México. En este sentido, se han buscado estrategias diversas para que la población tenga acceso a dietas más saludables y culturalmente aceptables. Desde hace algunos años, impulsado por políticas gubernamentales, se inició el rescate o la adaptación intercultural de la dieta de la milpa, o dieta milpa, como una opción nutrimental adecuada, cultural y socialmente aceptada por su riqueza en nuestro país. Más que ser un patrón de alimentación, la dieta de la milpa es, según Almaguer González (2015), “un agro-sistema alimentario basado en el policultivo de diferentes productos agrícolas que ha sido el fundamento de la alimentación del pueblo mesoamericano, que ordena otras alternativas productivas”. En ella pueden incluirse ciertos alimentos de origen vegetal, pero su base consiste en maíz, frijol y calabaza. Algunos productos considerados en esta dieta son chile, tomate, plantas medicinales, jitomate e incluso frutas y guajes, sin olvidar los nopales.

Para comprender con más detalle, la milpa no sólo es un conjunto de alimentos de origen prehispánico; es una técnica de cultivo que nutre y preserva la tierra y todo su significado antropológico, al mismo tiempo que alimenta y nutre a quienes consumen lo que se produce. Se basa en el policultivo y por eso es una dieta pertinente, incluso en la dimensión climática; requiere de pocos agroquímicos por la sinergia de los cultivos y aprovecha sol, agua y aire del exterior.

Ante el panorama de salud de la población, la dieta consumida actualmente y la pérdida de la cultura alimentaria, la recuperación de la dieta de la milpa parece ser una esperanza por los aportes que otorga. En la actualidad es el eje del Modelo de Fortalecimiento para la Salud del Gobierno Federal. La dieta de la milpa agrupa alimentos que dan como resultado una guía alimentaria que se esquematiza en la siguiente figura.

FIGURA 2. Dieta de la milpa

Dieta de la Milpa

Saludable para la gente y amable con el ambiente

Dirección General de Planeación y Desarrollo en Salud



Modelo de alimentación regional saludable, culturalmente apropiada **nutritiva, suficiente y de calidad**

FUENTE: Secretaría de Salud. La dieta de la milpa. Recuperado el 22 de julio de 2023. <https://www.gob.mx/salud/acciones-y-programas/la-dieta-de-la-milpa-298617>

Los grupos de alimentos que describe son los siguientes:

- Agua: es considerada como vehículo y complemento de la alimentación, y es un alimento en sí misma.
- Vegetales: son ricos en fibra, vitaminas y nutrimentos inorgánicos. Se incluyen nopales, quelites, verdolagas, romeros, ejotes, jitomates, tomate verde, chiles, pimiento, calabazas, chayotes, colorines, jícama, berros, vainilla, hongos, achiote, etcétera.
- Leguminosas: ricas en fibras, proteínas e hidratos de carbono. Se consideran en este grupo frijol, haba, chícharo y lenteja.

- d) Frutas: ricas en vitaminas, nutrimentos inorgánicos y antioxidantes. Se incluyen tuna, papaya, zapote, chicozapote, capulín, piña, pitahaya, xoconostle, zarzamoras, etcétera.
- e) Aguacate: contiene grasas insaturadas, antioxidantes, potasio, magnesio y vitaminas del complejo B. Se recomienda su consumo en cantidades moderadas pero frecuentes.
- f) Cereales integrales: ricos en hidratos de carbono complejo, vitaminas B, calcio y fósforo. Este grupo lo conforman, principalmente, el maíz y el amaranto y los alimentos que de ellos deriven.
- g) Tubérculos: ricos en hidratos de carbono complejos. Se incluyen la yuca, el chinchayote y el camote.
- h) Proteína animal derivada de pescados y mariscos como bagre, trucha, pescado blanco, sierra, camarón. Se incluye también el huevo. Son ricos en proteínas y algunas grasas en cantidades discretas.
- i) Se incluyen bebidas tradicionales como el aguamiel, el maguey, el pozol y el chocolate, pero se recomiendan de forma moderada por la cantidad de azúcares que contienen.
- j) Los lácteos a considerar incluyen quesos regionales, por ejemplo, los de Oaxaca y Chiapas; también se incluye el queso panela y el requesón. Son bajos en grasa y moderados en sodio.
- k) Miel y endulzantes naturales, piloncillo o panela de caña.
- l) Aves e insectos como el guajolote, el pavo, la gallina, los chapulines, los gusanos de maguey y la hormiga chicatana que, al igual que el pescado, son ricos en proteínas, vitaminas y diversos nutrimentos inorgánicos y moderados en grasas.
- m) Carnes rojas como el venado, el conejo y la iguana, ricas en proteínas y bajas en grasas saturadas.

El esquema dietario anteriormente ilustrado tiene aplicación en el ámbito clínico y poblacional, en grupos de personas sanas, en riesgo de enfermedad o enfermas. Los talleres realizados en varias zonas del país sobre el rescate de la dieta de la milpa han dado lugar a participaciones

mayormente familiares y se ha respetado la cosmovisión de los alimentos y su interacción social. En estos espacios se han compartido recetas y los platillos preparados son consumidos por los propios asistentes; por tanto, estos ejercicios involucran el cuidado a la salud, la participación ciudadana y el rescate de las tradiciones, con la conformación de grupos de apoyo que recuperen logros, aprendizajes y problemas prácticos en la implementación de este modelo dietario (La Jornada del Campo, 2020).

El rescate de la dieta de la milpa tiene muchas ventajas; entre ellas, se espera que tenga un impacto positivo en la reducción de los ambientes obesogénicos y aquellos que producen malnutriciones ocultas, como las deficiencias de micronutrientes.

La dieta de la milpa es el resultado de la interacción del ser humano con la tierra y la naturaleza en general y podría ser una expectativa alimentaria muy útil en la proyección de la seguridad alimentaria del territorio, a lo que se sumarían su impacto positivo en el cambio climático, la disminución de la contaminación, la variedad dietética y un avance hacia un sistema agroecológico sostenible para la población mexicana. Según Leyva Trinidad y Pérez Vázquez, “el conocimiento y uso de la biodiversidad está basado en el conocimiento tradicional y podría contribuir a mitigar la problemática alimentaria y nutricional en México” (2020).

Nuevas formas de acceder a una alimentación más saludable y sostenible

En México, el gobierno federal actual busca impulsar una política pública “para favorecer un sistema alimentario justo, saludable, sustentable y competitivo en el campo mexicano”. Por tal motivo, en 2019 se diseñó el GISAMAC, el Grupo Intersectorial de Salud, Alimentación, Medio Ambiente y Competitividad. Éste involucra secretarías, como la Secretaría de Medio Ambiente y Recursos Naturales (Semarnat); la Secretaría de Salud, (SS); la Secretaría de Agricultura y Desarrollo Rural (Sader); la Secretaría de Economía; la Secretaría del Trabajo y Previsión Social (STPS) y la Secretaría de Educación Pública (SEP), así como a otras cinco entidades gubernamentales, lo que propicia que el problema sea abordado

desde diferentes enfoques, pero quizá se complejice en su operación (Procuraduría Agraria, 2021).

Los objetivos que pretende alcanzar este grupo intersectorial son:

- Aumentar la producción de granos y productos básicos con el fin de favorecer a la población campesina y rural del país, al mismo tiempo que se fortalecen prácticas de cooperativismo. Deforestación
- Favorecer las estructuras a nivel micro y macro que sean necesarias para agilizar la cadena de suministro de alimentos nutrimentalmente adecuados para la salud de la población, y que provengan de pequeños y medianos productores. Esto implica políticas más justas basadas en la Economía Social y Solidaria.
- Incrementar la posibilidad de que toda la población acceda a dietas adecuadas por su contenido en nutrimentos y su adaptabilidad económica y cultural, además de ser amigable con el medio ambiente. El objetivo es mejorar los estándares de seguridad alimentaria, sobre todo en los niveles menos favorecidos.
- Mejorar el estado de salud de la población, sobre todo en lo relacionado con la malnutrición por carencia o exceso, no sólo mediante los tres objetivos anteriores, sino también por medio de la educación en mejores hábitos de alimentación general y en acuerdo con la situación particular de las comunidades.

Conforme a esta información, los grupos de trabajo del GISAMAC han dividido sus funciones como se describe en la siguiente tabla.

TABLA 5. Actores y ámbitos de actuación del GISAMAC

Entidad encargada	Actividades de la entidad
Secretaría de Salud	Salud escolar, Alimentación escolar saludable, Canasta normativa, Guías alimentarias y programación de dietas saludables, Alimentación complementaria infantil, Suplementación y fortificación, Política fiscal y salud alimentaria, Producción y promoción de verduras, Etiquetado frontal de alimentos, Publicidad dirigida a niños y reformulación de productos.
Semarnat y Sader	Producción de alimentos, Programa de Transición Agroecológica y Bioinsumos
Semarnat, Sader y Secretaría del Bienestar	Fortalecimiento de los sistemas cafetaleros
Secretaría Ejecutiva de Cibiogem y Semarnat	Maíz y soya transgénicos, Organismos Genéticamente Modificados
Cofepris y Semarnat	Plaguicidas altamente tóxicos (glifosato, paraquat y neonicotinoides, entre otros)
Semarnat	Polinizadores
	Agua potable para todos
	Pérdida y desperdicio de alimentos
Sader	Aflatoxinas en la cadena agroalimentaria
	Hidroarsenicismo y sobreexplotación de acuíferos
	Distribución y compras gubernamentales de alimentos saludables
	Cannabis
	Ley reglamentaria del derecho a la alimentación
	Presencia de clenbuterol, antibióticos y suplementos en la cadena de producción y consumo

FUENTE: Elizondo, 2020, octubre 17. *Rumbo al sistema agroalimentario que necesitamos: GISAMAC. La Jornada del Campo.*

<https://www.jornada.com.mx/2020/10/17/delcampo/articulos/rumbo-agroalimentario.html>

Según Cecilia Elizondo (La Jornada del Campo, 2020), este acuerdo llega una vez desenmascarado el grave problema de malnutrición de los habitantes de México, tras los decesos provocados por la Covid-19.

En 2020 la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO) lanzó una propuesta relativa a dietas saludables y sostenibles, las cuales pretenden el desarrollo óptimo de los individuos y un mundo más amigable para las generaciones venideras; además, busca prevenir enfermedades crónicas no transmisibles y evitar el deterioro del planeta (FAO, 2019).

Entre las acciones a resaltar para lograr estos objetivos, figuran las siguientes:

- Fomentar la práctica de la lactancia materna de forma exclusiva al menos los seis primeros meses de vida y, de ser posible, hasta los dos años (considerando una adecuada introducción de alimentos en el infante).
- Favorecer el equilibrio entre la ingesta de alimentos y la actividad física.
- Poner especial atención en el consumo de grasas, no sólo en cantidad, sino en calidad. Esto implica no consumir más de 30% de la energía total de grasas.
- Disminuir el consumo de azúcares libres totales en la dieta, ya sea a través de alimentos o bebidas y lograr un rango de entre 5 y 10% como máximo.
- Limitar la ingesta de sal a 5 g al día, lo que implica disminuir la ingesta de productos procesados.
- Consumir cinco porciones de frutas y/o verduras al día, esto es, aproximadamente 400 gramos.

Además de privilegiar el consumo de productos vegetales (frutas, verduras, leguminosas, cereales integrales y oleaginosas), las pautas dietéticas pretenden disminuir azúcares, grasas, sobre todo trans y saturadas, así como sodio, causa de las principales enfermedades de la población. Por tanto, se reducen los alimentos industrializados y todos aquellos derivados de los animales, promoviendo su consumo poco frecuente.

En general, el patrón dietario saludable y sostenible debe adaptarse a las preferencias y costumbres de la población en cuestión, pero, por todo lo señalado anteriormente, resalta el rescate de ingredientes naturales y originarios. Además, y como ya se mencionó, busca defender la auto-producción, el autoconsumo, la regeneración de las tierras, el cuidado del agua y de la biodiversidad. Así, el principal análisis que debe realizarse es cómo pueden convivir sistemas de producción alimentaria que sustentan la economía de una región o un país, sin poner en riesgo a los pequeños y medianos campesinos, la salud de la población y aún más, recursos como el agua y la tierra.

Según Shiriki Kumayanika et al. (2022), “la modificación de los hábitos alimentarios representa un reto importante por razones culturales, políticas y económicas, y exigirá que los gobiernos, las empresas y los individuos adopten medidas que vayan más allá que la implementación de programas de información y educación”. Este reto incluye el desapego cultural a las dietas propiamente basadas en carnes y alimentos de origen animal, además del desapego a normas sociales, políticas y económicas.

Otros aspectos a considerar son los costos de los alimentos; bien sabemos que los mercados agroecológicos, que serían los más apegados a estas nuevas estrategias de distribución y venta de alimentos de cara a la sustentabilidad y la sostenibilidad, luchan por asegurar precios accesibles a la población que, a la vez, sean competitivos con el resto de la oferta del mercado; entonces, los medios de transporte, los puntos de venta y los derivados de las mermas, deben considerarse como parte de estas estrategias globales.

Tanto las pequeñas empresas de alimentos, como aquellas consideradas monopolios, deben afrontar retos ante las exigencias de algunos sectores de la población y de algunos gobiernos, conscientes de la situación crítica en la que se encuentra la alimentación en el mundo. Así, las empresas tienen la obligación de desarrollar procesos sostenibles y comprometidos con la salud de las personas, el medio ambiente y la economía de los productores locales; cumpliendo esos tres puntos, el sistema global de producción de alimentos debería ser ético y modificarse para

no seguir perpetuando enfermedad, pérdida de cultura y pérdida de recursos naturales sin que ello tenga un costo o consecuencia.

Algunas empresas han implementado la estrategia “plant-forward”, que involucra estilos de cocinar y consumir alimentos que ponen en el centro el consumo de vegetales de todo tipo; aun cuando no se trata de una tendencia exclusivamente vegetariana, promueve la salud del individuo, la prevención de enfermedades crónicas no transmisibles y la sostenibilidad del planeta. Esto no es una simple moda, sino un estilo de vida que debe permanecer en el tiempo para lograr la obtención de resultados globales. Dado que estos platillos se componen de frutas, verduras, cereales integrales, leguminosas, semillas, hierbas de olor y especias, bebidas sin azúcar y aceites vegetales, puede adaptarse bien a dietas tradicionales y a la cultura alimentaria de México.

Su adopción parece tener muchas ventajas y está dando lugar a un nuevo paradigma, pues se favorece el consumo de sustitutos vegetales de leche y lácteos, mayor oferta de productos empaquetados veganos y vegetarianos, enriquecimiento de los alimentos con nutrientes en déficit (como se ha hecho históricamente desde el crecimiento de la industria alimentaria). La pregunta sería: ¿es esta reinención de las empresas la que el mundo necesita *o nos subiremos nuevamente en el barco de adoptar modas alimentarias infundadas?*

Hay que pensar que estas estrategias deben ser globales, pues se incluye no sólo una producción y un consumo más sostenibles, sino también un empaque y embalaje amigables, fabricación y procesos sostenibles, al tiempo que se exige un consumidor más crítico, consciente de las riquezas históricas de su cultura alimentaria y comprometido con el cuidado de su salud y de su entorno.

Bibliografía

Aguilar Piña, P. (2014). Cultura y alimentación. Aspectos fundamentales para una visión comprensiva de la alimentación humana. *Anales de Antropología*, 48(1), 11-31. [https://doi.org/10.1016/S0185-1225\(14\)70487-4](https://doi.org/10.1016/S0185-1225(14)70487-4)

- Almaguer González, J. A., García Ramírez, H. J., Padilla Mirazo, M. y González Ferral, M. (2015). *Fortalecimiento de la salud con comida, ejercicio y buen humor*. Secretaría de Salud.
- Barquera, S., Hernández-Barrera, L., Trejo, B., Shamah, T., Campos-Nonato, I., y Rivera-Dommarco, J. (2020, noviembre-diciembre). Obesidad en México, prevalencia y tendencias en adultos. Ensanut 2018-19. *Salud Pública de México*, 62(6), 682-692. <https://doi.org/10.21149/11630>
- Bertran, M. (2017). Domesticar la globalización: alimentación y cultura en la urbanización de una zona rural en México. *Anales de Antropología*, 51(2), 123-130. <https://doi.org/10.1016/j.antro.2017.05.003>
- Blanco-García, I., y Théodore R., F. L. (2017). Prácticas alimentarias desde una perspectiva sistémica completa. *Frentes culturales: una aportación teórica y metodológica al estudio de la alimentación*, 20(3).
- Conabio (2013). *Identidad a través de la cultura alimentaria*. Comisión Nacional para el Conocimiento y Uso de la Biodiversidad.
- Contreras, J. (2019). La alimentación contemporánea entre la globalización y la patrimonialización. *Boletín de Antropología Universidad de Antioquia*, 34(58), 30-55. <https://doi.org/10.17533/udea.boan.v34n58a0>
- Dirección de Medicina Tradicional y Desarrollo Intercultural (2020, febrero 15). La dieta de la milpa: alimentación mesoamericana saludable y pertinente. *La Jornada del Campo*. file:///C:/Users/709875/OneDrive%20-%20Universidad%20Iberoamericana,%20Puebla/Departamento%20de%20Ciencias%20de%20la%20Salud/Investigaci%C3%B3n/Leticia%20L%C3%B3pez/Bibliograf%C3%ADa/La%20Jornada%20del%20Campo.html
- Elizondo, C. (2020, octubre 17). Rumbo al sistema agroalimentario que necesitamos: GISAMAC. *La Jornada del Campo*.
- Encuesta Nacional de Salud y Nutrición de Medio Camino 2016 (Ensanut 2016) (2016). *Informe final de resultados*. <https://ensanut.insp.mx/encuestas/ensanut2016/doctos/informes/ENSANUT2016ResultadosNacionales.pdf>
- Entrena Durán, F. (2008). Globalización, identidad social y hábitos alimentarios. *Revista de Ciencias Sociales* (Cr), 1(119), 27-38.
- FAO y OMS (2020). Dietas saludables sostenibles - Principios rectores. <https://doi.org/10.4060/ca6640es>
- FAO (2019). *El sistema alimentario en México - Oportunidades para el campo mexicano en la Agenda 2030 de Desarrollo Sostenible*. FAO. 68 pp.

- Gaona Pineda, E., Rodríguez Ramírez, S., Medina Zacarías, M. C., Valenzuela Bravo, D., Martínez Tapia, B. y Arango Angarita, A. (2023). Consumidores de grupos de alimentos en población mexicana. *Ensanut Continua 2020-2022. Salud Pública de México*, 65 (Supl. 1) S248-S258.
- Gómez Delgado, Y., y Velázquez Rodríguez, E. B. (2019). Salud y cultura alimentaria en México. *Revista Digital Universitaria (RDU)*, 20(1). <http://doi.org/10.22201/codeic.16076079e.2019.v20n1.a6>
- https://www.gob.mx/cms/uploads/attachment/file/98453/La_Dieta_de_la_Milpa.pdf
- <https://www.inegi.org.mx/contenidos/saladeprensa/boletines/2023/EDR/EDR2022.pdf>
- <https://www.jornada.com.mx/2020/10/17/delcampo/articulos/rumbo-agroalimentario.html>
- INEGI (2022). *Estadísticas de defunciones registradas (EDR) 2022 Preliminar*.
- Kaufer Horwitz, M., y Garnica Correa M. E. (2023). La nutrición en México: pasado, presente y perspectiva. En M. Kaufer Horwitz, A. B. Pérez Lizaur, V. E. Ramos Barragán y L. M. Gutiérrez Robledo, *Nutriología Médica* (pp. 231-260). Editorial Médica Panamericana.
- Leyva Trinidad, D. A., y Pérez Vázquez, A. (2015). Pérdida de las raíces culinarias por la transformación en la cultura alimentaria. *Revista Mexicana de Ciencias Agrícolas*, 6(4), 867-881.
- Lizarazo Barcárcel, T. (2017). La dieta occidental: un problema global. *Entretextos Universidad Iberoamericana León* 9(27).
- Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (2023, agosto 17). *Hambre e inseguridad alimentaria*. <https://www.fao.org/hunger/es/>
- Páez, L. (2015). Globalización, soberanía y patrimonio alimentario. *Antropología Cuadernos de Investigación*, 15, 13-20. <https://doi.org/10.26807/ant.voi15.33>
- Pérez-Gil, S. (2009). III. Cultura alimentaria y obesidad. *Gac Med Mex*, 145(5), 392-395.
- Procuraduría Agraria (2021, enero 22). Impulsa gobierno de México un sistema agroalimentario justo, sustentable y competitivo. <https://www.gob.mx/pa/articulos/impulsa-gobierno-de-mexico-un-sistema-agroalimentario-justo-saludable-sustentable-y-competitivo>

- Secretaría de Salud. *La dieta de la milpa*. Recuperado el 22 de julio de 2023. <https://www.gob.mx/salud/acciones-y-programas/la-dieta-de-la-milpa-298617>
- Shamah Levy, T., Mundo Rosas, V., Gaona Pineda, E. B., Gómez Acosta, L. M., et al. (2020). *Ensaes-Cov-2. Encuesta nacional de las características de la población durante la pandemia de covid 19: Resultados comparativos del primer y segundo levantamientos*. Centro de Investigación en Evaluación y Encuestas (CIEE-INSP).
- Shamah-Levy, T., Vielma-Orozco E., Heredia-Hernández, O., Romero-Martínez, M., Mojica-Cuevas, J., Cuevas-Nasu, L., Santaella-Castell, J. A., Rivera-Dommarco, J. (2020). *Encuesta Nacional de Salud y Nutrición 2018-19: Resultados Nacionales*. Instituto Nacional de Salud Pública.
- Valdez Morales, M., Medina Godoy, S., Chacón López, M. A., y Espinosa Alonso, L. G. (2016). Condiciones actuales de salud de la población mexicana. *Biotecnia* 18(1), 22-31. <https://doi.org/10.18633/bt.v18i1.247>

Rastrillando el presente: milpas, cocinas y mercados como senderos de conciencia histórica

Héctor Nicolás Roldán Rueda (hector.roldan@ecosur.mx) - Departamento sociedad y cultura de El Colegio de la Frontera Sur, Chetumal

“El gran Mantel”

Sentémonos pronto a comer con todos y todas las que no han comido.

Pongamos los grandes manteles, la sal en lagos del mundo, panaderías planetarias, mesas con fresas en las nieves y un plato como la luna en donde todos almorcemos.

Por ahora no pido más que la justicia del almuerzo.

PABLO NERUDA

Introducción

Los estudios sobre los sistemas agroalimentarios han permitido aproximarnos a múltiples realidades y contextos, en las que una diversidad de sujetos sociales explora posibilidades y diseña estrategias para enfrentar algunas problemáticas comunes y otras propias de cada contexto y experiencia. Generalmente, estos análisis recuperan las posibilidades de acción que surgen en alguna de las etapas del proceso productivo y de su relación con el sistema agroalimentario, a veces de manera desarticulada, o bien, sin detenerse en las especificidades de espacios, procesos y actores cotidianos, y, por lo tanto, de los tiempos y realidades locales. En este capítulo exploro la importancia de integrar la noción de conciencia histórica y, por ende, del sujeto y el momento histórico a los análisis, pero, sobre todo, la importancia de integrarlos a los procesos y las prácticas.

Esta aproximación permite articular —teórica y metodológicamente— algunas dimensiones y reflexiones que, a partir de investigaciones, trabajos de campo e inquietudes he podido explorar: 1. *Las semillas* como la materialización de conocimientos, prácticas e identidades que luchan y defienden territorios —físicos y simbólicos— que expresan cuidados, trabajo, tiempos y ritmos. 2. *La memoria*, representada en recuerdos, pero también en anhelos y transformaciones, en realidades que permiten identificar el impacto de determinadas presiones, y como recordatorio de las posibilidades que ofrecen el presente y lo cotidiano. Y 3. *Los vínculos y las relaciones* que se gestan en múltiples escenarios, desde las milpas y los traspatios, pasando por las cocinas, las mesas y los mercados, cada una describiendo formas diversas de entender y actuar en el presente.

Desde esta diversidad indago en las formas en que convergen múltiples realidades, discursos, tensiones y complementariedades que —considero— deben ser abordadas desde su complejidad y especificidad temporal, espacial, como también desde las de las y los sujetos, atenuando el desfase o desajuste recurrente entre realidad y teoría (Zemelman, 2013) y su relación con la construcción del conocimiento.

Para esto, resulta imprescindible tomar distancia de casos emblemáticos, manuales y fórmulas que desconocen las particularidades y la heterogeneidad de cada contexto, sin que se pierda de vista su potencial inspirador y sus aprendizajes. En ese sentido, la heterogeneidad de experiencias y memorias da cuenta de voces y trayectorias desde espacios y procesos cotidianos, resaltando puntos de encuentro y desencuentro, tensiones, virtudes, conflictos y contradicciones, que hacen de la diferencia el elemento central del análisis del presente y su potencialidad transformadora.

Al mismo tiempo, recupero aportes que visibilizan conocimientos locales, situados y cotidianos, toda vez que han sido estos espacios y actores, en donde y quienes han conservado prácticas, saberes, tradiciones y relaciones de intercambio que han sido salvaguardadas por el pueblo y no por élites o espacios privilegiados (Martínez, 1990). De ahí la importancia de volver sobre ese campo de conocimiento. A la vez, esta aproximación recurre a la memoria y su papel en la búsqueda de estrategias y alternativas que permitan hacer frente a las múltiples amenazas que experimen-

ta el sistema alimentario, que se caracteriza actualmente por acentuar la pobreza y la marginación del campo, la movilidad campo-ciudad, el despojo de las tierras, el control de procesos productivos y el olvido —como una de las más preocupantes—, entre otras (Barruti, 2018).

Para esto, este capítulo inicia con un acercamiento teórico a la noción de conciencia histórica a partir de la propuesta de Hugo Zemelman, desde la que partiré para abordar posteriormente algunos elementos de discusión en torno a la milpa, la cocina y el mercado y sus actores como espacios y vínculos de complementariedad, así como el papel que tienen determinados discursos en su configuración y formas de reivindicación. Esto, a partir de trabajos y reflexiones realizadas principalmente en la península de Yucatán, Oaxaca, Puebla y la región central de Colombia.

Conciencia histórica, realidad y cotidianidad

La conciencia histórica refiere a la capacidad de los sujetos de colocarse frente a la realidad, bajo un criterio de construcción histórica, de tal forma que la realidad social deja de ser simplemente una externalidad para los sujetos y pasa a ser entendida como una constelación de ámbitos y de múltiples sentidos posibles (Zemelman, 2002). En ese sentido, la conciencia histórica integra la noción de agencia, que en términos de Long (2010, p. 442)

refiere a la capacidad de conocer y actuar, y a la manera en que las acciones y las reflexiones constituyen prácticas sociales que impactan o influyen en las acciones e interpretaciones propias y de los otros. La agencia generalmente se reconoce como *ex post facto* a través de sus efectos reconocidos o supuestos. Las personas y las redes de personas tienen agencia. Además, pueden atribuir agencia a objetos varios y a ideas, las cuales, a su vez, pueden influir en las percepciones de los actores sobre lo que es posible. La agencia está compuesta, por lo tanto, de una mezcla compleja de elementos sociales, culturales y materiales.

De manera complementaria, en su obra *Diferencia y repetición*, Deleuze hace alusión a la importancia de recuperar la sensibilidad por y del

presente como antesala del pensamiento y la acción: “El pensador debe hacerse paciente porque comenzar a pensar —y sentir— no depende de una decisión premeditada, siendo el azar del encuentro el que garantiza la necesidad de lo que es pensado” (2002, p. 28). En ese sentido, la necesidad o importancia de situarse en el presente historizado (Zemelman, 2011) inaugura espacios de diálogo, reflexión y crítica, nombrando aquello que no se nombra, se desconoce o invisibiliza, dando lugar a categorías que se aproximen a la realidad de las y los sujetos.

Al mismo tiempo, este reposicionamiento frente a la realidad y su trascendencia en las formas en que la nombramos permite reivindicar aspectos de la vida cotidiana, reconociendo que las palabras se convierten en el eje articulador entre la vida y las prácticas, lo simbólico, los conocimientos y, por lo tanto, las relaciones y vínculos. De allí que la forma en que nombramos espacios, sujetos o prácticas nos posicionan frente a una determinada forma de vivir y comprender la realidad y, de manera particular, en lo que a la academia respecta —aunque no exclusivamente—, frente a “un posicionamiento ante el conocimiento y sus formas de sentir, pensar, hacer y producir conocimiento histórico desde y en el mundo de la vida” (Quintar, 2018, p. 3).

Para esto, el acto mismo de conocer y aproximarse a la comprensión del presente con sus múltiples realidades es sólo posible colocándose en el presente historizado, es decir, un “presente cargado de memoria, historia y cultura atravesado por la política como dimensión donde se reactúa constantemente nuestro ser social” (Quintar, 2018, xx). Así, dicha comprensión o aproximación al conocimiento requiere de un “otro-otra” que acompañe y nutra con otras experiencias y trayectorias los procesos y formas en las que nos posicionamos de manera individual frente al presente y de manera particular frente a lo cotidiano.

Pensar lo cotidiano parece en ocasiones pensar lo obvio, lo evidente y, generalmente, es allí donde la vida se pone en juego de muchas formas; quizá, lo que se requiere es distanciarse de los faros que intentan explicar las complejidades del presente —algunas veces homogeneizándolo—, para detenerse en lo no dicho, en lo oculto, en lo impensado, que no por ello carece de potencial para la creación de conocimiento y la transformación de la realidad. Para esto, resulta significativo recuperar

las memorias individuales y colectivas, la intuición, la imaginación, la interpretación y la percepción de todo aquello que incide, altera y trastoca lo cotidiano.

Por otro lado, ese acercamiento hacia otras formas de aproximarse a la realidad se hace evidente en lo metodológico, es decir, en la posibilidad de reconocer los tiempos, ritmos, relaciones, lenguajes y voces que dan cuenta de problemáticas comunes y estrategias diversas frente a escenarios que de muchas formas apuestan, o incluso se aferran, a lo posible como opción de transformación.

No es posible pensar lo posible si no nos colocamos desde ese lugar, y esto implica conciencia; implica atreverse a, no solamente estar en el límite de la determinación del mundo de lo dado, sino asumir que el mundo de lo posible se construye desde la revalorización de nuestras experiencias vitales como sujetos de época (Quintar, 2018, pp. 8-9).

Estas reflexiones en torno al presente historizado y su potencial transformador implican reconocer lo que Zemelman (2013) describió como un desajuste o desfase presente en las grandes elaboraciones teóricas y la realidad,

Esta idea del desfase es clave, ya que alude a los conceptos que a veces utilizamos creyendo que tienen un significado claro, y no lo tienen. Esto plantea la necesidad de una constante resignificación que, aun siendo un trabajo complejo, es también una tarea central de las ciencias sociales, sobre todo de aquellas de sus dimensiones que tienen que ver con la construcción del conocimiento [...] el ritmo de la realidad no es el ritmo de la construcción conceptual. Los conceptos se construyen a un ritmo más lento que los cambios que se dan en la realidad externa al sujeto, por eso constantemente se está generando un desajuste. Dicho así parece como un problema menor pero, en verdad, tiene consecuencias profundas porque en la medida en que no resolvemos este problema, podemos incurrir en discursos y enunciados, o manejar ideas, que, pudiendo tener una significación en términos de la bibliografía o, para decirlo de una manera más amplia, en el marco del conocimiento acumulado, no tengan necesariamente un significado real para el momento en que construimos el conocimiento (Zemelman, 2021, p. 4).

Por lo tanto, abordar realidades complejas y diversas implica cuestionar y resignificar las categorías que utilizamos, con la intención de reivindicar el momento histórico y así dar cuenta de las realidades concretas que estamos abordando, de manera de evitar que las investigaciones queden reducidas a investigar el nombre, pero no aquello que se nombra desde contextos desarticulados de la realidad.

A partir de estas reflexiones, en los siguientes apartados abordaré algunas ideas que intentan reconocer la diversidad, pero sobre todo la diferencia de presentes y realidades que, más allá de constituirse como referentes, se abren paso para reconocer la urgencia de volver sobre lo cotidiano como escenario de construcción de la realidad y de la potencialidad del presente como creador de realidades y posibilidades.

Semillas, memorias y relaciones

Ya muchas tintas se han vaciado en análisis y reflexiones sobre los sistemas alimentarios; algunos de estos trabajos han servido de referente e inspiración para profundizar en ciertos elementos a partir de una lectura del presente y articulando las voces de quienes dan sentido a los procesos y experiencias analizadas. Con esto pretendo compartir algunas reflexiones, apoyándome en diversas experiencias, “oídas” y trabajos académicos, así como otros que emergen de procesos organizativos de base, sobre algunos de los puntos de encuentro para abordar el tema alimentario. Las semillas, la memoria y las relaciones servirán entonces como pre[texto] para articular estos tres espacios y sus protagonistas.

Para defender las semillas es necesario saberlas cocinar

La defensa de las semillas se ha ido colando en diversas vitrinas por un único motivo: la amenaza que supone la pérdida de agrobiodiversidad. De esta manera, los espacios de intercambio, fiesta y abundancia se han ido transformando —o han ido integrando— en espacios de denuncia, organización y lucha por el territorio (Ordoñez, 2011; Grupo Semillas, 2015; Gracia, García y Roldán-Rueda, 2018). Estos procesos, a los que a nivel territorial se les integran otro tipo de demandas asociadas —como

evidencia de que la realidad no puede ser abordada de manera fragmentada—, responden a las necesidades de los contextos y demandas de sus participantes.

Para quienes hemos tenido la oportunidad de visitar y participar en ferias e intercambios de semillas, puede resultar evidente el papel que tienen las semillas dentro de la configuración de las relaciones productivas y reproductivas de los grupos domésticos (Andrade et al., 2023; Alemán, 2018; Merçon, 2018). Para quienes han seguido estos espacios a través de fotografías, videos o relatos, quizá una de las características principales tenga que ver con la abundancia y la variedad de formas y colores, y se desvanezcan un poco el arraigo, la identidad y el cuidado del territorio.

Sin embargo, pese a la importancia y la necesidad de sostener este tipo de encuentros, resulta igualmente importante y necesario llevar esa diversidad al plato, a lo cotidiano. Y quizá vale la pena preguntarnos por las diversidades de maíces, calabazas, frijoles y raíces que adquieren protagonismo en estos encuentros, y de lo poco o nada que sabemos de sus texturas, sabores o aromas fuera de estos territorios. Parece entonces que se convierten en museos ambulantes en donde las piezas expuestas se quedan en la galería o resguardadas por quienes pueden apreciarlas el resto del año.

Al respecto, en estos encuentros es cada vez más recurrente —al menos en la península de Yucatán— que las mesas y altares de semillas se complementen con la elaboración de platillos que dan cuenta de las múltiples posibilidades que éstas ofrecen y de que, frente a escenarios catastróficos o ciertas coyunturas, se convierten en fuente de alimentos y de soberanía alimentaria, como quedó documentado en el trabajo de Guillermo Andrade (2023), que abordó el uso y consumo de macales (raíces de monte) durante la pandemia.

Es acá donde identifico el desfase entre la teoría y la realidad a la que aludía anteriormente. Pareciera que la importancia de conservar y compartir las semillas se desarticula de lo cotidiano en la medida que las dietas no logran integrar la diversidad que a través del tiempo han sabido conservar hombres y mujeres, y, adicionalmente, desvanece el componente sagrado y espiritual de la alimentación en general y de las semillas en particular. Lo más grave, sin embargo, es que no se trata de incluir en la

despensa maíces de colores, calabazas y chilacayotes o incluso la diversidad de quelites que crecen en los huertos familiares, el problema es que las opciones de consumo son cada vez más restringidas, que la industria agroalimentaria ha ido generando una falsa sensación de abundancia y el mercado y su creciente concentración excluye y determina el tipo de dieta.

Al respecto, existen experiencias de comercialización (mercados) —generalmente urbanos— que hacen grandes esfuerzos organizativos, productivos y de logística para fortalecer la conservación y consumo de diversas variedades de algunos alimentos (maíces, tomates, calabazas, raíces, hortalizas, quelites, entre otros). Sin embargo, las experiencias que sirven de inspiración son pocas, pues la mayoría se ha encargado (consciente o inconscientemente) de adjetivar y diferenciar el mercado, haciendo de este tipo de consumo algo ya no exclusivo, sino más bien excluyente (Roldán-Rueda, Gracia, y García, 2023).

Por otro lado, pese a que en contextos urbanos y rurales la importancia de las semillas parece estar cobrando más relevancia, resulta paradójico que sea en el campo donde existen más personas con hambre o que comen inadecuadamente. “Tan es así que, para comer, la propia gente del campo tiene que adquirir los productos básicos, a veces de importación. Los pueblos que domesticaron el maíz están siendo orillados a echar tortillas con maíz importado posiblemente transgénico” (Bartra, 2017, p. 5).

Frente a esta realidad, que contrasta con los espacios, prácticas y estrategias para cuidar y defender las semillas, es necesario preguntarnos sobre los motivos que, desde lo cotidiano, han decantado en ella, más allá de las condiciones que han hecho que el campesinado haya pasado de la autosuficiencia alimentaria a una dependencia severa y creciente. Quizá una de las pistas —porque existen problemáticas estructurales y de otros órdenes de poder que escapan al ámbito doméstico— se ubiquen en el tipo de alimentación, en el plato, las ollas y los comales, y mucho más que esto, en la memoria.

Finalmente, en términos de discurso, resuena cada vez más entre quienes abordan temas relacionados con los sistemas alimentarios, la alimentación y la defensa del territorio, entre otros, la semilla como representación de la vida misma. Sin embargo, ¿qué tanto nos detenemos a

conocerla realmente, a compartirla en forma de guiso, dulce o bebida, a disfrutar lo “sabroso” de cada platillo, más allá de la ingesta? Es quizá allí donde debemos apuntalar los esfuerzos para su defensa y resistencia, pues sólo así, desde ese “seguir siendo”, será posible su conservación. Quizá ésa sea la estrategia más adecuada para enfrentar la presión de la industria alimentaria por la homogeneización de las dietas y el acaparamiento de la diversidad genética de las semillas.

La memoria y la comensalidad

¿Por qué traer la memoria a la discusión sobre la alimentación? Básicamente, porque es la memoria —la humana y la de las plantas y animales, a través de su domesticación— la encargada de transmitir los conocimientos asociados a las prácticas productivas y de consumo. Pero también porque los sabores y texturas se van abriendo campo en las maneras en que decidimos sobre las formas en que nos alimentamos (desde la selección de las dietas, hasta los tiempos, momentos y compañía). Quizá uno de los cambios más trascendentales en torno a la alimentación tiene que ver con el hecho de que antes se comía como se podía, pero hoy, aparentemente, se come como se quiere. Decimos aparentemente, pues existe una sensación de abundancia y diversidad en anaqueles llenos de colores y formas; sin embargo, como menciona la antropóloga Patricia Aguirre (2017), comemos como podemos y hay que ver las condiciones de vida que nos hacen comer de determinadas formas, esto es, situar en el consumo cotidiano dimensiones relacionadas con el tiempo, los recursos, las relaciones y la información.

Cada vez resulta más recurrente que no sean personas las que están cocinando detrás de los fogones, cada vez es más recurrente que no existan espacios y momentos para compartir las comidas, incluso, que los espacios de comercialización estén siendo despojados de diálogos e intercambios en torno a las recetas, los usos y beneficios. Estamos en un momento de la historia en que la comida no se hace, se calienta, nos recuerda Aguirre (2017), y esto no es saludable ni física ni social ni simbólicamente.

Quizá por eso es importante situar y reivindicar el presente desde aquello que permite recuperar la memoria. Reconocer que la comida es siempre un evento situado (Garine, 2016; Aguirre, 2017; Certeau, 1994), que da cuenta de culturas, paisajes, ecosistemas, temporalidades, costumbres (Roldán-Rueda y Pérez-Volkow, 2023). No se trata de algo instintivo —o al menos no exclusivamente—, sino más bien de una conducta adaptativa que, aunque se ve transformada por el contexto, el ambiente y la compañía, conserva prácticas comunes. Y no se trata de enarbolar el pasado como un rezago del tiempo o un anhelo, pero sí de reconocer y quizá revivir memorias que permitan resignificar el presente.

Resulta entonces oportuno visibilizar las transformaciones cotidianas que ha tenido la alimentación, sin perder de vista las especificidades de cada contexto. Al ser la unidad doméstica el lugar donde se da la mayoría de los eventos alimenticios, resulta significativo analizar los procesos de construcción de significados en torno a la alimentación y la comensalidad. Es decir, qué memorias se hacen presentes durante el largo proceso de la preparación y el consumo, qué actores intervienen, con quiénes se comparten los alimentos, qué lugares y ritmos nos acompañan durante estos procesos y, sobre todo, qué memorias estamos construyendo desde el presente.

Cada vez es más recurrente —en especial en las ciudades— que las personas hagan al menos una comida en soledad o, por lo menos, en una comensalidad no significativa. Del mismo modo, cada vez se dedica menos tiempo a la preparación de los alimentos en la vida cotidiana y más como actividad de ocio-recreativa, vaciando de contenido el acto mismo de la cocina cotidiana. Resulta urgente, entonces, integrar a los análisis, discusiones e investigaciones el papel de lo cotidiano en la configuración de la alimentación desde su complejidad; de lo contrario, como expresa Aguirre (2017), estaríamos haciendo culturalismo. En ese sentido, es necesario,

Reconocer la alimentación en su dimensión colectiva como un conjunto de prácticas sociales efectivas configuradas como tales dentro de la diversidad cultural, en un doble sentido, como producción, pero también como reproducción social, es decir, como prácticas asociadas a los

espacios económicos y laborales, domésticos y vecinales, en función del trabajo y de la reproducción familiar, cuyas actividades no siempre están mediadas por el mercado, y cuentan con sentidos identitarios [...] en dimensiones sociales que dentro de lo popular urbano, y de las resistencias campesinas al modelo de desarrollo dominante, alcanzan magnitudes insospechadas por parte de quienes ejercen poder, discriminan y excluyen (Correa y Millán, 2015, pp.18-19).

Finalmente, la relación entre memoria y alimentación se encuentra trazada por múltiples encuentros y espacios que dan sentido a lo cotidiano. Lo cotidiano no como la repetición de actividades, o como el eterno retorno sobre lo mismo sin transformación, pues cada vez que volvemos sobre las actividades que lo componen —lo cotidiano— estaremos frente a algo nuevo. De acuerdo con Deleuze (2013), la repetición en sí no modifica nada en el objeto que se repite, pero cambia algo en el espíritu que lo contempla; en ese sentido, resulta significativo pensar lo cotidiano desde la sensibilidad y para eso es necesario situarse y resignificar el presente.

Vínculos y relaciones, entre el paisaje y el paisano

Pensar el presente permite situar el tipo de relaciones que se tejen en torno a la producción, distribución y consumo de alimentos. Además de la ya referida comensalidad, existen otros vínculos y relaciones que determinan las formas en que llegamos o participamos de la milpa, la cocina o el mercado, entre otros espacios, y las formas en que analizamos/interpretamos determinados vínculos.

Si nos detenemos en cada uno de estos espacios, emergen múltiples formas de relacionarse con el territorio, con otros sujetos, con el tipo de necesidades y recursos que cobran sentido y aquellos que se invisibilizan y niegan. De manera ilustrativa, la milpa, por ejemplo, permite visibilizar formas productivas que configuran estrategias de usos múltiples de los recursos naturales, que se complementan con los huertos familiares, la apicultura, los animales de traspatio y la cacería y la pesca tradicional (Rivera-Núñez, 2020), entre otras expresiones y actividades que tienen

especificidades de acuerdo con los contextos, recursos y sujetos que participan y en donde cada uno de estos espacios da cuenta de formas particulares de construir vínculos.

En la península de Yucatán, por ejemplo, la relación que existe entre los apicultores- milperos y las abejas rebasa lo productivo, para dar paso a elementos que integran el cuidado, la complementariedad de un sistema frágil, la defensa del territorio frente al uso de agroquímicos. Y así como quienes hacen milpa, los ritmos y la observación de los vientos, las lluvias, los animales y las plantas van dando señales para determinadas actividades. Es en esos vínculos profundos que se ponen en juego elementos de la vida cotidiana en el campo, los cuales conviven con otro tipo de actores y relaciones, algunas en tensión y disputa por el acceso a mercados, por la explotación de la naturaleza, por la defensa de la selva frente a megaproyectos desarrollistas, entre otros.

Si pasamos a la cocina, y de manera particular a la cocina cotidiana, es preciso mencionar la trama de pensamientos, estrategias y acciones que allí tienen lugar. Por un lado, quien cocina —generalmente mujeres que duplican o triplican su carga laboral— debe contemplar un sinfín de elementos para tomar decisiones que por lo general incluyen a más personas, pero que además están determinadas por el acceso a alimentos, en cantidad y calidad. En ese sentido, no es lo mismo cocinar en la ciudad que en el campo, y no es lo mismo precisamente porque las elecciones de consumo en el campo suelen estar determinadas por los periodos de abundancia y escasez y su relación con los periodos de lluvias y sequías.

Para ejemplificar lo anterior, describimos de manera detallada un platillo que se prepara en temporada de lluvias en los Valles Centrales de Oaxaca, llamado sopa de guías (Roldan-Rueda y Pérez-Volkow, 2023), también descrito en otras regiones como sopa de milpa. Este platillo resulta ilustrativo, pues pone en juego elementos que sólo pueden apreciarse a partir de la contemplación de los ritmos y la observación del presente. Quizá todos los ingredientes que se requieren para su preparación pueden comprarse en algún mercado de la ciudad en cualquier momento del año; sin embargo, para quienes ven brotar las calabazas, sólo tiene sentido disfrutarlo junto a las lluvias.

Este ejemplo también permite incorporar la importancia de la noción de tiempo y el ritmo a estas reflexiones, sobre todo porque determinados contextos parecen negar la relación entre el tiempo y las actividades productivas y reproductivas. En un mundo en que las distancias parecen desvanecerse y los tiempos de espera desesperan, volver a la contemplación, la pausa, el silencio, puede resultar revelador. En ese sentido, “una vez que el tiempo se reconoce como una dimensión, no sólo como una medida, de la actividad humana, cualquier intento de eliminarlo del discurso interpretativo sólo puede resultar en representaciones distorsionadas y en gran medida sin sentido” (Fabien, 2019, p. 48).

Quizá la pandemia permitió visibilizar algunos aspectos hasta entonces normalizados, por ejemplo, el tiempo de los cuidados, el papel de la alimentación como eje transversal de la salud, la necesidad de volver e indagar en los usos y conocimientos de plantas para atender la salud física y emocional. No es casualidad que uno de los productos que registró diversos usos y espacios de venta fue la miel y algunos de sus productos derivados (propóleo, polen, jarabes), y que muchos conocimientos y prácticas tradicionales se recuperaran para atender la emergencia alimentaria (Andrade, 2023; Gracia et al., 2023).

Otro escenario en el que se ponen en juego múltiples formas de relacionarnos son los mercados, de manera particular aquellos en que se construyen diálogos e intercambios entre sus participantes. Allí, conocer el origen, los usos, las prácticas de producción, las formas en que se organiza el trabajo, además de recetas, preocupaciones y consejos, acercan a consumidores y productores desde lugares novedosos. Es en los mercados donde se articulan de muchas formas los procesos territoriales relacionados, por ejemplo, con la defensa de las semillas que referimos anteriormente, y también con otro tipo de conflictos, tensiones y demandas que son transmitidas en forma de denuncia. Son también un reflejo de los paisajes, las épocas del año, la abundancia y la escasez; marcan temporadas, festividades, conocimientos, anhelos y preocupaciones.

Sin embargo, al mencionar estos espacios o expresiones del mercado no sólo nos referimos a los mercados diferenciados o adjetivados, de los que, desde diversas experiencias y contextos, se han analizado sus virtudes, retos, oportunidades y contradicciones (Roldán-Rueda et al., 2016;

Roldán-Rueda, 2018; García y Roldán-Rueda, 2023), sino también a las tiendas de barrio, las panaderías, carnicerías y verdulerías, además de otro tipo de oficios como zapaterías, carpinterías, confección de prendas de vestir, entre otras. Éstas son las que permiten articular muchas de las actividades cotidianas; es en los barrios que se crean vínculos de confianza en el día a día, que ante las carencias surgen expresiones de solidaridad, que sus vendedores fungen como agentes de compra de las familias en las centrales de abasto. Al mismo tiempo, éstos son los espacios que se encuentran cada vez más amenazados por la expansión exponencial de las tiendas conveniencia, que concentran un sinnúmero de productos y servicios que desplazan y quiebran a las tiendas de barrio y sus redes y vínculos con el territorio.

Otra experiencia que resulta ilustrativa de la experiencia en los mercados tiene que ver con el papel de los intermediarios. Muchos trabajos y discursos que apuntan a recuperar el mercado como espacio de socialización han promovido y defienden la eliminación de la intermediación como alternativa para estimular los intercambios justos; sin embargo, pocas veces reconocen el papel de la intermediación como estrategia para participar del mercado (Roldán-Rueda y Gracia, 2018). En ese sentido, es preciso comprender el presente más que juzgarlo, conocer las realidades para atender las problemáticas o quizá no pretender adaptar la realidad a una lectura descontextualizada del presente.

Discursos, categorías, lenguajes y conceptos o cómo nombramos la realidad

Uno de los retos que supone pensar y articular el momento histórico con el presente implica reconocer las formas en que nombramos e interpretamos la realidad, desde sus propias especificidades, por lo que un mismo concepto no puede explicar la complejidad de la realidad.

un concepto nunca es la cosa misma (ese horizonte siempre buscado y jamás alcanzado por la fenomenología, de adecuación inmediatez de la conciencia con el mundo/allí) [...] Todo concepto es, pues, siempre, un acontecimiento, un decir el acontecimiento; por lo tanto, si no dice

la cosa o la esencia, sino el evento, el concepto es siempre devenir [...] es un operador, algo que hace acontecer, que produce... el concepto es justamente aquello que nos pone a pensar. Si el concepto es producto, es también productor: productor de nuevos pensamientos, productor de nuevos conceptos y, sobre todo, productor de acontecimientos, en la medida en que es el concepto el que recorta al acontecimiento, el que lo hace posible (Gallo, 2003, p. 43).

Al mismo tiempo, el uso, transformación y resignificación de conceptos permite situar(nos) desde determinadas formas de conocer y de crear conocimientos. Algunos discursos van permeando el lenguaje colectivo y, con esto, van determinando formas de habitar y relacionarse con el entorno, de ahí la importancia, primero, de atrevernos a nombrar, de construir lenguajes que se acerquen a las realidades y lo cotidiano, sin caer en simplicidades. En ese sentido resulta significativo enriquecer el lenguaje, usarlo,

no sólo el lenguaje de la ciencia, sino que se enriquezca el pensamiento del hombre [y la mujer] en su cotidianidad. Y eso es algo que nos debe preocupar, porque el avance de la tecnología —en el marco del capitalismo globalizado— se está expresando en un empobrecimiento del pensamiento vía empobrecimiento del lenguaje (Zemelman, 2011, p. 32).

Por otro lado, una estrategia para construir lenguajes, conceptos y categorías adecuados a los fenómenos que estudiamos o que simplemente vivimos, radica en la capacidad de generar preguntas, algunas veces sobre determinadas certezas que cuestionen la realidad, pero más aún sobre lo inédito, lo desconocido. Y, para esto, es preciso no caer en ponerle nombre viejo a cosas nuevas y, además, en creer que, porque algo no tiene nombre, en el momento en que se plantea es innombrable (Zemelman, 2011).

En ese sentido, antes de preguntar cómo es que esto o aquello ocurre, es necesario indagar si efectivamente ocurre (Montaigne, 2001). Así como es igualmente necesario, antes de saber lo que debe ser reivindicado, determinar quién reivindica algo (Guatari, 2013), pues cada concepto parte de una inquietud particular, y problematizar —conceptos, categorías o discursos— significa problematizar la realidad, cuestionar o resignificar

de muchas formas conocimientos heredados y atender inquietudes actuales. Por lo tanto,

los conceptos tienen una historia, que puede incluir su historia como componentes de otros conceptos y sus relaciones con problemas particulares. Los conceptos siempre se crean con relación a problemas específicos: “Un concepto carece de significado en la medida en que no está conectado con otros conceptos y no está vinculado a un problema que resuelve o ayuda a resolver” (Deleuze y Guattari). La historia de los conceptos incluye, por lo tanto, las variaciones que sufren en su migración de un problema a otro (Patton, 2013, p. 26).

Finalmente, todo concepto posee una naturaleza política, al mismo tiempo muestra y oculta determinadas realidades, posiciona actores, relaciones y vínculos, mediado por el poder. Su emergencia —de los conceptos—, entonces, no debería estar en función de reafirmar discursos y posturas existentes, o incluso de defender trincheras de opiniones y prejuicios, sino en función de remover los espacios de construcción del conocimiento, de reivindicar el presente y las diferencias de cada contexto, experiencia y trayectoria.

Reflexiones finales

*Lo que he dicho aquí, no es “lo que pienso”,
sino lo que me pregunto con frecuencia
si no podría pensarse.*

FOUCAULT (2022, p. 63)

El recorrido propuesto en este texto es el reflejo de los caminos que han ido integrando intereses propios y colectivos frente a temas complementarios. Muchas veces, desde la emergencia de preguntas, problemáticas, contextos y actores se van articulando con realidades emergentes-coyunturas otras en que los aportes y discusiones previas permiten el alumbramiento del presente, evitando —a veces sin éxito— caer en la producción de ideas y prejuicios.

Algunos ejemplos y experiencias dan cuenta de diálogos y voces que, si bien no aparecen de manera explícita, están presentes en las reflexiones y contradicciones propias. Muchas de éstas podrían considerarse como emergentes o como coyunturas que dan lugar a diálogos e intercambios sobre fenómenos, que incluso, muchas veces, no se prolongan en el tiempo, pero han representado un desafío para la construcción de lenguajes y conocimientos situados.

Los espacios, sujetos y realidades que fueron emergiendo a lo largo del texto no son más que una provocación o, si se quiere, un intento de eso, para construir diálogos que permitan la crítica histórica y la crítica teórica a partir de la lectura del presente, de los sujetos sociales que lo construyen. Se trata, entonces, de un intento de poner en el mapa de la alimentación elementos frecuentes en la práctica, en la realidad, pero a veces fragmentados en el análisis. Y esta distorsión, desde mi punto de vista, da lugar a inventar realidades en las que no resulta sencillo reconocerse. En ese sentido, más allá de perseguir casos emblemáticos, como menciona Guattari (2013), se busca un nuevo tipo de lucha, menos a título de modelo que a título de precedente, de demostración de que otro campo de posibles [posibilidades] está realmente abierto.

Sin embargo, no hay que esperar al colapso para repensar las formas en que nos relacionamos y vinculamos con el entorno. No hay que esperar que las semillas se queden en vitrinas como evidencia del pasado o que las recetas se conviertan en pergaminos que describen sabores y olores que no alcanzamos a conocer y que los mercados no se conviertan en espacios excluyentes.

Finalmente, en este esfuerzo de articulación de escenarios y pinceladas de realidad, identifico muchos otros esfuerzos que sirven de inspiración y de peldaños, ya no para juntar fragmentos de conocimientos, sino, más bien, para construir colectivamente otras formas de conocer, dialogar y compartir.

Bibliografía

- Aguirre, P. (2004). Ricos flacos y gordos pobres: la alimentación en crisis. Capital intelectual.
- _____ (2017). *Una historia social de la comida*. Lugar Editorial.
- Andrade, G., Roldán-Rueda, N., Estrada, E., y Pat, J. (2023). "Sin saberlo, estábamos preparados": Prácticas y estrategias agroalimentarias de la comunidad maya de Santa Gertrudis en tiempos de pandemia Covid-19. En T. Rivera-Núñez, N. Roldán-Rueda, y A. Guzmán (Coords.), *Márgenes agroalimentarios en México. Experiencias de estudio y debates teóricos* (pp. 85-103). Inecol/Ecosur.
- Barruti, S. (2018). *Mala leche*. Planeta Argentina.
- Bartra, A. (2017). Que el campo alimente al campo: La milpa ampliada. *La Jornada del Campo*, (119).
- De Certeau, M. (1996). *La invención de lo cotidiano: artes de hacer*. Universidad Iberoamericana.
- Deleuze, G. (2002). *Diferencia y repetición*. Amorrortu.
- Fabien, J. (2019). El tiempo y el Otro. Cómo construye su objeto la antropología. Universidad del Cauca/Universidad de los Andes.
- Gallo, S. (2003). *Deleuze y la educación*. Auténtica.
- Garine, I. de. (2016). *Antropología de la alimentación*. Universidad de Guadalajara-Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades.
- García, R., y Rueda, H. N. R. (2023). Impactos territoriales de los mercados agroecológicos: el caso del Tianguis Alternativo de Puebla (México). *Revista Española de Estudios Agrosociales y Pesqueros*, (260), 208-230.
- Gracia, A., Cendejas, J., García, R., y Roldán-Rueda, N. (2023). Fortalecer circuitos agroalimentarios locales y solidarios en regiones de México frente a la pandemia. En A. Gracia y J. Cendejas (Coords.), *Iniciativas agroalimentarias ante la pandemia y pospandemia. Estrategias e innovaciones en México* (pp. 263-301). Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo/Ecosur.
- Gracia, A., García, R., y Roldán-Rueda, N. (2018). Por la soberanía alimentaria y la defensa de nuestra cultura. *Ecofrontera*, 22(64), 9-11.
- Guattari, F. (2013). *Líneas de fuga. Por otro mundo de posibles*. Cactus.

- Long, N. (2007). *Sociología del desarrollo: una perspectiva centrada en el actor*. CIESAS.
- Martínez, A. (1990). *Mesa y cocina en el siglo XIX*. Planeta [reedición].
- Ordoñez, F. (2011). *Abriendo surcos, cosechando semillas. Alternativas al sistema agroalimentario actual desde la agroecología y la soberanía alimentaria Experiencia de la Fundación San Isidro de Duitama*. ILSA.
- Patton, P. (2013). *Deleuze y lo político*. Prometeo.
- Quintar, E. (2005). En diálogo epistémico-didáctico.
- Quintar, E. (2018). Crítica teórica, crítica histórica: las paradojas del decir y del pensar. *Archivos de Ciencias de la Educación*, 12(13). <https://doi.org/10.24215/23468866e040>
- Rivera-Núñez, T. (2020). Agroecología histórica maya en las tierras bajas de México. *Ethnoscientia-Brazilian Journal of Ethnobiology and Ethnoecology*, 5(1).
- Roldán-Rueda, H. N., y Gracia, M. A. (2018). (Des)estigmatizar la intermediación de alimentos en pos de mayor equidad. Espacios emergentes de comercialización frente a la gran distribución en Colombia. *Espacialidades*, 8(2), 104-125.
- Roldán Rueda, H. N., Gracia, M. A., Santana, M. E., y Horbath, J. E. (2016). Los mercados orgánicos en México como escenarios de construcción social de alternativas. *Polis. Revista Latinoamericana*, (43).
- Roldán-Rueda, N., Gracia, M., y Mier, M. (2018). Los mercados locales alternativos en México y Colombia: resistencias y transformaciones en torno a procesos de certificación. *Cuadernos de Desarrollo Rural*, 15(82).
- Roldán-Rueda, N., Gracia, M., y García, R. (2023). Reconocer la diferencia: entre adjetivaciones reduccionistas y procesos transformadores de mercados en ámbitos locales. En T. Rivera-Núñez, N. Roldán-Rueda y A. Guzmán (Coords.), *Márgenes agroalimentarios en México. Experiencias de estudio y debates teóricos* (pp. 105-122). Inecol/Ecosur.
- Roldán-Rueda, H. N., y Pérez-Volkow, L. (2023). Montañas, milpas y platillos de Oaxaca, México: Una aproximación al territorio desde la cocina. *Revista Griños*, 32(59), 01-17.
- Zemelman, H. (2006). El conocimiento como desafío posible. IPN.
- _____. (2011). *Configuraciones críticas. Pensar epistémico sobre la realidad*. Siglo XXI.
- _____. (2021). Pensar teórico y pensar epistémico: los retos de las ciencias sociales latinoamericanas. *Espacio Abierto*, 30(3), 234-244.

El consumo de alimentos en tianguis y mercados ecológicos: estrategias para reducir la brecha entre las redes agroecológicas y consumidores

*Rocío Lorena Hernández Cabrera (rociolhcabrera@gmail.com) - Universidad
Iberoamericana Puebla y Tianguis Alternativo de Puebla*

Entender cómo es el consumo de alimentos facilita las tareas de comercialización e integración de los mismos a las cadenas productivas. Sin embargo, la mayoría de las veces ello no resulta sencillo ni accesible para productores de alimentos a pequeña y mediana escala. El propósito de este capítulo es mostrar evidencia al respecto. Primero, reconociendo la importancia de las/los consumidores(as) para que las redes agroecológicas se impulsen, crezcan y/o fortalezcan. Posteriormente, compartiendo los hallazgos proporcionados por encuestas cara a cara aplicadas en Puebla y Tlaxcala y dirigidas a identificar a los consumidores potenciales que favorezca su preferencia y, en general, a mejorar lo que la red, productor o iniciativa, e incluso el producto o alimento, comunica. Asimismo, la intención es dar a conocer los patrones de consumo actuales, resultado de una investigación aplicada en Puebla y Tlaxcala, para promover la generación de ideas que satisfagan de mejor manera las necesidades de quienes consumen alimentos. Y, finalmente, explorar algunas estrategias y compartir recomendaciones sustentadas en diferentes investigaciones para enfrentar los retos presentes, fomentando una relación más cercana. Espero que esta información contribuya a que las redes agroecológicas sigan abriéndose paso y más productores(as), investigadores(as) y consumidores(as) se sumen, para seguir construyendo una alimentación soberana, sabrosa, nutritiva, social, local y sostenible.

El papel del consumidor/a

Pareciera que estamos inmersos en un círculo vicioso en que el modelo económico actual, el Estado laxo y las empresas han influenciado nuestra alimentación. Dos de los factores con mayor influencia en el consumo de alimentos son: el acceso a ellos, en el sentido de qué tanto la alimentación está al alcance del bolsillo de la población, y su disponibilidad, es decir, la oferta actual de alimentos que facilita su compra. Como consecuencia, en cada tienda de conveniencia, en establecimientos, etc., encontramos una superoferta de alimentos ultraprocesados, con altos niveles de calorías, sales y azúcares, pero bajo contenido nutrimental. Debido a diversos factores, el/la consumidor(a) ahora demanda esta nueva alimentación, ya sea por el secuestro gustativo, por no saber preparar ni comer alimentos de la región, por acostumbrar al paladar a sabores estandarizados, por preferir alimentos “rápidos y prácticos” a causa de los ritmos de vida acelerados, que dejan poco tiempo para preparar la comida y alimentarse, entre otros aspectos. Cada compra de un alimento ultraprocesado supone dejar a un lado platillos y alimentos locales, perpetuando y agravando el círculo vicioso.

A pesar de las limitantes y obstáculos que puedan tener los/las consumidores(as), su compra tiene grandes implicaciones para una empresa, organización o productor. Una de las leyes de la economía clásica señala que, mientras haya demanda, existirá oferta, es decir, mientras existan personas que compren existirán quienes les vendan. La incidencia es tal que afecta cada aspecto de quienes venden. Esto lo sabe muy bien el sistema capitalista y sobre todo las llamadas empresas de clase mundial, esto es, grandes empresas que cumplen con requisitos mundiales de calidad, tienen altos niveles de eficiencia, procesos tecnológicos modernos y una relación muy cercana con el cliente (Artola Pimentel y Macías Mesa, 2002). Aunque no se intenta equiparar la fabricación de productos inertes, homogéneos, estandarizados y sus procesos poco variables con iniciativas diversas que producen, reproducen y/o regeneran vida, son un excelente ejemplo para mostrar hasta dónde se puede incidir en quienes consumen.

Estas empresas han edificado sistemas, técnicas y métodos para predecir su demanda y producir al ritmo del consumidor(a), como el sistema “jus-

to a tiempo” desarrollado por Sakichi Toyoda, Kiichiro Toyoda y Taiichi Ohno en la fabricación de automóviles Toyota, inspirados por los supermercados estadounidenses, en los que cada artículo se va surtiendo conforme la gente lo va comprando y disminuye su cantidad en el estante (Socconini, 2008). Así, construyeron un sistema de fabricación de autos en que el/la comprador(a) “jalara” toda la producción en la fábrica, enfocándose en lo que éstos quieren y proporcionándose los justo en el momento exacto.

Con ello lograron hacer más eficientes los sistemas productivos, redujeron mermas, retrabajos, defectos, inventarios, etc. y, como consecuencia, generan muchas utilidades, ya que saben llegar a su consumidor(a) final, dándole lo que solicita, desea o necesita en términos de calidad y cantidad en el momento preciso. Esto nos muestra que cada decisión de compra “jala” a un sistema productivo, ya sea artesanal o tecnológico, y no sólo eso, sino también todas sus implicaciones productivas, sociales y ambientales. Cada decisión tomada por el/la consumidor(a) fortalece, sostiene y hace crecer a quienes venden.

Entonces, el/la consumidor(a) también podría “jalar” a otras iniciativas que ofrecen alimentos sociales y ambientales que, al mismo tiempo, satisfacen sus necesidades y empezar a romper el círculo vicioso en el que estamos inmersos. Para el caso de las redes agroecológicas, que son un conjunto de diferentes actores que producen, transforman, distribuyen y/o comercializan alimentos agroecológicos, siguiendo, generalmente, valores de solidaridad y sostenibilidad, esto representa una oportunidad. Pero, desafortunadamente, aquí se debe ser muy específico, ya que no todos(as) los/las consumidores(as) se encuentran en las mismas condiciones y tienen los mismos privilegios que les permitan ejercer su poder de compra ni tienen las mismas preferencias, motivaciones, intereses y facilidades para comprar a las redes agroecológicas.

Basta con recordar las condiciones complejas y desiguales que existen en nuestro país, por ejemplo, la brecha que existe entre el salario mínimo y el costo de la canasta básica. De acuerdo con el INEGI, sería necesario que un mexicano ganara tres salarios mínimos para poder comprarla (Méndez, 2023). Por ello, no sorprende que la carencia de acceso a la alimentación nutritiva y de calidad haya crecido de 26.5 millones de mexicanos en 2016 a 28.6 millones en 2020 (Coneval, 2021). Ni que 59.1%

de los hogares se encuentren en algún tipo de inseguridad alimentaria (Shamah-Levy et al., 2021).

Quizá una tarea pendiente para las redes agroecológicas es desarrollar estrategias y acciones que permitan a más personas acceder a alimentos nutritivos, sanos y sostenibles en un intercambio factible y benéfico para ambas partes, muy probablemente, basándose en la economía social y solidaria. Ésta consiste en la creación de bienes, servicios, etc., que atienden necesidades sociales o ambientales a través de cooperativas, mutuales, organizaciones asociativas o fundaciones, que pueden o no buscar la utilidad, pero siempre conservan principios de reciprocidad, igualdad, solidaridad, democracia, autonomía y reparto equitativo (Viveret et al., 2013). Debido a su enfoque en el bienestar, el interés general y la atención social, una postura completamente contraria a la de la producción agroindustrial, éstas representan un camino viable para el problema de acceso a los alimentos. Pero será pertinente considerarlo cuando las iniciativas logren su propia sostenibilidad, como ésta sea definida por cada colectivo, y puedan mantenerse en el tiempo. Y dependerá de si lo desean, porque esta tarea no es exclusiva de las redes agroecológicas, sino también del Estado y la sociedad.

Por tanto, es imprescindible identificar al consumidor(a) potencial en el territorio, esto es, a quienes impulsen, fortalezcan y vean valor en los alimentos e intercambios de las redes agroecológicas, ya que es más eficiente acercarse a los grupos de consumidores(as) receptivos(as) y facilitar su compra que convencer al público en general, uno por uno. Posteriormente, cuando se vayan fortaleciendo las redes agroecológicas, cuando tengan mejor capacidad para comunicar, satisfagan las necesidades de los/las consumidores(as) y logren mayor volumen o más productores(as) se integren, se irá ampliando el alcance de la población a la que llegan. Pero, ¿por dónde empezar?, ¿quién es ese consumidor(a)? y ¿qué influencia su consumo?

Características más frecuentes del consumidor(a) de alimentos orgánicos en investigaciones internacionales

Antes de empezar, es necesario hacer algunas aclaraciones: para este capítulo no es lo mismo alimentos orgánicos que alimentos agroecológi-

cos; los primeros provienen de un sistema de producción que procura la salud de los suelos, los ecosistemas y las personas, basándose en procesos ecológicos y ciclos adaptados a condiciones del lugar de producción, en vez del uso de insumos artificiales de síntesis química pero que no siempre provienen de la misma parcela (IFOAM, 2013). Para que sea considerado orgánico, es necesario que el producto cumpla con una serie de normas indicadas en la Ley de Productos orgánicos, en el caso de México, o bien, de alguna otra internacional equivalente. Esta categoría la brinda una certificadora de tercera parte²⁷ para la comercialización nacional o internacional, o bien, un sistema de certificación orgánico participativo²⁸ para la comercialización nacional y local exclusivamente.

Por su parte, los alimentos agroecológicos proceden de sistemas locales que aprovechan y gestionan los medios y bienes del entorno local, adaptándose a las prácticas agrícolas y los conocimientos adquiridos en cada lugar y región. Su visión es más holística, debido a su búsqueda constante de autonomía y sostenibilidad, para conseguir una finca independiente tanto de insumos externos como energéticamente (EHNE Bizkaia et al., 2015). Por lo tanto, son sistemas profundamente arraigados en el territorio. Un alimento agroecológico puede ser orgánico, pero no viceversa, ya que la visión social y ambiental es mucho más amplia en la categoría agroecológica. Generalmente, esta categoría es otorgada por los sistemas participativos de garantía²⁹ y algunas certificadoras de tercera parte y, hasta el momento, se utiliza para la comercialización nacional y local.

En esta sección, debido a la poca información existente sobre el consumo de alimentos agroecológicos, al gran desconocimiento de ambos conceptos por parte del consumidor(a) y a algunas cualidades similares,

27. Certificadora de tercera parte: organismo público o privado que se encarga de la evaluación de una unidad productiva de acuerdo con el cumplimiento y grado de implementación de reglas y normas nacionales o internacionales o estándares propios del esquema de certificación (FAO, 2002).

28. Sistema de certificación orgánico participativo: es un sistema de certificación dirigido a pequeños productores o familias organizadas que producen y comercializan sus productos directamente al consumidor final a través de tianguis o mercados establecidos. Se basa en la Ley de Productos Orgánicos de México y el cumplimiento de los Lineamientos de Operación Orgánica (Senasica, 2021).

29. Sistema Participativo de Garantía: son sistemas de garantía de calidad que operan a nivel local. Certifican a productores tomando como base la participación activa de los actores y se construyen a partir de la confianza, las redes sociales y el intercambio de conocimientos (Torremocha, 2012).

se hablará solamente de alimentos orgánicos. También es importante aclarar que la información expuesta a continuación son hallazgos para que productores(as), investigadores(as), iniciativas, empresas y redes agroecológicas prueben su utilidad; por ningún motivo esta información debe considerarse concluyente, ya que cambiará según las condiciones del territorio y el/la consumidor(a).

Ahora sí, quiénes son y dónde se pueden encontrar consumidores potenciales son preguntas que no tienen una respuesta absoluta. No obstante, existen ciertos indicios que podrían comprobarse para conocer las características sociodemográficas de éstos y saber ubicarlos en el territorio. La información a mostrar está basada en el análisis de 32 artículos de libre acceso de los últimos cinco años. Fueron obtenidos de la meta-base Scopus de Elsevier (www.scopus.com), bajo las palabras: *characteristic, consumer y organic food* dentro del título, resumen y palabras clave. Se excluyeron todos los artículos que no tuvieran como objetivo caracterizar, conocer, y/o ubicar a los consumidores de alimentos orgánicos y estuvieran en un idioma diferente al español o el inglés. A continuación, se muestran de manera resumida las similitudes en sus conclusiones y resultados.

Características sociodemográficas

Diferentes investigaciones internacionales coinciden en reconocer ciertas características del consumidor(a) de alimentos orgánicos. Entre las más sobresalientes figuran: los ingresos, que van de medios a altos; el nivel educativo, que muestra estudios de universitarios en adelante; el género: en tanto las mujeres son quienes compran más, están más interesadas o son más receptivas y se ubican en un rango de edad de 45 a 59 años (Boboli et al., 2023; Brył, 2018; C Mitić y Čolović, 2022; Emanuel et al., 2022; Erdal et al., 2020; Fogarassy et al., 2020; Goktuna y Hamzaoglu, 2023; Tohidi et al., 2023; Zhang et al., 2023). El estado civil también pareciera influir, ya que las personas casadas y con hijos(as) menores de 18 años evidencian mayor intención de comprar alimentos orgánicos (Madureira et al., 2021). Pero, estas dos últimas características suelen divergir en algunas regiones, como Serbia (C Mitić y Čolović, 2022) y Selangor, Malasia (Emanuel et al., 2022).

Los datos indican que quienes podrían ser más propensas a comprar alimentos orgánicos son mujeres adultas maduras, de ingresos medios-altos, con un nivel educativo universitario o de posgrado. Si tú lector(a) eres productor(a), comercializador(a) o gestor(a) de algún punto de venta, ¿encuentras alguna coincidencia con lo anteriormente mencionado?

Motivaciones de compra de alimentos orgánicos

Se encontró que la principal motivación de las consumidoras es la salud, ya sea porque quieren alimentarse mejor, evitar la contaminación de agroquímicos y otras sustancias que existen en los alimentos convencionales o buscan mejorar y mantener un estilo de vida saludable, etc. (Chowdhury et al., 2021; Fogarassy et al., 2020; Kita et al., 2021; Raptou y Manolas, 2022; Secer, 2023; Sekhar et al., 2021; Seth et al., 2022). Otros motivos de compra son la calidad de los productos y sus beneficios ecológicos y/o sociales (Chowdhury et al., 2021). No todos los consumidores(as) se sienten motivados por estos últimos, a pesar de lo cual éstas pueden ser razones de peso para que las consumidoras prefieran estos alimentos por encima de otros similares o se justifique el precio de los mismos.

Contrastando las características sociodemográficas y las motivaciones de las consumidoras con las características de la población en el territorio, se encuentra que el mercado actual de alimentos orgánicos es de nicho, es decir, corresponde a un segmento de consumidores relativamente pequeño con características similares y muy específicas (Fischer y Espejo, 2011). En caso de ser así en los territorios, será necesario conocer su tamaño aproximado, cuáles son sus atributos específicos, qué significa satisfacerlo y cuáles serán sus tendencias. Posteriormente se descubrirá el potencial que podría tener la propuesta de comercialización e intercambio de la iniciativa o red orgánica.

El consumo de alimentos en tianguis y mercados ecológicos, hallazgos en el territorio de Puebla y Tlaxcala

En esta sección se hablará de los resultados encontrados en el estudio de consumo realizado en 2022 para el proyecto “Fortalecimiento y habilitación de redes e iniciativas alimentarias de producción y consumo local de economía social y solidaria, en el marco territorial de la zona metropolitana Puebla-Tlaxcala”, uno de los proyectos nacionales de investigación e incidencia para la Soberanía alimentaria de Conahcyt. El proyecto tiene como objetivo coadyuvar a la habilitación, implementación y reforzamiento de redes de producción y consumo locales, así como de iniciativas alimentarias enmarcadas en la economía social y solidaria (IAESS), ubicadas en la zona metropolitana Puebla-Tlaxcala, que integren a distintos actores sociales que promuevan el uso de alimentos cultural y ecológicamente apropiados, nutrimentalmente pertinentes, territorialmente adecuados, que caminen hacia la construcción de sistemas alimentarios locales, justos, democráticos y ecológicos.

Parte de los objetivos del estudio de consumo se dirigieron a conocer aspectos socioeconómicos, prácticas de compra, preferencias, diferencias en el comportamiento asociadas al género y los alimentos, la conciencia sobre los alimentos ecológicos y tradicionales de consumidores(as) de mercados y tianguis ecológicos y atributos nutricionales y de consumo. Para lograrlo se aplicaron encuestas cara a cara en Puebla y Tlaxcala en las que se preguntó por alimentos ecológicos, de manera de englobar a los alimentos orgánicos y agroecológicos. Como se comentó anteriormente, aunque se reconoce la importancia de diferenciar ambos conceptos, desafortunadamente, el consumidor mexicano tiene un gran desconocimiento sobre los significados e implicaciones, cómo reconocerlos, por lo tanto, no sabe diferenciarlos. Este fenómeno se evidencia incluso en los lugares donde se venden estos alimentos, de ahí la razón de preguntar de esa forma.

El cuestionario se basó en lo propuesto por Do Carmo Stangherlin et al. (2018), Hüttl-Maack et al. (2021), así como en encuestas realizadas previamente en el Tianguis Alternativo de Puebla. Para verificar la comprensión de los encuestados, se realizó una prueba piloto. Posteriormente, se

aplicó un total de 53 encuestas cara a cara, seleccionando a los encuestados al azar, mientras realizaban sus compras. Las encuestas fueron aplicadas en los meses de mayo y junio de 2022, en dos mercados del estado de Tlaxcala y dos de la Ciudad de Puebla que a continuación se describen:

- Mercado Alternativo Agroecológico de Tlaxcala (MAAT): ubicado en Tlaxcala de Xicoténcatl, en el parque San Nicolás, es un mercado de productores que promueve el consumo responsable, la producción agroecológica, el comercio justo y la alimentación saludable, en completo respeto de las tradiciones y preservando el patrimonio cultural inmaterial de la cocina tlaxcalteca. Lo integran diferentes productores(as) y colectivos activistas, como Grupo Vicente Guerrero. Además cuenta con su propio Sistema Participativo de Garantía. Abre todos los viernes de 8am a 2pm.
- Mercado Alternativo Agroecológico de Apizaco (MAAA): ubicado en Apizaco, Tlaxcala, se instala en la cancha de la esquina de B. La Libertad y B. I. Zaragoza, todos los miércoles, de 9 am a 3pm. Este mercado de productores se dedica al intercambio y comercialización de alimentos agroecológicos y a la educación ambiental; tiene valores de comercio justo y solidaridad. Además, promueve la alimentación local y tradicional. La asociación civil Tijtoca Nemiliztli es la que certifica la producción agroecológica de los alimentos.
- Tianguis Alternativo de Puebla (TAP): la organización Sembrarte acoge a este Tianguis, ubicado al sur de la ciudad de Puebla, en la calle Dalías 6103, colonia Bugambilias, todos los sábados de 10 am a 3pm. En este mercado de productores(as) se trabaja para contribuir a un sistema alimentario local basado en la sostenibilidad, la producción agroecológica y orgánica, el intercambio justo y solidario, las relaciones de confianza, así como en la creación de comunidad. Cuenta con dos sistemas de calidad local: el Sistema Participativo de Garantía y el Sistema de Certificación Orgánica Participativa (SCOP). Este último es el cuarto a nivel nacional que ha sido reconocido gubernamentalmente. Es decir, el TAP es el único en el estado que cuenta con un sistema de verificación de calidad avalado por la legislación nacional.

- Encuentro solidario TAMEME: ubicado en la ciudad de Puebla, específicamente, en la calle 11 Sur 5529, colonia Molino de en Medio, este mercado de propiedad privada abre todos los martes y jueves de 10 am a 5pm. Autodenominado mercado orgánico, cuenta con diversos productores(as) y ofrece más de 70 productos orgánicos, naturales, ecológicos, artesanales, locales, etcétera.

Los resultados obtenidos parecen mostrar que los respondientes tienen algunas características similares a las de las consumidoras de alimentos orgánicos de estudios internacionales, entre ellos, el género (C Mitić & Čolović, 2022; Zhang et al., 2023). Aquí pareciera haber un mayor interés de las mujeres, ya que son las que más compran y están más receptivas a estos alimentos. En este estudio el rango de edad de las respondientes fue de 22 a 74 años, con un promedio de 44 años. Su nivel escolar fue de licenciatura en adelante, una coincidencia más (Boboli et al., 2023; Brył, 2018; C Mitić & Čolović, 2022; Emanuel et al., 2022; Erdal et al., 2020; Fogarassy et al., 2020; Goktuna y Hamzaoglu, 2023; Tohidi et al., 2023), y la mitad del grupo eran casadas, también un resultado similar al de Goktuna y Hamzaoglu (2023). Por otra parte, no se podría afirmar la existencia de una tendencia clara en los ingresos mensuales familiares en algún nivel socioeconómico; lo cierto es que en 30% de los casos, tenían un ingreso de medio a alto.

En cuanto al comportamiento de compra, se observó en los resultados que las consumidoras asisten a mercados y tianguis ecológicos una vez a la semana (63%), prefiriendo ir por las mañanas (59.6%). Muchas de ellas compran más de 75% del total de sus alimentos en estos lugares (44%). También se abastecen en mercados públicos, supermercados, tiendas de abarrotes, verdulerías y fruterías. Sus razones para preferir abastecerse en otros lugares son: la calidad de los alimentos, la cercanía del establecimiento respecto a su hogar, la disponibilidad y el precio. Las diferencias comparables que encuentran entre los alimentos convencionales y los adquiridos en mercados y tianguis ecológicos son: la frescura, el sabor, la calidad, el precio y la consideración de que son más saludables. Finalmente, las consumidoras gastan en promedio 35% del total de los ingresos de su hogar en la compra de alimentos.

Las encuestadas buscaban en los alimentos frescura, que fueran saludables, calidad en general, que fueran nutritivos, sabor, precios justos para los productores, que fuera un producto orgánico e inocuo. En general, se identificó que este tipo de consumidoras eran más exigentes, fijándose no sólo en los atributos de los alimentos sino también en sus implicaciones sociales y/o ambientales. Otra coincidencia con las investigaciones internacionales tiene que ver con la salud (Chowdhury et al., 2021; Fogarassy et al., 2020; Kita et al., 2021; Raptou y Manolas, 2022; Secer, 2023; Sekhar et al., 2021; Seth et al., 2022), ya que es uno de los principales motivos de interés y compra de estos alimentos.

Hay que tener en cuenta que si éstos son los atributos de mayor importancia para la consumidora, es probable que deban ser considerados como elementos en la estrategia de comunicación o mensaje a difundir.

Características del consumo de alimentos en tianguis y mercados ecológicos, agroecológicos y/o orgánicos

En los tianguis y mercados ecológicos podemos encontrar diferentes tipos de consumo. En su tesis doctoral, *Consumo solidario en México, vínculos entre productores agroecológicos y consumidores*, Rodríguez Guerrero (2019) proporciona una pauta que puede permitir identificar y reconocer el consumo que hay en las iniciativas y redes agroecológicas. En la tabla 1 se muestra una breve síntesis al respecto.

Las descripciones del consumo expuestas en la tabla 1 no son excluyentes. En algunos casos los(as) consumidores(as) pueden presentar más de un comportamiento a la hora de comprar o manifestarlo sólo con determinados alimentos. Sin embargo, identificar la diversidad del consumo permite imaginar las necesidades, preferencias y desarrollar propuestas que acerquen a los productores(as) y consumidores(as).

A partir de estos elementos podemos empezar a tener una idea de quiénes son, dónde podemos ubicarlos y cómo atraer a más de ellas y ellos. Pero el/la consumidor(a) difícilmente se acercará a las redes agroecológicas si no existe un canal de comunicación que reduzca la brecha entre ambos actores. Al tener una mejor comunicación, podría contribuirse

a que los(as) consumidores(as) tomen decisiones de compra más conscientes e informadas. Por lo que el siguiente paso será pensar en las estrategias que podrían entablar, fortalecer y mantener la comunicación.

TABLA 1. Tipos de consumo en organizaciones donde se comercializan alimentos agroecológicos y orgánicos

Consumo	Ético	Responsable	Saludable	Participativo	Consciente	Solidario
En función de qué toma la decisión de compra	En función de lo que cree que está bien o es correcto	En función de su continuo cuestionamiento sobre lo que hay detrás del alimento o producto. Y la búsqueda de la selección que tenga el menor impacto negativo	En función de mantener y mejorar su salud	Busca acuerdos y/o colaboración con los productores, está dispuesto a aportar su trabajo en la compra o recepción	En función de lograr un consumo sostenible e igualitario, adquiriendo lo mínimo posible	Busca tanto el bienestar individual como el colectivo, adquiere alimentos y productos a empresas solidarias
Qué considera a la hora de comprar	*Las implicaciones sociales y ambientales del producto o alimento. *Las características del alimento.	*Procura consumir lo estrictamente necesario. *Consumo como acto político que contribuye a la transformación social. *Las características del alimento.	*Una alimentación saludable, un estilo de vida donde todo gira en torno a mantener y mejorar la salud.	*Le interesa estar al tanto del producto o alimento que consume.	*Las implicaciones sociales y ambientales del producto o alimento. *Consumo como acto político que contribuye a la transformación social.	*Las implicaciones sociales para extender y reforzar la red de colaboración solidaria. *Las características del alimento.

Preferencias/ necesidades	Alguna garantía, como una certificación de comer- cio justo o ambiental.	Necesita mayor información del producto o ali- mento: cómo se produce, beneficios, sus implicaciones sociales y ambien- tales, consideraciones éticas, etc., para que pueda tomar la mejor decisión	Se acerca a los alimentos orgánicos y agroecológi- cos por sus característi- cas nutritivas, aportes a la salud y carencia de agentes tóxicos.	Necesita una rela- ción directa con el productor.	*Las característi- cas del alimento. *El precio de los alimentos, éstos deben ser más caros que los convencionales, pero más baratos que los certi- ficados como orgánicos.	*Consumo como acto político que contribuye a la transformación social.
					Necesita mayor información	Prefiere alimentos que provienen de redes solidarias.

Tendencia	Disposición a pagar un precio extra	El apoyo a las causas solidarias, ambientales y sociales es involuntario.	Está enfocado en participar para la solución de problemas que comparte con productores, cualquier figura que esté en medio, que pretenda controlar o ejercer presión en sus acuerdos o soluciones, será excluida.	Tener un mayor beneficio mitigando el daño de la decisión.	Está dispuesto a hacer un mayor esfuerzo económico o de participación con el productor para obtener el producto o alimento, ya que es una forma de militancia política.
-----------	-------------------------------------	---	---	--	---

FUENTE: elaboración propia a partir de Rodríguez Cuervo, 2019.

La importancia de escucharnos y comunicarnos para fortalecer la relación de las redes agroecológicas con el/la consumidor(a)

El trabajo de convencimiento es poco eficaz e implica mucho esfuerzo y tiempo, recursos con los cuales, no siempre cuentan las iniciativas agroecológicas. No se trata de ir predicando y “evangelizando” sobre la alimentación sana, sabrosa, sostenible, socialmente justa y local. Como se había mencionado, es necesario encontrar al consumidor(a) receptivo(a) y reducir la brecha con el/ella; posteriormente se podrá ampliar el nicho de mercado. Cuando digo reducir la brecha con el/la consumidor(a), me refiero a entablar una comunicación cercana que le permita conocer las iniciativas, ubicarlas y abastecerse fácilmente. Esto no se da instantáneamente, debe pasar por un proceso de reconocimiento, familiaridad y experiencia. En esto radica la importancia de escucharnos de ida y vuelta. Para dar el primer paso en esta dirección, es necesario caracterizar al consumidor, conocer sus necesidades, preferencias prácticas y proporcionarles la información precisa que propicie el acercamiento.

Como parte de la búsqueda bibliográfica, se identificaron recomendaciones para fomentar el reconocimiento del consumidor y su intención de compra de alimentos orgánicos. Éstas se clasificaron en dos temas y se presentan en los siguientes apartados. Desde mi punto de vista, considero que también son aplicables para las redes agroecológicas y podrían implementarse desde lo individual hasta lo colectivo.

Informar mejor al consumidor(a), reformulando su relación con los alimentos y quienes le abastecen.

Es difícil que las empresas o productores orgánicos sean considerados como una opción de compra si el consumidor(a) no les conoce (Zhang et al., 2023). Por ello, es forzoso visibilizar las empresas, productores, sus alimentos, productos y el esquema productivo para que el/la consumidor(a) se familiarice. En este sentido, si la principal motivación de compra es la salud (Erdal et al., 2020) y de ahí sigue el cuidado del medio

ambiente o cualidades sociales (Madureira et al., 2021), el etiquetado, los anuncios, volantes, publicaciones en redes sociales y cualquier material de comunicación puede procurar denotar estas motivaciones para hacerlos más atractivos y atrayentes (Bello y Abdulai, 2018; Canova et al., 2020). Se sugiere difundir el material de comunicación a través del medio que emplean los/las consumidores(as) potenciales.

Es pertinente que el mensaje contenga la información completa, para que se entienda en qué consiste el esquema productivo y/o el concepto de un alimento orgánico (Barone et al., 2019; Kita et al., 2021), junto con el valor agregado que aporta y lo diferencia de otros productos similares. Aquí es necesario conciliar entre un mensaje atractivo, con información completa pero simple. Un exceso de información resulta ineficiente, pues el/la consumidor(a) puede sentirse abrumado, saturado o tener la sensación de perder el tiempo al leer, prefiriendo dejarla a un lado. Cuanto más conciso, claro, breve, motivador, alcanzable y congruente con lo que somos y ofrecemos sea el mensaje, será mejor (Fogarassy et al., 2020; Goktuna y Hamzaoglu, 2023; Molinillo et al., 2020; Mtimet et al., 2020).

Existen buenas estrategias para aumentar la difusión, como son: los promocionales (Peštek et al., 2018), las campañas de comunicación o sensibilización (Molinillo et al., 2020; Mtimet et al., 2020; Rizzo et al., 2023) y las actividades de educación del consumidor(a) (Barone et al., 2019; Liang et al., 2023). Esto último también es válido, ya que no se trata sólo de hacer y seguir lo que el consumidor(a) demanda. Es de suma importancia exponer las razones por las cuales no se puede ofrecer las mismas condiciones y comodidades que la oferta convencional, junto con los beneficios sociales y/o ambientales que implica la transformación de las prácticas. Asimismo, se tendrán que ofrecer alternativas que faciliten la adaptación a las transformaciones, que sustituyan los hábitos, productos o alimentos convencionales a los que el/la consumidor(a) está acostumbrado(a).

Las creencias que quienes los consumen tienen sobre los alimentos orgánicos se centran en que son saludables, amigables con el ambiente, más sabrosos, mantienen el bienestar animal, son sustentables y libres de preservantes, aditivos, colorantes, saborizantes y transgénicos (Bryt, 2018; Chiripuci et al., 2022; Emanuel et al., 2022; Liang et al., 2023; Wi-

tjaksono et al., 2023). Por el contrario, existe una confusión en torno a los conceptos local, ecológico, natural y libre de transgénicos, ya que muchas veces se toman como sinónimos (Erdal et al., 2020; Goktuna y Hamzaoglu, 2023; Mtimet et al., 2020; Rizzo et al., 2023). Esto nos dice que no se llega a comprender por completo las implicaciones que hay alrededor del esquema productivo orgánico. Aprendiendo de esta lección, cuando se desee trabajar el concepto de alimentos agroecológicos, será importante evitar palabras aisladas que puedan confundir al consumidor(a).

De acuerdo con la evidencia obtenida en la investigación desarrollada en Puebla- Tlaxcala, se aplicó un cuestionario a personas que acostumbran a comprar sus alimentos en supermercados, mercados públicos, fruterías, etc., y cuyos intereses, motivaciones y preferencias fueran diferentes a lo orgánico, natural, ecológico o agroecológico, a quienes llamaremos consumidores(as) convencionales. Cuando se les preguntó sobre el concepto de alimento agroecológico, 67% de las respondientes lo relacionó con frases como: sin químicos, libre de pesticidas, libre de fertilizantes artificiales, libre de insecticidas y sin hormonas; mientras que 34% lo vinculó con: poco impacto ambiental, ecológico, amigable con el medio ambiente, sin daño a la tierra, cuidado de la tierra y orgánico.

Si bien las frases están implícitas, se puede observar cómo todavía no se entiende por completo lo que conlleva lo agroecológico y el esquema productivo. Ello da cuenta de que existe un vasto trabajo para desarrollar estrategias que permitan construir la familiaridad hacia los alimentos de las redes agroecológicas. En la siguiente gráfica se observan las palabras utilizadas de manera más frecuente en sus respuestas.

Ésta puede ser una estrategia complicada, porque se trata de dos conceptos muy complejos por sus implicaciones, que son difíciles de entender y con los cuales familiarizarse. Al mismo tiempo, estos conceptos brindan autenticidad y respaldo a los alimentos agroecológicos. Cualquiera que sea la decisión a implementar, siempre hay que procurar que sea sencilla, fácil de replicar, comprensible, que aporte a nuestros objetivos y valores y, de preferencia, trascienda los requerimientos que el consumidor(a) desea o le interesa conocer.

Una etiqueta, logo, sello y/o el desarrollo de una imagen de los alimentos provenientes de las redes agroalimentarias puede facilitar la creación de la familiaridad y acompañarlos en los espacios de comercialización e intercambio (Goktuna y Hamzaoglu, 2023; Mtimet et al., 2020). En general, cualquier mecanismo que permita el reconocimiento y diferenciación sobre otros será de gran ayuda. Además de contribuir a la creación de una imagen y concepto identificable por el/la consumidor(a), resolverá la confusión en torno a éste a la hora de comprar, ya que la consumidora de mercados y tianguis ecológicos reportó que en general no puede distinguir los alimentos orgánicos y agroecológicos de los demás (Goktuna y Hamzaoglu, 2023). Esta estrategia también contribuye a combatir la competencia desleal, en la que algunos productores o empresas, aprovechándose de la confusión de quienes compran, se venden como tales sin contar con los estándares de calidad, el trabajo y el esfuerzo de quienes sí lo hacen.

Actualmente, los/las productores(as) se ganan la confianza de consumidores(as) en cada intercambio o compra, mediante el servicio y la atención que brindan (Canova et al., 2020) y las condiciones del lugar. La limpieza, el ambiente, la música, etc., refuerzan la confianza perceptiva (Shuai, 2023). Asimismo, la comunidad que se crea alrededor de los mercados y tianguis ecológicos aporta a la confianza del consumidor (Tangnatthanakrit et al., 2021). ¿Cuántas veces no hemos visto o experimentado con algún alimento por recomendación de alguien más que también estaba comprando? Por último, algo determinante es la misma experiencia con el producto o alimento (Erdal et al., 2020), es decir, si resolvió o no la necesidad del consumidor(a). A lo antes descrito lo llamaremos relación directa y, a pesar de ser una gran labor, es limitado en sus

posibilidades de llegar a otros consumidores fuera de estos mercados y tianguis. Por ello, es imprescindible desarrollar mecanismos dirigidos a fortalecer la confianza, a pesar de que la venta o intercambio sea indirecto, con la finalidad de ampliar los canales de comercialización de las redes, sin olvidar conservar la imagen y el mensaje consistente de la iniciativa o red.

Mecanismos de fidelización del consumidor funcionales para comercialización directa e indirecta.

Otros mecanismos que pueden ayudar, sobre todo cuando la comercialización no es cara a cara, son, por ejemplo, hacer alianzas con otras organizaciones o expertos en la salud que coinciden con los mismos valores, para que promuevan y recomienden a las iniciativas (Goktuna y Hamzaoglu, 2023; Kita et al., 2021; Liang et al., 2023). En general, cualquier método de difusión empleado puede acompañarse de incentivos para la compra y fidelización, como tarjetas de recompensas, regalos de cumpleaños, promociones y descuentos (Liang et al., 2023). Estas decisiones se podrán considerar exitosas si la relación se vuelve cercana con el/la consumidor(a), éste se siente satisfecho, es más reconocida la imagen y concepto y si la red, empresa, iniciativa o productor logra mayores ventas o intercambios. Éstas son algunas sugerencias. Lector(a), ¿identificas algún otro mecanismo?

Es verdad que, para mejorar la comunicación con la consumidora, también se necesita mejorar la organización entre las redes agroecológicas, ya que será poco factible y tendrá poco alcance que cada productor(a) desarrolle e implemente sus estrategias de comunicación de manera fragmentada (Chekol et al., 2022). Aun cuando algunas recomendaciones de esta sección pueden implementarse en lo individual, es oportuno que varias redes se coordinen para ejecutar las mismas estrategias y lograr un mensaje colectivo que tenga mayor alcance e impacto. Esto también podrá ayudar en la repartición del trabajo y los costos que pudieran surgir. Por último, para aumentar la probabilidad de éxito, es pertinente hacer alianzas con expertos y universidades que acompañen el proceso y contribuyan con información para mejorar la toma de decisiones.

Otros retos que enfrentar, caminos a explorar en la construcción de soluciones

Con la intención de contribuir a la solución de los retos identificados en las redes, en este apartado se ofrecen algunas alternativas a explorar, fundamentadas en las mismas investigaciones y la experiencia de esta autora. La primera a discutir es la preferencia del consumidor(a) mexicano por los supermercados para el abastecimiento de alimentos. Si observamos, nos daremos cuenta que estos espacios cuentan con una gama amplia de alimentos homogéneos y atractivos visualmente todo el año, como también con artículos para el hogar. Los horarios son muy amplios para hacer las compras; además, se ubican en puntos estratégicos de las ciudades, por lo general, muy bien comunicados a las vías de transporte para que el/la consumidor(a) llegue en transporte público o en su vehículo; además, cuentan con grandes estacionamientos. Entre otros aspectos, podría decirse que estos espacios facilitan la labor de las compras para el hogar, entendiendo que en las ciudades los ritmos de vida son más rápidos y no se cuenta con mucho tiempo para comprar, de ahí la amplia disponibilidad en horarios, la gran oferta de productos y la cercanía a los hogares; incluso se ofrecen alimentos precocidos, listos para comer, fáciles de preparar, “prácticos”, que tienen la finalidad de reducir el tiempo de elaboración de la comida.

Ante esto, las iniciativas, empresas, productores y redes agroecológicas dan cuenta de una gran dificultad, porque los tiempos y ciclos de la naturaleza no van de acuerdo con las ciudades, lo que significa que en ciertas temporadas habrá gran diversidad y disponibilidad de alimentos y en otras no. Algunos alimentos sólo estarán disponibles en determinados lugares, por ejemplo, las frutas tropicales no serán una opción amplia si estamos ubicados en lugares fríos. Entonces, es pertinente pensar en mecanismos que mitiguen la situación, por ejemplo, ampliar la variedad de alimentos y productos que se ofrecen al consumidor(a) mediante la unión virtual o física con otros(as) productores(as), lo que también reducirá costos administrativos y de venta, y puede ayudar a distribuir alimentos no disponibles en la región y que el/la consumidor(a) demanda. O realizar campañas de concientización que informen por qué tenemos

estas limitaciones y enuncien las implicaciones y beneficios que hay detrás. También, ofreciendo opciones alternativas cuando la disponibilidad de ciertos alimentos sea baja, por ejemplo, con conservas, siendo necesario enseñar a comerlas y prepararlas. A ello pueden agregarse muchos otros mecanismos, que tengan en la mira resolver la necesidad básica del consumidor(a) y facilitar su labor de compra, claro, dentro de nuestras capacidades.

El segundo obstáculo, el precio. Los alimentos convencionales suelen generar externalidades que los hacen muy baratos. Las externalidades son todos los costos que alguien más pagó, como la contaminación por el uso de agroquímicos y el uso excesivo del agua, que pagó el medio ambiente, o la comercialización que hizo un intermediario comprando muy barato al productor(a), lo que no alcanza para cubrir los costos del cultivo. Aquí el productor(a) paga con su bolsillo, tiempo y esfuerzo. Estas externalidades nunca las cubre quien comercializa, por eso tiene la “capacidad” de ofrecer alimentos económicos, en algunas temporadas o todo el año. Entonces, cuando el consumidor(a) compara el precio con el de un alimento proveniente de las redes agroecológicas, puede parecerle excesivo.

Independientemente de las razones por las cuales los precios de los alimentos de las redes agroecológicas pudieran elevarse, en algunas ocasiones la comunicación sigue siendo una herramienta muy poderosa. Cuando se comunican las razones por las que los precios parecieran más elevados, se justifica y se fortalece la confianza en el productor(a) y el alimento. Aquí el reto estará en difundir el mensaje y que llegue al consumidor(a) potencial. Además, si tú lector eres productor o productora y no tienes cuantificados tus gastos y ganancias, es conveniente implementar herramientas de gestión que te permitan hacerlo para establecer mejor los precios y desarrollar estrategias o promociones que fomenten el abastecimiento e intercambio de lo que produces.

Así, el análisis de los resultados de la encuesta aplicada en tianguis y mercados ecológicos mostró que 48% de los respondientes indicaron que pagarían de 5 a 10% “extra” al precio convencional por alimentos provenientes de estos lugares, mientras que 38% mencionaron que pagarían hasta 25% más. Los porcentajes señalados son conocidos como la disposición a pagar un precio extra y nos hablan de qué tanto el/la

consumidor(a) valora el producto o alimento. Aunque elevar los precios no contribuye a la soberanía alimentaria de la región, dado que segmenta el acceso, entendemos que elevar los costos puede responder a otras causas. Por lo tanto, es preciso tomarlo en cuenta, ya que probablemente por encima de los porcentajes mencionados se disuadirá el consumo y la adquisición de alimentos.

Por otro lado, cuando los precios de los alimentos provenientes de las redes agroecológicas sean iguales o menores a los de los alimentos convencionales, es fundamental difundirlo con el/la consumidor(a). Así, nos alejamos del paradigma de los alimentos orgánicos caros e inaccesibles y se agregará el atributo de “accesible”, además, de sanos, sabrosos, sostenibles, socialmente justos y locales a los alimentos agroecológicos, dándoles una mayor ventaja sobre los convencionales.

El tercer obstáculo es que, desafortunadamente, en México es muy pequeño el porcentaje de consumidores(as) preocupados por el medio ambiente. En general, al consumidor(a) le interesa poco la protección del medio ambiente y la conservación de la biodiversidad; su compra está más influenciada por sus ritmos de vida, practicidad, cercanía y sobre todo el precio. Esto afecta la captación de nuevos compradores(as), ya que muchas veces, a pesar de las razones y beneficios que señalemos para preferir los alimentos de las iniciativas agroecológicas, éstos no serán suficientes, porque simplemente, para el/la consumidor(a) no es importante. No obstante, las campañas de concientización pueden contribuir a mitigar este obstáculo, pero se deberá tener cuidado en el mensaje a difundir y cómo comunicarlo, entendiendo que al cerebro humano le es fácil atender los problemas tangibles. En cierto modo, cuando en las ciudades se habla de cambio climático, contaminación, escasez de recursos y otras problemáticas, el/la consumidor(a) puede no estar entendiendo de qué manera lo amenaza o afecta directamente. Ello responde, en gran medida, a la desconexión con la naturaleza y los alimentos que comemos. Por lo anterior, es necesario hablar de los beneficios ambientales de los alimentos agroecológicos de forma positiva, motivadora, amable, de un modo que sea muy palpable para las personas.

Otro punto a considerar es la dirección del mensaje, que puede verse de forma positiva o negativa. Según la neurocientífica Tali Sharot, cuando el

cerebro se siente amenazado, su reacción natural es paralizar al cuerpo, huir o evitar y muy pocas veces hacer algo; esto puede suceder incluso al leer. Siendo así, las campañas de concientización explícitas y crudas a veces no tienen éxito, pues los mecanismos de nuestro cerebro las hacen a un lado (Tali Sharot, 2014). Entonces, a la hora de desarrollar campañas de concientización será de ayuda considerar estas observaciones.

Tal vez el mayor reto de las redes agroecológicas es el de convertirse en una opción de compra e intercambio a la que se pueda acceder fácilmente, por lo menos, un porcentaje importante del territorio; probablemente, no compitiendo a la par de las grandes empresas. No sólo porque bajo las lógicas neoliberalistas actuales es difícil lograrlo y, por el momento, no cuentan con las condiciones, sino porque las redes agroecológicas apelan a un sistema agroalimentario diferente. En ellas, el comer sostenible involucra disfrutar la conexión con nuestra cultura y ambiente natural, nutrirnos, aprovechar los recursos, buscar el mutuo beneficio y priorizar la vida o el buen vivir de todos(as) los/las implicados(as). Cualquiera que sea la decisión de la red, será imprescindible seguir construyendo comunidad, elaborar información, propuestas, forjar alianzas, proponer leyes más convenientes, etc., para adaptarse a los entornos y superar los retos que se enfrentan.

Conclusiones

La evidencia y las propuestas presentadas en el capítulo muestran pautas a explorar. El conocimiento del consumidor(a) expuesto todavía es insuficiente, es necesaria mayor investigación y experimentación que detalle sus características para mejorar la identificación y el acercamiento a él y ella, con miras a entablar una comunicación adecuada y favorecer la comercialización y la inserción o desarrollo de cadenas productivas solidarias.

Una vez entablada la comunicación, es importante pensar en herramientas y estrategias que la mantengan y la mejoren continuamente. Además, en pro de reducir la brecha con el consumidor(a) se deberá considerar la satisfacción de sus necesidades, las cuales no son estáticas, y

facilitar, en la medida de lo posible, la labor de compra, siendo necesario adaptarse a las nuevas situaciones.

Sin embargo, éste no es el único trabajo. Se podría decir que las iniciativas agroecológicas están inmersas en cuatro entornos: el social, el ambiental, el del Estado y el de mercado, que inciden en ella y la retroalimentan. Sin embargo, cada uno de ellos es atravesado por diferentes obstáculos. Actualmente, éstos ejercen una gran presión que las condiciona y restringe, volviéndose toda una proeza el surgimiento de nuevas iniciativas y la subsistencia de las ya existentes. Por eso, también es necesario influir en los entornos que las limitan y desarrollar políticas públicas, facilidades y condiciones que las impulsen, de lo contrario no serán una alternativa factible.

Aunque se sabe que las iniciativas y las redes agroecológicas representan un camino real para mitigar las problemáticas sociales y ambientales derivadas de la producción alimenticia agroindustrial, que es insostenible, y que permiten la regeneración de los entornos, a la par de producir alimentos, estos beneficios no podrán materializarse sin la participación del Estado, de empresas, universidades, investigadores, productores, redes, gestores, ciudadanos, entre otros actores que trabajen en pro de la construcción de un sistema alimentario diferente y aporten a la resolución de problemas y obstáculos.

Por otro lado, se recomienda a las iniciativas y redes agroecológicas dejar a un lado la resistencia en cuanto al mercado y la generación de ganancias, ya que podría ser una de las fuentes que las sostengan en el tiempo. Es vital recordar que las redes agroecológicas buscan proteger, regenerar y reproducir la vida con su quehacer. Éstas no optimizan y maximizan utilidad monetaria, sino bienestar. Por lo tanto, la generación de recursos no sólo sostiene el quehacer, sino que aporta al bienestar de los integrantes y del movimiento. Éstas no son un fin sino un medio que mantiene condiciones dignas para todos(as) los/las involucrados(as) en la red. Mientras se continúe con esa visión y se conserven los principios de transparencia, democracia, reparto equitativo, igualdad, apoyo mutuo, etc., las ganancias monetarias aportarán a su desarrollo.

Es innegable que la complejidad de las iniciativas y redes agroecológicas es mucho mayor porque llevan a cabo diversas tareas y nadan contra corriente, pero aun así están construyendo o reconstruyendo otro paradigma, un sistema agroalimentario local donde la vida es la prioridad. Sin embargo, adaptarse y mejorar las condiciones de los entornos que las oprimen, significa preparar el terreno para que florezcan y se reproduzcan la agroecología, la soberanía alimentaria y el bienestar en nuestro territorio. Su principal motor de cambio radica en la diversidad y las personas que las conforman. Así que, ¿por qué no explotar ese potencial? Al mejorar la comunicación con el/la consumidor(a) sumamos a más personas que, a su vez, invitan a otros productores(as), consumidores(as), redes, etc. Somos muchos y podemos ser más.

Bibliografía

- Artola Pimentel, M. de L., y Macías Mesa, J. A. (2002). Empresas de clase y calidad percibida. *Industrial*, 23(2), 49-52.
- Barone, B., Nogueira, R. M., Guimarães, K. R. L. S. L. de Q., y Behrens, J. H. (2019). Sustainable diet from the urban Brazilian consumer perspective. *Food Research International*, 124, 206-212. <https://doi.org/10.1016/j.foodres.2018.05.027>
- Bello, M., y Abdulai, A. (2018). The use of a hybrid latent class approach to identify consumer segments and market potential for organic products in Nigeria. *Agribusiness*, 34(2), 190-203. <https://doi.org/10.1002/agr.21506>
- Boboli, I., Thoma, L., y Mano, R. (2023). Who is Paying More for Organic Food? Evidence from a developing country considering socio-demographic characteristics of consumers. *WSEAS Transactions on Business and Economics*, 20, 1167-1177. <https://doi.org/10.37394/23207.2023.20.104>
- Brył, P. (2018). Organic food online shopping in Poland. *British Food Journal*, 120(5), 1015-1027. <https://doi.org/10.1108/BFJ-09-2017-0517>
- C Mitić, V., y Čolović, M. M. (2022). The basic features of typical consumers of organic food. *Journal of Agricultural Sciences (Belgrade)*, 67(4), 433-452. <https://doi.org/10.2298/JAS2204433M>

- Canova, L., Bobbio, A., y Manganelli, A. M. (2020). Buying organic food products: the role of trust in the theory of planned behavior. *Frontiers in Psychology*, 11. <https://doi.org/10.3389/fpsyg.2020.575820>
- Chekol, F., Hiruy, M., Tsegaye, A., Mazengia, T., y Alimaw, Y. (2022). Consumers' frequency of purchasing behavior of organic honey and butter foods from the farmers' food product market in Northwest, Ethiopia: a poisson regression approach. *Cogent Social Sciences*, 8(1). <https://doi.org/10.1080/23311886.2022.2144871>
- Chiripuci, B., Popescu, M. F., y Constantin, M. (2022). The european consumers' preferences for organic food in the context of the European green deal. *Amfitratu Economic*, 24(60), 361-378. <https://doi.org/10.24818/EA/2022/60/361>
- Chowdhury, S., Meero, A., Abdu Rhman, A. A., Islam, K. M. A., y Zayed, N. M. (2021). An empirical study on the factors affecting organic food purchasing behavior in bangladesh: analyzing a few factors. *Academy of Strategic Management Journal*, 20(4), 1-12. <https://www.researchgate.net/publication/352222167>
- Coneval (2021). Carencia por acceso a la alimentación nutritiva y de calidad. https://www.coneval.org.mx/EvaluacionDS/MejorasUso/IPP/Documents/Carencia_alimentacion2021.pdf
- Ehne Bizkaia, Bizilur-Lankidetzarako, VSF-Herrien Bidezko Elikadura, y Emaús Fundación Socia. (2015). Construyendo Soberanía Alimentaria en Euskal Herria -agroecología -cuaderno 2. www.elikaherria.com
- Emanuel, E., Shafie, F. A., y Abdullah, A. M. (2022). Consumer perception of attributes of organic food in Shah Alam, Malaysia. *Malaysian Journal of Consumer and Family Economics*, 28, 1-18.
- Erdal, B., Turhan, Ş., Guldaz, M., y Kilic, T. (2020). Motivation and health in the embodiment of organic foodconsumption trends. *Fressenius Environmental Bulletin*, 29(7), 5523-5529. <https://www.researchgate.net/publication/348325142>
- FAO (2002). Manual de Capacitación - Certificación de Calidad de los Alimentos Orientada a Sellos de Atributos de Valor en Países de América Latina 2. Certificación y acreditación. FAO. <https://www.fao.org/3/ado94s/ado94s03.htm#:~:text=Un%20Sistema%20de%20certificaci%C3%B3n%20por,que%20procede%20a%20la%20certificaci%C3%B3n>

- Fischer, L., y Espejo, J. (2011). *Mercadotecnia* (4ª ed.). McGraw-Hill.
- Fogarassy, C., Nagy-Pércsi, K., Ajibade, S., Gyuricza, C., y Ymeri, P. (2020). Relations between circular economic “principles” and organic food purchasing behavior in Hungary. *Agronomy*, 10(5). <https://doi.org/10.3390/agronomy10050616>
- Goktuna, B. O., y Hamzaoglu, M. (2023). Organic Food Demand in Turkey: segmentation from necessity to variety. *Organic Agriculture*, 13, 145-171. <https://doi.org/10.1007/s13165-022-00418-x>
- IFOAM (2013). *El Manual para el Curso de Líderes Orgánicos para el Desarrollo de la Agricultura Orgánica*. file:///C:/Users/GIZELLA/Downloads/OLC_Reader_LatAm_Web.pdf
- Kita, P., Žambochová, M., Strelinger, J., y Mazalánová, V. K. (2021). Consumer behaviour of slovak households in the sphere of organic food in the context of sustainable consumption. *Central European Business Review*, 10(1), 1-17. <https://doi.org/10.18267/J.CEBR.256>
- Liang, A. R. Da, Lim, W. M., Tung, W., y Lin, S. Y. (2023). Understanding different types of consumers: A multi-group analysis based on convenience food-related lifestyle. *AIMS Agriculture and Food*, 8(2), 374-390. <https://doi.org/10.3934/AGRFOOD.2023021>
- Madureira, T., Nunes, F., Veiga, J., y Saralegui-Diez, P. (2021). Choices in sustainable food consumption: How spanish low intake organic consumers behave. *Agriculture*, 11(11), 1125. <https://doi.org/10.3390/agriculture11111125>
- Méndez, J. J. (2023). Una canasta básica, se puede comprar con tres salarios mínimos. UPRESS. <https://upress.mx/secciones/academia/10242-una-canasta-basica-se-puede-comprar-con-tres-salarios-minimos>
- Molinillo, S., Vidal-Branco, M., y Japutra, A. (2020). Understanding the drivers of organic foods purchasing of millennials: Evidence from Brazil and Spain. *Journal of Retailing and Consumer Services*, 52. <https://doi.org/10.1016/j.jretconser.2019.101926>
- Mtimet, N., Souissi, A., y Mhamdi, N. (2020). Tunisian consumers perception and behaviour towards organic food products. *New Medit*, 19(1), 3-18. <https://doi.org/10.30682/nm2001a>
- Peštek, A., Agić, E., y Cinjarevic, M. (2018). Segmentation of organic food buyers: an emergent market perspective. *British Food Journal*, 120(2), 269-289. <https://doi.org/10.1108/BFJ-04-2017-0215>

- Peter, J. P., y Olson, J. C. (2005). *Comportamiento del consumidor y estrategia de marketing* (7ª ed.). McGraw- Hill Interamericana.
- Raptou, E., y Manolas, E. (2022). Consumption patterns and public attitudes toward organic foods: the role of climate change awareness. *En Climate Change in the Mediterranean and Middle Eastern Region* (pp. 365-393).
- Rizzo, G., Testa, R., Schifani, G., y Migliore, G. (2023). The value of organic plus. Analysing consumers' preference for additional ethical attributes of organic food products. *Social Indicators Research*. <https://doi.org/10.1007/s11205-023-03123-8>
- Rodríguez Guerrero, R. (2019). *El consumo solidario en México. Vínculos entre productores agroecológicos y consumidores*. Universidad de Guadalajara.
- Secer, A. (2023). Factors affecting organic food consumption: insights on consumer awareness and behavioral drivers. *J. Agric. Sci. Technol*, 25(4), 803-815.
- Sekhar, C., Krishna, S., Kayal, G. G., y Rana, N. P. (2021). Does brand credibility matter? The case of organic food products. *British Food Journal*, 124(3), 987-1008.
- Senasica (2021). Certificación Orgánica Participativa. <https://www.gob.mx/senasica/acciones-y-programas/certificacion-organica-participativa-274070#:~:text=El%20Sistema%20de%20Certificaci%C3%B3n%20Org%C3%A1nica,de%20tianguis%20o%20mercados%20establecidos>.
- Seth, E., Faizal, A., James, O. M., Awura-Abena, A. O., Kwadwo, A. D., y Raphae, I. K. F. (2022). Assessing consumer awareness, perception, and willingness to pay a premium for certified organic vegetables. *International Journal of Vegetable Science*, 28(4), 374-383.
- Shamah-Levy, T., Romero-Martínez, M., Barrientos-Gutiérrez, T., Cuevas-Nasu, L., Bautista-Arredondo, S., Colchero, M., Gaona-Pineda, E., Lazcano-Ponce, E., Martínez-Barnetche, J., Alpuche-Arana, C., y Rivera-Dommarco, J. (2021). *Encuesta Nacional de Salud y Nutrición 2020 sobre Covid-19. Resultados nacionales*. Instituto Nacional de Salud Pública.
- Shuai, Z. (2023, abril 23). El final de los supermercados. <https://www.youtube.com/watch?v=g88Ssfdrz3E&t=1496s>.
- Socconini, L. (2008). *Lean Manufacturing paso a paso* (1ª ed.). Norma Ediciones.
- Tali Sharot (2014, octubre 28). How to motivate yourself to change your behavior. TEDxCambridge. <https://www.youtube.com/watch?v=xpoO2vi8DX4>

- Tangnatthanakrit, S., Nuttavuthisit, K., y Na Ayudhya, P. I. (2021). Trust building factors and their impact on consumers-the case of organic food market in Thailand. *Academy of Strategic Management Journal*, 20(5).
- Tohidi, A., Mousavi, S., Dourandish, A., y Alizadeh, P. (2023). Organic food market segmentation based on the neobehavioristic theory of consumer behavior. *British Food Journal*, 125(3), 810-831. <https://doi.org/10.1108/BFJ-12-2021-1269>
- Torremocha, E. (2012). Sistemas Participativos de Garantía. Una herramienta clave para la Soberanía Alimentaria. En *Soberanía alimentaria, biodiversidad y culturas*. Mundubat.
- Viveret, P., Caillé, A., Chaniel, P., Laville, J. L., y Mothé, D. (2013). *Diccionario de la otra economía*. Universidad Nacional de General Sarmiento.
- Witjaksono, J., Rusdin, Dahya, Imran, Sutisna, E., Asmin, y Seerasarn, N. (2023). Gender perspective as the consumer behavior of buying organic rice: A case study in China and Thailand. *IOP Conference Series: Earth and Environmental Science*, 1168(1). <https://doi.org/10.1088/1755-1315/1168/1/012016>
- Zhang, Z., Lo, S. T., Zhu, B., y Kai, Z. (2023). Preference for organic products and buyers' socioeconomic characteristics in emerging markets: the case of packed rice in China. *ABAC Journal*, 43(2), 176-187.

Nuevos protagonistas de un consumo consciente

Rodrigo Rodríguez Guerrero (rodrigorodriguez@iteso.mx) - Centro Universitario de Incidencia Social (CoincidE); ITESO Universidad Jesuita en Guadalajara

Con frecuencia, diversos elementos del medio ambiente son reducidos a su valor instrumental como mercancía y se los considera recursos a disposición de los intercambios comerciales de mercado. Sin embargo, en las últimas décadas hemos visto crecer el interés por mejorar los hábitos de consumo, en gran medida, debido a la degradación ambiental, los problemas de salud crecientes e incluso las implicaciones éticas y sociales derivadas de las prácticas consumistas. En este capítulo nos enfocaremos en el ámbito de los alimentos, considerando que tiene particular relevancia pues se liga con el mantenimiento de la vida de las personas, es una acción cotidiana y, además, es de suma importancia su estrecha relación con lo social, lo cultural y lo medioambiental.

Junto a nuevos hábitos de consumo surgen modelos de distribución y acceso que cuestionan la lógica convencional de las relaciones de compra-venta, dando paso a propuestas organizadas que requieren una alta implicación de productores y consumidores. Aquí se acentúa su protagonismo y, en consecuencia, se crea un consumo diferenciado que, a menudo, tiene mayor grado de complejidad.

Nuevos valores y principios se ponen de manifiesto con el surgimiento de un consumidor activo, de manera que vale la pena preguntarse: ¿este protagonismo del consumidor resulta en un consumo consciente? Y de ser así, ¿qué implicaciones tiene esta manera de consumir? En el presente trabajo se busca entender a qué se refiere el llamado consumo cons-

ciente de alimentos, el rol que toma el consumidor para hacerlo posible y las implicaciones que conlleva consumir de esta manera.

Para lograr tal objetivo se ponen en diálogo distintas formas de entender el consumo en general y, posteriormente, se proponen algunos ejes de análisis relativos al consumo consciente de alimentos. Así, se busca tener un mejor entendimiento de las implicaciones éticas, sociales, políticas y ambientales presentes en las organizaciones que promueven el consumo consciente. Como referente empírico se consideran algunas experiencias de organizaciones que conforman las redes alimentarias alternativas ubicadas en la Zona Metropolitana de Guadalajara, las cuales tienen incidencia regional; se rescatan, además, algunas propuestas y estrategias que estas redes utilizan para facilitar la gestión de sus propios alimentos.

La mercantilización de la naturaleza y los alimentos

Para algunos puede ser “normal” referirse a los alimentos en términos de mercancías, es decir, se tiene un producto que puede ser objeto de una transacción comercial y, por tanto, es posible obtener una ganancia económica a partir de dicho intercambio. Sin embargo, al detenerse por un momento y repensar esta idea, comienza a carecer de sentido aceptarla sin cuestionarse ¿cómo es que el alimento puede constituir en sí mismo un objeto comercializable? Más aún, ¿cómo puede ser valorado comercialmente por encima de su función sustancial en el mantenimiento de la vida o de sus implicaciones simbólicas en las culturas?

Hemos aprendido a ver que, de manera cotidiana, la propia naturaleza es puesta en calidad de mercancía; no sólo los alimentos ya cultivados son vistos como productos con un valor económico en el mercado, sino que los medios necesarios para su producción son considerados objetos de intercambio comercial, de modo que la tierra, el agua, el paisaje, etc., se conciben en sí mismos como objetos para comerciar. Este raciocinio cobra sentido particularmente en las culturas occidentales con una concepción enmarcada en el modelo económico capitalista y neoliberal.

Durand y colaboradores desarrollan esta línea de pensamiento para explicar el camino que ha llevado a la mercantilización de la naturaleza (Durand et al., 2019) y explican cómo el mundo occidental traza fronteras entre lo humano y la naturaleza, teniendo un punto de partida antropocéntrico, en el que el hombre se muestra como especie dominante y como si tuviera un conocimiento tal que le permitiera entenderla y transformarla a su voluntad. Por lo tanto, se tiene una naturaleza objetivada que provee recursos explotables, lo que conlleva el riesgo de tener consecuencias no deseadas; sin embargo, se supone que tales consecuencias pueden aislarse y ser manejadas a conveniencia. En otras palabras, se piensa que, si al explotar los recursos naturales se ocasionan daños ambientales, éstos quedarían en el ámbito local; ahí pueden ser tratados sin mayores impactos en el total de la naturaleza, como si se pudiese aislar el daño o parcializar las afectaciones para que todo siga igual y sin ningún problema a corto o largo plazo.

Según el análisis propuesto por estos autores, en la segunda mitad del siglo *xx* surgieron voces críticas que alertaron sobre la imposibilidad de ignorar los costos ambientales de concebir a la naturaleza como proveedora de recursos; a la vez, se instauraba una visión de ésta como proveedora de servicios ambientales, “equiparando la relación sociedad naturaleza con una transacción mercantil de proveedores (naturaleza) y clientes (sociedad)” (Durand et al., 2019, p. 13). Tal relación mercantil instalada en el discurso neoliberal encuentra lógicas en términos económicos, las cuales se han llevado al mercado, originando propuestas como la de los llamados bonos de carbono (Ávila Oñate y Pineda Basurto, 2023). Éstos se orientan a manejar y disminuir las emisiones de CO₂, los llamados bonos azules que establecen un símil con la conservación de océanos (Pascual Lobo, 2022) o las propuestas de bonos de agua virtual (Castillo, 2023).

En este ejemplo prevalece la idea de que, en efecto, la naturaleza puede ser llevada al mercado, ignorándose todas las relaciones, simbiosis y sinergias en que se sostiene. Así, no se consideran las externalidades sociales y ambientales que se producen por la fractura de esas relaciones simbióticas. Esta situación se traslada a los alimentos, cuando se ignora en ellos toda complejidad del fenómeno biocultural de la alimentación

(Delgado Cabeza, 2010) y se los presenta solamente en términos de productos que tienen un proceso de cultivo o que, en su caso, son procesados para ser convertidos en mercancías, asignarles un precio, llevarlos a un mercado específico para su consumo y, con ello, reducirlos a una función instrumental.

Esta reducción genera un desapego total de la naturaleza y, en este caso, del alimento en aquellas de sus dimensiones que trascienden la esfera económica. Se intercambia una mercancía por un precio determinado, cumple su función momentánea y queda “cubierta” la necesidad hasta el momento en que ésta vuelva a aparecer, en un acto casi mecánico de intercambio sin mayor relevancia aparente.

Por supuesto, podríamos coincidir en que los alimentos no representan cualquier tipo de mercancía, sino que se orientan a cubrir una de las necesidades primordiales del ser humano: comer. Este punto de partida podría llevarnos, a su vez, a la distinción entre distintos tipos de alimentos, a ver su calidad nutricia, su valor simbólico o ritual, y, con ello, sus implicaciones éticas y políticas. Todas las anteriores son preocupaciones fundamentales para la vida humana. La alimentación como fenómeno biocultural complejo y los alimentos como una parte sustantiva pueden abarcar varias lecturas comprensivas que procuraremos abordar.

Como muestra de estos análisis pueden encontrarse explicaciones de corte antropológico. Helen Juárez, por ejemplo, revisa en su tesis doctoral cómo los objetos se convierten en mercancías a las que se asigna un precio determinado, para después asignarle significados y valores que lo vuelven objeto de deseo (Juárez, 2020, p. 40). En su disertación hace una diferencia entre el valor y el precio, aclarando que hay objetos con valor simbólico no ligado al valor monetario, pero sí con una función económica. Según hace notar en su análisis, para que los objetos (alimentos) se conviertan en mercancías se requiere la confluencia de las necesidades del productor y las del comprador, traducidas, ahora sí, en un costo monetario específico (Juárez, 2020, p. 42).

Miguel Escalona, por su parte, recurre a una explicación más sociológica, en la cual hace referencia al valor de uso de los alimentos, de manera que reflejan formas de vida y nos hablan de las personas que los han produci-

do con valores hacia la diversidad cultural y biológica (Escalona Aguilar, 2009). Por supuesto, entender los alimentos desde su valor de uso supera las preocupaciones del intercambio comercial (Escalona, citado en Juárez, 2020, p. 42).

La geografía humana también ha distinguido el valor y significado con que se dota a los alimentos, reconociendo en ellos historias y geografías específicas de las comunidades que los producen y aprovechan. Además, se aporta al análisis su abastecimiento, origen y destinos, es decir, sus rutas, e incluso, su relación con el sostenimiento de estas comunidades y sus entornos naturales (Sánchez Hernández, 2009).

Otra línea de análisis coloca a la alimentación como un derecho, alejándolo de la discusión de la compraventa para darle un sitio central en el reconocimiento de una necesidad que debe ser atendida principalmente por los Estados, los cuales deberán garantizar que el derecho se cumpla cabalmente (Jusidman-Rapoport, 2014). Este último tipo de abordaje da un mayor peso a las implicaciones de garantizar la subsistencia y el bienestar de las personas, y se aleja del énfasis económico del alimento-mercancía, lo que no quiere decir que lo desconozca, pero sí que reconoce en el alimento atribuciones más amplias que las económicas.

Entonces, los alimentos no pueden ser entendidos sólo como mercancías, ya que cumplen una función biológica esencial y funciones sociales relevantes; por lo tanto, alimentarse es una actividad social relevante, siendo fundamental que las personas tengan posibilidades reales de elegir los alimentos que quieren consumir sin la presión reduccionista del mercado.

Un consumo diverso

El consumo suele adjetivarse de diversas formas y cada una acompaña a un concepto que responde al ángulo con que se observa. De esta manera, acercarnos a los calificativos que acompañan el consumo nos permite entender las preconcepciones que existen en torno a éste. En la literatura podemos encontrarnos con una amplia gama de calificativos que se refieren a “otras maneras de consumir”, pero que pueden guardar distan-

cias importantes entre sí. Para este caso, exploraremos las diferencias al nombrarlo, reconociendo en ello qué conlleva el llamado consumo consciente.

Podríamos comenzar puntualizando que durante los procesos de producción, transformación y distribución se va implicando cierto requerimiento de recursos y energía con distintas exigencias para quienes participan en esta cadena, lo cual podemos llamar consumos intermedios, mientras que podemos distinguir como consumo final del alimento al momento en que el comprador lo adquiere para llevarlo a su mesa. Es a este último momento al que nos referiremos en el texto, es decir, al consumo final del alimento.

Es además notorio que “consumir” suele asociarse a connotaciones negativas, esto es, consumir puede asociarse con terminar con algo de manera abrupta o sin conciencia de ello. Se nos llama a “evitar el consumismo” o se nos pide “no consumir todos los recursos”, de manera que podría suponer una visión alienada, impulsiva y depredadora. Así que, cuando se hace el llamado a un consumo alternativo, frecuentemente se hace refiriéndose a aquel que no se identifica con sus expresiones negativas o busca alejarse de ellas, posiblemente para evitar ambigüedades aclarando las bondades atribuidas a esta otra manera de consumir. Aun así, se debe tener cuidado con el uso del término “alternativo”, ya que es poco preciso y puede dar lugar a múltiples interpretaciones (Jurado y Cardozo, 2016).

Considerando estas advertencias, tratemos de abordar algunas de las diferencias entre los calificativos del consumo³⁰.

Hemos dicho que no todo es medible en términos monetarios. Por ello, con frecuencia, los autores se apoyan en valoraciones de otro orden, como en el caso del consumo ético. Este tipo de consumo toma en cuenta los impactos que supondrá realizarlo o dejar de hacerlo, sabiendo que el consumo no se da sin un contexto y que quien consume está invitado a tomar postura. Hubert Linders menciona que este tipo de consumo está basado en las decisiones personales que evalúan lo que es ético y correcto

30. Un primer acercamiento a esta idea puede encontrarse en la tesis El consumo solidario en México. Vínculos entre productores agroecológicos y consumidores (Rodríguez-Guerrero, 2019).

(Linders, 2013), lo que implica que el consumidor debe tener previamente un conocimiento que le permita decidir si realiza o no una compra. Díaz Carmona, por su parte, hace una revisión muy puntual en su tesis doctoral en la que atribuye el término a Carolyn Strong y argumenta que éste “recoge de manera expresa el aspecto moral de la acción social que el consumo conlleva” (Díaz Carmona, 2017, p. 62). Además, reconoce como una cualidad atribuida que dicha práctica de consumo se encuentra incorporada en la cotidianidad de las personas, lo que hace que del consumidor ético se espere constancia en sus decisiones de compra.

Es posible que el consumo ético deje entrever que no necesariamente tiene que ver con una colectividad organizada para tomar decisiones, sino que es un llamado a las conciencias individuales. Por ello, podría considerarse que un consumo es ético aun cuando el consumidor último y el productor inicial no tengan una interacción cara a cara, siempre que el primero cuente con suficientes elementos para tomar su decisión. Puede encontrar estos elementos de apoyo a su decisión de manera directa, teniendo contacto de primera mano con el productor, o por medio de algún sistema de señalización, por ejemplo, los sellos o certificaciones utilizados por organismos o colectividades y colocados en los alimentos para informar al consumidor final sobre las cualidades del producto y/o su esquema productivo.

En el mismo plano de las decisiones individuales podríamos catalogar el *consumo saludable*, el cual cobra sentido cuando nos referimos a los alimentos considerando su valor nutricional y que las preocupaciones de salud son un importante aliciente para algunos consumidores. En un análisis sociológico al respecto, Jennifer Smith explica que durante el siglo *xx* se promovió una ruta individual a manera de camino de autorrealización y al cuerpo como una expresión de ello. Esto resultó en el llamado *fitness* como representación cultural. Puede verse esto como el desarrollo de una propuesta de la industria del consumo, que se centra en las decisiones individuales del consumidor y busca que los resultados del *fitness* se reconozcan públicamente, emparejando un cuerpo sano con un cuerpo *fitness* (Smith Maguire, 2008).

El consumo saludable implica modos de vida en los que no sólo se consumen alimentos, sino, además, medios, espacios, apariencias, percepcio-

nes y estatus. De forma que su espectro es amplio, ya que cualquier tipo de consumo tiene repercusión directa o indirecta en nuestra salud. Así también, se presenta una paradoja, dado que se promueven formas no compatibles con lo que se supone es deseable física y socialmente (Dak Duk, 2011). Estas contradicciones se dan en un marco en que el consumidor transita entre la concientización y la culpabilización. Y, aunque en apariencia lucen como producto de las elecciones personales, en realidad resultan de exigencias sociales impuestas, que muchas veces carecen de las condiciones para cumplirse (Panier, 2009). Es decir, no se garantizan los medios para el acceso seguro, suficiente, adecuado nutricionalmente, inocuo y regular a alimentos sanos.

En otro orden de ideas y pasando del consumo como expresión individual a uno colectivo, encontramos el *consumo colaborativo*, también llamado *consumo participativo*. Efectivamente, esta manera ya no tiene que ver sólo con las decisiones personales y se entiende como un espacio de colaboración, comprendiendo sus ventajas; por ende, demanda un involucramiento activo de todos los participantes (Salgado-Sánchez y Castro-Ramírez, 2016). Este involucramiento significa poner en juego información, acciones, recursos y medios diversos para lograrlo. Su lógica está mediada por los modelos *person to person* (P2P), basados en negociaciones directas que eliminan intermediarios y en las que se busca resolver problemas compartidos, apoyados, generalmente, con la tecnología que les permite intercambiar información e incrementar la escala de las transacciones a la vez que disminuyen los costos de operación (Alfonso Sánchez, 2016).

En este último punto es importante resaltar que parte de la búsqueda de estos modelos es dejar a un lado a los agentes intermediarios, para reducir el tamaño de la cadena y llegar al consumidor final de forma eficiente. Sin embargo, también puede hacerse cuestionamientos referidos a los desarrolladores o creadores de las plataformas, dado que, por lo general, la tecnología tiene un papel central. Por ello, se esperaría que los usuarios de estas plataformas tecnológicas lograran tener mayor capacidad de gestión y autonomía, lo cual no suele suceder y los beneficios son apropiados por quienes tienen el control de esas tecnologías.

Si se espera una estructura horizontal y democrática que sume a la mejor distribución de beneficios, se supondría que estos medios tecnológicos serían precisamente eso, medios; sin embargo, se suele poner la importancia en poseer la tecnología y no en facilitar la manera de intercambiar alimentos.

Si hacemos a un lado el debate sobre las plataformas tecnológicas, este consumo implicaría la posibilidad de acordar con otros la realización de compras en volumen, disminuyendo los costos unitarios, pero también involucraría el proceso de toma de acuerdos para facilitar el consumo de alimentos al realizar turnos en las compras (INAES, 2020) o compartir información que ayude a la toma de decisiones sobre qué características de alimentos se pueden elegir. Esta práctica de consumo reclama el derecho a la participación del consumidor (Rivera Outomuro et al., 2017).

Otra forma de consumo alternativo es el *consumo responsable*, aquel en que el consumidor final opta de manera informada por su mejor opción de compra o prefiriendo la decisión que tenga el menor impacto negativo al considerar la frugalidad en lo que adquiere y el equilibrio con el ecosistema (Celorio y López de Munain, 2007; Vega Tandazo, 2016). Esta vertiente se suma al consumo ético y se entiende como un hábito cotidiano que supone una postura firme frente a las opciones de compra, debido a que la adquisición va en pro de la transformación social (Celorio y López de Munain, 2007) y el bienestar colectivo. El consumo responsable busca generar una transformación, tanto social como política con cada compra o adquisición y lo hace de manera pública.

Por su parte, el *consumo solidario* es cercano a un consumo informado y reflexionado, no sólo en términos del bienestar del propio consumidor, sino también del conjunto social. Leonardo Boff habla de éste como aquel que no puede ser indolente a las circunstancias adversas del otro, por lo cual se aleja de la cultura del capital (o del consumismo como matriz cultural). Se refiere a él como un consumo humano más que como un consumo solidario (Boff, 2007).

En la postura de Leonardo Boff este consumo cumpliría al menos con tres características: 1) debe ser adecuado a la naturaleza del ser humano, reconociendo, por un lado, la naturaleza de los bienes materiales para

subsistir y, por otro, la necesidad de bienes intangibles como el amor y la solidaridad;

2) debe ser justo y equitativo, de manera que su ausencia no condene a la persona a la muerte; éste es el sentido de entender la alimentación como un derecho humano innegable;

3) el consumo debe ser solidario, es decir, debe ayudar a las personas a reconocer límites al empatizar con amor y compasión con aquellos que no pueden consumir lo necesario;

4) debe ser responsable, en cuanto lleva un sello de sobriedad, se desprende del consumo suntuoso, no por superioridad moral, sino por solidaridad con quienes tienen necesidades insatisfechas;

5) debe ser realizador de la integridad del ser humano, por lo tanto, demanda conciencia de lo que se requiere, de lo que conviene y edifica. Advierte, entonces, que éstas son formas de consumo que no tienen un costo monetario.

El consumo solidario apela a la dignidad de la persona y al acompañamiento genuino de aquellos con quienes se compromete, tomando como propios los esfuerzos de los movimientos que promueven la vida, sabiendo que los beneficios serán compartidos y habrá que estar dispuestos a correr los riesgos de igual manera (Boff, 2007).

Euclides Mance, también se detiene a pensar en el consumo solidario, destacando que el consumidor busca:

- a) realizar su libre bien vivir personal;
- b) promover el bien vivir de los trabajadores que elaboran, distribuyen y comercializan dicho producto o servicio;
- c) mantener el equilibrio de los ecosistemas;
- d) contribuir a la construcción de sociedades más justas y solidarias (Mance, 2004, p. 79).

El consumo solidario comparte la mirada de un consumo orientado a lograr que el productor tenga una vida digna mediante la comercialización del fruto de su trabajo, procurando que en todo momento se genere

bienestar para los involucrados, así como su reconocimiento, respetando las condiciones ambientales de su entorno.

Representa una mirada transformadora que reconoce el acto de consumir como “un gesto de dimensión planetaria” (Mance, 2004, p. 80), que se sabe con recursos políticos como el boicot y el consumo crítico que favorece a productores con características y convicciones afines.

En términos políticos, es una opción por los menos favorecidos, a quienes reconoce y con quienes empatiza; hay un involucramiento en causas sociales afines a la vida y emprende acciones de demanda ante injusticias e inequidades. No es raro que el consumo solidario, a la par que promueve la cercanía con algunos productores, denuncie los atropellos, injusticias y omisiones en los que suele incurrir la gran industria de alimentos.

Como he dicho antes, no se pretende agotar aquí todas las formas de nombrar a estos consumos alternativos, pero este breve recorrido nos sirve para examinar las implicaciones de un consumo con mayor conciencia, de manera que se propone reconocer al menos los siguientes ejes de análisis.

TABLA 1. *Ejes de análisis*

Eje de análisis	Variantes implicadas	
Forma de ejercicio	Individual	Colectiva
Sistema de señalización	Por un tercero	Basada en la confianza
Información previa	No indispensable	Requerida
Involucramiento del consumidor	Puntual o coyuntural	Necesaria o central
Autonomía	Decisiones menores	Autogestión
Posición política	No expresada abiertamente	Expresamente política

FUENTE: *elaboración propia, 2024.*

Veamos con mayor detalle lo que se resume en la tabla propuesta (tabla 1).

El consumo puede *ser una forma de ejercicio* individual o colectivo, en el entendido de que implica una acción; una diferencia sustancial radica

en si esa acción se realiza en solitario o busca ser realizada con otros. De ser colocada en el plano individual, no requerirá diálogo con otros para tomar decisiones, la información personal con la que cuente el consumidor servirá de apoyo para optar entre sus opciones disponibles. En este caso, los sistemas de señalización pueden ser de utilidad, puesto que no cuenta con retroalimentación o interlocución directa con productores u otros consumidores.

Los sistemas de señalización son aquellos que buscan representar de manera inmediata y simple información sobre un producto que ha sido certificada previamente por un tercero; para ello se vale de la colocación de sellos, etiquetas o sistemas similares, esto es, marcas o señales que al colocarse avalan que un alimento ha sido producido bajo ciertos estándares.

En el otro extremo, cuando el consumo es un acto colectivo, existe un diálogo y expresiones de un grupo que discute de manera explícita sobre las elecciones a tomar. Funciona como una manera de reconocer membresía al propio grupo, es decir, se forma parte de éste cuando los consumidores actúan en congruencia y siguiendo los criterios predeterminados, por ejemplo, el vegetarianismo o el veganismo. Si bien puede haber una gran gama de influencias para optar por un consumo colectivo, lo que resulta relevante es el ejercicio de la toma de decisiones, que lo lleva a considerar otros puntos de vista y el esfuerzo puesto en juego para lograr apearse a los criterios esperados por el grupo.

En otros casos, la selección de alimentos y de productores se basa en la confianza establecida mediante la relación cercana, sin que necesariamente se tenga que materializar en un sello o certificación.

El primero de los casos incluye a las organizaciones de comercio justo que avalan sistemas de señalización por medio de una certificación específica. Estos sellos tienen la intención de sumar al valor agregado todo el esfuerzo puesto en la producción y la transformación más justa socialmente y con mayor congruencia medioambiental, mediante señales claras que garanticen el origen y los procesos involucrados en aquello que se adquiere.

Quien no tiene elementos para verificar de primera mano la calidad con que son producidos sus alimentos, suele requerir el apoyo de estos sellos y sistemas de señalización. En el caso del comercio justo, las certificaciones se orientaron a la producción de exportación hacia el Primer Mundo, por tanto, buscaban conseguir un mejor precio pagado al productor y una manera de hacer saber al consumidor la calidad de lo que estaba consumiendo sin necesidad de cercanía o contacto físico.

En cambio, cuando estos sistemas se basan en la confianza, podríamos considerar que el propio grupo de consumo funciona como una manera de dar certeza a la calidad de lo que se consume. Una variante de esto se da cuando la confianza parte de un “aval moral”, de modo que se reconoce a un productor como un actor importante en el cual se confía por su trayectoria o buenas prácticas. Adicionalmente, es común que se invite a los productores a acudir a los espacios de consumo o se les visite en su parcela, alentando la interacción entre los integrantes de cada organización.

No es común que los pequeños productores o las iniciativas que los agrupan tengan fuertes estructuras de comunicación; sin embargo, en los casos que aquí revisamos, casi invariablemente toman un rol de educadores. Se promueve constantemente la información y formación del consumidor, tanto en las interacciones personales como en los medios de los cuales se disponga. Estos últimos incluyen carteles, redes sociales o participaciones en eventos culturales y académicos, además de entrevistas y apariciones en medios.

Parece haber un consenso en que tener información de mayor calidad es clave para un consumo consciente. Esta información se va construyendo en torno a las aristas de salud, economía, cultura, conciencia política y aquellas otras que abonan a la experiencia total de la alimentación. La información previa y la información adquirida después de la compra y consumo del alimento tienen relación directa con las elecciones que hace el consumidor.

Por supuesto, es necesario hablar del *involucramiento del consumidor* como una pieza clave de este tipo de consumo. Al respecto, podemos comenzar tratando de identificar si ese involucramiento sucede de manera coyun-

tural o si es central para la toma de decisiones. En los casos en que es puntual, se puede pensar en que la decisión es tomada en el momento o responde a un llamado específico ante la petición explícita o la demanda que el consumidor percibe en relación con sus convicciones. Por otro lado, cuando el involucramiento es central, el consumidor adquiere un rol protagónico, se vuelve un actor que construye bases y estructuras para realizar el consumo. Esto da pie a la formación de grupos de consumo; a la organización de consumidores a manera de cooperativa; a establecer puntos de encuentro de productores y consumidores; es decir, incidiendo directamente para hacer posible la operación de cualquiera de estas opciones u otras similares.

La perspectiva de *autonomía* también ayuda entender cada tipo de consumo, sobre todo en un sistema en que se despoja al consumidor de hacer verdaderas elecciones aun cuando en el discurso se promueve la “libertad del consumidor”. Como un ejemplo de esto, se puede encontrar que, aunque un consumidor cuente con una diversidad de opciones en el supermercado, en realidad es forzado a elegir mediante el filtro que el mercado ha hecho en una reducida gama de alternativas en las que prima la rentabilidad económica.

Cuando un consumidor tiene sólo la opción de tomar decisiones menores, éstas se harán casi siempre frente al punto de venta, donde sólo puede optar por lo que se le presenta al frente. Sin embargo, cuando la autonomía apela a la autogestión, el consumidor tiene una gama abierta para decidir variedades, regiones geográficas, tipo de producción, tipo de organización de los productores, variedades con alto valor cultural o nutricional, sin importar que esto le demande mayores esfuerzos. Lo anterior es posible cuando se generan condiciones desde la organización entre productor y consumidor.

Por último, propongo que el carácter *político* de las opciones de consumo es otra de las líneas de análisis de un consumo con mayor conciencia, porque consumir se convierte en un acto público, en el que el consumidor manifiesta sus posturas políticas en lo que elige y en lo que rechaza. El consumidor encuentra y señala una oposición hacia los sistemas que mantienen formas de producir y consumir contrarias a sus convicciones.

Estas acciones políticas pueden tener un importante componente práctico y simbólico en favor de la transformación social hacia economías incluyentes y justas, el cumplimiento y resguardo de derechos y, por supuesto, relaciones con el entorno y la naturaleza acordes al sostenimiento de la vida.

El consumidor como protagonista del consumo consciente

Colocar al consumidor como protagonista de un consumo consciente requiere dejar de lado la imagen casi caricaturizada que lo coloca como blanco de los trucos de mercadotecnia, que suponen que responderá de manera automática e irracional sin oponer prácticamente ninguna resistencia o como una víctima a merced de las grandes empresas. García Canclini (1995) plantea que “el consumo sirve para pensar” y es, también, un escenario de disputas, en el que hay voces que defienden un consumo diferenciado de la racionalidad económica y existen consumidores que efectivamente son capaces de tomar decisiones y cuestionar la “omnipotencia” de los medios masivos y su publicidad.

Este consumidor que busca consumir de manera consciente problematiza y cuestiona la forma de consumir (la propia y la de otros) y rechaza con sus prácticas el consumo irreflexivo, proponiendo para ello formas de consumir poco convencionales. De manera que crea sentido al hacer elecciones que expresan su facultad creativa (Douglas e Isherwood, 1990).

Si consideramos los ejes de análisis antes propuestos a manera de “mapa de navegación” y los utilizamos para entender el rol de los consumidores en distintas estrategias de consumo consciente, podríamos acercarnos a una mejor comprensión de lo que en éste sucede. Propongo hacerlo considerando el consumo que se da en las Redes Alimentarias Alternativas³¹, que representan espacios conformados por distintos actores sociales, son críticas del modelo hegemónico de producción, circulación y

31. Para una revisión más puntual sobre las Redes Alimentarias Alternativas sugerimos los trabajos de David Monachon (2017) y en términos regionales en México, García Bustamante et al. (2022); Rodríguez-Guerrero (2022); Rodríguez-Guerrero et al. (2021) y Rodríguez-Guerrero et al. (2023).

consumo de alimentos, y plantean maneras no convencionales de organización en torno a su consumo.

Me referiré en concreto a las RAA (Redes Alimentarias Alternativas) conformadas en el Occidente de México. Esta red de colectivos tiene incidencia principalmente en la zona metropolitana de Guadalajara, pero se conecta con proyectos del interior del estado y en algunos casos de estados vecinos. Como tal, forma parte de un esfuerzo localizado a nivel regional que comparte principios de agroecología, comercio cercano, así como de economía social y solidaria.

En estas redes, el ejercicio de consumo tiende a ser colectivo, surge de necesidades compartidas, ya sea como productores, promoviendo sus formas de producción sin agroquímicos y a pequeña escala, o como consumidores que se organizan a partir de la necesidad de encontrarse de primera mano con quienes puedan proveerles de alimentos con las características y atributos deseados.

Las certificaciones otorgadas por agencias de tercera parte no son un requisito indispensable para estas redes, de manera que no se depende de agencias certificadoras y, por el contrario, se promueven Sistemas Participativos de Garantía, que forman parte de la misma red y tienen como tarea dar acompañamiento a los productores para que puedan transitar hacia la agroecología. Estos Sistemas Participativos de Garantía son conformados por personas con conocimientos técnicos suficientes, otros productores involucrados en estos sistemas y consumidores interesados en conocer los procesos mediante los cuales se produce su alimento.

Adicionalmente, se promueve la visita de consumidores a las parcelas de los productores, con el fin de sostener diálogos, tomar acuerdos, intercambiar puntos de vista y estrechar su colaboración.

En buena medida las propias redes funcionan como estrategias para disminuir asimetrías de información que pudieran afectar a sus integrantes³², aunque están dirigidas a circuitos cortos de comercialización y, a diferencia de una certificación de tercera parte, también fungen como un sistema de desarrollo para el mantenimiento continuo de la producción alimenticia y de las condiciones de vida de los productores.

32. Al respecto se puede consultar el texto *Asimetría de información* (Rodríguez-Guerrero, 2018).

La información es otro factor crítico y se promueve continuamente mediante actividades formativas y educativas, haciendo colaboraciones en sus lugares de venta y entrega de alimentos, donde realizan talleres o conversatorios en torno a la economía social y solidaria, la agroecología, el género y propiamente el consumo. Esto lo logran realizando ejercicios de cine debate y actividades culturales.

El trabajo de estas redes destaca principalmente en los ejes de involucramiento del consumidor, autonomía y posición política. Inicialmente, se parte de la autonomía respecto a patrocinios de cualquier dependencia gubernamental o institucional. Si bien es cierto que pudieran realizar colaboraciones con otros grupos o instituciones, también es verdad que la presencia o ausencia de terceros no determina su operación. Por supuesto, estos ejercicios autónomos añaden complejidad a la sostenibilidad de cada proyecto y, ante ello, el surgimiento de alianzas sucede casi de manera natural. No podría pensarse en entidades aisladas ni siquiera en afiliaciones únicas, sino que representan verdaderos trabajos en redes de colectivos en los cuales mantienen distintos niveles de protagonismo o tienen participaciones puntuales cuando las distintas redes se activan.

En cuanto a su posicionamiento político, hay una tendencia clara a realizar prácticas de transformación social y económica. Mantienen posiciones críticas frente a ejercicios de verticalidad en la representación o por razones de género, hay una preferencia hacia procesos campesinos, con frecuencia se manifiestan a favor de causas sociales, por lo que no se limitan a la comercialización o a fines lucrativos.

Sin duda, el involucramiento del consumidor en ellas es fundamental y también un fin, a lo cual invitan a sus integrantes. La participación se da en distintos niveles, desde la promoción de la eliminación de plásticos de un solo uso en sus eventos y espacios de venta, hasta casos en que los consumidores se involucran activamente en sus comisiones de trabajo o forman parte de las decisiones centrales por medio de asambleas.

Sin afán de tratar a estas redes como un todo uniforme, se plantea que en ellas se puede ver una gradiente de alternativas y combinaciones que efectivamente apuntan al consumo consciente, mirándolas desde sus distintas vías de organización —mercados, cooperativas de consumo,

canastas solidarias y nodos de consumo—, así como por las funciones que desarrollan —ejercicios de acompañamiento, desarrollo, formación tanto a productores como a consumidores, difusión de la cultura alimentaria local, entre otras—.

Conclusiones

Como se ha mostrado en este trabajo, el modelo capitalista tiene el afán de convertir en mercancía prácticamente todos los aspectos de la vida, incluso la propia naturaleza. Es una forma de transformar en objetos y mercancía todo aquello que sea posible; esto sólo tiene sentido en la matriz cultural del consumismo de las culturas occidentales, ya que no podría ser de la misma forma en culturas originarias que tratan con mucho mayor respeto a la naturaleza. Se ha normalizado que todo puede ser objeto de una transacción comercial y de esta manera ha sucedido con los propios alimentos. Así busca hacerlo la industria de los alimentos en factores intrínsecos que conlleva el acto de alimentarse, como puede ser la salud, y se pretende cooptarlo mediante exigencias individualistas como el beneficio personal egoísta de la mayor ventaja o la presión cultural que asemeja la estética con la salud.

Las distintas corrientes de consumos alternativos buscan problematizar esta idea dando cabida a espacios de acción donde el consumidor toma un lugar central y el consumo es también un escenario de disputa en el cual se tienen cosas que decir y márgenes de acción construidos por los mismos consumidores. Entre la variedad de formas de consumo, se han presentado, a manera de propuesta, algunos ejes de análisis que pueden cruzarse en relación con el consumo consciente. No se trata de un esfuerzo por conseguir graduaciones para la comparación de distintas formas de consumo, sino que se pretende dar algunas orientaciones sobre variantes implicadas en el consumo. Se vuelve necesario considerar el papel del consumidor no como un receptor de publicidad y presiones que lo llevan a comprar de manera irracional o suntuosa, sino como un agente político de cambio y pieza clave del sostenimiento de las redes alimentarias alternativas.

Sean mercados, nodos de consumidores, cooperativas de consumo, sistemas participativos de garantía o alguna otra forma de organización, las redes alimentarias alternativas demandarán mayores esfuerzos para formar comunidades de consumidores que cubran las necesidades de cada integrante de la red para una vida digna, como también del propio consumidor respecto a sus necesidades alimenticias. Estos esfuerzos derivan en prácticas dirigidas a fortalecer las comunidades mediante una interacción repetida, una comunicación cercana, que además cumple con el abasto de alimentos. Por ello implica cierto grado de compromiso en favor de conseguir una alimentación suficiente, sana, sabrosa, sostenible y pertinente con las culturas locales, y aún más, en favor de la reproducción de la vida en un sentido mucho más amplio.

Bibliografía

- Alfonso Sánchez, R. (2016). Economía colaborativa: Un nuevo mercado para la economía social. *CIRIEC-España, Revista de Economía Pública, Social y Cooperativa*, 88, 230-258.
- Ávila Oñate, J. A., y Pineda Basurto, O. E. (2023). *Aplicación de bonos de carbono en el mercado eléctrico ecuatoriano, caso de estudio: De una central hidráulica* [Licenciatura, Escuela Superior Politécnica del Litoral]. <http://www.dspace.espol.edu.ec/handle/123456789/57596>
- Boff, L. (2007). Consumo solidario responsable. *Cultura para la esperanza: instrumento de análisis de la realidad*, 71, 19.
- Castillo, D. A. J. L. (2023). El agua como bien de intercambio comercial. Posibilidades para un mercado de bonos de agua virtual en Guatemala. *Avance*, 22(1), Artículo 1.
- Celorio, G., y López de Munain, A. (2007). *Diccionario de Educación para el Desarrollo* (1ª ed.). Hegoa.
- Dak Duk, S. (2011). El consumo saludable. *Debates IESA*, XVI (4), 59-63.
- Delgado Cabeza, M. (2010, segundo semestre). El sistema agroalimentario globalizado: Imperios alimentarios y degradación social y ecológica. *Economía Crítica*, 10. <https://idus.us.es/handle/11441/84058>

- Díaz Carmona, E. M. (2017). *El veganismo como consumo ético y transformador: Un análisis de la intención de adoptar el veganismo ético* [Doctorado, Comillas Universidad Pontificia]. <https://repositorio.comillas.edu/xmlui/handle/11531/20355>
- Douglas, M., e Isherwood, B. (1990). *El mundo de los bienes. Hacia una antropología del consumo* (1ª ed.). Grijalbo/Conaculta.
- Durand, L., Nygren, A., y De la Vega-Leinert, A. C. (2019). Introducción. Naturaleza y neoliberalismo en América Latina. En L. Durand, A. Nygren y A. C. De la Vega-Leinert, *Naturaleza y neoliberalismo en América Latina* (1ª ed.). UNAM.
- Escalona Aguilar, M. Á. (2009). *Los tianguis y mercados locales de alimentos ecológicos en México: Su papel en el consumo, la producción y la conservación de la biodiversidad y cultura*. [Doctorado]. Universidad de Córdoba.
- García Bustamante, R., Bracamontes Nájera, L., y Escalona Aguilar, M. A. (2022). Redes Alimentarias Alternativas en el Centro-Oriente de México. *Ecofrenteras*, 26(74), 18-20.
- García Canclini, N. (1995). *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización* (1ª ed.). Grijalbo.
- INAES (2020). *Guía para la conformación de grupos solidarios comunitarios. Organizarnos desde la economía social y solidaria en tiempos difíciles*. INAES.
- Juárez, N. H. (2020). *Del sentido del valor a la construcción del precio: La gobernanza entre productores, intermediarios y consumidores de alimentos orgánicos de Juana-catlán y de Guadalajara* [Doctorado, CIESAS Occidente]. <http://ciesas.repositorioinstitucional.mx/jspui/handle/1015/1107>
- Jurado, E. A., y Cardozo, L. (2016). La cuestión espacial en la economía social y solidaria: Una lectura de procesos cooperativos a partir de estudios geográficos. *SaberES*, 8(1), 23-42. <https://doi.org/10.35305/s.v8i1.121>
- Jusidman-Rapoport, C. (2014). El derecho a la alimentación como derecho humano. *Salud Pública de México*, 56(Supl. 1), S86-S91.
- Linders, H. (2013). Consumo ético, consumo saludable: ¿Existe un nuevo consumidor en América Latina? *En Agricultura familiar y circuitos cortos. Nuevos esquemas de producción, comercialización y nutrición. Memoria del seminario sobre circuitos cortos* (pp. 57-62). (1ª ed.), ONU/CEPAL/OPS/OMS/FAO.
- Mance, E. (2004). Consumo Solidario. En A. D. Cattani, *La otra economía* (pp. 79-86). (1ª. ed.) UNGS/Editorial Veraz.

- Monachon, D. S. (2017). *Redes Alimentarias Alternativas: Nuevos compromisos políticos y sociales. Un estudio comparativo franco-mexicano* [Tesis doctoral, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social CIESAS]. <https://ciesas.repositorioinstitucional.mx/jspui/bitstream/1015/651/1/TE%20M.%202017%20David%20Sebastien%20Monachon.pdf>
- Panier, H. (2009). *La salud como consumo. La construcción del cuerpo saludable como dispositivo biopolítico en la Sociedad de Control*. V Jornadas de jóvenes investigadores Gino Germani, Buenos Aires, Argentina.
- Pascual Lobo, M. (2022). *La economía azul y la emisión de bonos azules como fuente de financiación, y sus posibles mejoras para una mejor difusión* [Comillas Universidad Pontificia]. <https://repositorio.comillas.edu/xmlui/handle/11531/63257>
- Rivera Outomuro, J. de, Gordo López, Á. J., y Cassidy, P. R. (2017). La economía colaborativa en la era del capitalismo digital. *Redes.com: revista de estudios para el desarrollo social de la Comunicación*, 15, 20-31.
- Rodríguez-Guerrero, R. (2018). Asimetría de información. En J. Ramírez Plascencia (Ed.), *Conceptos claves en Ciencias Sociales. Definición y aplicaciones* (pp. 191-209). (1ª ed.) Universidad de Guadalajara.
- _____ (2019). *El consumo solidario en México. Vínculos entre productores agroecológicos y consumidores* [Doctorado, Universidad de Guadalajara]. <https://riudg.udg.mx//handle/20.500.12104/82411>
- Rodríguez- Guerrero, R. (2022, junio 3). *Redes Alimentarias Alternativas en el Occidente de México. Economía Solidaria y Autosuficiencia Alimentaria* [Formación-Divulgación]. Capacitación en Economía Social y Autosuficiencia Alimentaria, Monterrey, México.
- Rodríguez- Guerrero, R., Bauche Madero, C., Alvarado Castro, E., Pérez Cárdenas, E., Leal Martínez, G., Ruiz Montes, I. L., Eufrazio Jaramillo, J. F., Medina Fernández, L. M., Montoya, M., y Orozco Hernández, R. P. (2021). *Manual de Buenas Prácticas de Redes Alimentarias Alternativas* (R. Rodríguez-Guerrero, Ed.; 1ª ed.). ITESO. <https://hdl.handle.net/11117/9571>
- Rodríguez-Guerrero, R., Orozco Hernández, R. P., Leal Martínez, G., Eufrazio Jaramillo, J. F., & Alvarado Castro, E. R. (2023). Configuración de las Redes Alimentarias Alternativas en el Occidente de México. *Cooperativismo y Desarrollo*, 31(125), 1-31. <https://doi.org/10.16925/2382-4220.2023.01.01>
- Salgado-Sánchez, R., y Castro-Ramírez, A. E. (2016). Mercado el 100, experiencia de consumo participativo para favorecer la sustentabilidad de la agricultura y los sistemas alimentarios. *Agricultura, sociedad y desarrollo*, 13(1), 105-129.

- Sánchez Hernández, J. L. (2009). Redes Alimentarias Alternativas: Concepto, tipología y adecuación a la realidad española. *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles*, 49, 24.
- Smith Maguire, J. (2008). Making sense of fitness. En *Fit for consumption. Sociology and the business of fitness* (pp. 1-22). (1a ed.). Routledge.
- Vega Tandazo, L. M. (2016). *Formas de cooperación que coexisten en el marco de la Economía Popular y Solidaria en la Parroquia de San Pedro de Vilcabamba del Cantón Loja* [Licenciatura]. Universidad Nacional de Loja.

An *nte las múltiples crisis que estamos viviendo, cada vez se hace más necesario organizarnos para construir otras formas de producir, distribuir, intercambiar y consumir alimentos, las cuales pongan la vida al centro. Desde las agroecologías, las economías sociales y solidarias y los feminismos, se han generado propuestas teóricas y prácticas, que en varias ocasiones dialogan, o bien, se encuentran entre ellas, invitando a cuestionarnos las raíces estructurales de las desigualdades, los roles que tenemos como sujetos políticos y como sociedad, las relaciones que tejemos entre nosotras y con nuestro entorno, así la forma en que valoramos el trabajo.*

En busca de reflejarnos, de reconocernos en otras experiencias, de sabernos acompañadas, de conocer el trabajo de otras organizaciones, de vincularnos y aprender colectivamente, nace este libro. Quisimos incluir una diversidad de voces, experiencias, territorios, profesiones y disciplinas, que permitieran visibilizar los diferentes contextos y realidades de las agroecologías, las redes de intercambio y otras formas de hacer economías en México.

En este sentido, el libro tiene como objetivo intercambiar prácticas, saberes y reflexiones, en torno a las luchas por la soberanía alimentaria, las diversas formas gestión, las alternativas y los roles de diferentes actores de los sistemas alimentarios locales, poniendo en el centro la experiencia e incidencia de quienes intentan alimentar la vida en colectivo.

